



# EL FIN DE LOS ESCRIBAS

GLENN COOPER

Lectulandia

Año 2026. Mientras una humanidad conmocionada se acerca a la fatídica fecha del fin del mundo, una joven afirma tener una información que podría cambiar un destino que todos creen inmutable: ¿y si la orden de los escribas no se hubiera extinguido con el suicidio colectivo de la abadía de Vectis en 1296? ¿Es posible cambiar el destino?

**Lectulandia**

Glenn Cooper

# **El fin de los escribas**

**Trilogía de La biblioteca de los muertos 3**

ePub r1.4

libra 02.01.14

Título original: *The keepers of the library*

Glenn Cooper, 2011

Traducción: Pilar de la Peña Minguell

Editor digital: libra

Reporte de erratas: fenikz

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Prólogo

*1775, isla de Wight*

—Sujeta bien el candil —le dijo el anciano a la joven.

Aullaba el viento y las pálidas nubes iluminadas por la luz de la luna parecían surcar el cielo como un barco de tres palos en una tempestad. Cerca, el mar se revolvía estrepitosamente.

Observaban cómo dos braceros colmados de ron cavaban un hoyo en la tierra endurecida y helada de enero.

—¿Seguro que es aquí?

La muchacha asintió, pero el anciano vio en su rostro que no lo decía muy segura. Se tapó bien el cuello con la capa y dijo:

—Si me engañas, mañana volverás a la casa del barón y no sabrás más de mí.

Los dientes de ella empezaron a castañetear.

Uno de los braceros quiso ayudar, aunque el alcohol que le había dado el anciano le impidió hablar con claridad.

—Corren leyendas sobre este sitio, caballero. Desde que yo era un crío. No me extrañaría nada que lo que dice la joven fuese verdad.

—En ese caso —repuso el anciano—, ¿por qué ni vosotros ni ningún isleño lo ha investigado?

—Por miedo —intervino el otro bracero—. Aquí había un monasterio. Se habla de fantasmas de monjes encapuchados que merodean por el lugar hacia la medianoche, es decir, más o menos ahora. Hay que estar loco para venir aquí.

—Entonces ¿por qué habéis accedido a acompañarnos esta noche?

—Nunca nadie se había ofrecido a pagarnos, ¿verdad? —repuso el primero—. Claro que, como haya algo ahí abajo, tendrá que arreglárselas solo.

El anciano miró la alta escalera que habían llevado. Dudaba que pudiera bajar por ella con su pie gotoso, pero también dudaba que fueran a encontrar algo, en cuyo caso lo esperaba una cama confortable en la posada de Fishbourne.

Las paladas de tierra fueron formando un montículo.

—Usted no es de por aquí, ¿eh? —inquirió el segundo hombre.

—No, soy del otro lado del océano, de Filadelfia.

—¿Ah, sí? —dijo el hombre—. Cuando estalle la guerra, ¿de qué lado estará?

El anciano suspiró.

—Yo no quiero la guerra. Confío en que no se derrame sangre, pero, si me veo obligado a elegir un bando, lo haré.

El hombre no se dio por satisfecho.

—Si no está usted a favor del rey, me niego a seguir cavando.

El sonido metálico de la pala al topar con piedra los alertó a todos y permitió al anciano eludir la respuesta.

—¿Es grande? —preguntó el otro de los que cavaban.

El chirrido de la pala reveló que, en efecto, lo era.

—Limpiadlo —ordenó el anciano—. Que veamos dónde están los bordes.

Al cabo de un rato supieron que habían encontrado una losa de buen tamaño lindante con otra.

—¡Meted la pala por debajo! —exhortó el anciano—. A ver si podéis moverla.

La muchacha se acercó balanceando el candil, que proyectó luces y sombras sobre la dolerita. El anciano la vio cerrar los ojos con fuerza.

¿Rezaba?

Levantaron la piedra unos centímetros y le pidieron a la joven que acercara la luz. El borde de la piedra parecía descansar en un recio travesaño. Debajo, la oscuridad era absoluta.

—¡Santo cielo! —exclamó uno de los braceros—. Esto es obra del hombre.

—¡Seguid levantándola! —ordenó el anciano—. Pero no la dejéis caer; deslízadla hacia un lado.

Eso hicieron, y quedó al descubierto un hoyo lo bastante grande para que cupiera un hombre.

—Abigail —dijo el anciano—, tumbate, mete el candil en el agujero y dime si ves algo.

Ella hizo lo que le pedía sin titubear, pero los braceros comenzaron a retroceder. El anciano se deshizo en improperios, pero, como debía sujetar a la muchacha de los tobillos para que no resbalara, no pudo ver adónde iban.

—¿Ves algo, hija?

—¡Libros! —gritó ella—. Montones de libros. Hay una biblioteca ahí abajo, ¡como yo le había dicho!

Se levantó. A la luz del candil, el anciano vio su rostro surcado por lágrimas de alivio.

—Supongo que habrá que bajar, ¿no? —dijo—. Hombres, coged la escalera.

Pero los braceros huían a buen paso y ya estaban a metros de distancia.

—¿Adónde vais? —gritó el anciano al viento.

—Como le hemos dicho, ahora se las arregla usted solo, caballero —fue la respuesta—. Nosotros no hemos estado aquí esta noche y no vamos a volver. Este sitio está maldito. Deberíamos habernos negado desde el principio.

—¿Y el dinero?

—Quédeselo. —La voz sonó ya muy lejos.

—Bueno, nos han dejado solos, jovencita. —El anciano suspiró—. Vamos a investigar tu biblioteca, ¿te parece?

Si la escalera hubiera sido solo un poco más corta, sus planes se habrían visto frustrados. Mandó bajar a la muchacha primero, pues pensó que sería lo bastante ágil para hacerlo con ambos candiles.

Cuando su cabeza desapareció, el anciano agarró el extremo de la escalera.

El viento salino soplaba con furia, azotándole el rostro.

¿A algún poder supremo le enfurecía aquella intrusión?

Olvidó sus reparos y, volviéndose de espaldas al hoyo, buscó con el pie gotoso el primer peldaño de la escalera.

Y así fue cómo Benjamin Franklin entró en la Biblioteca de Vectis.

Los ronquidos, graves y vibrantes, fueron lo primero que Will Piper oyó al despertar. Por un instante, pensó que alguien había puesto en marcha los motores, porque el sonido gutural procedente del camarote de invitados guardaba un asombroso parecido con el ruido sordo de los dos Crusader 454 del yate al ralentí. Esos motores antiguos eran reliquias irritables que precisaban mimos y cuidados constantes para hacer lo que debían hacer.

«Como yo», solía decir Will.

Miró el techo de teca del camarote principal y luego recorrió las cortinas y abrió la ventana. Aquella bruma plana e intensa era típica de enero. No tardaría en disiparse. Si el pronóstico meteorológico era acertado, llegarían a los veinte grados. No estaba mal teniendo en cuenta que en Washington habría diez centímetros de nieve sucia... Pensó en su misión matinal, una tarea bastante sencilla: persuadir a Phillip de que lo acompañara a pescar atunes en el golfo.

Su almohada estaba caliente; la de Nancy, fría y sin usar. Se la puso debajo de la nuca y cerró los ojos. Los ronquidos de Phillip no iban a aflojar, y, aunque lo hicieran, sabía que él ya no volvería a quedarse dormido. A sus sesenta y cuatro años, había dejado atrás ese dormir profundo y sin sueños de la juventud; era algo que añoraba enormemente, pero se alegraba de haber conservado al menos todo el pelo y la potencia.

El joven Phillip, en cambio, era una máquina de dormir bien afinada, un Ferrari del colchón. No costaba nada inducirle al letargo, pero sacarlo de él requería maniobras hercúleas: apertura de cortinas, zarandeos, camelos, olor a beicon. Y, a juzgar por la última semana, estarían discutiendo antes de que los grandes pies de su hijo pisaran la cubierta.

La marea cambiante meció suavemente el barco y tensó las amarras. El viento fresco lo apaciguó, como hacía siempre. Pero de pronto los dos motores del yate contiguo arrancaron ruidosamente. Se le agrió el humor y apartó de golpe el edredón. Se acabaron la paz y la tranquilidad.

Entonces recordó que su vecino había salido. ¿Quién diablos andaba enredando con el barco de Ben? Subió a cubierta a investigar.

Su guardarropa variaba poco de un día para otro: bañador con o sin camiseta; ese día, sin. Ya en cubierta, se rascó el pecho velludo como el gran primate que era y entornó los ojos a la intensa luz del día. Tenía la piel bronceada y reseca del sol, salvo por una graciosa franja blanca de la cintura a los muslos. Aún se le veía en forma, tenía el vientre razonablemente plano y espaldas anchas y fuertes. Aunque llevaba



años sin correr ni entrenar, mantener el barco a flote lo tenía siempre de aquí para allá, y quizá ese fuera el truco; claro que si la genética tenía algo que ver, no duraría mucho más, pues su viejo había palmado bastante antes de llegar a los sesenta.

El nuevo Regal de Ben Patterson ronroneaba en punto muerto, pero no había nadie al timón y las amarras seguían echadas.

Will fue hacia babor, se inclinó sobre la barandilla y gritó:

—¡Hola!

Dos cabezas rubias y mucha carne desnuda asomaron del salón del Regal. Will se pasó de inmediato la mano a modo de peine por el entrecano pelo dorado.

—¡Hola! —respondió una de las rubias.

Tendrían unos treinta y tantos, calculó, buena edad. Enseguida se presentaron. Una era la hermana de Ben, Margie, de Cape Cod, y la otra era Meagan, su mejor amiga. Meagan era un bombón.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Meagan.

—Will. ¿Vais a salir, chicas?

—Desde luego —respondió Margie—. Ya no aguantábamos más el invierno. Ben ha tenido el detalle de invitarnos a pasar la semana aquí y prestarnos su barco. Hay que disfrutar de la vida mientras dura, como dice todo el mundo. ¿Te vienes?

—Me encantaría, pero no puedo. Mi hijo duerme.

—¿Cuántos años tiene?

—Quince y medio.

—Una edad estupenda.

—¿Tú crees? —preguntó Will—. Para mí la edad estupenda es la vuestra.

Meagan lo reprendió con un dedo amenazador, seña universal de «niño malo».

—Oye, me suena tu cara. He visto tu foto en algún sitio, seguro.

Él se encogió de hombros. No quería entrar en eso, pero, antes de que pudiera cambiar de tema, ella ya había sacado el móvil y, apuntándole con él, había obtenido un montón de imágenes coincidentes.

—¡Ay, Dios, Margie! Es Will Piper. ¡Will Piper! El de la Biblioteca.

—Me declaro culpable —dijo él.

—¿Qué va a pasar en febrero? —le preguntó Meagan como si él no hubiera oído antes esa misma pregunta.

—No tengo ni idea. ¿Necesitáis ayuda para zarpar?

Sentado en la cocina del yate como un zombi, Phillip miraba fijamente el móvil. Will no pudo evitar ver emerger de la pantalla en 3D las caras de los necios de sus amigos bromeando unos con otros en una jerigonza incomprensible. El idioma se había ido oficialmente al garete. Entonces reconoció el rostro hosco y desapacible del mejor amigo de Phillip, Andy, y distinguió la palabra «deberes».

Aprovechando la coyuntura, Will lo interrumpió.

—¿Tienes deberes?

Phillip pulsó la tecla de silenciar y dio un mordisco a la tostada.

—Una redacción.

—¿De qué tipo?

—Solo una redacción.

—¿Cuándo la harás?

—Ya casi la tengo hecha, tranqui.

Will gruñó su aprobación.

—Va a hacer muy buen día. Me gustaría que vinieras conmigo.

—¿De pesca?

—Ajá.

—No, gracias.

—¿Por qué no?

—No me va lo de matar criaturas indefensas.

—Los pescamos y los soltamos.

—No me va lo de hacer daño a criaturas indefensas. —Se enganchó el labio con el dedo índice como si fuera un anzuelo y puso cara de tormento.

—Por Dios, Phil.

—He quedado.

—¿Con quién?

—Con unas chicas.

—No sabía que conocieras a nadie por aquí.

—Ahora ya lo sabes.

Dicho esto, Phillip volvió a activar el sonido del móvil e ignoró a su padre.

«Chicas —pensó Will—. De tal palo, tal astilla.»

Más tarde, cuando Phillip salió al fin, Will se acercó a la oficina del puerto deportivo para espiarlo. Por las ventanas vio que un descapotable amarillo se detenía y tres chicas guapas recogían a su único vástago. El chaval era un pelín larguirucho pero atractivo, con los huesos grandes de su padre, alto para sus quince años y de pelo rubio y rebelde. Por suerte, había salido a su padre en la estatura. Nancy era un tapón hasta que se enfadaba. Entonces parecía que Will encogía. Últimamente le había echado broncas a distancia de sobra para que se sintiera pequeño.

Cogió un bolígrafo del mostrador de recepción y, llevado por sus instintos de padre y de antiguo agente del FBI, anotó la matrícula del descapotable. Nunca se sabe, nunca se sabe.

Volvió a bordo del *Will Power*, miró la plaza vacía de su vecino y suspiró. Tenía que haberse ido con las señoritas. Le quedaba todo el día por delante. Si lo de pescar estaba descartado, entonces ¿qué? Llevaba un tiempo posponiendo la revisión del

sistema de refrigeración. A regañadientes, decidió que había llegado el día de ponerse perdido de grasa.

Horas después, oyó que el Regal volvía. Abandonó encantado sus herramientas, se limpió las manos con un trapo y salió al aire cálido de una tarde magnífica. Supuso que las señoritas tendrían problemas para atracar el yate marcha atrás, y no se equivocaba. Tras dos intentos fallidos de Margie de hacer girar el yate alrededor del pilote, Will se ofreció a subir y atracarlo. Lo encajó a la perfección y lanzó las amarras a un par de brazos enrojecidos por todo un día al sol.

—Nuestro caballero de refulgente armadura —dijo Meagan—. ¿Una copa?

—Deja que me vista un poco.

De nuevo en el *Will Power*, sacó un polo de la cómoda y empezó a hablar consigo mismo, inconsciente de lo paradójico de su pequeño discurso dado el nombre del barco: carácter, en inglés.

—Contrólate un poco, por el amor de Dios, Will. Intenta no quedar como un completo idiota, ¿vale? ¿Podrás? ¿Crees que serás capaz?

Al sacar la cabeza por el cuello, se encontró mirando fijamente una foto de Nancy en la ceremonia de jura de su cargo en el FBI, en Washington, por la que ascendía a subdirectora ejecutiva del departamento de delitos informáticos. Estaba guapa ese día, muy contenta. Él había estado a punto de echar a perder la relación por imbécil, por quejarse de tener que vivir en Washington. Lo habían superado, habían llegado a un acuerdo. Ahora, si no se andaba con cuidado, podía fastidiarlo otra vez.

Will se relajó en una silla de cubierta del Regal y bebió con fruición su cerveza. Se controlaba mucho con la bebida, y aún era muy temprano, pero tenía derecho a divertirse. Salvo por la fugaz visita de Nancy a Panama City en Navidad, apenas la había visto en los últimos dos meses. Y las vacaciones forzosas de Phillip con papá no habían sido la mar de divertidas precisamente.

Las señoritas quemadas por el sol tenían una nevera llena, montones de aperitivos y una reserva interminable de conversación alegre. Lo mimaron, y sobre todo Meagan no dejó de pasarle cervezas y cebarle el ego. Que si su barco era genial, que si lucía un bronceado estupendo, que si estaba en muy buena forma (para su edad), que si era la primera celebridad a la que conocía en persona...

—¿Cuándo te compraste el barco? —preguntó Margie.

—Hace unos quince años. Lo cambié por un autobús.

—¿Por un autobús?

—Es una larga historia —respondió Will.

Ella se conformó y pasó a otra cosa.

—¿Vas a quedarte aquí todo el tiempo?

—Depende de cuánto tiempo sea eso.

—Más de trece meses, espero —dijo Meagan.

—Espero.

Pasó una hora y el sol y la cerveza adormilaron a Margie. Meagan le preguntó si quería cenar con ellas. Will envió un mensaje a su hijo y este le contestó enseguida. Tenía otros planes.

—Me apunto.

—Voy a dejarla dormir —anunció Meagan—. Prepararé algo de pasta. ¿Sabes cómo funciona la cocina de Ben?

Abajo, la brisa vespertina apenas mecía el barco. Will abrió la bombona de propano y encendió el quemador, luego se tumbó en el sofá mientras Meagan troceaba y cocinaba. Miraba hipnotizado el tejido ceñido del biquini que cubría su firme trasero. Buscando las especias, Meagan se topó con una botella de whisky escocés en uno de los armarios.

—Me encanta —ronroneó—. Que no se me olvide reponerla antes de que nos vayamos. ¿Te apetece un poco?

Will conocía la marca de Ben. Johnnie Walker Etiqueta Negra, su mejor y su peor enemigo. Suspiró.

—No bebo.

—¡Pero si te has tomado tres cervezas!

—No bebo whisky.

—El alcohol es alcohol.

—No, qué va.

—¿Qué es lo peor que podría ocurrir? No vamos a dejar que te caigas al agua. Además, yo soy enfermera. Puedo con lo que sea.

—Podría llamar mi mujer.

—Para eso está el buzón de voz, cielo.

El primer sorbo largo trajo consigo la agradable sensación de lo conocido. Oscuro, intenso, le despertó el paladar y le hizo cosquillas en la garganta. A los pocos segundos, se lo notó en la cabeza, una oleada de placer adormecedor. «Hola, Johnnie —pensó—, ¿dónde estabas, amigo?»

Mientras ella salteaba, él apuró un vaso y se sirvió otro.

Cuando la salsa empezó a hervir a fuego lento, ella se sentó con él en el sofá, se sirvió su segunda copa y se puso seria.

—Sé que casi siempre me lo tomo a broma, pero me aterra. Nadie parece saber la respuesta. ¿Qué va a pasar realmente el 9 de febrero de 2027?

—No sé más que los demás —dijo él—. No poseo información privilegiada.

—¡Sí, pero todo esto lo sabemos por ti! Perdona que insista, pero es que me parece increíble que esté sentada aquí con Will Piper. Si no aprovecho la ocasión, luego me tiraré de los pelos.

—Llevo más de quince años al margen del asunto. Más que al margen, soy

persona non grata para el gobierno. —Dio otro trago—. Si no fuera porque aún no he jugado mi mejor baza, estoy seguro de que me habrían echado hace años.

—La base de datos.

Will asintió con la cabeza.

—Eres FDR, ¿verdad?

Fuera de registro. Más allá del horizonte.

—Sí, soy FDR.

—A estas alturas, yo también, supongo —dijo ella—. De todas formas, ¿podrías buscarme?

—No tengo acceso a la base, de verdad.

—Creo que en el fondo nunca he querido saberlo.

—Ya lo veo.

—Es horrible pensar que todo acabará en cuatrocientos días o los que sean... ¡La gente tiene un reloj de cuenta atrás en la pantalla! El mundo está completamente obsesionado y estresado.

—Yo intento no pensar mucho en ello —explicó Will—. Me limito a vivir.

—Sí, pero tienes un hijo.

Will le tendió el vaso para que se lo rellenara.

—Esa, jovencita, es la peor parte. También tengo una hija, probablemente mayor que tú, de un matrimonio anterior.

—¿Algún nieto?

—Uno. Laura tiene un hijo, Nick. Muy buen chaval.

—Entonces tú crees que el mundo se va a acabar.

—Sí, no, puede, puede que no, quizá sí, quizá no. Depende del día en que me lo preguntes.

—¿Hoy?

Se chupó el dedo y lo levantó al aire.

—¿Hoy? Sí, se acabó.

—Entonces ¿por qué no bebes whisky?

Él agitó el vaso.

—Creo que ya ha quedado claro que he vuelto.

—Digo en general. Casi toda la gente que conozco se dedica a comer, beber y ser feliz.

—Si dependiera solo de mí, probablemente sería un hedonista de primera. Nancy, mi esposa, no lo consentiría. Hay cosas peores que la muerte. No sabes cómo se pone cuando se enfada.

Meagan se rio.

—¿Dónde está?

—En Washington. Tiene un buen puesto en el FBI. Mi hijo vive allí con ella.

—¿Separados?

—No. Odia verme mustio en nuestra casa de Virginia. Esta es la solución que hemos encontrado. Yo soy de aquí, siempre me ha gustado esto. Dentro de un año o así, cuando nos acerquemos al horizonte, ya veremos dónde nos retiramos.

Meagan dejó el vaso y recorrió con un dedo el polo de Will, desde el cuello hasta el ombligo; el roce de la uña contra el algodón sonaba como el ruido de una cremallera.

Will sabía lo que estaba pasando, pero preguntó con inocencia:

—¿De qué va todo esto?

—Mi salsa está más buena cuando se hace a fuego lento durante mucho rato.

—Me gusta la salsa boloñesa bien hecha.

—Pues ven a mi catre o mi piltra o como se llame la cama en un barco.

—Margie está ahí mismo.

—Tiene un sueño muy profundo. —Se llevó una manaza de Will al pecho izquierdo—. Me parece que deberíamos divertirnos un poco, ¿no crees? Me has gustado desde el principio.

Will hizo esfuerzos por encontrar una respuesta. Ya no pensaba con claridad y aquel pecho era bonito y suave.

—Eres una especie de diablo en biquini, ¿verdad?

Ella se arrimó un poco y lo besó en la boca.

Después de medio minuto, él se apartó y dijo:

—¿Sabes? Creo que voy a tener que declinar tu amabilísima invitación.

—¿Tu esposa?

Asintió con la cabeza.

—He hecho promesas. A ella. A mí.

—Sí, pero ¿no me encuentras atractiva? —Deslizó una mano en la entrepierna de Will.

A él le daba vueltas la cabeza.

—Claro que sí.

—El mundo se va a acabar. ¿No deberíamos divertirnos?

Admiró las piernas de Meagan.

—Ese es un punto de vista corriente, pero... —Inspiró hondo y, al espirar, ocurrió algo.

Notó que no podía expulsar el aire, como si se le acumulara en los pulmones y le presionara el pecho. Intentó levantarse, pero no pudo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

—Me...

La presión lo agobió y trató desesperadamente de tomar aire. Oía un pitido, como si un tren estuviera pasando muy cerca. Había atravesado malos ratos en su vida, se

había visto en tiroteos con hombres decididos a matarlo, pero jamás había sentido la clase de pánico que lo inundaba en ese momento.

Notó los dedos de Meagan en la carótida, y oyó una voz lejana que decía:

—Dios mío, te está dando un infarto.

Por la ventana del salón el cielo, aún azul, empezaba a oscurecerse. No quería dejar de mirarlo, pero lo perdió de vista cuando se desplomó sobre la alfombra.

«Soy FDR —pensó—. No debería morir hoy.»

## 2

### *Lo que el 9 de febrero de 2027 significa para mí*

por Phillip Piper

A partir de hoy, quedan trescientos noventa y cuatro días para el «Gran día», el «Horizonte», el «Último día de clase», como lo llaman muchos chavales. Todos se preguntan qué pasará y la gente piensa todo tipo de chifladuras. ¿Nos borrará del mapa un asteroide del tamaño de Rhode Island? ¿Nos tragará un agujero negro? ¿Nos freirán los rayos gamma del sol? ¿O será el 10 de febrero un día más? Yo no soy distinto de los que piensan en el destino de la humanidad salvo en una cosa: mi padre es Will Piper, el hombre que habló al mundo acerca del 9 de febrero de 2027. Me cuesta un poco terminar esta redacción porque mi padre está muy enfermo. Ha tenido un infarto y está en el hospital. Sé que es FDR, pero eso no implica que se vaya a poner bien. Nadie sabe si volverá a caminar o a hablar o si podrá respondernos. Lo tienen conectado a un respirador en la UCI. Le están dando una medicina nueva, a ver si le ayuda. Pero sé que, si estuviera consciente, no pararía de darme la vara para que entregase la redacción a tiempo, así que eso es lo que voy a hacer.

Yo ni siquiera había nacido cuando se descubrió todo esto, en 2009 y 2010. Me enteré de todo, y del papel que había desempeñado mi padre, a los doce años, creo. Escribió un libro, que no he leído, lo reconozco. Pero sí vi la película, *La biblioteca de los muertos*. Me encantó, aunque se me hizo raro ver a actores haciendo de mis padres. Mi madre siempre decía que ojalá ella fuera tan guapa como la actriz que interpretaba su personaje, pero mi padre nunca quería hablar de la película. Decía que era una patraña plagada de inexactitudes y que ojalá no les hubiera dejado hacerla. La verdad es que él nunca ha sido de esos a los que les gusta ser el centro de atención.

En 2009, mi padre era agente del FBI en Nueva York. Se metió en un caso de un tipo al que llamaban «el asesino del Juicio Final». Un hombre de Nevada enviaba postales a personas de Nueva York anunciándoles el día en que iban a morir y los nueve murieron en la fecha exacta. Nadie se imaginaba lo que estaba pasando porque no había nada que relacionara a las víctimas, y los «asesinatos» eran distintos. Mi padre llevaba el caso, y mi madre, que entonces no era mi madre, era agente especial. Formaban equipo, y supongo que podría decirse que aún lo forman.

Nada tenía sentido y siempre acababan en un callejón sin salida. Pero mis padres, muy listos, averiguaron que las postales venían de un genio de la informática llamado Mark Shackleton, que trabajaba en un laboratorio de alto secreto del gobierno, en Área 51, Nevada. Y no solo eso: mi padre conocía a ese tío porque habían sido compañeros de cuarto en su primer año de universidad. En 2009 todo el mundo creía



que Área 51 era una especie de arsenal secreto o un sitio donde se estudiaban los ovnis. La verdad resultó aún más asombrosa.

Área 51, como todo el mundo sabe ya, es la Cripta donde se guarda la famosa Biblioteca de Vectis. En el año 777, el séptimo día del séptimo mes, nació en Inglaterra, en un lugar llamado Vectis (hoy la isla de Wight), un bebé que era el séptimo hijo del séptimo hijo. El niño creció y se convirtió en una especie de sabio obsesionado con escribir listas de las fechas de nacimiento y muerte de gente de todo el mundo, personas a las que no conocía. Unos monjes de una abadía lo acogieron y vieron que lo que hacía era milagroso. Fundaron una orden secreta para que cuidara de él y fueron reclutando a mujeres para que dieran a luz a sus hijos y a los hijos de sus hijos. A lo largo de los siglos, miles de estos sabios crearon una inmensa biblioteca subterránea: más de setecientos mil libros que contenían las fechas de nacimiento y muerte de todas las personas del mundo hasta el 9 de febrero de 2027. Nadie sabe cómo lo hicieron. Algunos dicen que debían de tener una especie de conexión psíquica con el universo o con Dios. Supongo que nunca lo sabremos. Pero en el siglo XIII sucedió algo. De pronto, cuando trabajaban en las páginas del 9 de febrero de 2027, dejaron de escribir nombres. En su lugar, escribieron *Finis Dierum*, que en latín significa «el fin de los días». Luego todos se quitaron la vida.

Después de eso, los monjes sellaron la Biblioteca y nadie supo de su existencia hasta que unos arqueólogos británicos la encontraron en 1947. Winston Churchill se la regaló a los estadounidenses, que vieron que podía resultarles muy útil. El gobierno estadounidense creó Área 51 para alojarla e invirtió mucho tiempo y dinero en encontrar un modo de aprovechar los datos con fines políticos y militares. Por ejemplo, sabiendo que cincuenta mil personas de nombre paquistaní iban a morir un día determinado, se podía planificar perfectamente la respuesta estadounidense a la crisis. Durante cincuenta años, nadie ajeno al gobierno supo de la existencia de la Biblioteca, hasta que mi padre lo averiguó.

Mark Shackleton tenía sus propias ideas en cuanto a qué hacer con esos datos. Quería sacarles dinero y por eso inventó el Juicio Final como parte de su plan. Mi padre descubrió que la Biblioteca existía y le paró los pies. Se hizo con una copia de la base de datos de los nacimientos y muertes de todos los habitantes de Estados Unidos hasta 2027. Si tu muerte no estaba registrada en la base de datos, se te consideraba FDR, fuera de registro. Se buscó a él, nos buscó a mi madre y a mí, y a algunos parientes. Todos éramos FDR. Escondió la base de datos en Los Ángeles a modo de seguro de vida.

Durante un tiempo, mi padre guardó el secreto de Área 51 por un acuerdo al que llegó con el gobierno. No creo que le hiciera mucha gracia, pero quería protegernos, a mí y al resto de la familia (yo nací en 2010); además, siempre pensó que, si la gente supiera la fecha de su muerte, podría perder la cabeza y liarlo todo. Él y yo nunca

hemos hablado de esto, pero en la película su personaje lo pasa fatal por haber decidido guardar silencio. Creo que eso es cierto. Pero cuando yo era niño unos jubilados de Área 51 se pusieron en contacto con él. Eran parte de un grupo llamado Club 2027, que intentaba averiguar qué sucedería en ese año.

Uno de los libros de la Biblioteca de Vectis, de 1527, fue a parar a una casa de subastas de Londres. Querían que mi padre lo recuperara. Era el único libro que faltaba de la Biblioteca de Área 51, y pensaban que podría contener algunas respuestas sobre 2027. Tenían razón. En su interior había escondido un soneto escrito por un joven William Shakespeare. Mi padre fue a Inglaterra y, en una vieja casa llamada Cantwell Hall, siguió las pistas del soneto y averiguó lo del fin de los días y lo de que los sabios se habían suicidado. También se enteró de que el conocimiento de la Biblioteca de Vectis había influido en algunas figuras históricas famosas, como Calvino y Nostradamus, por no hablar de William Shakespeare.

En Área 51 había un cuerpo de seguridad, agentes del gobierno a los que llamaban «vigilantes» que fueron enviados para detener a mi padre y casi lo lograron. Intentaron envenenar a toda mi familia con monóxido de carbono. Yo estuve a punto de morir, pero mataron a mis abuelos, a los que no llegué a conocer. Mi madre y yo nos escondimos, y mi padre se fue a Los Ángeles a recuperar la base de datos oculta. Los vigilantes le dispararon y él huyó a la casa del cabecilla del Club 2027 en Las Vegas. Allí lo capturaron, pero mi madre lo salvó y eso moló mucho.

Mi padre le dio la base de datos a Greg, el marido de mi hermanastra, que era periodista del *Washington Post*, porque, después de pensarlo mucho, decidió que la gente tenía derecho a saber lo que sabía el gobierno. Greg escribió un artículo sensacional sobre la Biblioteca y mi padre, muy a su pesar, se convirtió en una celebridad. Mi madre siguió trabajando en el FBI. Aún sigue allí.

La base de datos no se hizo pública. El gobierno demandó al periódico y el caso llegó al Tribunal Supremo. Así que la gente no se enteró de la fecha de su muerte, pero todo el mundo sabe lo del 9 de febrero de 2027. Es curioso, pero nunca habría dedicado mucho tiempo a pensar en el 9 de febrero, a pensar en ello de verdad, hasta que mi padre se puso tan enfermo. Desde que soy lo bastante mayor para entender las cosas, no ha muerto ni se ha puesto gravemente enfermo nadie cercano a mí. Ha hecho falta que a mi padre le diera un infarto para que eso cambiara. Ahora soy consciente de lo frágil que es la vida y de cómo, así, sin más, nos la pueden arrebatar. Ahora me da miedo lo que le pueda pasar y, lo admito, me da miedo lo que me pueda pasar, lo que pueda ocurrirles a mi madre, a mis amigos, a todos los habitantes del planeta.

No tengo respuestas. Aunque sea hijo de Will Piper, estoy tan perdido como cualquier otro sobre lo que nos va a pasar. Pero esto es lo que pienso. Pienso que deberíamos procurar hacer especiales todos y cada uno de esos trescientos noventa y

cuatro días. Deberíamos intentar ser superamables unos con otros, intentar no ser unos capullos, intentar sonreír mucho, e intentar no protestar y quejarnos de todo o estar superdeprimidos. Deberíamos vivir al máximo cada día y disfrutar. Tal y como yo lo veo, nos quedan trescientos noventa y cuatro días horribles o trescientos noventa y cuatro días geniales. Yo voy a por los geniales.

Creo que eso es lo que Will Piper elegiría también.

### 3

A través de la impenetrable niebla de la enfermedad había oído voces, algunas reconfortantes y reconocibles, otras no. Las desconocidas pronunciaban palabras bruscas, extrañas: troponina, creatina quinasa, descendiente anterior izquierda, ecocardiografía de perfusión miocárdica, cine-RM, presión arterial pulmonar, dopamina, saturación de oxígeno, ventilación mecánica, cardiomioplastia.

El tiempo era insondable. Más adelante, compararía su percepción con los relojes blandos de Dalí. Un segundo. Un día. Un mes. Todo era igual. Era sobre todo consciente de la incomodidad del tubo respiratorio de la nariz, que se convirtió en su némesis.

Cuando era un joven agente del FBI, una estrella del retorcido mundo de los asesinos en serie, perseguía su objetivo con pasión y agresividad devoradoras, siempre en detrimento de quien compartiera con él la cama y la vida en ese momento. Ahora el tubo era su enemigo. No estaba seguro de por qué se lo habían metido por la garganta. Los pensamientos racionales acerca del tubo se diluían debido a los sedantes que le habían administrado para evitar que se lo arrancara. Y, por si se despejaba entre dosis, lo tenían atado por las muñecas a los barrotes de la cama, como en una pesadilla.

Un día, la niebla levantó y empezó a ser consciente de su entorno. Lo tenían medio incorporado. Le ardía la garganta, pero ya no notaba el plástico rígido en los orificios nasales. Alzó la mano, contando con que las ataduras se lo impedirían, pero pudo llevársela sin problemas a la cara, que se palpó en busca del tubo desaparecido.

Miró a un lado, luego al otro. Estaba en una habitación con paredes de cristal y luces tenues. Había máquinas que emitían suaves pitidos. Le habían puesto una vía intravenosa en la mano. Bajó la mano a la entepierna, que le picaba. Tenía una sonda. Le dio un tirón y deseó no haberlo hecho. Al gritar, su cuerpo se echó hacia delante y se le cayó la almohada.

Entró una guapa enfermera.

—Hola, señor Piper. Soy Jean. Bienvenido al mundo de los vivos.

Se inclinó a recolocarle la almohada. Al hacerlo, le acercó los pechos a la cara. «El mundo de los vivos está bien», se dijo. Pero necesitaba un poco más de concreción.

—¿Dónde estoy?

—En Miami. En el Miami Heart Institute.

—Odio Miami.

Ella rio.

—Me duele una barbaridad la garganta —gruñó él.

—Le daré una pastilla. Le hemos quitado el tubo respiratorio a las dos de la

mañana y son las seis.

Will se señaló abajo.

—¿Me puedes quitar esa cosa?

—Enseguida se la quitarán.

Una pregunta mayor le vino a la cabeza.

—¿Qué me ha pasado?

—Tuvo un infarto. Uno gordo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cinco semanas. Estuvo una semana en Panama City y luego lo trasladaron aquí.

—Dios.

Una flebotomista vino a sacarle sangre. Le sonrió, luego le pinchó en el brazo amoratado.

La enfermera colgó del gotero una bolsa de algún medicamento, después dijo:

—Se le ha notificado a su esposa que ya le han quitado el respirador. No tardará en venir. La doctora Rosenberg pasará a hacer la ronda dentro de una hora y le contará todos los detalles de lo sucedido.

—¿Doctora?

—Sí, doctora.

—Estoy rodeado de mujeres. —No sonó a protesta.

La doctora Rosenberg llevaba el pelo repeinadísimo hacia atrás. Era muy seria, en absoluto la clase de mujer con la que Will se encariñaba instintivamente, pero en este caso disponía de mucho tiempo para ella.

Había tenido un coágulo, le explicó. Una placa rota en la parte superior de la arteria descendiente anterior izquierda, debido a un mal flujo colateral de las otras venas, le había debilitado e inutilizado buena parte del ventrículo izquierdo, el principal músculo impulsor de la sangre. El fallo cardíaco era grave.

En otros tiempos sus opciones se habrían limitado a una válvula mecánica, un aparatito que le habría permitido moverse pero que lo habría tenido permanentemente atado a una batería, o un trasplante de corazón, con todos los riesgos que conllevaba.

—Me importan un comino los otros tiempos —espetó Will sorbiendo zumo de manzana por una pajita—. ¿Qué posibilidades tengo ahora?

—Por suerte ha habido toda una revolución en el tratamiento de la cardiopatía coronaria —dijo la médico—. Le hemos administrado MyoStem, un nuevo preparado de células madre de músculo cardíaco aprobado por Sanidad. Se lo he inyectado directamente en las zonas dañadas a través de un catéter. Lo ha aceptado muy bien. Yo lo comparo con replantar un césped seco. Aún tiene algunas calvas, pero terminará cubierto del todo.

—¿Volveré a estar normal?

—¿Es usted corredor de maratón?

—En esta vida, no.

—Entonces, volverá a estar normal.

—¿El sexo?

—Casi todos los pacientes me lo preguntan —admitió ella, divertida—, pero no tan pronto. La actividad sexual no tiene por qué darle problemas.

«Mientras pueda pescar y echar un polvo, estaré bien», se dijo.

Al menos hasta el 9 de febrero.

Cuando llegó Nancy, estaba sentado en la cama, peinado y con los dientes cepillados. Le dedicó instintivamente la misma sonrisa tontorróna que solía esbozar cada vez que la fastidiaba con ella.

Nancy se detuvo a los pies de la cama; lloraba.

—Eh, cielo —le dijo él.

Se la veía tan menuda y delgada... «Ha perdido peso —pensó Will—. Pobrecilla. En menudos líos la meto.»

Cuando era más joven, el estrés la había hecho engordar. Ahora le había pasado lo contrario. En los primeros años de su matrimonio, él le había ido lanzando pequeñas indirectas que habían conseguido que se picara y terminara haciendo dieta. Sin embargo, cuando a los treinta y tantos había empezado a ascender de verdad dentro del organigrama del FBI, algo cambió. Quizá fuera la presión de las labores directivas o el peso de estar casada con alguien como él o el exceso de entrenamiento matinal en el gimnasio, pero su cuerpo se había vuelto delgado y firme. Y él no se quejaba.

Se llevaban casi veinte años. Ella era aún una mujer bastante joven; Will estaba entrando en lo que él mismo veía como sus años de cascarrabias. Se sabía predecible, pero en su opinión ella era cambiante como el viento. Algunos días le parecía dura como una piedra, exigente y tremendamente segura de sí misma; otros días, diminuta, necesitada e indecisa. Algunos días protestaba amargamente por estar en Washington llevando una vida de madre soltera, y le hacía sentirse un egoísta asqueroso por no estar con ella; otros días le decía que ya estaba harta de la burocracia de la capital y que quería hacer las maletas y mudarse a Florida.

Y ahora esto.

—No... —No pudo terminar la frase.

—Ven aquí —pidió él.

La barra de la cama estaba bajada. Nancy se inclinó y lo besó, y le humedeció la mejilla con sus lágrimas. Will la envolvió con el brazo libre, en el que no tenía pinchada la vía. Quiso achucharla, pero estaba débil como un gatito.

—Lo siento —le dijo.

Ella se irguió.

—¿El qué?

—Ser tan coñazo.

—¿Desde cuándo te disculpas por eso?

—Supongo que es algo nuevo.

—No durará. Por Dios, Will, pensábamos que te perdíamos.

—Soy FDR, ¿recuerdas?

—Ya sabes a lo que me refiero. Como Mark Shackleton.

Mark Shackleton, el de las famosas postales, había operado con absoluta impunidad porque sabía que era FDR. Los agentes de Área 51 le habían disparado a la cabeza hacía quince años y seguía vivo pero en coma, como un vegetal.

—Te las he hecho pasar canutas. Me alegro de no haber terminado como Shackleton. La doctora Maritiesa ha venido a verme esta mañana. Me ha dicho que me han administrado un tratamiento nuevo.

—La doctora Rosenberg. En cuanto una mujer no es bonita y tonta te parece una estirada.

Will sonrió.

—Mira, ya estamos discutiendo otra vez. Como en los viejos tiempos.

—Te he echado de menos.

Él asintió con la cabeza y le preguntó en modo ráfaga:

—¿Cómo lo llevas? ¿Dónde te alojas? ¿Y Phillip?

—Intento llevarlo lo mejor posible, sobre todo por Phillip. Ha vuelto a clase; está en casa de Andy. Sus padres se han portado muy bien. Yo me alojo en un hotel cerca del hospital.

—Estás de permiso.

—Ese era el plan, pero se ha fastidiado. La cosa se ha complicado. Lo he estado coordinando todo desde aquí, desde la oficina de Miami. He llamado a Phillip esta mañana para ponerlo al día. Llega esta tarde, con Laura y Greg.

—¿Laura está bien?

—Ha venido un par de veces. Estaba preocupadísima.

—¿Y Nick?

—También está bien. En el colegio. —Nancy apretó la mandíbula, un gesto que Will conocía muy bien.

—¿Qué? —preguntó.

—No quiero hablarte de nada desagradable en un momento como este, pero antes de que llegue Phillip quiero que sepas que estos días ha estado muy confundido.

Will esperó a oír más.

—Por las circunstancias de tu infarto. Los de urgencias te encontraron con un par de jovencitas en el barco de Ben Patterson.

Will repasó deprisa sus recuerdos, pero no le vino nada a la cabeza e imaginó lo

peor.

—Dios, lo sien...

—Por favor, no te disculpes conmigo, Will. No es eso lo que busco. Solo te pido que tengas un poco de tacto con Phillip. Está hecho un auténtico lío.

Will se irguió y la acercó a él para volver a abrazarla.

—Te juro, Nancy, que, durante el tiempo que nos quede en este mundo, voy a ser mejor persona.

Le trajeron una tartita con una vela a pilas; las velas de verdad estaban prohibidas en la oxigenadísima UCI.

Las enfermeras lo vistieron con su ropa, que ahora le quedaba holgada, y lo sentaron en un sofá para que pudiera recibir visitas más cómodamente. Seguía llevando la vía, estaba conectado a los sistemas de monitorización y no podía quitarse el oxígeno de los orificios nasales, pero, para sorpresa de todos los que habían sido testigos de su coma, volvía a parecerse mucho al de antes.

Aunque tenía la voz ronca, los labios agrietados y embadurnados de vaselina y el semblante cetrino, sus ojos conservaban su antigua chispa y las comisuras de su boca revelaban aquella sonrisa de disculpa que le era tan característica.

Las visitas no podían durar más de veinte minutos. Nancy, Greg y Laura se le acercaron algo incómodos; Phillip se quedó junto a la puerta.

Laura nunca había dejado atrás su juventud de espíritu libre. Seguía siendo una hippy del nuevo milenio que se ponía vestidos largos de algodón y llevaba suelta su larga melena veteada de canas. Era novelista y contaba con un fiel grupo de lectoras de su misma cuerda a las que les encantaban sus historias de amores peculiares, abandono y azar. Ser la hija de Will Piper no había perjudicado a su carrera; algunas de sus seguidoras leían sus libros como si fueran textos sagrados en busca de verdades ocultas sobre 2027, tema que ella había hecho suyo hacía mucho.

Nick era su único hijo, unos meses mayor que Phillip. Siempre había sido motivo de tensión familiar el que el nieto y el hijo de Will tuvieran la misma edad. Laura no había ocultado su opinión de que Nick había tenido mala suerte y se había visto privado de la atención sin límites de su abuelo. No obstante, Will adoraba al chaval, siempre lo había hecho y, en las poco frecuentes visitas de Nick a Florida, le parecía mejor compañero de pesca que su hijo. Pero desde que lo habían metido interno en un colegio de New Hampshire apenas se veían.

Su yerno, Greg Davis, estaba tan tristón como de costumbre; durante la visita, se dieron el abrazo de rigor e intercambiaron unas palabras. La animosidad no era recíproca; no es que a Will le encantara el tipo, pero desde luego nunca le había desagradado. Si Greg era lo bastante bueno para su hija, también lo era para él.

El problema era la desilusión crónica de Greg y su convicción de que su carrera profesional podría haber florecido si Will hubiera querido ayudarle un poco.



Will siempre había rechazado la idea de plano. Cuando Greg era reportero júnior de plantilla en el *Washington Post*, allá por 2011, ¿no le había pasado la noticia del siglo? ¿No se había hecho famoso de inmediato por ser el primer periodista que había informado de la existencia de la Biblioteca de Vectis y de Área 51? ¿No le habían dado un Pulitzer? ¿Acaso era culpa de Will que los planes de Greg de escribir el libro de los libros sobre la Biblioteca se hubieran visto frustrados por la sentencia del Tribunal Supremo que obligaba al *Post* a desistir de su propósito y devolver al gobierno la copia pirata de la base de datos que obraba en poder de Will? ¿Acaso era culpa suya que Greg se hubiera visto obligado a firmar el acuerdo de confidencialidad del gobierno? ¿Que la editorial hubiera querido ipso facto su libro sobre el caso del Juicio Final?

Greg había dejado el *Post* tras la sentencia del Tribunal Supremo y había explotado un tiempo su notoriedad periodística trabajando en el *New York Times* y, luego, en una sucesión de revistas y publicaciones de empresa, ninguna de las cuales le había proporcionado grandes beneficios. Su último proyecto eran unas cuantas revistas electrónicas destinadas a las comunidades de inmigrantes residentes en Estados Unidos. Laura y él vivían ahora en Brooklyn, y se mantenían gracias a las novelas de ella.

Will pensó que le costaría tragar la tarta y se comió solo el glaseado.

—Lo mejor que he probado en mi vida —dijo.

—Cuando vuelvas a casa, te pondré tarta todos los días —le contestó Nancy.

—¿Te han dicho cuándo te van a dar el alta, papá? —preguntó Laura.

—No, pero la médico me dijo que, cuando el MyoStem va tan bien como en mi caso, la recuperación es rápida. Si dependiera de mí, salía hoy mismo.

—No depende de ti —dijo Nancy muy seria.

Él cambió de tema.

—¿Has podido escribir? —le preguntó a su hija.

—He estado algo dispersa.

—¿Y tú, Greg? ¿Cómo va tu negocio?

Greg había arrastrado a la mediana edad su cuerpo fuerte y su rostro anguloso, pero su mata de pelo rizado se había marchitado con los años. La cúpula de su cabeza era ahora visible y huesuda. La pregunta pareció animarlo.

—Hemos estado ocupados, muy ocupados, con lo de Nancy. Con ediciones especiales y todo.

Nancy miró furiosa a Greg.

—¿Qué es lo de Nancy? —preguntó Will.

—Nada —contestó ella dedicándole a Greg una mirada asesina—. Luego te lo cuento. No es nada de lo que haya que hablar ahora mismo.

En circunstancias normales, Will jamás habría dejado correr un comentario así, lo

habría rastreado hasta obtener una respuesta, pero estaba demasiado débil y atontado. Dejó que el hueso se le cayera de los dientes.

Le pidió a su hijo que se acercara. El chico avanzó unos pasos.

—Me han dicho que estás en casa de Andy.

Phillip asintió con la cabeza.

—¿Y qué tal os va? ¿Estáis haciendo algo o andáis todo el día de cachondeo?

—Va bien —respondió, taciturno, el chaval.

Will disimuló unas lágrimas sorbiendo los mocos.

—Siento haberte hecho pasar por todo esto.

—No pasa nada. ¿Puedo irme abajo con el NetPen?

—¿No quieres contarle a tu padre lo de tu premio? —intervino Nancy.

—No —dijo el chaval retirándose—. Cuéntaselo tú.

—¡Phillip! —lo llamó Will, pero ya se había ido—. ¿Qué premio?

—En el colegio les pidieron a todos que escribieran acerca de lo que significa para ellos el 9 de febrero de 2027. Las redacciones se presentaron a un concurso nacional. Phillip ha ganado el primer premio.

—¿Bromeas?

—Está en internet, papá. Está por todas partes —explicó Laura.

—Hasta la he publicado en mi NetZine —añadió Greg.

Nancy llevaba una copia en el bolso.

—Te la dejo en la mesilla —le dijo—. Léela cuando nos vayamos. Habla de ti.

—¿De mí? —preguntó, incapaz de contener la cascada de leves sollozos que lo estremecieron.

Nancy estaba eufórica.

—¡Tienes mucho mejor aspecto!

Will ya estaba en planta, desconectado de todo, salvo por una pequeña vía que llevaba en la mano.

—Me siento mejor —dijo él.

Se lo había encontrado paseando por los pasillos vestido con unos pantalones de chándal y un polo, haciendo el circuito de la planta. De vez en cuando se paraba, se tomaba el pulso, gruñía y seguía.

—¿Respiras bien? —preguntó ella.

Respiraba bien. Además, no le dolía nada, excepto los moratones de los pinchazos en los brazos.

Fueron a la habitación, donde él se sentó en la silla y ella en la cama.

—Mañana me harán una prueba de esfuerzo —explicó él—. Si sale bien, me mandarán a casa.

Ella asintió con entusiasmo, luego repitió enfática:

—A casa.

Will sabía a qué se refería.

—Detesto vivir en Virginia. Ya sabes lo que pienso.

—No puedo dejarte solo.

—No quiero estar solo.

—Will, ¿no crees que tu... —titubeó, incapaz de decir «infarto»— problema cambia las cosas?

—Estoy de acuerdo —dijo él—. Creo que cambia las cosas, sí. Creo que deberías jubilarte. Esto ha sido la gota que colma el vaso. Quiero que Phillip y tú viváis conmigo. En Florida. Phillip puede ir a un colegio de Panama City. O no ir al colegio, por lo que a mí respecta.

Nancy cerró los ojos, rabiosa y frustrada. Will contaba con que iba a saltar, pero, cuando volvió a abrirlos, resultó evidente que había logrado controlarse. Habló serena y con un autocontrol asombroso.

—Acordamos que no permitiríamos que el horizonte nos cambiara la vida. Pase lo que pase, estaremos juntos el 9 de febrero, y reiremos o lloraremos juntos, quizá un poco de cada. Hasta entonces, Phillip debe seguir yendo al colegio, yo debo seguir trabajando y tú debes seguir pescando.

No era lo que él quería oír, pero tampoco le sorprendía. Nancy era dura. Eso era lo que le gustaba de ella incluso cuando a él lo perjudicaba.

—Entonces por lo menos pasa un mes en Florida, hasta que me encuentre bien del todo. Luego podemos volver al plan A.

—No puedo.

Will perdió los nervios.

—¿Por qué coño no? ¿Es por eso en lo que Greg dijo que estabas metida? Explícame por qué eso es más importante que yo.

Ella suspiró.

—No es más importante que tú. Es un caso nuevo. Uno gordo. Estoy metida hasta el cuello.

—Por Dios, Nance, ahora mismo estás ya tan arriba en el escalafón que lo único que tienes que hacer es anotar nombres y patear unos cuantos culos.

—Que te crees tú eso. En este caso soy casi como una agente de campo.

Will detectó la angustia en su rostro, que, paradójicamente, se mostraba sereno.

—¿Me vas a decir de qué se trata?

—Postales —dijo ella—. Ha habido más postales.

El poco rubor que Will tenía en las mejillas se esfumó.

—¡No lo dirás en serio!

—Lo digo completamente en serio.

—¿Dónde? ¿Cuántas? ¿Quién ha podido ser o quién puede tener un móvil? ¿Por qué narices ahora?

Nancy le hizo una seña para que se calmara y le dijo con rotundidad que solo le hablaría del caso si le prometía que no se pondría histérico. Will cogió una botella de agua y se mostró de acuerdo.

—Lo cierto es que pensaba que lo habrías visto en la tele o en la red estos dos últimos días, o que se lo habrías oído comentar a alguien del hospital. Me alegro de ser yo quien te lo cuente.

—Sabes que odio los telediarios, ¿y por qué me lo iba a contar nadie?

—¿Porque eres Will Piper?

Vio por dónde iban los tiros.

—Empezó hace dos semanas. Cinco postales, todas franqueadas el mismo día. El mismo patrón que hace diecisiete años: un nombre y una dirección impresos por delante y sin remitente. En el dorso, un ataúd dibujado a mano y una fecha.

—¿Solo cinco?

—Ahora ya son quince.

—¿Matasellos de Nevada?

—De Nueva York.

—Déjame adivinar: distintas causas de muerte, distintos modus operandi, puede que ni siquiera fueran homicidios —dijo Will automáticamente.

—Exacto.

—Y no hay vínculos ni patrones.

—Es algo distinto a lo de 2009. Todos los destinatarios son chinos.

—¿Qué? —inquirió él, perplejo.

—Los diez primeros vivían casi todos en Chinatown, en Nueva York. Los cinco últimos son de San Francisco.

—¿Quién lo lleva?

—Nueva York, San Francisco. Hay buenos agentes en el caso. El problema es que mi nombre sale a colación a todas horas por los casos anteriores. El director me llamó el primer día y me dijo que se iba a saltar seis escalafones e iba a ponerme a mí directamente al mando. Tengo que mantenerlo informado personalmente día y noche. Quería que me fuera a Nueva York, pero, por tu enfermedad, me ha dejado trabajar desde Miami.

—Aparte de por el factor curiosidad que, desde luego, no descarto, ¿a qué tanta histeria? Es evidente que se trata de otro Shackleton. Algún imbécil de Área 51 está filtrando nombres otra vez.

—Por lo de los chinos. Tenemos encima al gobierno chino y a su Ministerio de Seguridad Estatal. Aunque las víctimas de las postales son en su mayoría ciudadanos estadounidenses, el gobierno chino está tremendamente agitado. También ellos piensan que viene de Área 51. Creen que se trata de una provocación. China es la segunda economía más grande del mundo. La nuestra decae y ellos se nos acercan muy deprisa. Están convencidos de que les estamos tocando las narices, que queremos ponerlos nerviosos. Nos han hecho saber por canales diplomáticos que, como no encontremos a quien está filtrando la información, no nos refinanciarán el pago de la deuda. Como nos reclamen unos cuantos cientos de miles de millones en billetes, la cosa se va a poner muy fea.

Will le hizo una seña de que quería cambiarle el sitio, tumbarse. Se echó en la cama y dijo:

—Menuda chiquillada. El mundo podría acabarse dentro de un año y vamos a andarnos con juegucitos estúpidos hasta el último día.

Ella asintió con desaliento.

—¿Qué quieres que te diga? Es la política oficial de Estados Unidos para mantener el statu quo.

—Mientras la NASA y todos los astrónomos del mundo siguen buscando el gordo que lleva nuestro nombre —dijo él. Entornó los ojos.

Nancy se sentó a su lado y le acarició el pelo.

—Pareces cansando, cariño.

—Lo haré —atajó él.

—¿El qué?

—Me iré contigo a Virginia. Hasta que me encuentre mejor. ¿Vale?

—Te quiero —dijo ella.

A él le tembló apenas el labio.

—Vuelvo contigo.

—Y yo te perdono.

Tuvo un flash mental de Meagan con su biquini diminuto y deseó ser capaz de recordar cuánto perdón necesitaba.

Roger Kenney subió seis pisos en el ascensor 1 hasta la planta baja y dejó el aire frío del edificio Truman por el calor arenoso del desierto de Nevada. El despacho del contraalmirante Duncan Sage en el edificio administrativo estaba a un paso, pero cuando volvió al aire acondicionado tenía las axilas de su uniforme empapadas de sudor.

El contraalmirante Sage le hizo esperar, algo que no era nuevo. Kenney sospechaba que ese juego de las esperas formaba parte del despliegue de poder de Sage, una frágil exhibición de dominio. El comandante en jefe de Área 51 no era precisamente el oficial más ocupado del ejército estadounidense en los últimos tiempos. Tampoco era el único oficial de la Armada de Estados Unidos anclado a tierra, pero desde luego era el único atrapado en el lecho seco de un antiguo lago en el desolado desierto de Nevada. Un accidente de la historia había puesto la base bajo jurisdicción naval cuando se había creado, allá por 1947, y Sage era el único pato que seguía fuera del agua.

Kenney odiaba a Sage profunda e incondicionalmente. Lo consideraba un malnacido pomposo e inseguro a quien, en la vida civil, no confiaría ni la limpieza de sus zapatos. Delante de los vigilantes con los que tenía confianza, los comandantes que estaban directamente bajo sus órdenes, Kenney llamaba sediciosamente a Sage «la babosa banana», por esa criatura tan posesiva y reservada que se arranca de un mordisco el pene cuando lo ha introducido en la hembra para evitar que otros machos la fecunden. No recordaba cómo conocía los hábitos de apareamiento de la babosa banana, pero era el típico dato curioso que andaba siempre memorizando para entretener después a los hombres que tenía a su mando.

La nueva secretaria de Sage, una civil que, según se rumoreaba, había sido stripper en un local de la franja de Las Vegas, recolocó los papeles de su mesa en el intento de parecer ocupada. Por decreto, todas las divisiones del ejército llevaban desde 2005 funcionando básicamente sin papeles, pero los auditores no visitaban las bases remotas como Área 51, y no estaba claro que Sage supiera manejar todos los recursos de productividad que tenía a su alcance.

Sentado tieso como un palo, Kenney observó a la secretaria. Era una mujer razonablemente madura y atractiva y no andaba del todo fuera de su rango de edad. Le atravesó el suéter con la mirada y llegó a la conclusión de que quería tirarle los tejos. A menos que la vieja babosa banana ya la hubiera taponado con su pene cercenado.

—¿Hay alguien con él? —le preguntó al fin.

—Está en una conferencia, coronel —dijo ella.

Sonó a mentira, pero no podía hacer nada al respecto. Decidió entretenerse con un juego. Confiaba plenamente en sus atributos: moreno, resuelto, esbelto, fuerte y rápido. Con la mirada clavada en ella, se propuso hacerle levantar la vista por control mental. Cuando lo consiguiera, le lanzaría una sonrisita traviesa. Pasaron quince tensos minutos. Tenía que volver al edificio Truman. Por primera vez en sus cinco años como responsable de los vigilantes, Kenney tenía de verdad muchísimo trabajo que hacer.

El edificio 34 de Groom Lake, el edificio Truman, se había convertido en una sombra de su antiguo ser. En sus buenos tiempos, más de setecientos empleados del gobierno se trasladaban a diario en un vuelo chárter desde Las Vegas a la apartada base del desierto. Ahora eran ciento treinta y cuatro, dieciséis de ellos vigilantes.

Después de que la Biblioteca se convirtiera en un asunto de dominio público, los curiosos y la prensa se agolpaban ante las vallas de seguridad del aeropuerto de McCarran apuntando sus binoculares y sus teleobjetivos a los pasajeros. A algunos empleados de Área 51 los seguían desde su aparcamiento hasta su casa en Las Vegas y en las zonas residenciales de la periferia, lo que obligó a las fuerzas de seguridad de Área 51, conocidos por el sobrenombre poco cariñoso de «los vigilantes», a ponerse firmes y monitorizar a los empleados para asegurarse de que no podían filtrar y no filtraban la información clasificada de fechas de nacimiento y defunción de la base de datos de la Biblioteca.

Para los vigilantes el asunto Shackleton y sus consecuencias habían sido un duro golpe. A su jefe, Malcolm Frazier, lo había matado la esposa de Will Piper en un tiroteo en la casa de un jubilado disidente de Área 51. Will Piper había ido a la prensa y reventado la tapadera de sesenta y cuatro años de secretismo obsesivo. Los habían desacreditado, así de sencillo. Con un jefe suplente a bordo, un desconocido introducido por un Pentágono en crisis, habían terminado llamando a la policía de Las Vegas para que se encargara de los paparazzi que perseguían a sus analistas por Sin City.

Pero quizá nadie de Área 51 se había visto tan afectado como Roger Kenney. Cuando la mierda empezó a salpicar, solo hacía cinco años que Kenney era vigilante, pero ya había llamado la atención de Malcolm Frazier a lo grande. Frazier había agarrado a aquel chico entusiasta y lo había puesto en la senda del ascenso rápido. Le había encargado todos los chollos y lo había destacado del resto de los vigilantes por sus logros. Siempre que Frazier hacía un turno de noche se aseguraba de que Kenney también trabajaba, y los dos se pasaban la noche bebiendo café y contándose chistes verdes.

Y a Kenney le encantaba la atención que le prestaba el gran jefe. Frazier era un

obseso de las normas y un hueso en general, pero era hombre de un solo hombre y tenía fama de apoyar al máximo a sus subordinados y de ser mentor de unos cuantos elegidos. Cuando Frazier murió, Kenney lloró como un niño, y días después, cuando llevó el féretro en el funeral, aún lloraba.

Tras su muerte, Kenney cayó en un agujero negro. El oficial médico de la base le ordenó que fuera a ver al psiquiatra de Groom Lake. Kenney, un hombre que habría preferido vomitar a practicar la introspección, había participado a regañadientes en el ejercicio. El día en que de pronto decidió poner fin a la terapia fue el mismo día en que el psiquiatra empezó a preguntarse en voz alta si Malcolm Frazier no se habría convertido tal vez en una especie de figura paterna para el joven.

—Hábleme de su padre, Roger —le había dicho el loquero.

—No lo conocí, doctor. No fue más que un donante de esperma, ya sabe a qué me refiero. Mi madre me crió sola.

—Entiendo. ¿Cree que podría haber alguna relación entre su pena por la muerte del coronel Frazier y su infancia sin padre?

Kenney se revolvió incómodo en el asiento, como si los pantalones se le hubieran llenado de hormigas, y de pronto se levantó.

—Esto es voluntario, ¿verdad? Me refiero a estas sesiones —dijo.

—Después de la consulta inicial, sí. Completamente voluntarias. Ya he certificado su aptitud para el servicio.

—Entonces me voy.

Con el tiempo, Kenney recuperó el optimismo, la histeria disminuyó en la base, y la vida de Área 51 volvió más o menos a la normalidad. Mientras los políticos y los tribunales decidían el destino de la base de datos filtrada por Will Piper, los analistas volvieron a la rutina. Aún quedaban dieciséis años para el horizonte, aún había trabajo por hacer, y los vigilantes eran tan esenciales en aquella labor como lo habían sido siempre.

Las palabras clave de Área 51 y del Pentágono siempre habían sido investigación, planificación y asignación de recursos. La CIA y el ejército habían utilizado la Biblioteca como herramienta desde principios de los años cincuenta, cuando, tras su descubrimiento bajo las ruinas de la abadía medieval de Vectis, Winston Churchill y Harry Truman habían acordado que los estadounidenses asumirían el control de aquel activo.

La Fuerza Aérea estadounidense trasladó la Biblioteca, los setecientos mil volúmenes, de Inglaterra a Washington. Bajo el desierto de Nevada se construyó una cámara acorazada a prueba de bombas nucleares, la Cripta. Digitalizar todo el material premonitorio llevó veinte años. Antes de la digitalización, los libros eran valiosísimos; después, la Biblioteca se convirtió sobre todo en algo ceremonial, un símbolo del asombroso poder de Área 51.



Una de las primeras tareas del personal de Área 51, un grupo variopinto formado por lumbreras, cerebrines y militares de alto rango, fue decidir cómo explotar los datos. A fin de cuentas, aquellos libros antiguos encuadernados en piel solo contenían nombres, escritos en sus alfabetos nativos, y fechas de nacimiento y de defunción. Sin establecer correlaciones, los datos carecían de valor. Así comenzó una búsqueda de decenios en prácticamente todas las bases de datos digitales del mundo: registros de nacimiento, telefónicos, bancarios, matrimoniales, de servicios básicos, de empleo, de propiedad, impuestos, seguros... Los primeros que se completaron fueron los de Norteamérica. En el plazo de veinte años, los analistas de Área 51 contaban con algún tipo de identificador de la dirección de casi toda la población. Después vino Europa. Asia, África y Sudamérica llevaron más tiempo, pero al final terminaron llenándose todos los huecos. Ahora, con ocho mil millones de personas en un planeta en el que casi todos los datos personales estaban digitalizados, el cuadro era completo.

En los años cincuenta y sesenta, en cuanto los analistas de Área 51 encontraron el modo de relacionar los nombres y las direcciones y coordenadas geográficas, se centraron en la explotación de los datos. Obviamente había algunas fechas concretas de importancia nacional. El 19 de noviembre se le comunicó a un atónito vicepresidente Lyndon Johnson que John Fitzgerald Kennedy moriría el 22 de noviembre de 1963. Disponía de cuatro días para elaborar un plan de sucesión lo bastante moderado como para estabilizar un mundo convulso.

Pero había mayores tesoros geopolíticos que explotar. Los resultados no podían alterarse, pero podían predecirse los grandes acontecimientos, incluidas las catástrofes. Si se podían predecir los grandes acontecimientos, se podía planificar en torno a ellos, presupuestarlos, establecer políticas, quizá suavizar su repercusión o explotar sus resultados. Unos ordenadores potentísimos procesaban datos las veinticuatro horas del día en busca de patrones mundiales. Los analistas de Área 51 predijeron la guerra de Corea, las depuraciones chinas del mandato de Mao, la guerra de Vietnam, la dictadura de Pol Pot en Camboya, la guerra del Golfo, el 11 de septiembre, el hambre en África, desastres naturales como inundaciones y tsunamis. Cuando Pakistán e India se lanzaron una a otra un misil nuclear el 25 de marzo de 2023 y provocaron con ello medio millón de víctimas, el gobierno de Estados Unidos estaba tan preparado para el desastre como era humanamente posible.

Y, desde el instante en que se descubrió la Biblioteca, el secreto y la integridad de la base de datos fueron primordiales. Por eso los vigilantes eran de suma importancia. Su principal cometido era garantizar que jamás se filtraba la existencia de la base de datos y que Estados Unidos jamás perdía su ventaja de sabedor privilegiado. Además, se les encargó mantener en absoluto secreto datos concretos. El que el público pudiera tener acceso a cualquiera de ellos generaba una preocupación enorme. ¿Se

alteraría, incluso paralizaría, la sociedad si la gente se enteraba del día en que iba a morir o del día en que moriría su esposa, sus padres, sus hijos, sus amigos? ¿Sucumbirían segmentos completos de la población a un pasotismo predeterminista y abandonarían su rutina productiva pensando «Qué más da si todo está ya decidido»? ¿Cometerían los delincuentes más delitos si sabían que no los iban a matar ese día? Había toda clase de escenarios desagradables sobre la mesa.

Durante muchos años los vigilantes lo mantuvieron todo en absoluto secreto. Sí, hubo incidentes aislados, algún analista o algún asistente de investigación que violaron la confidencialidad y buscaron el nombre de un familiar o de un enemigo, y estos incidentes se abordaron de las formas más draconianas, incluido, se rumoreaba, el asesinato, pero nunca había habido nada como el asunto Shackleton.

Después de lo de Shackleton había tenido lugar una reestructuración, más bien una purga, entre los vigilantes. Se habían añadido aún más niveles de seguridad. Shackleton era un programador de alto nivel, un experto en seguridad de bases de datos, un auténtico lobo en el gallinero. Se tapó el agujero que había utilizado para robar la base de datos. Pero la base de datos estadounidense ya estaba fuera de control, en manos de los abogados del *Washington Post*. Por esa razón el gobierno llevó a cabo la mayor ciberinvestigación de su historia con el fin de asegurarse de que la copia que Will Piper había proporcionado al *Post* era la única que había. Cuando la copia se devolvió en cumplimiento de la sentencia del Tribunal Supremo a favor del gobierno, Área 51 estaba convencida de que la situación se había contenido. Y en los años que siguieron Kenney demostró el potencial que Malcolm Frazier había reconocido en él y fue abriéndose paso poco a poco entre las filas de los vigilantes hasta conseguir el ascenso que lo colocó tras el viejo escritorio de Frazier.

La secretaria de Sage contestó al teléfono.

—El contraalmirante lo recibirá ahora —le dijo a Kenney.

El contraalmirante Sage lucía una barba poblada. Era un corpulento retroceso a los oficiales navales de una época extinta, parecía más un marino de los que surcaban los anchos mares en el siglo XIX, con uniforme de botones de bronce y galones de oro, que un tecnócrata del ejército moderno.

Le pidió a Kenney que se sentara y gruñó:

—Usted no quiere mi puesto, Kenney. Créame, no lo quiere.

—No, señor, no lo quiero.

—Vine aquí con la esperanza de que esto fuera pan comido: presido los últimos años de operatividad de la base de datos, protejo la base, empaqueto la Biblioteca y se la mando al Smithsonian, me gano la segunda estrella y, si el puñetero mundo no salta por los aires el próximo mes de febrero, me jubilo y me largo a Rancho Mirage a jugar al golf hasta caer redondo. Pero eso no ha sucedido, ¿verdad?

—No, señor.

—En cambio, ahora tenemos el día del Juicio Final II y me encuentro en medio de un incidente internacional. El Pentágono me está dando por culo. La Casa Blanca me está dando por culo. Llego tarde a cenar todas las noches, así que mi mujer me da por culo. ¿A quién doy yo por culo?

—A mí, señor.

—Exacto. Deme su informe.

«Mi informe —se dijo Kenney—. Se refiere a mi danza kabuki, con la que yo finjo que pongo datos nuevos sobre la mesa y usted finge que me escucha.»

A medida que avanzaba la investigación, como no había datos nuevos relevantes, Kenney había empezado a repetirse, afanándose en encontrar ínfimas novedades con las que prolongar la reunión lo suficiente para ahorrar a ambas partes el bochorno de un silencio vacuo.

En los días posteriores a la aparición de las primeras postales, la investigación se había realizado desde dos frentes. El FBI se había encargado de reabrir el caso del Juicio Final I y los vigilantes habían encabezado la búsqueda de una nueva filtración en Área 51.

Por el lado del FBI, se reexaminó la cadena de custodia de la copia de la base de datos del *Post* y se volvió a entrevistar a todo el personal involucrado y aún vivo. En esa lista estaban Will Piper, su yerno (Greg) y Nancy Piper. Nancy, que llevaba ahora la investigación, se aseguró doblemente de que no se andaran con chiquitas en cuanto a ella y su familia para que nadie la acusara de conflicto de intereses. El FBI examinó el caso punto por punto y llegó a la conclusión de que su investigación original de 2011 había sido completa y exhaustiva, que nunca se había hecho ninguna copia impresa de la base de datos y que la única copia del archivo digital de Shackleton en poder del *Post* se había devuelto al gobierno.

Eso convirtió Área 51 en el centro de atención.

El día en que estalló el caso, Kenney reunió a su cuadro de vigilantes y se dirigió a ellos con su acento suave de Oklahoma.

—Muy bien, chicos y chica —dijo, porque solo había una mujer en su plantilla, una ex policía militar—. Habría preferido lamerle el culo a un gato a haceros esto, pero, hasta nuevo aviso, sois completamente míos, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Olvidaos de los fines de semana y de las vacaciones, olvidaos del partido de softball de vuestro queridísimo hijo y del cumpleaños de vuestra mujer. No podéis salir de la base. Estamos en modo operación de emergencia. Os vais a romper los cuernos hasta que encontremos al responsable de la filtración o demostremos que esto viene de fuera. ¿Queda claro?

Redmond, la única mujer, protestó:

—Voy a tener que contratar más horas a la canguro.

—Bueno, pues hazlo —había espetado Kenney.

—¿Puedo pasar la factura?

—¿Eres tonta del culo, Redmond? Sabes de sobra que no se pueden pasar facturas de esas chorradas.

Lopez, un antiguo Ranger musculoso que vivía en la misma zona de Las Vegas que ella, dijo:

—Keisha se puede quedar en nuestra casa.

—¿Acaso no somos una gran familia unida y feliz? —había mascullado Kenney antes de proseguir la reunión informativa.

Empezaron pasando a los ciento treinta y cuatro empleados por el detector de mentiras, incluidos, por protocolo, los vigilantes y el comandante de la base. Media docena de pruebas dieron resultados equívocos, y a esos pocos afortunados se las hicieron pasar canutas.

Luego siguieron las auditorías forenses. El grupo de seguridad de la base de datos, «los jinetes del algoritmo», como los llamaba Kenney, empezaron a registrar los servidores en busca de cualquier indicio de intrusión en los datos que pudieran haber pasado por alto antes. También Shackleton había sido un jinete del algoritmo, así que a Kenney le dieron permiso para que se agenciara un supercerebrín que inspeccionara a los cerebrines. En los viejos tiempos eso habría sido imposible, porque se tardaba un año o más en atravesar el protocolo de seguridad del Pentágono que permitía la entrada de alguien en la carpa de Área 51. Ahora que cualquier niño de diez años sabía lo que se cocía en Groom Lake, ya no era un problema. Por recomendación de los analistas de bases de datos y encriptación de la CIA, se aerotransportó hasta allí a un profesor de ciencias computacionales de Stanford y se le dio acceso sin límites al sistema. Llevaba en ello desde la primera semana, pero aún no había encontrado nada.

Kenney creía en la conveniencia de un planteamiento de múltiples enfoques. No comprendía los algoritmos de seguridad de la base de datos a nivel técnico, pero sabía calar a la gente. Empezó a hurgar en los archivos de personal en busca de datos particulares y pequeños detalles psicológicos que pudieran constituir un móvil. Así fue como empezó a fijarse en Frank Lim, uno de los analistas chinos de Área 51.

Lim llevaba el pin de los veinticinco años en Área 51. Era un hombre menudo y modesto que hacía concienzudamente su trabajo, era bastante reservado y no compartía gran cosa de su vida en la superficie con sus colegas. Cuando las operaciones del edificio Truman disminuyeron y comenzaron los recortes progresivos de personal, el departamento que había sufrido menos bajas había sido el de China. Con el colapso de la economía rusa y la cojera de India tras el desastre nuclear, China era el único país que verdaderamente importaba a Estados Unidos. En todas las ecuaciones geopolíticas, China era una parte y Estados Unidos la otra. Así que, aunque a la Biblioteca solo le quedara un año más de operatividad, la base de datos

de China se seguía ordeñando todos los días.

Cuanto más indagaba Kenney sobre Frank Lim, más desconfiaba de él. Era el único analista chinoamericano. Sus padres habían nacido en Taiwan. Una rama de la familia Lim aún vivía allí. Tenía un historial de envíos de dinero a sus primos, claramente destinados a contribuir a la educación de sus hijos. Uno de sus primos era un prominente político nacionalista del KMT, acérrimo defensor de la plena independencia de Taiwan. ¿Acaso sería descabellado pensar que Lim podía estar tras alguna clase de actuación de índole política ideada para intimidar a la República Popular China? ¿Eran las postales del Juicio Final una amenaza velada al gobierno del tipo «tenéis los días contados»? Además, Lim era uno de los empleados de Área 51 que peores resultados había dado en la prueba del polígrafo.

Una semana después del comienzo de la crisis, Kenney y Sage, con el respaldo de la CIA y el Pentágono, acordaron abordar a Lim y ofrecerle un permiso administrativo. Dados los términos draconianos de sus contratos de trabajo con Groom Lake, no era necesaria una orden judicial para examinar los ordenadores personales y los registros telefónicos de los vigilantes. Cuando uno entraba en el turbio mundo de Área 51, renunciaba voluntariamente al principio jurídico del debido proceso. La búsqueda resultó negativa, pero Lim seguía bajo sospecha, y su casa de Henderson se encontraba vigilada las veinticuatro horas.

Cuando Kenney describió los detalles mundanos de la visita de Lim ese día al supermercado y a Leroy Merlin, Sage pareció erguirse.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó el contraalmirante.

—¿Aspecto? No sé. No lo he vigilado yo en persona —replicó Kenney malhumorado.

—Tiene fotos, ¿no?

—Sí, señor.

—Pues veámoslas.

Kenney sacó su NetPen y desplegó la pantalla retráctil. Con un par de toques localizó las imágenes del seguimiento más reciente. Le pasó el dispositivo a Sage.

—Fíjese en su cara —dijo Sage escudriñando un primer plano—. Parece que oculte algo.

—Podría ser —opinó Kenney.

—Interróguelo otra vez. Hágalo personalmente.

—Sí, señor.

Sage cerró la carpeta que contenía las imágenes, era su manera de indicar que la reunión había terminado.

—Cuando salga, dígale a mi secretaria que quiero verla.

«Apuesto a que sí, condenada babosa banana», pensó Kenney.

De nuevo en el edificio Truman, Kenney entró a grandes zancadas en el ascensor

1 y estaba a punto de pulsar el botón de la sexta planta, en la que se encontraba su despacho, cuando sintió un impulso que no había tenido en años.

Salió antes de que se cerraran las puertas y se dirigió al ascensor C. Lo llamó con una llave de acceso especial y se introdujo en su interior de aluminio bruñido. Solo había dos botones, B y C. Le dio al C y metió su tarjeta de seguridad en la ranura de debajo del botón. Las puertas se cerraron e inició el suave descenso de veinte metros.

Kenney disponía de conocimientos que solo tenía el equipo de monitorización medioambiental que había visitado la Cripta durante un año o más. En años anteriores las visitas habían sido más frecuentes. Había una tradición en Área 51: el director ejecutivo del Laboratorio de Investigación acompañaba a los nuevos empleados en su primer día de trabajo en un tour personal. Pero hacía tiempo que no había ningún novato.

Vigilantes de rostro pétreo y con armas en los costados flanqueaban las puertas de acero. Tras teclear unos códigos, las puertas a prueba de bomba se abrían de par en par. El recién llegado era conducido entonces a la inmensa Cripta, apenas iluminada, con la atmósfera enrarecida de una catedral desierta, y lo que veía lo dejaba pasmado.

La Biblioteca.

Pero ahora la existencia de la Biblioteca se había convertido en algo secundario, perdida en los rincones más oscuros de la memoria colectiva. Sin embargo, en medio de su primera crisis importante como jefe de seguridad, Kenney sintió la necesidad de conectar con el pasado.

Salió del ascensor, el único ser viviente en la planta de la Cripta. Introdujo los códigos correspondientes junto a las descomunales puertas y se inclinó un poco para facilitar el escaneado retinal, que activó el mecanismo hidráulico.

Entró en aquella atmósfera fría y deshumidificada y empezó a caminar, primero unos pasos, luego varias decenas, finalmente unos cientos. Cada cierto tiempo, alzaba la vista al techo, abovedado cual estadio. Mientras caminaba entre las estanterías, tocó al azar algunos lomos, algo que le costaría una reprimenda si alguien lo detectaba e informaba a sus superiores. Supuso que uno de sus hombres estaba observándolo por las cámaras de seguridad de la sexta planta, pero nadie le abriría un expediente.

La piel de la encuadernación era suave y fría, del color del ante jaspeado. Estampados en seco en los lomos estaban los años, que ascendían a medida que avanzaba hacia el fondo: 1347, repleto, sin duda, de víctimas de la peste negra europea; 1865, en uno de cuyos volúmenes debía de estar enterrado el nombre de Abraham Lincoln; 1914, lleno de víctimas de la Primera Guerra Mundial. Al fondo estaban los últimos volúmenes: miles de libros del año en curso, 2026, y muchos menos de 2027. La última fecha registrada era el 8 de febrero.

Se dirigió a un lateral de la Cripta, donde una estrecha escalera lo condujo a una

pasarela elevada. Desde allí, apoyado en la barandilla, veía toda la Biblioteca.

Había miles de estanterías de acero que se perdían en la distancia, más de setecientos mil gruesos volúmenes encuadernados en piel, más de doscientos cuarenta mil millones de nombres inscritos. La contempló, asimiló la enormidad de todo aquello.

Área 51 tenía ya setenta y nueve años. Había habido un total de dieciséis jefes de seguridad desde el comienzo. Él sería el último. Cada uno de ellos había jurado proteger la seguridad y la integridad de la Biblioteca. Cada uno de ellos, estaba bien seguro, había estado en ese mismo sitio y contemplado ese juramento y las implicaciones espirituales de la existencia misma de la Biblioteca.

Solo uno de sus predecesores, Malcolm Frazier, había hecho frente a un fallo de seguridad del calibre del actual, y había pagado con su vida.

¿Sería aquel el destino que le esperaba a él también?

Kenney siempre respetaba las reglas, pero allí, en ese momento, decidió buscarse en la base de datos.

Hacía frío, y a Will le fastidiaba tener que ponerse abrigo para salir a dar sus paseos. En Florida lucía el sol y hacía calor, pero en Reston, Virginia, aún estaban en pleno invierno.

Siempre había odiado su barrio: las casas todas idénticas, los patios traseros pequeños y cuadrados, todos con su terraza de madera y su parrilla para barbacoas, los omnipresentes callejones sin salida, que parecían piruletas en las vistas aéreas. Todos los días a las siete de la mañana se producía un éxodo en masa cuando uno o varios miembros de cada familia agarraba su maletín, se metía en el coche y se dirigía a la cercana Washington. La Marcha de los Lemmings, lo llamaba.

La suya era una casa modesta de tres dormitorios, cómoda, no lujosa. Nunca habían ganado mucho dinero, cosa que no le preocupaba especialmente. El sueldo de Nancy estaba bien para su categoría; él tenía una pensión del FBI y la seguridad social, aunque la recepción de aquellos pagos mensuales le hacía sentirse un vejstorio. Había ganado unos dólares con su libro hacía años, pero la mayor parte del dinero había ido a parar al reacondicionamiento del barco, al coche de sus sueños y a un fondo para que Phillip fuera a la universidad (en caso de que hubiera algo más después del famoso horizonte).

Seguía a rajatabla el plan de ejercicio que le habían prescrito. Al menos un par de veces al día hacía un circuito por el barrio y, como había predicho su médico, las caminatas habían ido mejorando a medida que se fortalecía su corazón. De paso había hecho amistad con varios vecinos que tenían perro y con algunas amas de casa que colmaban de atenciones al nuevo y fornido vecino de mediana edad e intentaban persuadirlo de que se apuntara a sus clubes de lectura y a sus meriendas.

Había llegado a un punto en que podía correr unos cientos de metros, caminar y volver a correr. Nancy le había comprado un pulsímetro de muñeca y él lo consultaba con asiduidad y se mantenía estrictamente dentro de los límites. Cumplir órdenes y respetar las reglas le repateaba tanto como siempre, pero no quería volver a ocupar una cama de hospital.

Durante el día estaba solo. Nancy era uno de los lemmings de Washington y Phillip iba al instituto South Lakes. Cuando no estaba haciendo algo aeróbico o levantando pesas para recobrar su mermada masa muscular, Will leía y muy ocasionalmente miraba la televisión. Los telediarios y los debates, con sus relojes de cuenta atrás hacia la medianoche del 8 de febrero y con sus falsos expertos que informaban del mínimo desplazamiento de cada roca del sistema solar, lo deprimían.

Culpaba a los medios de llevar a las masas a un estado de frenesí incontrolable y no le sorprendía que las cosas fueran de mal en peor. La gente había empezado a abandonar su trabajo y los índices de productividad habían bajado. La mentalidad del



«qué más da» y «come, bebe y sé feliz» se estaba apoderando de todo, y la demagogia del gobierno no lograba romper la tendencia. Los mercados habían caído y las ventas de alcohol habían subido. Los matrimonios se resentían y agrietaban. Los suicidios iban en aumento. El caso del Juicio Final chino no estaba ayudando, pues recordaba a un mundo desanimado y quebradizo que el fin estaba cerca.

Así que Will evitaba la actualidad, no respondía a llamadas de números desconocidos y daba con la puerta en las narices a los reporteros que lo buscaban para que ofreciera su «perspectiva única».

Le resultaba más reconfortante refugiarse en el reino de los libros, pero hasta eso lo ponía de mal humor, porque las librerías se habían convertido en una triste rareza y en Reston ya no quedaba ninguna. Nunca se había sentido cómodo migrando del cartón y el papel al plástico y los bits, pero o pagaba un cuantioso plus para que un furgón de UFedEx le llevara a casa un libro de verdad o dejaba de resistirse y usaba una de las tabletas que tenían Nancy y Phillip. Así que protestaba cada vez que tocaba la pantalla para pasar página, pero disfrutaba de su Shakespeare y su Dante, de su Steinbeck y su Faulkner, todos ellos pozos de los que habría querido beber más cuando era joven.

Caía aguanieve y las aceras estaban resbaladizas. Cambió la forma de correr, procurando pisar con toda la planta del pie para no caerse de espaldas y que una de aquellas amas de casa saliera disparada de su hogar como un san bernardo con su barril de brandy. La calzada parecía menos resbaladiza, así que bajó de un salto y al instante le pitó un vehículo que se acercaba.

El coche se detuvo bruscamente y el conductor bajó la ventanilla. Era Phillip.

—¡Maldita sea, Phillip! —exclamó Will—. Odio estos coches eléctricos. No los oyes venir.

Phillip meneó la cabeza.

—¿Quieres subir?

—Estoy haciendo ejercicio. ¿Cómo es que no estás en el instituto?

—Ya he terminado por hoy.

—Si no son ni las dos. ¿No tienes que quedarte hasta que acaben las clases?

—Los alumnos que vamos bien podemos entrar y salir cuando queramos.

—¿Y la lucha?

—La he dejado.

Will apretó los dientes.

—¿Por qué?

—¿Para qué la necesito? —le dijo Phillip alejándose.

Cuando llegó a casa, Will fue directo al baño del dormitorio principal, abrió la ducha y, mientras el agua se calentaba, fue al cuarto de Phillip. Dentro tronaba la música y tuvo que aporrear la puerta.

Cesó la música y Will oyó un desganado «¿Qué?».

—¿Puedo pasar?

Se abrió el pestillo. Phillip volvió a la cama antes de que Will entrara.

—No puedo creer que hayas dejado la lucha.

—Pues créelo, es cierto.

—No te pongas chulo conmigo. ¿Por qué la has dejado?

—Porque ya no me gusta. Prefiero luchar con chicas.

—Se te daba bien.

Phillip le lanzó una mirada hostil.

—¿Cómo lo sabes?

Tenía razón. Lo sabía porque Nancy lo inundaba de correos con artículos extraídos del periódico electrónico local. Él nunca lo había visto luchar.

—Si hubieras ido a un colegio de Florida, jamás me habría perdido ni una de tus peleas.

—Vamos, que tengo yo la culpa de que mamá y tú estéis prácticamente separados.

—No te estoy culpando de nada.

—Lo que sea.

—Y no estamos separados. Hemos llegado a un acuerdo. Ya sabes lo que hay. Podías haber elegido Florida.

—¿Y vivir en tu barco? No, gracias.

—Habría buscado un piso. Sigo dispuesto a hacerlo cuando tu madre se jubile.

—¿Para qué? El 9 de febrero es dentro de menos de un año. Déjame capear el temporal a mi manera, ¿vale?

—¿Y qué hay de las cosas que escribiste en tu redacción? Lo de la actitud positiva, exprimir al máximo cada día, vivir la vida a tope...

El chico le dedicó una sonrisa condescendiente.

—Solo era una redacción.

—¿No pensabas de verdad lo que escribiste?

Phillip no contestó.

—¿No pensabas de verdad lo que escribiste de mí?

El chico señaló el techo.

—Me parece que te has dejado el agua abierta.

Sonó el NetPen de Phillip. Bostezó, bajó la música con un movimiento de la mano y puso el dispositivo en modo voz.

—¿Qué? —le dijo al aparato.

«Solicitud de amistad», contestó una voz dulce robotizada.

—¿Quién?

«Hawkbit.»

—Aceptar. Ver foto.

«No hay foto disponible.»

Estaba a punto de subir la música cuando el dispositivo volvió a sonar.

«Mensaje de Hawkbit.»

—Sí.

«Necesito hablar contigo», dijo el aparato.

Cambió la voz femenina del dispositivo por una andrógina. No le gustaba usar su voz real con desconocidos. Fundamentos de la seguridad en la red.

—Modo chat —respondió Phillip—. ¿Quién eres?

«Hawkbit», dijo el dispositivo con voz enmascarada.

—Sí, claro. ¿Te conozco?

«Aún no.»

—Pero eso va a cambiar, ¿verdad?

«Eso espero.»

—¿XX o XY?

«¿Perdona?»

—¿Hombre o mujer?

«Mujer.»

—Vale, te escucho.

«¿Sabes tunelizar?»

—Claro. ¿Tú no?

«No.»

—¿No se te da bien la tecnología?

«Lo siento.»

—¿Para qué quieres tunelizar?

«Tengo que hablar contigo. En privado.»

—Esto es privado.

«No, superprivado.»

—¿Por qué?

«Necesito tu ayuda.»

Phillip frunció el ceño y estuvo a punto de preguntar si Hawkbit era una timadora profesional. La red estaba plagada de ellos.

—¿Sabes siquiera quién soy?

«Eres Phillip Piper, el hijo de Will Piper. Leí tu redacción. Eres la única persona del mundo en la que puedo confiar.»

El director del FBI, Parish, no tenía buen aspecto en sus días buenos, y ese día se le veía especialmente chupado y demacrado. Nancy se acercó a su mesa como el que se acerca al cuerpo sin vida de un animal recién atropellado, preparándose para el susto

que se va a llevar si de repente mueve una pata.

—Cuéntame —dijo Parish—. Por el amor de Dios, dame buenas noticias.

Ella se sentó, cruzó las piernas y abrió el bloc de notas. Detectó el movimiento furtivo de los ojos de Parish hacia sus muslos e hizo la vista gorda. Estaba acostumbrada, pero sabía que, si se lo comentaba a Will, le abriría la crisma al tipo. Will era de la vieja escuela. Lo que a ella le valía, a él no.

—Ayer se encontraron otras ocho postales, con lo que ya son treinta y seis.

Él se frotó los ojos y contempló Pennsylvania Avenue.

—He dicho buenas noticias.

—Bueno, supongo que la buena noticia es que han interceptado una cuarta parte de ellas en las oficinas de clasificación del correo, de modo que algunos de los destinatarios no las van a recibir. El volumen de correo físico es muy bajo últimamente.

—Aleluya —dijo él con sarcasmo.

—El nuevo lote de postales encaja en el mismo patrón general. Estas fueron franqueadas hace tres días y pasaron por la oficina de Varick Street, en el Village de Nueva York. Eso significa que podrían haberlas echado en cualquiera de los veintidós buzones de la calle. Es la séptima sucursal distinta que utiliza el remitente. De modo que se mueve por esa zona. Estamos revisando el metraje de las cámaras de seguridad, claro, pero, como podrás imaginar, el volumen de imágenes resulta abrumador, por lo que creo bastante improbable que consigamos pillar a un sospechoso identificable echando el correo en uno o más buzones.

—¿Qué hay de las direcciones?

—También el mismo patrón. Aproximadamente un tercio de las direcciones son antiguas: el destinatario se ha mudado en los últimos diez años o más.

—¿Lo que indica...?

—Como sabes, contamos con la colaboración de Área 51 en esto. Piensan que el responsable trabaja con una base de datos obsoleta, de hace unos veinte años.

—¿Cuánto tiempo lleva Frank Lim allí?

—Veintiséis años.

—Entonces podría haber robado la base de datos hace años y haber esperado hasta ahora.

—Supongo que sí.

Parish se llevó las manos a la nuca.

—No te veo muy convencida.

—Me parece que es rizar el rizo. El tío tiene acceso legítimo a la base de datos actualizada. Si quisiera, podría haber memorizado unos cuantos nombres y direcciones todos los días y anotarlos al llegar a casa. ¿Por qué iba a fiarse de una base de datos antigua? Además, las postales se enviaron desde Nueva York. Sabemos

que Lim no ha salido de Nevada.

—La teoría es que podría tener un cómplice en Nueva York.

—Lo sé. También sé que no hay ni una sola prueba que la respalde.

—¿Lo hemos interrogado a ese respecto?

—De eso se ocupa la seguridad de Área 51. Los vigilantes no nos han dado acceso.

—Quién vigila a los vigilantes, eso querría saber yo —protestó Parish.

A Nancy le gustaban menos que a nadie.

—Exacto.

—Intentaré que la Casa Blanca nos consiga una entrevista con Lim. Entretanto, parece que tendrás que viajar a Pekín. Quiero que te sirvas de tus encantos para calmar los ánimos en el Ministerio de Seguridad Estatal. Todo esto va a terminar convirtiéndose en una crisis internacional de gran calibre, y debemos hacer lo posible por minimizarlo. La Casa Blanca cree que las videoconferencias no están sirviendo de mucho. La única forma de mostrarles el debido respeto es ir a besarles el culo en persona.

Ella no dijo nada.

A él no le gustó su silencio.

—¿Qué? —dijo malhumorado—. Tu marido está bien, ¿verdad? Ya puedes viajar, ¿no?

Era lo último que le apetecía hacer, pero puso cara de circunstancias.

—Sí, señor. Sin problema.

Era sábado por la mañana y Will estaba decidido a organizar una actividad familiar, pero no tenía nada más aparte de la idea. De haber estado en Florida habría propuesto, cómo no, salir a pescar, pero ¿qué hacía la gente de Virginia? ¿Salir a por vírgenes? Nancy le sirvió un café en la barra de desayuno y aportó una nota de escepticismo. Phillip no era de los que salían en familia, le advirtió. Además, le sorprendería que se levantara antes de media tarde.

—Podríamos ir a dar un paseo en coche —propuso Will, esperanzado.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—¿A Panama City?

Ella se acercó por detrás con sus silenciosas zapatillas y le besó en la oreja.

—Pronto te devolveremos allí.

—Yo ya estoy listo.

—Te está yendo muy bien, pero no hay que precipitarse.

—Si supero la prueba de esfuerzo en Georgetown, me voy al sur, ¿vale?

Nancy suspiró. Aún no se lo había dicho.

—Lo que tú digas, pero me gustaría que esperaras a que yo vuelva.

—¿Cómo que a que vuelvas? ¿Adónde vas?

—A Pekín. —Contuvo la respiración.

—Por Dios, Nancy.

—Parish quiere que informe personalmente al gobierno chino. No puedo escaquearme, Will. Esto se está convirtiendo en un asunto de ámbito internacional.

—Menuda tontería. Si alguien con acceso a la base de datos quisiera provocar a China, ¡enviaría las postales a ciudades chinas, no a ciudades estadounidenses!

—No te digo que no. Lo único que digo es que los chinos no lo ven así. En cualquier caso, Parish ha insistido.

Will dejó la taza de golpe.

—Me voy a dar una vuelta.

—¡Will! —lo llamó ella—. ¿Por qué no lo hablamos? ¡No me dejes plantada como haces siempre!

No quería hablar. No sabía por qué tenía que hablar. Vivir solo era más fácil. Odiaba el toma y daca y el tener que ceder. Le gustaba hacer las cosas a su manera; siempre le había gustado, y siempre le gustaría.

Se sentó en las escaleras de la entrada y se ató fuerte los cordones de las zapatillas de deporte. La verdad era que lo que más le molestaba de que Nancy se fuera a China era que él se quedaría solo con Phillip. Sabía que, en el fondo, el chico probablemente lo quería, pero el resentimiento de la superficie era palpable. No muy distinto del que su padre le había inspirado a él. Pero su viejo era un animal, un borracho asqueroso, un cabrón de cuidado.

Él no era así.

Phillip lo tenía fácil: no sabía lo que era tener un padre abominable.

Se levantó para iniciar el circuito. Físicamente se sentía fuerte. Quizá podía ya empezar a correr en lugar de caminar.

De pronto vio algo; mejor dicho, no lo vio. Cuando era agente del FBI, su habilidad para explorar el escenario del crimen y detectar hasta los detalles más pequeños había sido legendaria. Hacía mucho tiempo de eso, pero algunas cosas nunca se pierden.

Se acercó al garaje y miró a través de una de las ventanitas de la doble puerta.

¿Dónde estaba el espejo retrovisor de Phillip?

Ahucó las manos a los lados de los ojos y miró por el cristal. El coche de Nancy estaba allí, pero el de Phillip no.

Entró corriendo en la casa.

—¡Nancy, el coche de Phillip no está!

Ella salió del dormitorio.

—¡No puede ser!

—¿Por qué no?

—Me he levantado temprano. No lo he visto salir.

Will iba camino del cuarto de Phillip. No se molestó en llamar.

—Dios santo —masculló.

La cama estaba sin deshacer. Notó que le fallaban las piernas. Nancy, que estaba detrás, estiró los brazos instintivamente para sujetarlo. Cuando Will habló, el miedo le quebró la voz.

—Se ha ido.

## 6

Yi Biao era célebre por tener su mesa siempre muy recogida. Siendo como era un ardiente defensor de la tecnología, casi había prohibido el papel en su oficina y exigía que en los correos electrónicos y en los informes se evitara la verborragia. Aunque sentía un apetito voraz por la información, le gustaba recibirla de forma clara y concisa, sin más de tres puntos de acción por asunto. Además, prohibía a los miembros de su plantilla el uso de presentaciones en PowerPoint.

—Levántate y cuéntame lo que tengas que contarme —les decía—. Quiero verte la cara y el corazón, no un listado.

Así que su mesa estaba escasamente poblada de objetos: solo una pequeña colección de fotos enmarcadas, una pluma Montblanc —con baño de platino y un diamante incrustado— para firmar documentos oficiales, un vade de cuero y una pantalla de ordenador desplegable. Las fotos contaban su historia: sus padres, ambos diligentes miembros del Partido, en la casa de su niñez, en el campo; su esposa, antigua actriz que solía ser más famosa que él; su hijo, licenciado en Yale y Oxford, que empezaba a destacar en el Ministerio de Asuntos Exteriores; una instantánea en la que posaba tieso con el secretario general Wen Yun; y su favorita, la de la ceremonia de su nombramiento como vicepresidente de la Comisión Militar Central.

Aquel era el penúltimo paso de una larga y calculada trayectoria profesional que iba desde su primer puesto como oficial provincial menor en Gansu hasta el puesto más elevado de la zona. Era el heredero indiscutible de Wen, y solo era cuestión de tiempo que llegara a ser secretario general y presidente de la República Popular China.

La transición probablemente ya habría tenido lugar de no ser por el horizonte. Aunque el gobierno había adoptado la política oficial de negar la relevancia del 9 de febrero de 2027, era tal el número de miembros del Politburó a los que preocupaba que ocurriera un cataclismo que el secretario Wen había decidido posponer su jubilación hasta después de la fecha señalada, dando por sentado que los escépticos estaban en lo cierto y que China y el resto del mundo seguirían existiendo después de aquella fecha.

Para Yi, el horizonte era una mancha en su mandato, una molestia constante. Él se contaba entre los escépticos, pero no porque no reconociera que la base de datos de Groom Lake era de una exactitud incontestable, sencillamente afirmaba que le costaba creer que el último libro de la Biblioteca equivaliera al último día del planeta. Sostenía con vehemencia la creencia de que la nación más poblada y compleja del mundo debía orientar su planificación para un futuro largo y glorioso más allá del horizonte, y precisamente por eso le indignaba que Wen Yun hubiera demorado su ascenso.



Contempló por los ventanales de su despacho los rascacielos del contaminado Pekín. Se hallaba muy alto, en la última planta del edificio August 1, la vasta sede de la Comisión Militar Central. Era temprano y el sol empezaba a alzarse. Hizo un gesto con la mano dirigido a la pantalla y llamó a su secretaria. Ella entró de inmediato, procedente de la antesala.

Yi se vio un pelo de gato en la chaqueta del traje y se lo quitó malhumorado. No le gustaban los gatos de su esposa, pero tenía que convivir con ellos.

—Cuando llegue el general Bo, hágalo pasar y asegúrese de que su visita no queda registrada en mi diario oficial.

El general Bo Jinping llegó puntual, se sentó frente a Yi y aceptó una taza de té. Yi lo había elegido a dedo para que presidiera el Ministerio de Seguridad del Estado, decisión que había sido objeto de cierta controversia dado que ese puesto solía ocuparlo tradicionalmente un civil. Pero Yi quería que un militar dirigiera los servicios de espionaje. Los oficiales del EPL, el Ejército Popular de Liberación, siempre le habían parecido más honrados que los civiles, menos maquiavélicos, más aptos para aceptar órdenes sin oponer resistencia. Y Bo era un acólito agradecido.

—Tiene buen aspecto, general.

—Gracias, vicepresidente.

—Tengo entendido que su hijo ha sido ascendido a capitán.

—Sí, estamos muy orgullosos de sus logros.

Yi dejó su taza de té en la mesa, indicando así que la charla intrascendente había terminado.

—General, quisiera que me pusiera al día del asunto de las postales en Estados Unidos.

Bo tenía perfectamente controlados los datos y no precisaba anotaciones.

—Hasta ayer se habían recibido treinta y seis postales. Las seis más recientes, en San Francisco.

—¿Ninguna otra ciudad?

—De momento, no.

—¿Y la reacción de Estados Unidos?

—Han asignado considerables recursos al caso, entre los que se encuentran el FBI, la CIA, el Departamento de Defensa y el servicio de seguridad interno de Groom Lake.

—¿Y a qué creen que se enfrentan?

—Hay disensiones entre los diversos organismos. Sin embargo, el grupo de seguridad de Groom Lake ha centrado sus sospechas en uno de sus analistas; es chino y tiene familia en Taiwan.

Yi sonrió de oreja a oreja.

—Excelente noticia. Dígame, ¿cómo han reaccionado a nuestras protestas?

—El grado de preocupación es elevado, vicepresidente. En general creen que estamos exagerando y que somos oportunistas, pero no pueden negar que se trata de un problema legítimo para nosotros. Insisten en que no deberíamos entender esto como una provocación al pueblo chino ni a nuestro país y señalan que no hay pruebas de la implicación del gobierno estadounidense en esos envíos. Desean hacernos llegar una delegación de oficiales del FBI y la CIA para convencernos de su inocencia.

—¡Ja! —exclamó Yi—. Un encuentro baldío donde los haya.

—¿Debo aceptar la oferta?

—Adelante. ¿Por qué no? Lo que más me interesa, general, es adónde conduce este asunto. ¿Cuándo cree que veremos la siguiente tanda de postales?

Bo sonrió.

—Creo que será pronto, vicepresidente.

—Muy bien —dijo Yi—. Manténgame informado para que yo pueda informar al secretario general. Ya sabe lo que opino de esto. Wen Yun es algo mayor y un poco testarudo. —Yi se inclinó hacia delante y elevó la voz al nivel de sus emociones—. No sabe ver que ha llegado el momento de que nos declaremos la mayor superpotencia del mundo. No sabe ver que el horizonte no es más que una distracción y que ha llegado la hora de ocupar Taiwan de una vez por todas y de imponernos en todo el globo. Debemos convencer al secretario general de que este asunto de las postales es sin lugar a dudas una provocación intolerable. Debe comprender que se trata de una amenaza profundamente ofensiva y simbólica para el pueblo chino y que acentúa la ventaja geopolítica que Estados Unidos ha tenido durante mucho tiempo por poseer la Biblioteca de Vectis. Desde que yo era niño, a todo el mundo le ha preocupado desafiar a Estados Unidos con excesivo descaro o brusquedad y arriesgarse a desencadenar una guerra mundial. Déjeme que le diga algo, general —señaló al tiempo que se golpeaba la palma de una mano con el puño de la otra para dar mayor énfasis a sus palabras—: yo no temo una guerra mundial. Si presionamos a Estados Unidos lo suficiente, estoy convencido de que recularán. Y en caso de que me equivoque, los derrotaremos. Pase lo que pase, alcanzaremos el destino que nos corresponde.

Nancy pasó la primera hora de histeria después de descubrir que Phillip había desaparecido llamando a sus amigos y a los padres de estos. Nadie sabía nada ni lo había visto la noche anterior.

Will llamó a la policía de Reston y al hospital local. No sabían nada de ningún Phillip Piper. Un sargento reconoció el nombre de Will y se ofreció a iniciar un protocolo de persona desaparecida si el chico no había vuelto por la tarde, pero le aseguró que un noventa y nueve por ciento de los jóvenes que no dormían en casa una noche pasaban la siguiente en su cama sanos y salvos.

—No me lo trago —le dijo Nancy a Will—. Una madre sabe eso. Tú lo sabes. Phillip no es de los que actúan así.

—Ayer tuvimos una especie de discusión —confesó Will a media voz.

—¿Por qué no me lo dijiste? —replicó ella, furiosa—. ¿Por qué fue?

—Por haber dejado la lucha. Pero con Phillip siempre hay algo más.

—¿Qué le dijiste? Te juro, Will, que como le dijeras algo que le haya empujado a huir jamás te lo perdonaré.

Will suspiró. Siempre era el malo de la película, ¿no? Pero Nancy estaba hecha polvo, así que procuraría no tomárselo a mal.

—No fue una gran discusión, Nance. Ni siquiera debería haberla llamado así. Me sorprendería que esa fuera la razón por la que está montando este numerito.

Estaban en el cuarto de Phillip. Ella hurgaba en su mesa y sus cajones.

—¿Falta alguna cosa? —preguntó él.

—Bastantes. Su NetPen, unos vaqueros, camisas, quizá algo de ropa interior, una mochila.

—¿Tenía dinero en efectivo?

—Puede. No lo sé. Suele comprar con el NetPen.

—¿Cuánto tenía en la cuenta?

—Varios miles. Ha ahorrado lo que ha sacado trabajando, de su cumpleaños, de Navidad. Durante años.

—Tú eres cotitular de su cuenta, ¿verdad? Me refiero a que todavía es menor de edad.

Ella asintió enérgicamente con la cabeza, sacó su NetPen, desplegó la pantalla y empezó a emitir comandos de voz. Al verla, a Will se le hizo un nudo en la garganta y perdió la noción del tiempo. Fue como si volvieran a trabajar juntos en un caso, solo que aquello no era un caso. Se trataba de su hijo.

—Mierda —dijo ella con voz áspera—. Sacó dos mil ochocientos dólares a las seis y cinco de la tarde.

—¿De dónde?

Nancy parecía a punto de perder los nervios.

—De un cajero. En el aeropuerto de Dulles. No podemos ocuparnos de esto solos, Will. Voy a llamar a la oficina.

El director Parish autorizó que se diera absoluta prioridad al caso de Phillip sobre la base de que la desaparición sospechosa de un miembro de la familia de cualquiera de sus principales agentes era un acto de terrorismo en potencia mientras no se probara lo contrario. Además, a su juicio, tampoco podía ignorar la coincidencia en el tiempo con el caso del Juicio Final chino.

A media tarde su casa estaba repleta de agentes de la oficina de Washington. La agente especial al mando, Linda Ciprian, era una mujer de la que Nancy había sido mentora personal durante más de diez años, y las dos hablaron en el salón, procurando dar con la dosis idónea de preocupación personal y conducta profesional.

Will, plantado en el cuarto de su hijo como una estatua grande, observaba en silencio cómo una pareja de agentes jóvenes y de buen parecer registraban con cuidado las pertenencias de Phillip.

Uno de ellos encontró una pipa de marihuana en un calcetín.

—¿Su hijo toma drogas, señor Piper?

Will se encogió de hombros.

—No sabría decirte.

El agente la olió.

—Hay residuos.

—Alucino —dijo Will.

—¿Nunca ha notado que este cuarto olierá a hierba?

—Vivo en Florida. No estoy mucho por aquí.

El agente bajó la mirada.

—Entiendo.

El otro agente le preguntó qué sitios de SocMedia usaba el chaval. ¿FB? ¿Socco? ¿Light Saber?

Will le preguntó cuáles tenían imágenes en 3D.

Todos, fue lo que le respondió, incrédulo, el agente, como si aquella pregunta fuera propia de un troglodita.

Interrogando a Will sobre lo que recordaba de los sitios que Phillip había visitado cuando él lo había visto conectado, el agente decidió que usaba Socco. Desplegó la pantalla de su NetPen para localizar la página pública de Phillip. Después de que Nancy confirmara que no tenía ni idea de cuáles eran su nombre de usuario y su contraseña, el agente obtuvo una orden electrónica de un juez federal de guardia y la envió al departamento de seguridad de Socco. En menos de una hora se completó el manido proceso judicial y el agente pudo acceder a las páginas privadas de Phillip.

—¡Bingo! —dijo con voz triunfante—. Ayer por la tarde, a las 14.35, estuvo chateando con un desconocido llamado Hawkbit. A las 14.42, estaban tunelizando.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Will.

El agente mostró poca deferencia y menos paciencia.

—No está usted muy al día, ¿verdad, señor Piper?

—Intento no estarlo, agente especial... ¿tú eres Finnerty o Johnson?

—Johnson —replicó él con sequedad.

—Tendríais que llevar una identificación. Sois todos iguales.

—Para un hacker, tunelizar es usar un sistema de encriptación de claves de administración con el fin de poder tener NetChats ultraprivados. El uso de un algoritmo de curva elíptica con clave de más de 604 bits es ilegal, porque no podemos saltárnoslo.

—Ah —dijo Will como lelo.

—¡Eh! —exclamó de pronto el agente Johnson—. Ha utilizado una clave de 620 bits. Eso es un delito en potencia, señor Piper. Está prohibidísimo, y sospecho que su hijo lo sabía.

—Lo que tú digas, colega. ¿Insinúas que no se puede descifrar?

—Imposible.

—¿Y cualquier adolescente puede campar a sus anchas por la red?

—Así está el mundo —dijo el otro agente—. Los terroristas están como cerdos revolcándose en la mierda con el tunelizado. Nos saltamos las claves y los hackers nos salen con otras más largas.

—Enséñame lo que se pueda leer. De ese Hawkbit.

Will leyó la transcripción del chat. Hawkbit era una chica. Gran sorpresa.

De pronto entró Nancy con Linda Ciprian.

—¡Han encontrado su coche! Está en un aparcamiento de estancia prolongada de la terminal internacional de Dulles.

—¿Ha hablado alguien con las compañías aéreas? —preguntó Will.

—Estamos en ello —respondió Ciprian.

—Nancy, Phillip estuvo chateando con una chica a la que conoció ayer y que se hace llamar Hawkbit —explicó Will—. Había leído su redacción y le dijo que él era el único en quien podía confiar. Luego tunelizaron, que acabo de enterarme de que es...

—Sé qué es tunelizar —lo interrumpió Nancy.

—Parece que aquí el raro soy yo. Me da que esa tal Hawkbit lo llamó y nuestro Phillip respondió.

Nancy navegaba con su NetPen.

—Buscar Hawkbit. —Sostuvo en alto la fina pantalla y le enseñó una foto de una flor silvestre amarilla, parecida a la margarita—. Crecen en Europa, en algunas partes

de Asia, en Australia y en Nueva Zelanda.

Will suspiró.

—Bueno, con dos mil ochocientos pavos puede ir casi a cualquier parte del mundo, al menos de ida. ¡Ni siquiera nos ha dejado una nota! Cuando lo pille, juro que le voy a dar una buena paliza.

—¿Tienes la dirección IP de Hawkbit? —preguntó Nancy a Johnson.

—Estamos en ello —contestó él—. Parece que es de fuera. Necesitaremos una orden de registro internacional.

—Buscad a un juez y conseguid la firma —dijo ella.

No tardaron en averiguar que Phillip había embarcado en el United Flight 57 de Dulles a Heathrow, que había salido a las 20.20 de la noche anterior. Había comprado un billete de ida y vuelta con la vuelta abierta y pagado en efectivo. El vuelo había aterrizado en Londres a las 8.30, así que les llevaba una ventaja de nueve horas. No parecía haber cogido un vuelo de conexión, así que suponían que seguía en Reino Unido, aunque el salto al continente por el Eurotúnel o en ferry tampoco podía descartarse.

—¿Cómo puede un menor de edad comprar un billete y coger un vuelo internacional? —preguntó Will, incrédulo.

Johnson (o era Finnerty) tenía la respuesta. Phillip se había descargado un formulario de autorización parental del sitio Net de United y había falsificado la firma de Nancy.

Nancy y Will se metieron en su dormitorio y cerraron la puerta.

—Acabo de hablar con Parish. No me deja ir —le comentó Nancy—. Dice que no puede prescindir de mí.

—Que le den —espetó Will.

—También me ha dicho que la evaluación sobre el terreno indica que no se trata de un secuestro ni de un acto terrorista, sino de un adolescente con problemas de relación que se fuga de casa.

—Esos dos payasos gemelos de abajo. Les voy a reventar la cabeza una contra otra —dijo Will dirigiéndose a la puerta.

Ella lo detuvo.

—Will, cálmate. Me ha ofrecido pedir ayuda al MI5 como favor personal. Van a poner un agente en el caso para ver si consiguen averiguar dónde está. Revisar grabaciones de cámaras de seguridad, rastrear su NetPen, cosas así.

—Maldita sea, Nancy —atajó él, furibundo—. ¡No me voy a quedar sentado en el salón esperando a que suene el teléfono! ¡Estamos hablando de Phillip!

—Lo sé, lo sé —dijo ella con tristeza.

—Voy a coger el próximo vuelo a Londres.

—¡No puedes, Will! ¡Hace dos meses y medio estuviste a punto de morirte!

—No me pasará nada. Puedo hacerlo, Nancy. —Abrió el armario para sacar una maleta—. Encontraré a nuestro hijo y lo traeré a casa.

La cabina de turista del Boeing 807 tenía las luces atenuadas para que los pasajeros pudieran dormir, y casi todos intentaban al menos descansar la vista cerrando los ojos. Will era la excepción; movía incómodo su corpachón en el asiento de en medio y miraba el plan de vuelo en la pantalla del respaldo del asiento que tenía delante.

La última vez que había estado en Inglaterra, Phillip era un crío. Había llevado a Nancy y al bebé a la isla de Wight a ver las ruinas de la abadía de Vectis. Habían paseado por el campo de hierba, entre las ovejas que pacían, y habían contemplado el fuerte oleaje del estrecho de Solent. Bajo sus pies yacía la cripta en ruinas de la Biblioteca, destruida por un equipo de demolición del ejército en 1947, después de que se sacaran los libros y se entregaran a Estados Unidos. Por aquel entonces había sentido la necesidad de ir allí, de verlo por sí mismo, pero una vez lo hubo hecho, pasó página y no volvió a pensar en ello. Tenía una vida por vivir. Se había resistido a las súplicas de participar en conferencias o en programas de la televisión y había optado por contar su historia una sola vez, en un libro. Y cuando al fin el libro desapareció de las listas de los más vendidos, él también desapareció, en su barco, en las aguas verdiazules del golfo de México.

En el vuelo de hacía quince años, Phillip no había dejado de llorar desde Terranova hasta Irlanda y le había puesto muy nervioso. Ahora el muchacho le estaba poniendo nervioso otra vez. A ratos se angustiaba muchísimo. ¿Por qué se había ido? ¿Qué pretendía conseguir? ¿Quería rebelarse? ¿Estaba furioso con él porque era un padre abominable y había elegido manifestarlo de ese modo? ¿Había conocido a una chica en la red que lo había camelado para que cruzara el Atlántico? ¿O estaba ocurriendo algo más siniestro?

Cuando hubo reflexionado sobre todos los escenarios posibles, empezó a temer por su corazón. Le había dicho a Nancy que estaba lo bastante recuperado para hacer el viaje, sí, pero lo cierto era que no estaba convencido. Había mentido. No había llamado al cardiólogo para que le diera su beneplácito. «Tienes que ir y punto», se había dicho. Lo primero era lo primero.

En la terminal 6 del aeropuerto de Heathrow, pasó el control de aduanas, se hizo con algo de moneda local y arrastró la maleta hasta el punto de encuentro. Un hombre con abrigo largo sostenía un folio con su nombre. Siguió al chófer afuera y esperó mientras este iba a buscar el coche y lo acercaba a la puerta. Hacía frío y el ambiente era húmedo; el cielo era monocromo y triste, como su estado de ánimo.

Tras un atasco de una hora, llegó al centro de Londres, a Thames House, la sede del MI5 en Millbank. Por un lado, era el Londres que recordaba, una bulliciosa mezcla de viejo y nuevo, pero los sonidos y los olores eran distintos. Como si llevara tapones en los oídos. Había desaparecido el ruido sordo de los motores diésel y



gasolina y su apestosa nube química. Todos los coches y los autobuses eran eléctricos, o de los modelos aún más modernos de células de combustible, y el ruido de la calle se había reducido al suave ronroneo de los trenes ligeros y al zumbido de la goma sobre el asfalto. En su país, sobre todo en los pueblos y en las ciudades pequeñas como Panama City, aún había algunos nostálgicos que pagaban veinte pavos por litro por el privilegio de seguir utilizando un coche de gasolina, pero esos eran dinosaurios como él que no sabían dejar atrás su juventud. El juguetito de Will era un Firebird de 1969, una máquina maravillosamente restaurada que había comprado con parte del anticipo de su libro. Gastaba un litro a los diez kilómetros, un juguete muy caro de mantener pero que demostraba valer hasta el último centavo de su precio cuando le pisaba fuerte en los semáforos.

Will pasó por el inmenso arco de entrada a Thames House, donde se presentó en recepción. Supuso que no le darían un trato de favor y, cuarenta minutos después, aún esperando, sus sospechas se confirmaron. Por fin una mujer joven bajó a buscarlo. Al principio pensó que sería una secretaria, en parte por su juventud y en parte porque llevaba la falda demasiado ajustada para ser agente. En su experiencia, aunque algo desfasada ya, los operativos no iban marcando trasero. Pero se equivocaba.

—¿Es usted el señor Piper? —le preguntó—. Soy Annie Locke, la oficial del caso encargada de ayudarle.

Tenía el pelo rubio y corto, los ojos azulísimos y la piel muy blanca.

«Otra belleza de treinta y tantos con buenas piernas —se dijo Will con desdén—. Justo lo que menos necesito en este momento.»

—Tutéame —dijo él.

—Muy bien, espero que hayas tenido un buen vuelo. Vamos a mi despacho, ¿te parece?

—Adelante, te sigo —respondió él buscando una posición desde la que poder contemplar el balanceo de su trasero.

Su despacho en la quinta planta era diminuto y le dijo todo lo que necesitaba saber del rango de Annie. Sin los contactos de Nancy, él ni siquiera estaría allí, pero aquel era sin duda un contacto de boquilla, sin verdadero respaldo oficial.

—¿Cuánto tiempo llevas en el Servicio Secreto? —le preguntó Will.

—Cinco años —contestó ella sentándose a su mesa y ofreciéndole una silla.

—¿Y antes de eso?

—La universidad —dijo ella.

«Por Dios bendito, si ni siquiera tiene los treinta», pensó él.

—Entiendo.

—Bien —siguió ella—. Tu hijo. ¿Alguna novedad desde anoche?

Will negó con la cabeza.

—He llamado a mi mujer desde el coche. No hay nada.

—Y nada, salvo la coincidencia en el tiempo, podría indicar que la estancia de tu hijo en Gran Bretaña tiene algo que ver con el caso del Juicio Final chino.

—No.

—Supongo que entenderás, Will, que los de arriba hayan acordado invertir recursos en el caso solo si existe alguna posibilidad remota de que ambos estén relacionados.

—Lo entiendo, Annie. —Él no le había pedido permiso para tutearla—. También entiendo que eso se hace como favor entre agencias.

—Así es.

—Pues lo valoro. Y lo agradezco. Espero no estar impidiéndote hacer algo que consideres más importante.

Ella pronunció un comando de voz y el rostro de Phillip apareció en la pantalla mural.

—Vamos a buscar a tu hijo, ¿te parece?

Era eficiente, debía reconocerlo. Tenía toda la información relevante al alcance de la mano y en la pantalla. Capturas de imagen de las cámaras de seguridad de Heathrow, del metro, de la estación de King's Cross. Y su presentación era clara. En algunos aspectos le recordaba a la joven agente especial Nancy Lipinski cuando se le encasquetaron en el caso del Juicio Final. Pero Annie Locke era menos formal, menos entusiasta, y poseía una pizca de cinismo, cualidad que Will siempre había apreciado sinceramente.

Estudió las capturas de pantalla de Phillip con cierto orgullo. El chico estaba solo, no cabía duda. Quizá alguien le siguiera la pista, pero nadie lo guiaba. Andaba por ahí fuera, pateándose solo una ciudad desconocida. En los pocos planos en los que se le veía la cara, Will detectó una chispa de ansiedad, templada por la determinación de cumplir su misión, fuera cual fuese.

—Esta no es la foto de un niño secuestrado o coaccionado —señaló Annie—. Se le ve resuelto. No anda deambulando, ni de turismo. Cambia dinero con su NetPen nada más pasar el control de aduanas, sale de Heathrow en la línea de Piccadilly y va directamente hasta la estación de King's Cross, donde en teoría compra un billete al contado y desaparece.

—¿No sabes qué tren ha cogido?

—Me temo que no. Las cámaras de seguridad no lo han grabado.

—¿Adónde se puede ir desde King's Cross?

—Hacia el norte. Los Midlands, Cumbria, Yorkshire, Escocia.

—¿No pueden rastrearle el móvil?

—Parece que lo tiene apagado.

—Hijo de...

—Imagino que sabe que sus padres disponen de medios para localizarlo más

fácilmente que la mayoría de los padres.

—Es un chico listo.

—Hijo de Will Piper. Era de esperar, ¿no? En nuestro programa de entrenamiento había un caso de estudio basado en ti, ya sabes.

El comentario hizo que se sintiera como un fósil.

—Me halagas —mintió—, pero Phillip se parece a su madre. La lista es ella. Entonces ¿ya está? ¿Anda perdido por algún lugar del norte?

—No exactamente. ¿Qué sabes de esa tal Hawkbit?

—Nada. A juzgar por su conversación, parece que acababan de conocerse.

—Estoy de acuerdo. Además, el apodo es nuevo. Aunque aún no he peinado todas las bases de datos, no he encontrado ninguna otra Hawkbit en SocMedia o NetMail.

—Por lo visto es una flor silvestre.

—Eso tengo entendido. No sé mucho de botánica.

Will se inclinó sobre la mesa.

—Entonces ¿qué tienes?

—El mensaje que recibió tu hijo por Socco se envió desde un NetPoint de una biblioteca pública. No pongas esa cara, ¡aún nos queda alguna! Se encuentra en una localidad pequeña, Kirkby Stephen, en Cumbria, la parte más occidental de los valles de Yorkshire. Hasta allí llega una línea de ferrocarril que sale de King's Cross, así que todo encaja.

Will se levantó como un resorte.

—Pues vamos a Kirkby Stephen.

—Ya he reservado billetes de tren para los dos —dijo ella—. Tenemos tiempo de sobra para pasar por la cafetería y coger algo de desayuno y café.

—¿En tren? ¿No vamos en avión? —preguntó él.

—Está claro que no has visto nuestro presupuesto. Tranquilo, llegaremos allí a una hora estupenda.

El tren rumbo al norte se deslizaba por el centro de Gran Bretaña: Peterborough, Doncaster, Leeds, Bradford. La población del país alcanzaba casi los setenta millones de habitantes, y los anillos urbanos alrededor de cada área metropolitana habían reducido inevitablemente las extensiones de verdes pastos y campos que Will recordaba de su último viaje en un tren británico hacía años. Sentado junto a la ventanilla, agradecía los rayos de sol que cada cierto tiempo se colaban entre las nubes y hacían que la mañana resultara menos sombría. Pero al norte de Peterborough las nubes formaron una manta densa que no daba tregua a la penumbra.

Annie estaba sentada en frente de él, bebiendo despacio un refresco de naranja, enganchada a su NetScreen desplegada, con unos auriculares inalámbricos de botón

plantados en los oídos. Will no habría sabido decir si estaba trabajando, charlando con amigos o jugando a algún jueguecito. Y tampoco le importaba mucho. Para ella aquello era como hacer de canguro, eso él lo tenía claro. Si conseguía sacarle una o dos cosas útiles al día, se daría por satisfecho. Phillip era hijo suyo; si allí había caso..., era de Will.

Se levantó un par de veces, recorrió tambaleándose el pasillo hasta el lavabo y se refrescó la cara con agua. El vagón cafetería estaba abierto. Le costó resistir la tentación.

A media tarde, fría y neblinosa, pararon en Kirkby Stephen. Bajaron pocas personas y no tuvieron que competir por un taxi. El conductor salió a desenchufar el coche del punto de suministro eléctrico. Volvió dentro y, sin entusiasmo, con cara de haber estado dormitando, preguntó:

—¿Adónde vamos?

—¿Quieres que nos registremos primero en el hotel? —inquirió Annie.

—No —respondió Will bruscamente—. A la biblioteca pública.

—¿No hay bibliotecas en el sur, amigo?

La biblioteca de Kirkby Stephen, aunque relativamente nueva, se hallaba en el edificio más antiguo de la localidad, la Old Grammar School, un centro de enseñanza secundaria del siglo XVI situado en Vicarage Lane, frente a una antigua rectoría y casa de huéspedes. Como la mayoría de los edificios antiguos de la localidad, se había construido con arenisca roja. Las ventanas de la biblioteca estaban forradas de carteles de eventos locales y lecturas de libros.

Cuando entraron, a Will le sorprendió la desolación del lugar. Había algunas pilas de libros a la entrada, pero parecían estar allí más que nada como elemento decorativo. ¿Quién seguía leyendo libros de verdad? Solo los carcas y los reaccionarios, que se aferraban al tacto y al olor del papel con su último aliento. Las pocas bibliotecas que habían sobrevivido a los recortes de la financiación estatal se habían reconvertido en clubes sociales para mayores y en lugares donde las madres atareadas dejaban a sus hijos mientras hacían la compra. A eso había que añadir el acceso a la red. Los dispositivos de red eran baratos y casi todo el mundo tenía uno, pero aquella era una parte pobre del país y había ausencias en las casas. El centro de la sala de la planta baja estaba repleto de NetPoints con paneles de aislamiento acústico para que la gente pudiera utilizar comandos de voz para navegar por sus finísimas pantallas ladeadas sin molestar a sus vecinos.

Annie se dirigió al mostrador central para hablar con la bibliotecaria, una señora estirada de pelo cano que vestía un llamativo jersey tejido a mano.

—Hola, ¿es usted la señora Mitchell? —preguntó.

La mujer sonrió.

—Sí, Gabrielle Mitchell. Usted debe de ser la señorita del gobierno.

—En efecto.

Annie le mostró su identificación, que pareció impresionarla.

—Me encantan los libros de espías —ronroneó la señora Mitchell.

—A mí también —dijo Annie.

—Deduzco que aún no han encontrado al chico —susurró la bibliotecaria, como si hubiera gente apiñada alrededor del mostrador que no debería oír la conversación.

—Me temo que no. Este es el padre del chico, el señor Piper.

La preocupación de la bibliotecaria por la grave situación de Will se transformó en algo más cuando la mujer adoptó una actitud curiosa.

—Encantada de conocerlo, a pesar de las circunstancias, señor Piper. No vienen muchas celebridades por aquí. —Quería estrecharle la mano, y él la complació—. Qué guapo es —le susurró a Annie como lo habría hecho una colegiala chismosa.

Él puso fin a aquel despropósito.

—¿Podría enseñarnos el NetPoint que se usó para enviar el mensaje a mi hijo?

Estaba al final de una fila de NetPoints y no era distinto de los demás: una silla acolchada, una mesa, una pantalla de polímeros en blanco que se activaba con el logo del condado de Cumbria al pasar la mano por delante. De los veinte que había, solo media docena estaban ocupados.

—¿Hace falta un usuario para acceder? —preguntó Annie.

—No, aquí no funcionamos así —dijo la bibliotecaria—. Solo se necesita un nombre de usuario para llevarse prestado un libro electrónico, y por lo visto eso no sucedió durante la sesión en cuestión.

—¿Así que cualquiera puede utilizar anónimamente estos terminales? —quiso saber Will.

—Por supuesto. No tenemos una mentalidad controladora. Pretendemos fomentar el uso de la red para el aprendizaje y el ocio.

—La mayoría de los lugares públicos cierran el acceso a determinados sitios —repuso Annie.

—Nosotros usamos filtros para restringir el acceso a la pornografía y a algunos sitios con contenido no apto para menores. Se trata del filtro estándar de la Asociación de Bibliotecas Públicas. ¿Qué sitio se usó para comunicar con su hijo, señor Piper?

—Socco.

—Popular, muy popular —observó Mitchell—. Sobre todo entre los más jóvenes, según tengo entendido. Es muy técnico, quizá demasiado colorido para nuestros mayores.

—Fue hace tres días, hacia las ocho cuarenta de la mañana —dijo Annie—. Por lo

que parece, no hay mucha gente aquí entre semana.

—No hay dos días iguales, querida.

—¿Viene mucha gente antes de las nueve de la mañana? —preguntó Will.

—Abrimos a las ocho. Algunas mañanas vienen estudiantes que quedan aquí con sus amigos de camino a clase. Tenemos unas máquinas expendedoras de chucherías y café que tienen mucho éxito. Hay que ofrecer esta clase de servicios para atraer a la clientela, ya saben.

—¿Estaba usted aquí esa mañana? —preguntó Annie.

—Sí.

—Era una chica. O una mujer. Utilizó el apodo de Hawkbit —dijo Will.

—Eso me han dicho. Hawkbit no me suena de nada.

Will procuró ser educado.

—Hace tres días una chica pasó tres horas online con mi hijo sentada en esta silla, ¿y me dice que no recuerda quién era?

—Eso es exactamente lo que le estoy diciendo, señor Piper. Si esto fuera una novela, quizá lo recordaría. No soy tan buena fisonomista.

Will sacó una foto de Phillip.

—Este es mi hijo. ¿Lo ha visto?

Ella negó con la cabeza.

—Annie, dale una tarjeta a la señora Mitchell. Si lo ve por aquí, por favor, llame inmediatamente.

La bibliotecaria asintió con la cabeza como uno de esos muñecos que tienen un muelle en el cuello.

—Qué guapo es...

Fueron a pie hasta el hotel Black Bull, a escasa distancia, y ocuparon habitaciones contiguas. Un coche de alquiler previamente concertado, un Ford Maltese, los esperaba junto a un punto de recarga en el aparcamiento. Annie propuso a Will que descansara un poco, pero él descartó la sugerencia con un movimiento de la mano y le dijo que la esperaba en el vestíbulo en quince minutos.

Se sentó en el delgado colchón. La alfombra roja estampada y las paredes de color burdeos le revolvieron el estómago. A través de las finas paredes oyó los ruidos amortiguados de Annie abriendo y cerrando el armario.

Se sacó el teléfono del bolsillo. Él no había migrado al NetPen. Su móvil era básico; ya casi no había demanda de los modelos antiguos. Solo servía para hacer llamadas, enviar mensajes y navegar por la web con una pantalla pequeña y anticuada. No se desplegaba, no tenía 3D ni comandos gestuales. Usó el teclado para escribir un breve mensaje de texto a Nancy: había establecido contacto con el MI5, había llegado a Kirkby Stephen, aún no había novedades.

Pasaron el resto de la tarde sondeando la zona. Su primera parada fue la comisaría local, una oficina automatizada y administrada desde Kendal. Un agente de patrulla local al que Annie había llamado antes les abrió la puerta y se ofreció a prepararles un té. Annie presentó sus credenciales al joven, que parecía entusiasmado de tomar parte en un caso del Ministerio del Interior. El agente les ayudó a hacer un puñado de copias de una foto de Phillip con el número de teléfono de la policía. Luego los acompañó a patear las calles y las plazas de Kirkby Stephen, a repartir las fotos por pubs, cafés y negocios locales, y a preguntar a los viandantes si habían visto al chico.

El agente Brent Wilson, alto y delgado, charlaba afablemente e iba comentando en directo las particularidades de su localidad.

—Esta es una ciudad pequeña y agradable —dijo—. Tranquila. De vez en cuando hay algún problema, claro, pero suelen ser siempre los mismos elementos. Cuando te llaman de una dirección concreta, ya sabes lo que te vas a encontrar. Por lo general, la situación económica es la causa de estos problemas. Aquí lo hemos notado mucho. Todo eso del 9 de febrero..., ¡pero usted sabe más de eso que yo! Escasea el empleo. La gente está apática, deprimida. Más alcohol. Más drogas. Peor aún, hemos tenido unos cuantos adolescentes, algunos no mayores de trece años, que se han colgado. Dejan unas notas de suicidio de lo más penoso. Es como una epidemia. —Suspiró, su voz perdió fuerza—. En fin.

Will conocía la historia. Eso mismo estaba ocurriendo en los pueblos y las ciudades de Estados Unidos y, por lo que había leído, del resto del mundo. El horizonte se acercaba. Se hacía oneroso, y los más vulnerables no lo llevaban bien. Él, por su parte, había decidido ignorar el 9 de febrero. «Lo que tenga que ser, será» era su postura pública sobre el horizonte; la privada: «Que le den».

Cuando empezó a oscurecer, Will y Annie hicieron la última parada del día en la Kirkby Stephen Grammar School, una pequeña escuela de enseñanza secundaria, en el límite de la localidad, con menos de cuatrocientos alumnos. La directora los recibió compasiva y les dejó poner las fotos en el tablón de anuncios y en la biblioteca. ¿Hawkbit? Una flor silvestre que crecía por la zona, ¿no? Y eso era todo lo que tenía que ofrecer.

Will estaba para el arrastre. Annie le dijo que no le importaba quedarse sola y lo instó a que comiera algo en su habitación y descansara, pero él era de la vieja escuela y, además, le parecía que lo trataba como a un vejstorio. Así que insistió en cenar con ella en el restaurante del Bull.

La iluminación del comedor era muy tenue. Olía a cerveza. Solo tres mesas estaban ocupadas y la camarera atendía sus quehaceres como si estuviera drogada. Will intentaba verle las pupilas para confirmar su sospecha. La comida era un plato de pasta sacada del congelador. Se lo comió automáticamente, más interesado en la botella de vino francés, que estaba pasable. Su médico le permitía beber con

muchísima moderación, pero la moderación era un concepto escurridizo para él. Compartir una botella de vino era lo bastante moderado, a su juicio.

Annie no bebía mucho. A Will le parecía que no tomaría más de una copa. Le preguntó en broma la razón.

—Cuando hacemos una investigación de campo, se considera que estamos de servicio veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Por lo general, se permite una copa durante la cena, pero nada más.

—Qué puritano —dijo él—. Parece una actitud más americana que británica.

El comentario la hizo reír.

—No llevo en el servicio el tiempo suficiente para saber qué normas se pueden burlar. Así que prefiero cumplirlas a rajatabla.

—Yo creo que no he respetado una norma en mi vida —comentó Will apurando la copa y cogiendo la botella—. ¿Cómo es que elegiste esta profesión?

—Me pareció excitante a simple vista. Un trabajo importante y todo eso. Era esto o la City, porque todos mis hermanos trabajan en el mundo de las finanzas, pero me temo que se me habría dado fatal hacer dinero.

—Pues ya somos dos. Por lo que veo, no eres como otros de tu generación, que han tirado la toalla con la excusa del horizonte.

—No, pero muchos de mis compañeros de colegio lo han hecho. Y debo decir que muchos parecen tremendamente satisfechos de sí mismos. Han descubierto cómo funciona y todo eso. Las abejas obreras mantienen operativos todos los bienes y servicios básicos hasta el final mientras ellos se divierten como si no hubiera un 10 de febrero.

—Pues si así es como funciona es muy deprimente, y no es que yo esté en contra del hedonismo. Lo he practicado casi toda mi vida.

—¿No has vuelto a trabajar desde el caso del Juicio Final?

—Estaba cerca de los veinte años de servicio al gobierno. Me prejubilaron para quitarme de en medio. Un año o así después volvieron a llamarme, saqué a la luz lo de la Biblioteca como mecanismo de supervivencia, luego pasé a la jubilación permanente.

Annie entrecrocó las yemas de los dedos de ambas manos, pensativa.

—¿Puedo preguntarte algo? Siempre he querido saberlo, e incluso tuvimos un módulo sobre esto en clase: ¿tu motivación personal iba más allá de tu seguridad particular y la de tu familia? Quiero decir: ¿tenías un punto de vista filosófico o moral sobre el derecho de la gente a saber lo que un sector exclusivo del gobierno ya sabía?

Era una pregunta a la que Will había respondido públicamente una y otra vez cuando había hecho la gira de su libro hacía años. Por aquel entonces había adoptado una postura arrogante sobre el derecho del individuo a saber lo que sabe su gobierno y señalado que la gente tenía derecho a saber que la fecha de su muerte estaba



predeterminada. Dejaba en manos de hombres más sabios la decisión de si el individuo debía conocer esa fecha concreta. Había dicho que, en última instancia, apoyaba la resolución de la comisión presidencial que opinaba que se servía mejor a los individuos y a la sociedad en su conjunto si se mantenían en secreto las fechas y se sometían a una estricta seguridad con el fin de proteger los derechos del individuo.

Ahora estaba un poco borracho y más cansado que en toda su vida.

—¿Quieres saber por qué destapé lo de Área 51 y los vigilantes? ¿En serio quieres saberlo?

Quería.

—Porque esos capullos me tocaron los cojones.

De nuevo en su habitación, se desnudó y se desplomó en la cama. Aunque estaba mareado, tuvo la presencia de ánimo de hacerse el chequeo cardíaco de todas las noches. Se puso la ventosa del HeartCheck en el pecho y esperó a que emitiera un informe audible.

«Frecuencia cardíaca 74. Ritmo sinusal normal. No se requiere actuación.»

Gruñó, se quitó la ventosa y apagó la luz.

Al día siguiente repartirían la foto de Phillip por las localidades cercanas de Appleby y Sedbergh. Luego se dirigirían a otras más pequeñas. ¿Qué otra cosa podían hacer?

A través de la pared oyó que Annie se preparaba para irse a la cama.

En otros tiempos...

Era casi noche cerrada. Había luna, pero, tapada por las nubes, era un disco rojizo en lo alto del cielo nocturno. Sin luz, no podía más que correr y tropezar, levantarse, correr y volver a tropezar.

Nada de lo que había vivido lo había preparado para aquello. El miedo era como curare, le paralizaba las piernas poco a poco; tenía que hacer esfuerzos para mantener los músculos activos.

El terreno era irregular y traicionero. Había llovido y la densa hierba resbalaba como el hielo, sobre todo en las cuestas. La fuerza de la gravedad le hacía virar. Cada vez que se encontraba subiendo una cuesta, corregía el rumbo.

«En llano, bien», se dijo.

Cuesta arriba, mal.

Las cuestas conducían al monte y al aislamiento.

Era más probable que los llanos llevaran a una carretera.

Se detuvo para recobrar el aliento y escuchar.

El viento se le metía en los oídos. Además, lo único que oía era su propio temblor. No iba vestido para un febrero en esos lares y la hierba mojada lo había empapado. Por lo demás, reinaba el silencio. Un silencio absoluto. Se palpó en busca del NetPen.

Aún lo llevaba en el bolsillo, a pesar de las veces que se había caído. No tenía ni idea de si le quedaba batería ni de si tendría cobertura.

Tenía que funcionar.

Trotó de nuevo, ansiaba avanzar un poco más antes de atreverse a parar y usar el móvil. ¿Cuánto tiempo llevaba corriendo? ¿Media hora? ¿Más?

¡Qué dolor!

Había chocado con algo duro y sólido y se había caído. Le dolían las rodillas y la boca le sabía a sangre.

Palpó el obstáculo con la mano. Era un murete de piedra, y se había estampado contra él con tanta fuerza que le habían rechinado los dientes. Se levantó y, con cuidado, trepó por aquella estructura que le llegaba a la cintura.

Entonces oyó algo a su espalda. Una voz a lo lejos. Estaba seguro.

Se agazapó tras el murete y miró por encima en la dirección por la que había llegado. Detectó un haz lejano de luz azulada.

Luego vio unas figuras oscuras que se le acercaban despacio.

Quiso levantarse y echar a correr otra vez, pero le dolían las rodillas, estaba agotado y tenía demasiado miedo.

Las figuras se aproximaron.

Cerró los ojos.

«Beee.»

De la oscuridad, surgió una oveja.

Estiró la mano, sin temor al agradable tacto de la lana caliente, pero el animal se detuvo en seco y otras bestias se unieron a él. Las ovejas cesaron su avance, lo miraron fijamente. Después el rebaño, en bloque, despacio y con cautela, se retiró.

Del otro lado del murete llegaron más voces. Dos hombres que se comunicaban a gritos.

—¿Todo bien? —oyó a lo lejos.

—Sí, todo bien.

Se sacó el NetPen del bolsillo de los pantalones y contuvo la respiración mientras pulsaba el botón de encendido. Brilló en rojo: le quedaban minutos, segundos, de batería.

Si desplegaba la pantalla no aguantaría.

—Enviar alerta de socorro —susurró al dispositivo sin desplegar.

«¿Destinatario?», preguntó el aparato.

Bajó el volumen.

—Will Piper.

«¿Adjuntar mensaje?»

—Sí.

«Dictar mensaje», ordenó el móvil.

El sonido era tan leve y melódico que si Will hubiera dormido profundamente no se habría despertado. Pero entre el colchón extraño, el calor asfixiante de la habitación y el jet lag incipiente no conseguía dormir de un tirón.

Abrió los ojos extrañado e intentó localizar la fuente de aquel tono pertinaz.

Su móvil.

Sonaba como un mensaje de texto, pero no se extinguía, seguía sonando.

Cogió el aparato de la mesilla, tocó la pantalla y leyó el mensaje:

Alerta de socorro recibida de Phillip Piper. ¿Reproducir mensaje adjunto?  
Sí/No.

Se incorporó con la respiración acelerada y tocó «Sí».

Eran las cuatro de la tarde en Groom Lake. Roger Kenney estaba en su puesto, seis plantas por debajo del seco desierto, preparándose para el éxodo vespertino, el ritual conocido como «desnudo y registro», por el que todos los empleados debían someterse, desnudos, a un registro mecánico exhaustivo que garantizara que la base de datos no salía jamás de las instalaciones. Claro que eso no había impedido que un genio como Mike Shackleton burlara el sistema en 2009 metiéndose por el ano una unidad de memoria de plástico, pero la tecnología de registro era ahora infalible.

Con una alerta, se abrió una ventana en su pantalla mural.

La pantalla anunció:

Alerta prioritaria. Importante actividad en archivo de vigilancia 189007,  
Will Piper.

Kenney alzó la mirada, apenas interesado. Había activado una matriz rutinaria de recopilación de datos sobre Piper al enterarse de que el FBI había solicitado la colaboración del MI5 para localizar a su hijo desaparecido. Lo había hecho por si guardaba alguna relación con el caso del Juicio Final chino. «Soy un auténtico hijo de puta —le gustaba decirle a su gente—. Si queréis progresar en este mundo, andad como yo, hablad como yo, actuad como yo. No soy arrogante, gente, tengo razón y punto.» Además, había pocas personas en el mundo a las que Kenney detestara más que a Will Piper. Aunque no hubiera sido él quien había disparado a Malcolm Frazier, bien podía haberlo hecho. Cualquier excusa le valía para espiarlo. Y nunca se sabía. Una cosa podría llevar a otra. La idea de ajustar cuentas le resultaba más que interesante.

—Mostrar archivo —ordenó Kenney.

Archivo de audio. Enviado hace sesenta segundos desde el NetPen registrado a nombre de Phillip Piper. Alerta de socorro con geolocalización. Latitud = 54.4142, Longitud = -2.3323, Pinn, Cumbria, Reino Unido.

En la pantalla apareció un mapa satelital de un terreno verde y montañoso desprovisto de elementos creados por el hombre salvo por una red de muretes de piedra. En medio de la nada.

—Reproducir archivo de audio.

Papá. Soy yo. Estoy metido en un lío. He conseguido escapar. Los bibliotecarios. Me persiguen. ¡Ayúdame! Yo...

Era la voz de un adolescente, un susurro tenso y aterrado.

Cinco minutos después, Kenney estaba en el despacho del contraalmirante Sage reproduciendo de nuevo la transmisión interceptada.

—¿Qué quiere decir con eso de «los bibliotecarios»? —preguntó el oficial.

—Ni idea, señor. El término no se encuentra en nuestras bases de datos.

—No me gusta.

—No, señor.

—Ha hecho bien espiando a Piper. Buena iniciativa. La historia de Área 51 nos ha enseñado que, con Will Piper, cuando el río suena, agua lleva.

—Gracias, señor.

—Como recompensa, va a irse usted al Reino Unido a supervisar personalmente los avances e intervenir cuando proceda. Le otorgo pleno control operativo. Llévese a un equipo. Si esto tiene algo que ver con el Juicio Final chino, será Groom Lake quien resuelva el caso, no un organismo de segunda como el FBI o el MI5. Haga las maletas y póngase en marcha.

Corría el 28 de diciembre, tres días después del banquete de acción de gracias del día de Navidad. Clarissa había esperado ansiosa esa fiesta, y había contado los cuarenta días desde San Martín colocando cuarenta piedrecitas en su lavamanos. Había empezado el 11 de noviembre y había ido quitando una piedra cada mañana. Cuando al fin llegó el día, su corazón de dieciséis años daba brincos de alegría. La abadía de Vectis era un sitio duro y aburrido para una joven que aún no se había entregado a la vida monástica, y cualquier día que conllevara dulces, regalos y un ambiente de alegría general la atraía muchísimo.

Sin embargo, pasada la Navidad, Clarissa volvió a su monótona rutina. Las campanas de laudes la despertaron como siempre. Su pequeña celda estaba oscura y hacía en ella un frío de mil demonios. La ventana traqueteaba sacudida por las fuertes ráfagas de viento procedentes del mar.

Instintivamente, metió las manos bajo la manta para palparse el vientre. Se lo notó suave y terso. Solo le quedaban dos meses. Le habían dicho que no habría pataditas, y no las había.

Pero sabía que su bebé estaba vivo y bien. Estaba convencida.

El niño era suyo, lo único que tenía en este mundo, y lo amaba.

El disponer de una celda propia era un lujo con el que jamás había soñado. Clarissa, que era la sexta hija de un granjero y había crecido en la agreste frontera septentrional de Cumberland, a los catorce aún compartía cama con cuatro hermanas y un solo cuarto con toda su familia. Hacía un año que había llegado a la abadía de Vectis. Baldwin, el abad, se había detenido en el mercado de la localidad de Kirkby Stephen cuando regresaba de un arduo viaje a Escocia en busca de mecenazgo para su orden. Tras la muerte de la principal mecenas de la abadía, la condesa Isabella de Fortibus, Baldwin se había visto obligado a abandonar el enclave de su isla y viajar por el reino de Wessex y más allá buscando el favor de condes, lores, obispos y cardenales que quisieran sostener la abadía de Vectis, una joya de la corona benedictina que poseía la catedral más preciosa de la zona. El séquito de Baldwin había necesitado dos caballos descansados, y en la plaza del mercado el abad había conocido al padre de Clarissa, quien le ofreció sus monturas.

Después de llegar a un acuerdo, Baldwin tenía una pregunta para el granjero. También necesitaba jóvenes vírgenes obedientes con las que poblar las filas de novicias de su abadía. ¿Tendría alguna hija de la que pudiera prescindir? ¿A qué precio?

Desde luego que tenía. La cuestión era cuál. La mayor se había encaprichado del

herrero del pueblo y él esperaba obtener algún beneficio de aquella unión. La pequeña era demasiado joven, y la segunda era la favorita de su esposa; si se desprendía de ella, su mujer montaría en cólera. Así que le quedaban las dos de en medio. Ambas eran bastante trabajadoras, pero quizá Mary satisfaría mejor el criterio de obediencia del abad. Clarissa, en cambio, era obstinada y pendenciera, lo cuestionaba todo, era más un engorro que otra cosa. Después de decidirse, le había mostrado las monedas a su mujer llorosa y le había dicho: «Que sea la Iglesia quien la dome».

Clarissa había dejado Yorkshire con una mezcla de nerviosismo y extrañeza. Sabía bien los conflictos que la esperaban si se quedaba en la granja. Aquella vida no presentaba otro atractivo para ella que el solaz del seno familiar. Trabajaría los campos y cuidaría de las ovejas hasta que le dolieran los huesos, y un día su padre la casaría con algún zoquete que la apartaría de sus hermanas. Y el único consuelo que sacaría de la unión con ese hombre al que seguramente le faltarían dientes y le apestaría la boca a cebolla sería un bebé. ¡Cuánto ansiaba tener un bebé algún día y poder abrazarlo! Había visto a su madre con la menor de sus hermanas recién nacida y, cuando se la ponía en el pecho, aquella mujer demacrada parecía feliz por una vez según Clarissa.

Ese fue el pensamiento que la atormentó durante todo el mes que duró el viaje a Vectis. Si se casaba con Jesucristo y no con un hombre, jamás tendría ese bebé. Qué pena, qué pena. No obstante, los acólitos del abad la trataron con solicitud y la obsequiaron con relatos de la grandeza de la catedral y de la maravillosa tranquilidad y santidad de la abadía. Así que pensó en Dios y se preguntó qué aspecto tendría si se materializara en la tierra. ¿Sería un joven guapo con barba como el de los crucifijos? ¿Un anciano de barba cana vestido con una túnica larga? ¿Y cómo se sentiría siendo la esposa de Jesucristo?

Recordaba bien la primera vez que había visto la aguja de la catedral. Se había tapado el cuello con su nueva capa de lana para protegerse del gélido frío. Con la mano que le quedaba libre, se había agarrado a la barandilla del barco con tanta fuerza que se le habían puesto blancos los nudillos. El mar se comportaba como si pretendiera impedirle que completase el viaje. Nunca antes había visto el océano y le parecía algo oscuro y perverso que rociaba de sal sus orificios nasales y le revolvía el estómago. Pero un monje anciano y cariñoso que había sido algo así como su protector durante toda la expedición la agarró por los hombros y le dijo que no tenía nada que temer. El barquero, le comentó para tranquilizarla, lo tenía todo bajo control. «Tú sigue mirando la aguja de la catedral, hija. No tardaremos en llegar», le dijo.

La aguja, negra contra el cielo gris de fondo, era la mano extendida de Dios señalando el cielo. Vectis sería su hogar, su santuario. Se entregaría a Dios y, si era

digna, se haría monja. La paz que sintió en ese instante fue la sensación más hermosa que había experimentado en toda su joven vida.

Al llegar, besó la playa y recorrió la corta distancia que la separaba de la abadía a la zaga del séquito de Baldwin. Cuando pasó por la verja levadiza de la abadía amurallada, le sorprendió lo animada que estaba. Con una población de seiscientas almas, era la segunda ciudad más grande de la isla de Wight, y por lo visto los seiscientos habían salido corriendo a recibir al abad. Baldwin se hincó de rodillas en un margen herboso delante de la catedral y dio gracias en voz alta por haber regresado sano y salvo.

Clarissa se dejó llevar por la barahúnda hasta que una monja de aspecto severo se le acercó y, saludándola apenas, le ordenó que la siguiera. La hermana Sabeline, madre superiora de las hermanas de Vectis, era una cascarilla seca de mujer, tan huesuda y arrugada que parecía que el peso de su grueso hábito negro era lo único que impedía que se la llevara el viento. En silencio, condujo a Clarissa por los extensos terrenos. Además de la imponente catedral, había en Vectis unos treinta edificios de piedra, entre los que se encontraban la sala capitular, la casa del abad, las cocinas, el refectorio, la bodega, la enfermería, la despensa, el hospicio, el calefactorio, la destilería, los establos y los dormitorios. Para Clarissa constituía un complejo inimaginable.

El destino de Clarissa eran los dormitorios de las hermanas, una construcción baja que se hallaba al fondo de la abadía, cerca del muro que rodeaba el recinto. La hermana Sabeline la dejó al cuidado de una monja anciana y rolliza, la hermana Josephine, que la llevó a un dormitorio comunal con camas de madera y relleno de paja. Sobre cada cama había un cobertor cuidadosamente doblado y, al lado, un orinal. En una mesilla baja había una vela y una palangana de cerámica.

—¿Tienes ya la menstruación, niña?

—¿La qué?

—¡Ay, Dios! ¡Si sangras!

—Ah, sí —dijo ella ruborizándose—, pero en este momento no.

—Levántate la falda, niña —le ordenó la monja.

Clarissa se quedó paralizada.

—¡Ya me has oído!

Obedeció despacio.

La monja echó un buen vistazo a su desnudez y gruñó su aprobación, pero no le dio explicaciones de ningún tipo.

—Todas las chicas están trabajando —dijo la hermana Josephine—. Las conocerás después de vísperas. Esta será tu cama. ¿Sabes rezar?

—Me sé el padrenuestro —contestó Clarissa.

—Bueno, algo es algo, ¿verdad? ¿Y sabes pelar y trocear verduras?

Clarissa asintió con la cabeza.

—Bien. Vamos a la cocina para que puedas empezar a ganarte el sustento.

—Quiero ser monja, hermana. ¿Qué tengo que hacer?

La hermana Josephine soltó un bufido.

—Empieza por pelar patatas.

Poco a poco, semana tras semana, mes tras mes, Clarissa fue dándose cuenta de que su papel era distinto del de la mayoría de las chicas de los dormitorios. Aunque iba a la catedral a rezar con las demás, nunca la relevaban de sus quehaceres en la cocina para que participara en la enseñanza diaria de las escrituras y los himnos. Había una chica, Fay, una muchacha de huesos grandes y nariz de patata, a la que al parecer trataban como a ella, pero un día desapareció y no había vuelto a verla.

Las otras chicas se hacían llamar «novicias», y cuando llevaban un año en Vectis se les permitía hacer unos votos sencillos. A las que llevaban ya cuatro años en la abadía les rapaban la cabeza, hacían votos solemnes y recibían el anillo de Cristo. Como hermanas de Vectis, disponían de una celda propia donde dormir y de tiempo libre para rezar y meditar en solitario.

Para mayor estupefacción y aislamiento de Clarissa, las otras la evitaban y murmuraban a su espalda. Nadie le explicaba por qué ella era distinta. Solo sabía que lo era.

Cuando llevaba seis meses en Vectis, una chica nueva, más joven que ella, llegó a los dormitorios. Era una muchacha rubia llamada Mary a la que su padre había depositado en la abadía para que hiciera lo que el abad tuviera a bien encargarle. Le dieron la cama de al lado de la de Clarissa y las dos pelaban y troceaban verduras juntas en la cocina. Al poco empezó a resultar evidente que tampoco a Mary la trataban como a una novicia.

Mary era tan tímida como ella y las dos apenas intercambiaron una palabra durante las primeras semanas. Cuando al fin lo hicieron, sus acentos y dialectos resultaron lo bastante distintos para que la comunicación resultara difícil, pero con el tiempo llegaron a entenderse.

—¿Nosotras no vamos a ser novicias como las otras? —había querido saber Mary.

—Cuando se lo pregunto a la hermana Josephine, no me contesta —le respondió Clarissa—. Cuando rezo a Dios para que me dé una respuesta, tampoco la recibo. ¿Puedo preguntarte algo? Cuando llegaste, ¿la hermana Josephine te miró tus partes?

Mary asintió con la cabeza.

—Me dijo que tenía buenas caderas.

Enseguida se hicieron amigas, unidas, al parecer, por un mismo destino. La abadía era su único mundo, y era un lugar extraño e insondable. Se esforzaban por entender la jerarquía de la orden y la labor de cada uno de sus habitantes. Sabían que



había una destilería de cerveza, pero ¿cuál era el monje cervecero? Sabían que había una enfermería, pero ¿qué hermano era el cirujano? Jugaban a intentar adivinar quién hacía qué y, en los pocos minutos en los que no estaban bajo la estricta vigilancia de la hermana Josephine o de la cocinera, seguían a hurtadillas a algún probable sospechoso por las tierras de la abadía mientras cumplía con sus quehaceres.

Durante estas aventuras descubrieron dos edificios del complejo que les parecieron particularmente curiosos.

En un rincón escondido de la abadía, más allá del cementerio de los monjes, había una construcción sencilla y sin adornos, del tamaño de una pequeña capilla, conectada con un edificio largo y sin ventanas. Una vez habían visto que una carreta llevaba provisiones de carne, verduras y grano a ese edificio.

—Debe de ser una cocina —había dicho Clarissa.

—Tendrán otras chicas que hagan las tareas —replicó Mary—. Menos trabajo para nosotras.

El otro edificio que les había llamado la atención estaba cerca de esa capilla con cocina. Parecía una versión pequeña de los dormitorios de las hermanas, hecho con bloques de piedra caliza, con filas de ventanas cuadradas idénticas y fustes de chimenea en los dos lados cortos. En uno de sus paseos, vieron algo que llenó a Clarissa de una turbulenta mezcla de fascinación y miedo. Fay, la chica de la nariz de patata que había desaparecido hacía meses, se dirigía con andares de pato del pequeño dormitorio a la dependencia de detrás. No lo podía negar: estaba embarazada de muchos meses.

«¿Cómo puede quedarse preñada una muchacha en un monasterio?», se había preguntado Clarissa.

Esa noche, tendida en su camastro de paja, le atormentó el recuerdo de la hermana Josephine escudriñando sus caderas desnudas.

¿Qué destino la esperaba?

La respuesta a su pregunta no tardó en llegar.

Un día soleado de junio, el más hermoso que Clarissa había conocido, de aire perfumado de madreSelva y salpicado de abejas, la hermana Josephine se había acercado a ella durante su aseo matinal y le había ordenado que recogiera sus escasas pertenencias.

Mientras salía, sus ojos se cruzaron con los de Mary. Se dijeron adiós en silencio, con labios trémulos. No tenía ni idea de si volvería a ver a su amiga.

No la sorprendió en absoluto que la hermana Josephine se la llevara directamente al pequeño dormitorio situado en un extremo de los terrenos de la abadía.

Dentro, el ambiente estaba un poco cargado. Habían cerrado las puertas y las ventanas para que no entrara la brisa. Había un pasillo central y celdas individuales a

ambos lados.

Por el pasillo le pareció oír el llanto de un bebé, pero duró solo un instante. Luego oyó la voz baja de una chica. ¿Era esa la voz de Fay, la muchacha de huesos grandes embarazada de muchos meses?

—¿Qué sitio es este, hermana? —preguntó con miedo.

—Eso no es asunto tuyo, niña —fue la respuesta—. Cuando llegue el momento, se te dirá lo que se te tenga que decir. Hasta entonces, lo único que debes hacer es obedecer y portarte bien.

—Sí, hermana —dijo Clarissa con voz de ratoncillo.

La hicieron pasar a un aposento donde había una cama, una mesilla y algunos utensilios de loza.

—No hay más que una cama, hermana —exclamó ella.

—No tienes que compartirla, Clarissa. Es para ti y solo para ti.

—¿Mi propio aposento? —preguntó, incrédula.

—Debes dar gracias al Señor por tu suerte.

—¿Trabajaré en la cocina?

—No.

—Entonces ¿qué trabajo haré?

—Rezarás y meditarás. Ese es tu trabajo ahora.

—¿Iré a la catedral para las horas?

—No. Harás tus rezos aquí.

—¿Hay otras conmigo?

—¡Basta ya de preguntas! La hermana Hazel vendrá en breve con comida y bebida. Ella será tu superiora. Haz todo lo que te diga sin rechistar.

La hermana Hazel era una monja robusta de espaldas anchas a la que le crecía pelo en lugares poco habituales de la cara. Todo lo que hacía lo hacía rápido, y le dejó claro que esperaba que hiciese cuanto le ordenara bien y sin protestar. Ella era la responsable última del dormitorio y no toleraría majaderías. Las normas eran simples: no debía confraternizar con las otras chicas; comería en la celda y se acabaría hasta el último bocado; por las mañanas se lavaría bien y deprisa; debía informar sin falta del momento en que le llegara el período; solo saldría de la celda para recibir a las visitas en el edificio anexo; debía ser diligente en sus oraciones personales; y, por último, la hermana Hazel no toleraría preguntas tontas.

Clarissa inició así un aburrido período de soledad. Hizo todo lo posible por rezar, pero solo podía recordar unos cuantos himnos de principio a fin. Estaba presa en su celda, pero la comida era abundante y su cama era cómoda. Aguzaba el oído para oír las voces de las otras celdas y, cuando visitaba el edificio anexo, trataba de espiar por las ventanas oscuras de las celdas vecinas. Lo único que sabía con certeza era que había un bebé al final del pasillo. Lo oía llorar de vez en cuando con absoluta

claridad.

Cuando le vino el período, se lo comunicó obedientemente a la hermana Hazel, a quien la noticia pareció complacerle. Dos semanas después, su vida cambió para siempre.

La mañana del día señalado, la hermana Hazel llegó después del desayuno y se situó junto a su cama.

—Hoy es el día más importante de tu vida, niña. El Señor te llama para un fin más elevado, y ese fin se cumplirá dentro de muy poco. Te voy a llevar a una parte de la abadía que solo conocen unos cuantos privilegiados.

—A una capillita que hay por allá —dijo Clarissa señalando.

—Eres una niña muy curiosa y muy lista, ¿verdad? Sí, ahí es adonde vamos. Las chicas que van allí son las verdaderas elegidas. Vas a formar parte de un largo linaje de mujeres que han cumplido con su deber y se han visto recompensadas con el conocimiento y la certeza de haber servido a Dios de una forma especial y singular.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó ella temblando.

—Cuando estés allí, sigue las instrucciones de la hermana Sabeline. Ella supervisará personalmente el ritual.

—¿Qué es un ritual?

—¡Siempre haciendo preguntas! Lo único que te diré es que algunas chicas, las débiles, se asustan con lo que ven. Pero tú no eres débil, ¿verdad, Clarissa?

—No, hermana.

—Desde luego que no. Tú serás valiente, no llorarás y obedecerás a la hermana Sabeline.

—Sí, hermana.

—Pues ven conmigo.

Hacia otro día precioso y Clarissa volvió la cara al calor del sol. Tenía el corazón alborotado de miedo, pero avanzaba resuelta. Si Dios la había elegido para algún fin elevado, se sometería a su voluntad. Fueran cuales fuesen las circunstancias.

La hermana Sabeline las esperaba a la puerta de la capilla. La hermana Hazel le entregó a Clarissa y se fue deprisa. La anciana monja le ordenó muy seria que la siguiera. A Clarissa le sorprendió ver que la capilla estaba vacía; el suelo era de piedra azul, y el único adorno era un crucifijo de madera bañado en pan de oro colgado en la pared sobre una puerta de roble que había al fondo.

La hermana Sabeline abrió la puerta de un empujón, cogió a Clarissa de la mano y tiró de ella.

Clarissa se encontró en una escalera de caracol empinada que se adentraba bajo tierra. Había antorchas colocadas a intervalos, pero aun así debía tener cuidado de mirar dónde pisaba. La espiral era tan pronunciada que, al poco, notó que la cabeza le daba vueltas. Cuando ya no podían descender más, una enorme puerta les bloqueó el

paso.

La hermana Sabeline abrió la puerta con una pesada llave negra de hierro que llevaba colgada de su cinto de cuero. Para abrirla, tuvo que apoyarse en ella con todas sus fuerzas.

Se encontraban en una caverna oscura.

Clarissa entornó los ojos e intentó hallar sentido a lo que veía. Luego miró a Sabeline con los ojos como platos y estaba a punto de hablar cuando la monja le dijo que no pronunciara ni una sola palabra.

La cripta tenía un techo abovedado, enyesado y encalado para aumentar la luminosidad de las velas dispuestas cada cierta distancia en filas de largas mesas.

A Clarissa se le cortó la respiración cuando comprendió lo que estaba viendo. Sentados a las mesas, hombro con hombro, había decenas de hombres y muchachos pelirrojos, de piel blanquísima, cada uno de ellos con una pluma en la mano, mojándolas y escribiendo en hojas de pergamino y produciendo con ello un ruido de rozamiento tan intenso que le inundaba los oídos. Algunos de los escribas eran ancianos, otros eran niños, pero, a pesar de sus edades, todos se parecían mucho. Todos los rostros parecían igual de concentrados, con sus ojos verdes clavados en la lámina de papel en blanco.

«Dios mío, ¿quiénes son estas criaturas?», se dijo.

«¿Qué son?»

—Recuerda. ¡No digas nada! —le advirtió Sabeline.

Ninguno de los hombres de piel blanca pareció reparar en su presencia mientras las dos, Sabeline arrastrando a Clarissa, pasaban delante de cada uno de ellos, fila por fila.

De pronto, un hombre levantó la cabeza y la miró directamente. Era muy viejo, quizá el mayor de todos. Tenía la piel arrugada y floja, y en su cuero cabelludo, sonrosado y escamoso, había solo unas cuantas manchas de pelo cano rojizo. Clarissa observó que los huesudos dedos de su mano derecha estaban manchados de tinta y que en la pechera de su hábito había manchas amarillas de comida. El anciano empezó a respirar pesadamente, emitiendo silbidos agudos. Luego emanó de su garganta un gruñido grave, un sonido animal, primitivo, que hizo que a Clarissa le temblaran las piernas.

—No doy crédito —masculló la hermana Sabeline—. Sencillamente no doy crédito.

La monja cogió una de las velas y tiró de la manga de Clarissa como uno tiraría de una mula tozuda, pero al ver que seguía clavada al suelo volvió a tirar, poniendo así en movimiento las piernas de la joven. Al final de la fila, la monja la llevó hacia un corredor abovedado oscuro como boca de lobo.

Clarissa no quería entrar en ese agujero, pero era como una muñeca de trapo en

manos de la anciana monja. Al atravesar el arco volvió la cabeza y vio que el anciano sibilante se levantaba de su mesa.

En cuanto estuvo dentro, un hedor espantoso le inundó las fosas nasales. Instintivamente lo identificó con el olor de la muerte. Notó que el estómago se le revolvía, pero consiguió no devolver el desayuno.

El primer esqueleto amarillo que vio a la luz de la vela de la hermana Sabeline le hizo gemir de miedo. Su mandíbula estaba completamente descolgada, como si gritara. Tenía adheridos fragmentos de carne y pelo. Los ojos se habían desecado en masas del tamaño de guisantes. A medida que avanzaban hacia el interior de las catacumbas vio otros, muchos otros esqueletos, demasiado numerosos para contarlos, apilados en los nichos cavados en la piedra caliza. Ya había visto un cadáver en su corta vida, el de su abuelo expuesto delante del hogar antes de que lo envolvieran y se lo llevaran al camposanto. Pero aquello no la había preparado para la inmensidad de toda esa muerte.

—¿Qué sitio es este? —preguntó, espantada.

—¡Calla! —le dijo la monja—. ¡No debes hablar!

Se detuvieron en una pequeña cámara, forrada de arriba abajo de nichos. La hermana Sabeline sostuvo la vela con el brazo estirado.

Clarissa temblaba como un perro al que acabaran de rescatar de las aguas heladas de un estanque. Oyó un arrastrar de pies.

Alguien se acercaba.

—¡Mírame! —le ordenó la monja—. No te des la vuelta.

Había alguien a su espalda.

No pudo obedecer. Giró la cabeza y vio el rostro inmóvil del anciano a la luz titilante de la vela. La miraba fijamente con aquellos ojos verdes, grandes y profundos.

—No tienes ni idea de lo afortunada que eres, niña —le susurró furiosa la hermana Sabeline—. Este no es un escriba cualquiera. Es Titus, el más venerable y prolífico. En todos los años que llevo aquí, jamás ha elegido a una chica. ¡Debes de ser la primera! Cumple bien con tu deber.

«¡Mi deber! —se dijo Clarissa—. Que Dios me asista.»

El anciano comenzó a proferir gruñidos graves y a toquetearse.

—Levántate el hábito —le ordenó la hermana Sabeline—. E inclínate hacia delante. ¡Ya!

Su breve y penosa existencia le pasó por delante en un momento. Si salía corriendo, ¿adónde iría? No tenía a nadie que la ayudara, ningún sitio donde esconderse, ni dinero, ni amigos. Solo podía hacer una cosa.

Se agarró el bajo del hábito y se lo levantó hasta la cintura.

—Bien, ahora inclínate hacia mí.

Notó presión en sus partes, luego una fuerte punzada de dolor al romperse el himen. Se había criado en una granja, había visto animales en celo. Sabía de esas cosas. Se sintió como una oveja hembra a la que estuvieran montando. Cerró los ojos con fuerza, apretó la mandíbula y pensó una y otra vez en una sola cosa.

«Tendré un bebé. Tendré un bebé.»

No duró mucho. Los gruñidos del anciano alcanzaron su punto álgido y, cuando hubo terminado, se retiró de inmediato y se alejó arrastrando los pies.

—Enderézate —le ordenó la hermana Sabeline.

Pestañeando para deshacerse de las lágrimas amargas, Clarissa se irguió y dejó que el hábito le cayera hasta los tobillos.

—Ya está. Has cumplido con tu deber y lo has hecho bien. Ahora te llevaré de vuelta a tu celda, donde te quedarás tumbada boca arriba con las rodillas dobladas durante tres días. La hermana Hazel atenderá todas tus necesidades.

—¿Tendré un bebé? —preguntó, lastimera.

—¡Lo tendrás! —le contestó la hermana Sabeline—. Un bebé muy especial.

La adrenalina purgó el cansancio de Will. Iba sentado, tenso y rígido, al lado de Annie, que conducía el coche de alquiler rumbo al sur, hacia Pinn. Era una noche sin luna. El suyo era el único vehículo en la estrecha carretera. Con las luces largas, no veía más que setos, muros de piedra y alguna que otra casita oscura y solitaria de piedra caliza.

Annie contuvo un bostezo. Aquello a Will le dijo mucho. No se estaba implicando. No poseía el celo que él tenía cuando era un joven revolucionario. No se le iluminaban los ojos como a Nancy cuando trabajaba en un caso. Quizá fuera solo Annie. Quizá fuera la nueva generación. Quizá fuera el efecto pernicioso del horizonte. No le importaba demasiado. Su hijo andaba por ahí, perdido en la honda oscuridad del campo, en peligro. Y Will precisaba la implicación absoluta de todos los que participaban en su búsqueda.

—¿Cuánto nos queda? —preguntó.

—No mucho. Estoy buscando el coche del agente Wilson, que ya debería de haber llegado.

Will había llamado a Nancy y le había reenviado el mensaje de Phillip. Estaba haciendo horas extra en la oficina y enseguida ubicó las coordenadas de la alerta de Phillip en un mapa satelital.

—Es zona agrícola —le había dicho—. No hay muchos edificios. ¿Qué demonios hace ahí, Will?

—Ojalá lo supiera, Nance. ¿Tenéis algún grupo terrorista en vuestros archivos que se haga llamar los Bibliotecarios?

La había oído emitir comandos de voz a su ordenador.

—Nada —le había contestado ella.

—Podrían ser nuevos. El nombre me da pánico.

—Y a mí —dijo ella. Will había notado el miedo en su voz. Por encima de todo era madre—. Podría ser algo relacionado con el horizonte. Quizá tu parentesco con Phillip lo ha convertido en un blanco simbólico.

—Su redacción estaba por toda la red —había dicho Will.

—Sí, es cierto.

—¿Existe alguna remota posibilidad de que esto tenga algo que ver con tu caso de los chinos?

—No quiero descartar nada. Parish se ha ablandado. He podido escaquearme del viaje a China. ¿Quieres que intente conseguir permiso para volar al Reino Unido?

—No, quédate donde estás. Quizá necesitemos que hagas cosas en Washington que no se pueden hacer aquí. No me fío del MI5. Me han asignado a una niña que no es mucho mayor que Phil.

Hubo una pausa. Will sabía lo que Nancy estaba pensando, pero estaba seguro de que en esas circunstancias no iba a preguntarle: «¿Es guapa?».

En cambio, le había dicho:

—Will, encuéntralo y tráelo a casa. Oye, y cuídate ese condenado corazón.

Delante, en la oscuridad, vieron el coche del agente Wilson aparcado en el arcén, con las luces interiores encendidas. Annie aminoró la marcha y se detuvo detrás de él. Se encontraron en el aire helado de la noche.

Wilson señaló la oscuridad.

—Hace una noche fría para que ese muchacho ande por los valles...

—Entonces más vale que lo encontremos rápido —dijo Will con sequedad—. ¿Hay muchas casas por aquí?

—Unas tres o cuatro por kilómetro cuadrado. No vive mucha gente por la zona —dijo el agente—. Este es un país de ovejas.

Wilson llevaba un NetPen con la configuración de la policía. La pantalla estaba desplegada y mostraba un mapa del terreno con una chincheta que señalaba la posición satelital de la alerta de Phillip.

—¿A qué distancia está eso? —preguntó Annie.

—A medio kilómetro, más o menos. Está muy oscuro. Solo llevo una linterna, lo siento, así que, a menos que ustedes lleven las suyas, no vamos a poder dividirnos.

Encontraron un hueco en un seto y se adentraron en un prado negro como el carbón. Will no tenía percepción del terreno más allá de lo que veía bajo el cono amarillento de la linterna del policía. La hierba que pisaba estaba aplastada por el frío y cubierta de escarcha. Se estremeció al imaginar a Phillip vagando por aquel paisaje extraño para él.

Al rato supo que subían por lo tensos que tenía los cuádriceps. La pendiente no era muy pronunciada, pero sí constante. Se tomó el pulso en el cuello y rezó para que el corazón no le diera un susto. Se toparon con un muro de piedra.

—Vamos a pasar al otro lado —dijo el agente Wilson—. Intenten no tirar ninguna piedra y así por la mañana no habrá quejas. Los granjeros de por aquí no son de lo más simpáticos. Y cuidado con las cacas de oveja.

Wilson saltó el murete sin problema y le ofreció la mano a Annie, que, con falda, lo tenía más difícil. En circunstancias normales Will le habría ayudado, pero tenía demasiada carne a la vista y decidió dejar las manos quietas. Cuando pasó al otro lado, sintió una palpitación en el pecho que le hizo detenerse y fruncir el ceño, asqueado de sí mismo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Annie.

—Perfectamente —dijo él recuperando el ritmo. Hizo bocina con las manos y llamó a gritos a su hijo.

El policía lo apuntó con la linterna y le reprendió:



—Señor Piper, entiendo su preocupación, pero le ruego que espere a que nos alejemos de las granjas. Como algún agricultor furibundo salga de su casa escopeta en mano en busca de un intruso no le arriendo las ganancias.

Will resistió la tentación de mandar al carajo a aquel tío. Necesitaba su cooperación.

Tras una subida de veinte minutos, habían saltado ya cinco muros. Wilson consultó su NetPen y declaró:

—Este es el punto aproximado desde el que su hijo envió la alerta.

—Voy a llamarlo —dijo Will—. ¿Le parece bien?

—Estamos lo bastante arriba como para no molestar a nadie del valle.

—¡Phillip! —gritó Will. Esperó y lo llamó de nuevo—. ¡Phillip! ¡Soy papá! ¿Dónde estás?

Vagó unos cuantos metros en cada dirección y volvió a intentarlo.

El fuerte viento no trajo respuesta alguna.

El agente barrió la ladera con el haz de su linterna.

—¿Qué es eso? —preguntó Annie señalando unos bultos oscuros.

—Ovejas, me parece —contestó Wilson—, pero voy a echar un vistazo. No se separen. No quiero más desaparecidos.

Se acercaron a los bultos, que, en efecto, eran un grupo de ovejas apiñadas cerca de un pequeño hangar agrícola. Wilson miró dentro. No había más que paja. Hurgó un poco con el pie y anunció que no había nada, pero Will insistió en repetir el ejercicio por sí mismo.

Pasaron media hora recorriendo el prado en pendiente que rodeaba las coordenadas de la alerta mientras Will llamaba desesperado a su hijo una y otra vez. Finalmente, Wilson insistió en que ya habían dado bastantes tumbos por esa noche. Volvería con más agentes por la mañana, pediría un helicóptero a la policía de Cumbria, pero no tenía sentido seguir deambulando a ciegas. Will se puso como una fiera, se plantó a un centímetro de la cara de Wilson y Annie tuvo que contenerlo; le rogó que no se indispusiera con las autoridades locales.

—Aquí no contamos con recursos propios, Will. Precisamos su ayuda constante. Piensa en tu hijo, ¿vale?

Will notó que las rodillas le fallaban de puro cansancio y se rindió a la mansa lógica de Annie. Empezaron el descenso.

A las nueve de la mañana, hora local, Roger Kenney y su equipo desembarcaban de un helicóptero de transporte Sikorsky de las Fuerzas Aéreas estadounidenses en la base aérea 421 de Menwith Hill en Harrogate, North Yorkshire. Hacía muchísimo frío y el sol brillaba con fuerza. Los tres estadounidenses se pusieron sus gafas de sol de espejo y subieron a un Humvee.

Habían tomado tierra en Inglaterra, procedentes de Nevada, esa mañana, y habían aterrizado en la base aérea de Mildenhall, en Suffolk, sede del Ala de Reaprovisionamiento Aéreo 100 de las Fuerzas Aéreas estadounidenses. Allí embarcaron de inmediato en un helicóptero que los llevaría a su destino. En tránsito, se habían hecho los preparativos necesarios para dar respaldo al equipo de Groom Lake en Menwith Hill, estación terrestre satelital y puesto de interceptación de datos de comunicaciones de la Agencia de Seguridad Nacional/CIA.

Cuando el helicóptero se aproximaba a tierra, Kenney había señalado el conjunto de antenas blancas gigantes albergadas en unos globos blancos que se extendían por todo el campo.

—Parecen amanitas enormes, ¿verdad?

Llevaba consigo a dos de sus mejores rastreadores: Lopez, ex Ranger, y Harper, ex Delta, los dos leales como ninguno, ambos FDR. Lopez bostezó y Harper, contagiado, también.

—¿Qué es eso, jefe? —preguntó Lopez.

—La oronja mortal. Una seta venenosa. Deliciosa hasta que te mata. Si no, que se lo pregunten al emperador Claudio.

—Lo que usted diga, jefe —repuso Lopez.

Pronto se encontraron cómodamente instalados bajo tierra, su hábitat natural, en un búnker reforzado que podía soportar el impacto directo de una bomba nuclear. Un oficial de enlace de la NSA americana les enseñó la suite, que tenía una sala de emergencias, un VidLink exclusivo con Groom Lake, dos dormitorios y cocina.

—Gracias por su hospitalidad —dijo Kenney al tipo de la NSA—. Me siento como en casa.

—Cierren los ojos e imaginen que hay cactus arriba —bromeó su anfitrión—. Denos una voz si necesitan un vehículo.

—¿Cuánto se tarda en llegar a Kirkby Stephen en coche?

—Depende de lo que le pisen.

—Le pisamos fuerte.

—Unas dos horas.

Mientras sus chicos se aseaban, Kenney se conectó con su servidor de Groom Lake y se sincronizó con sus programas de vigilancia. En unos minutos estaba operativo. Había una cola de archivos de audio de conversaciones por móvil entre Piper y su esposa y archivos de texto de mensajes entre Annie Locke y sus superiores del MI5.

Pronto se enteró de que habían progresado poco durante la noche y que tenían previsto reanudar la búsqueda de Phillip Piper por la mañana. Kenney arrastró las fotos de Will y Annie a la pantalla mural y, mientras activaba la localización de sus dispositivos móviles en el mapa de cuadrículas de Cumbria, habló satisfecho primero

con una de las fotos, luego con la otra.

—Annie Locke, eres una jovencita preciosa. Espero que lleguemos a conocernos, a ser posible bajo unas bonitas sábanas limpias. Y a ti, Will Piper, también espero verte pronto. Te la debo, por lo de Malcolm Frazier. Te voy a joder pero bien, santurrón hijo de puta.

Will paseaba nervioso por el vestíbulo del hotel después de tomarse una tostada y un café espantoso. No había rastro de Annie, y su tardanza lo irritaba. Se vio tentado de largarse solo, pero ella tenía las llaves del coche, así que subió furioso las escaleras y aporreó la puerta de su habitación.

A través de la madera, oyó:

—¡Un segundo!

Annie abrió la puerta una rendija y, cuando vio que era él, la abrió del todo. Llevaba un cepillo en la mano y, aunque iba vestida, tenía la blusa a medio abrochar.

—Pasa si quieres —le dijo—. ¿Café? Me acaban de traer una jarra. Queda mucho. Tardo un minuto. No me he retrasado, ¿verdad?

—Sí, te has retrasado —dijo él; entró y se sentó en la cama deshecha. Supuso que la mejor forma de meterle prisa era plantarse allí.

Ella ya había vuelto al baño.

—Lo siento muchísimo. Prometo compensarlo conduciendo más rápido.

—¿Has sabido algo del poli? —inquirió él.

—¿Del agente Wilson? Sí, desde luego. Ha llamado para decirme que él y otros cuatro agentes van a registrar Mallerstang esta mañana. Creo que van de camino.

—¿Mallerstang?

—Es el valle por el que estuvimos anoche.

—¿Y qué tal en helicóptero?

—Bueno, por lo visto eso es más complicado. Le están haciendo una revisión.

—¡Pues nos buscamos otro! —espetó Will levantándose de la cama—. ¡Llama a tu gente de Londres! ¡Pídeselo a la Fuerza Aérea británica!

—Ya he hecho una llamada. No he sacado nada en claro, me temo. Por eso me he retrasado.

—Por Dios —gruñó Will—. Voy a llamar a Washington para que se pongan las pilas.

Ella salió del baño, ya peinada.

—Para cuando eso dé resultados, el helicóptero de la policía de Cumbria ya estará operativo otra vez. Confío en que eso sea esta tarde. ¿Listo?

Aún llevaba la blusa desabrochada. Will se la señaló amablemente, pero al ver que no lo pillaba le dijo:

—Los botones.

Ella se los abrochó sin ruborizarse y lo miró a los ojos.

—Cuando encontremos a tu hijo, me gustaría ayudarte a celebrarlo.

Él suspiró. Aquel territorio le era familiar.

—Seguramente tengo edad para ser tu abuelo.

—Yo te veo estupendo. —Cogió el abrigo y el bolso en bandolera—. ¿Sabes?, antes de que nos viéramos, ya tenía la sensación de que te conocía. Creo que me enamoré de ti cuando vi tu figura de cera en el Madame Tussauds durante una excursión del colegio.

Él gruñó incómodo.

—Ya no la tendrán expuesta.

—Igual la han sacado del almacén y la han desempolvado para exponerla durante el último año antes del horizonte. A lo mejor puedes llevar a Phillip a verla antes de que volváis a Estados Unidos.

Fueron rumbo al sur por la misma carretera que habían tomado la noche anterior. La B6259 surcaba Mallerstang, un valle largo esculpido en los Peninos por el río Eden. Lo que era oscuro e insondable en plena noche se veía ahora claro y bañado por el sol. Estaban en una depresión en forma de «U». Hacia el este y el oeste se extendían elevadas y onduladas colinas de hierba con afloramientos de piedra caliza y bosques dispersos. Las laderas se alzaban más de quinientos metros a ambos lados de la carretera. Al bajar al estrecho valle, Will tuvo una reacción visceral a las colinas. Le pareció que se cerraban sobre él, que le aprisionaban el pecho y que le faltaba aire, una versión suavizada de cómo se había sentido cuando había tenido el infarto.

Por toda la pendiente, arriba y abajo, vio el complejo entramado de muretes de piedra como aquellos con los que se habían topado en la oscuridad. Dispersos a ambos lados de la carretera había granjas y graneros de piedra gris, algunos al final de serpenteantes caminos de tierra. Los muretes y los edificios eran de la misma piedra caliza que los peñascos, por lo que parecían parte del paisaje, como si hubieran brotado del lecho de roca, en vez de ser obra del hombre.

Pasaron por delante de un pequeño rótulo de hierro. Pinn.

—No es lo que se dice una gran ciudad —dijo Will.

—Ni siquiera hay un pub —coincidió Annie.

Delante vieron dos coches patrulla. Annie los pasó de largo y aparcó en el arcén. Estaban vacíos. Will bajó del coche, aguzó la vista y buscó a los dos policías en las colinas, pero no consiguió verlos.

—Vale —dijo—. Con un poco de suerte, la policía está haciendo su trabajo. Hagamos nosotros el nuestro. ¿Dónde está la primera casa?

Habían pinchado una chincheta digital en el mapa de la pantalla del NetPen de Annie y trazado un círculo con un radio de unos dos kilómetros. En ese círculo había

ocho casas en el mapa Ordnance Survey a escala 1:10000. Empezarían por allí, luego extenderían el radio en incrementos de un kilómetro.

Will exploró las colinas. Alguien de Mallerstang, alguien de aquel condenado valle sabía dónde estaba su hijo.

—Iremos a pie a las dos primeras, luego volveremos a por el coche —propuso Annie—. Aquella casa de allí arriba tiene un nombre precioso: Scar Farm. Supongo que no tiene nada que ver con *Scarface*, pero en cualquier caso es el sitio perfecto para empezar.

Scar Farm era una casita de piedra caliza en mitad de la ladera, como la mayoría de las granjas de Mallerstang. Los prados hasta la carretera eran de heno y silos, y los que trepaban por las colinas eran de pastoreo estival. Annie llamó a la puerta con los nudillos, no contestó nadie y volvió a llamar. Will se adelantó y la aporreó con el puño unas cuantas veces.

Un perro empezó a ladrar detrás de la casa. Will la rodeó para investigar y vio a un hombre en un tractor en el campo que había más allá del granero; se subió al murete de piedra, buscó una posición de equilibrio, agitó los brazos y gritó varios «hola». El hombre lo vio, señaló el viejo tractor de gasolina y descendió por la colina hacia donde estaba Will. Al mismo tiempo, una mujer salió del granero y se le acercó con cautela.

El granjero detuvo el tractor junto al murete y desmontó. El perro estaba en su lado del murete y, a la orden tajante de su dueño, dejó de ladrar. Era un tipo mayor, de pelo entrecano, que llevaba un anorak raído y katiuskas. Will seguía subido al murete. El hombre le gritó en dialecto cumbrío:

—¡Baja de ahí, panoli!

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Will a Annie.

—No tengo ni idea.

La mujer se acercó más. Era de la misma añada que el granjero y estaba tan curtida como él.

—Ha dicho «baja de ahí, panoli». Esto es propiedad privada —añadió.

Will bajó.

—Lo siento, señora. Me pregunto si tendrían un momento para hablar con nosotros.

—¿Se han perdido? —preguntó la mujer.

—No, señora. Necesito su ayuda. ¿Podrían dedicarme un minuto? Busco a mi hijo.

El granjero, furioso, masculló algo ininteligible.

—Cierra el pico, John —dijo ella—. El hijo de este hombre ha desaparecido. Vuelve a lo tuyo, ya me encargo yo de ellos.

El anciano maldijo, subió de nuevo al tractor y se fue de mala gana.

Will sacó una foto de Phillip de la chaqueta.

—Gracias. Este es mi hijo. Sabemos que estuvo cerca de aquí anoche.

—En la colina —dijo Annie señalando la ladera.

—¿Y qué hace su chico en Mallerstang? —le preguntó la mujer a Will.

—No estoy seguro. Creo que ha conocido a una chica por la red.

—Aquí no hay chicas. No he visto a su hijo. Ustedes dos son los primeros forasteros que veo en mucho tiempo. En los meses buenos tenemos excursionistas, pero en invierno no.

—¿Ninguno de sus vecinos le ha comentado que haya visto a un chico por esta zona? —inquirió Will.

—Aquí no tenemos tiempo para sentarnos a tomar el té. La granja no funciona sola.

Annie se sacó una tarjeta del bolso.

—Bueno, si ve u oye algo, por favor, llámeme, ¿de acuerdo?

La mujer cogió la tarjeta sin mirarla.

—No son maderos entonces. ¿Qué son?

—¿Maderos? —preguntó Annie con cara risueña.

—Policía.

—No, señora. Soy de los Servicios Secretos. De Londres.

La mujer dio media vuelta para regresar al granero.

—No sé nada de eso.

El resto de la mañana fue más de lo mismo. A la hora de comer habían visitado cinco casas con recibimientos entre recelosos y hostiles. Nadie había visto a Phillip. En dos de las casas había niñas adolescentes que estaban en la escuela de Kirkby Stephen. Les dejaron la foto de Phillip y les pidieron que los llamaran si las niñas lo reconocían.

Cuando volvían al coche, sonó el NetPen de Annie. Era el agente Wilson de vuelta al pueblo. Habían peinado los prados y las colinas rocosas durante horas y no habían encontrado ni una sola prueba física.

—¿Vamos a un pub a comer algo? —le preguntó Annie a Will.

—Preferiría que siguiéramos buscando.

Ella suspiró, hurgó en su bolso y sacó una chocolatina.

—Tengo una Fruit and Nut de emergencia. ¿Quieres que la compartamos?

Se terminaron la chocolatina a la entrada de Lightburn Farm, luego subieron en coche por el camino de tierra que bordeaba un montículo que ocultaba la finca desde la carretera. La antigua granja se parecía mucho a las otras que habían visitado ese día: de piedra gris, rectangular, con la entrada centrada, ventanas asimétricas y tejado de pizarra a dos aguas muy inclinado. Un granero adosado formaba un ángulo recto con la casa en la ladera de la colina.

Una mujer de mediana edad y pelo de un rojo intenso tendía la colada en una cuerda a un lado de la casa. Se los quedó mirando fijamente mientras salían del coche.

—¡Hola! —gritó Will—. Me preguntaba si podría ayudarnos, señora.

—¿Con qué? —respondió ella muy seca. Era una mujer guapa de unos cuarenta y tantos que habría pasado por una belleza con un poco de maquillaje y mejor ropa.

—Mi hijo ha desaparecido. Vino aquí desde Estados Unidos. Sabemos que anduvo por esta zona anoche. ¿Le puedo enseñar una foto de él?

—¿Es usted su madre? —le preguntó la mujer a Annie.

—¡No! Algo joven para eso. Soy de los Servicios Secretos.

—¿De Londres?

Annie asintió con la cabeza.

—Así que tenemos a un yanqui y a una guardaespaldas de Londres. ¿Qué hace su chico por aquí?

—Creemos que conoció a una chica de la zona por la red —contestó Will.

La mujer dejó la ropa por tender en un cesto.

—Entiendo.

—¿Tiene usted hijas? —preguntó Will.

—Sí.

—¿Puedo hablar con ellas?

—Solo tengo una. Está en clase. Vamos a hacer una cosa: entren en casa. Les ofreceré algo de beber y echaremos un vistazo a esa foto, pero ya le puedo adelantar que no hemos visto a ningún chico estadounidense por aquí.

Mientras la seguían a la puerta principal, Annie le susurró a Will:

—Primer atisbo de hospitalidad. ¡Y hasta entiendo todo lo que dice!

Entraron en una sala grande dominada por una enorme chimenea en la que ardía apenas un fuego. A la izquierda, una cocina; a la derecha, una zona acogedora con muebles viejos, una alfombra de nudos y un televisor antiquísimo, anterior a las pantallas planas, grande y aparatoso. La mujer fue enseguida a atender el fuego y añadió unos trozos de carbón.

Will echó un vistazo alrededor y preguntó:

—¿De cuándo es esta casa?

Le respondió una voz de hombre desde las escaleras.

—Del siglo XIV, algunas partes aún son más antiguas. ¿Quién lo pregunta?

La mujer respondió enseguida.

—Daniel, baja. Tenemos visita. El hijo de este hombre ha desaparecido. Ha venido a buscarlo desde Estados Unidos.

Era un hombre de pelo negro, largas patillas negras y barba de varios días. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

—Soy Daniel Lightburn —dijo—. Les estrecharía la mano, pero la tengo averiada.

Will y Annie se presentaron.

La mujer hizo lo propio.

—Yo soy la esposa de Daniel, Cacia.

—Qué nombre tan bonito —dijo Annie.

—Siéntense —les ofreció Daniel—. No tenemos muchas visitas. Cacia, sácales algo de beber.

—¿Té o whisky? —preguntó Cacia.

—Para mí, té —contestó Annie con ganas.

—Yo no diría que no a un whisky —dijo Will hundiéndose con cautela entre los muelles rotos del viejo sofá.

No había vuelto a probarlo desde el infarto. Sus médicos no querían que volviera a disfrutar de su néctar favorito, Nancy tampoco quería, pero con el jet lag y la preocupación su resistencia había mermado mucho. La bebida le golpeó con fuerza el paladar, pero descendió por su garganta con agradable familiaridad.

Sonrió a sus anfitriones.

—Permítanme que les diga que hemos visitado a un puñado de sus vecinos esta mañana y ustedes han sido los únicos que nos han invitado a pasar.

También Daniel se había servido un par de dedos de whisky.

—A la gente de por aquí no le van mucho los forasteros.

—Algunos hablan un dialecto incomprensible —bromeó Will—. Ustedes, no.

—Hay de todo, supongo —dijo Cacia—. Nosotros no nos relacionamos mucho con los demás, por eso no se nos pegan todas sus peculiaridades.

—Somos lo que se dice autosuficientes —intervino Daniel—. Cultivamos nuestras verduras, ordeñamos nuestras vacas, matamos nuestras ovejas y nuestros pollos. No necesitamos mucho de lo que nos ofrece el mundo exterior.

—¿Solo son ustedes y su hija? —preguntó Annie.

—Tenemos dos hijos mayores arriba, atendiendo al ganado. Y mi hermano, su mujer y sus pequeñas están en la casita del fondo. Somos un gran clan.

—Enséñenos la fotografía —pidió Cacia.

Will les entregó una copia.

—Un chico guapo, ¿eh, Daniel?, pero, como les he dicho, no lo hemos visto.

—¿Qué les hace pensar que anda por aquí? —preguntó Daniel.

—Nos ha enviado una alerta desde su NetPen. —Lo miraron sin entender—. Es un comunicador móvil. Funciona por GWS, el sistema inalámbrico mundial.

Annie sacó el suyo para enseñárselo.

Daniel se encogió de hombros.

—No estamos muy puestos en tecnología. La tele era de mi padre, que en paz



descanse.

—La señal que nos envió anoche indica que andaba a menos de dos kilómetros de esta casa.

—El señor Piper dice que el chico conoció a una chica por la red —dijo Cacia a Daniel.

—Pues debe de ser toda una muchacha si ha conseguido traerlo hasta aquí. —Daniel rio—. ¿De qué parte de Estados Unidos vienen?

—De Virginia.

—¿Y cómo se las ha arreglado el chico para llegar aquí?

—Se fue de casa, se compró un billete de avión y cogió un tren desde Londres.

—Un chaval motivado —reconoció Daniel.

—¿Qué edad tiene su hija? —preguntó Annie.

—Quince años —contestó Cacia.

—¿Se conecta mucho a la red? —quiso saber Will.

—Desde aquí no, eso seguro —afirmó Daniel—. No tenemos ordenadores. Quizá desde el colegio. No sabría decirle.

—¿Saben si usa la red social Socco? —preguntó Annie.

—Es la primera vez que lo oigo —dijo Cacia.

—¿Podrían enseñarle esta foto de Phillip cuando vuelva del colegio y preguntarle si alguna vez le ha mandado un mensaje? —preguntó Will.

Annie le dio una de sus tarjetas a la mujer, que asentía con la cabeza.

—Una pregunta más —dijo Will levantándose—. ¿Han oído alguna vez hablar de los Bibliotecarios?

—Bueno, sé lo que es un bibliotecario —respondió Daniel—, pero no estoy seguro de entender la pregunta.

—Sí, es rara. Dejando aparte su acepción convencional, ¿saben si hay algún grupo por la zona que se haga llamar así?

—No, lo siento —contestó Daniel—. No puedo ayudarle.

Annie apuró su té y se puso de pie también.

—Muchas gracias por su amabilidad —señaló Will—. Por favor, si su hija sabe algo, llamen enseguida a la señorita Locke.

A Will le sorprendió que Cacia Lightburn le cogiera las manos entre las suyas, mucho más pequeñas, y se las apretara. Lo miró sin pestañear con aquellos ojos verdes y le dijo con una sinceridad que casi lo hizo llorar:

—Sé que encontrará a su chico, señor Piper. Sé que lo hará.

Volvieron al coche.

—Qué gente tan amable —comentó Annie.

—Sí, supongo que sí —repuso él sin mucho entusiasmo. Notó un hormigueo en las manos. Casi como si aún pudiera sentir el tacto de las manos ásperas de aquella

mujer—. Sigamos con lo nuestro. Nos quedan dos casas.

Por la ventana de la cocina que daba a la entrada principal de la casa, Cacia vio desaparecer el coche.

—Ya se han ido.

Daniel se rascó la mano lesionada y empezó a subir las escaleras.

—Que Haven suba a verme en cuanto llegue su autobús.

—Daniel —dijo su esposa—, ¿qué hacemos si vuelven?

—¿Que qué hacemos? Matarlos, por supuesto.

Nancy fue a toda prisa de su despacho a la suite de Parish. Estaba tomándose un café y contándole sus penas a su secretaria cuando se había desatado aquel infierno. Se había visto obligada a quitarse por completo de la cabeza a su hijo.

Parish empezó a hablar antes de que ella pudiese tomar asiento siquiera.

—Dios mío, Nancy. ¡Maldita sea, Dios mío!

Sonó el teléfono. Su secretaria por el intercomunicador.

—Lo llaman de la Casa Blanca. El jefe de personal Gladwell.

—Dígale que me están informando del asunto, que lo llamo en dos minutos —dijo Parish. Se volvió hacia Nancy—. Bueno, cuéntame lo que sabemos.

—Aún están entrando detalles, pero la embajada de China en Washington ha recibido seis postales esta mañana por correo ordinario —explicó ella verificando sus notas—. Iban dirigidas al embajador, al ministro consejero, al secretario de Cultura, al secretario de Economía y Comercio, al agregado de Defensa y a un oficial de sistemas informáticos.

—¿Qué fecha llevan las postales?

—Todas de mañana.

—¿Se trata de un imitador?

—Resulta difícil decirlo. Tenemos un equipo allí negociando con su personal de seguridad a ver si nos deja llevarnos las postales para el examen forense. Me han dicho que el matasellos es de Manhattan, como el de las otras, y que el ataúd dibujado a mano parece idéntico.

—¿Y de qué demonios nos va a servir el examen forense? —estalló Parish levantando las manos—. Ninguna de las postales tiene el mismo texto impreso.

—Se puede analizar la tinta. Hasta la fecha habían utilizado la misma marca de bolígrafo.

—¿Algo más?

—Tengo que decirte, Bob, que creo que algo no encaja. Puede que sea un imitador, como dices, o que el autor esté provocando intencionadamente al gobierno chino con algún fin. Piénsalo bien. Hasta ahora todo apuntaba a una base de datos obsoleta. Esos diplomáticos solo llevan unos pocos años en Estados Unidos. Y no viven en la embajada. Las bases de datos de Área 51, según tengo entendido, registran domicilios particulares.

—Pues habrá que esperar a ver si alguno de esos diplomáticos, o todos ellos, está criando malvas a medianoche de mañana... —dijo Parish en tono socarrón.

El intercomunicador volvió a sonar. La Casa Blanca otra vez. Parish pidió que le pasaran la llamada, pulsó el manos libres y regurgitó el informe de Nancy a Dan Gladwell.

Gladwell estaba a media frase cuando le dijo a Parish que tenía que ponerlo en espera. Cuando retomó la llamada, anunció:

—Bob, el Departamento de Estado acaba de comunicarme que los chinos están haciendo las maletas y se largan. Están evacuando la embajada entera. Un avión los recogerá en el aeropuerto de Dulles y los llevará a casa. Han presentado una queja oficial. Te necesito aquí dentro de cinco minutos para que informes al presidente.

Will y Annie ampliaron su búsqueda casa por casa en círculos concéntricos y al terminar el día habían visitado todas las viviendas en un radio de cuatro kilómetros respecto al punto desde el que se había emitido la alerta de Phillip. En Pinn se había corrido la voz; algunos granjeros ya esperaban su visita. Algunos habían sido cordiales; a muchos les había molestado claramente la intrusión. Ninguno de ellos había arrojado ni una pizca de luz sobre el paradero de Phillip.

Cuando empezaba a anochecer, iniciaron el regreso en coche a Kirkby Stephen, Will con el ánimo tan lúgubre como la noche.

—Déjame que te invite a cenar —le dijo Annie sin apartar la vista de la serpenteante carretera—. He visto un sitio que pinta muy bien enfrente del hotel.

—Sí, claro —dijo él como un autómatas.

Ella lo miró de reojo.

—Lo encontraremos, Will.

—¿No podemos conseguir que la policía haga otra búsqueda aérea mañana?

—Sinceramente, lo dudo. El agente Wilson ha dado a entender que de momento daba por concluida su intervención, pero que lo llamáramos si encontráramos más pistas.

Will notó que el valle volvía a aprisionarlo y quiso escapar de su yugo a algún espacio abierto donde pudiera respirar sin dificultad. El terreno no tardó en allanarse y eso le proporcionó cierto alivio. Pero Phillip iba a pasar otra noche en algún lugar de aquel valle sombrío. ¿Escondido? ¿Retenido contra su voluntad? ¿Asustado?

Envió a Nancy un escueto informe de la situación.

La respuesta de ella fue:

Madre mía...

Y casi pudo oír el suspiro en aquellas dos palabras.

Aguardó, luego le preguntó si estaba bien.

Sí. ¿Y tú? Tirando. Problemones con China. Necesito saber que Philly está bien. Lo arreglaré. Te lo prometo.

—¿Tu mujer? —le preguntó Annie.

Will gruñó a modo de afirmación.

—Debe de estar preocupadísima.

—Lo está. Igual que yo.

De vuelta en su habitación, Will se refrescó la cara y se cambió de camisa. Puso las noticias en la televisión y enseguida entendió lo que Nancy le había dicho de los «problemones con China». Estaba metida en todo el meollo, eso seguro.

Su móvil empezó a vibrar, luego a sonar, en la cama. Supuso que sería Nancy, pero cuando estaba a unos centímetros se abalanzó sobre el aparato.

¡La llamada era de PHILLIP!

—¡Phillip! —chilló al teléfono—. ¿Dónde estás?

Hubo un silencio tenso.

—¿Phillip?

—Soy su amiga. —Era una voz delicada. Una voz de chica. Will llevaba todo el día oyendo el acento cumbrio.

Percibió cierta fragilidad. Si la presionaba lo suficiente, le sacaría lo que quisiera. En el FBI, sus interrogatorios eran legendarios.

—Soy su padre.

—Lo sé.

—¿Está bien?

Un débil «sí».

—¿Puedo hablar con él?

—Ahora mismo no está conmigo.

—¿Dónde está?

—Está a salvo.

—¿Dónde estás tú?

—En la biblioteca.

—¿La de Kirkby Stephen?

—Sí.

—Si voy allí, ¿podré hablar contigo?

—Solamente si me promete que vendrá solo.

—Lo prometo.

—¿Tiene coche?

—No. Sí. Sí, tengo coche.

—Bien. Necesitaremos un coche si quiere verlo.

—¿Cómo sabré quién eres?

—Yo lo conozco a usted. Es Will Piper.

Will colgó y empezó a pensar muy deprisa. Si implicaba a Annie, quizá asustara a la niña y cerrara de golpe la puerta que había abierto. No podía ir en taxi. En sus buenos tiempos le habría hecho un puente a cualquier coche y se lo habría llevado,

pero ni siquiera sabía si era posible puentear uno de los coches eléctricos del aparcamiento.

De pronto supo lo que tenía que hacer. Cogió el teléfono y la cartera y salió.

No fue muy lejos.

Annie abrió la puerta. Iba en bata.

—Creía que habíamos dicho media hora.

—Lo sé.

Se coló dentro despacio. Ella cerró la puerta y dejó caer los brazos a los lados, con lo que se le abrió la bata.

Will había usado ese truco tantas veces en su vida que había perdido la cuenta. A veces iba sobrio, la mayoría no. A veces sabía el nombre de la mujer, otras no. Nunca había sido locuaz en esas circunstancias, y tampoco lo fue esta vez. La atrajo hacia sí, la besó suavemente en la boca abierta y le acarició la espalda.

Al poco, ella se soltó, sonriendo.

—Vaya, no me esperaba esto. Seguro que el restaurante también está abierto más tarde.

—Seguro que sí.

—No creía que estuvieras de humor para devaneos.

—He pensado que una mujer atractiva me ayudaría a olvidar algunas cosas.

—Es lo mínimo que el gobierno de Su Majestad puede hacer por ti. Dame un segundo, ¿vale?

Él asintió con la cabeza y ella se metió corriendo en el baño.

Will no perdió un segundo. Las llaves del Ford estaban en el escritorio. Se las metió en el bolsillo, salió con sigilo y cerró la puerta.

Minutos después aparcaba el coche en una calle de detrás de la biblioteca.

Era uno de los dos días de la semana en que la biblioteca cerraba más tarde. Había muchos más usuarios que en su visita anterior. La planta baja tenía una iluminación agradable en comparación con la lúgubre oscuridad de Market Street. A pesar del tiempo que hacía que se había jubilado, Will no había perdido el don. Escaneó la sala y procesó la información de un solo vistazo: buscó pruebas, se hizo una idea de conjunto y retuvo los detalles.

Localizó a la adolescente antes de que ella estableciera contacto visual con él por la forma en que se toqueteaba nerviosa un mechón de su larga melena pelirroja. Además, por su aspecto retrohippy, que su propia hija había adoptado también durante un tiempo (nada de maquillaje, vestido largo y vaporoso con chaquetón marinero encima, botas de trabajo...), parecía la típica cría que se pondría como apodo el nombre de una flor silvestre.

La confirmación llegó cuando, al verlo, esbozó una sonrisita forzada. Le hizo una seña para que la siguiera a la escalera.

En el sótano, entre estanterías, habló por fin.

—¿Ha venido solo?

—Sí.

—Phillip se parece a usted.

—¿Dónde está?

—No está lejos.

—Vale, vamos a buscarlo.

—No es tan sencillo.

Will se contuvo. Parecía asustada.

—¿Quieres que te llame Hawkbit?

—Me llamo Haven.

«Qué nombre tan etéreo...»

—Muy bien, Haven. ¿Por qué no me cuentas qué está pasando?

—¿Se lo puedo contar en el coche? Me he escapado. He hecho dedo hasta el pueblo. Si no vuelvo pronto, se darán cuenta de que me he ido.

—¿Vamos a Pinn? —preguntó él.

Asintió, en absoluto sorprendida.

—Me han dicho que habían estado por allí hoy.

Will repasó mentalmente las familias a las que habían visitado tratando de hallar algún parecido físico.

—¿Lightburn Farm?

Ella volvió a asentir.

—He conocido a tus padres.

Asintió de nuevo.

—Tengo el coche aparcado ahí detrás.

Haven le enseñó un camino alternativo para salir a la B6259 sin pasar por Market Street. Annie estaría peinando el pueblo en su busca, furiosa, y por más de un motivo. Al menos había podido birlarle las llaves antes de tener que acostarse con ella. ¡Hala!

Justo en ese instante le entró una llamada de un número británico. No recordaba haberle dado su móvil a Annie, claro que ella trabajaba para el MI5. Seguramente tendría un dossier sobre él. Apagó el teléfono. Lo último que quería era que Annie o la policía local se toparan con una situación complicada y lo echaran todo a perder. Él mismo iba a sacar a Phillip del lío en el que se había metido. Ya no necesitaba su ayuda.

Era noche cerrada. Al salir del pueblo, encendió las luces largas.

Ella iba sentada a su lado, una presencia indefensa y silenciosa.

—¿Qué puedes contarme, Haven? ¿Por qué querías que Phillip viniera aquí?

—Pensé que podría ayudar.

Iba a tener que sacárselo con sacacorchos.

—¿Ayudar a quién?

—A mí. Y a otros también.

—¿Cómo iba a ayudarte él?

—Corriendo la voz.

—¿De qué?

—De lo que hacemos en la granja.

Will le hizo la pregunta con tanta delicadeza como pudo, resistiendo la tentación de gritarle que lo soltara todo de una condenada vez.

—¿Qué hacéis en la granja?

—Prefiero enseñárselo a decírselo.

¿Era ese el argumento que había usado con Phillip? ¿Era un ardid orquestado por sus padres para atraerlo a él?

—Dadas las circunstancias, Haven, ¿cómo sé que no se trata de una trampa?

—Es peligroso, pero no es una trampa. A Phillip lo pillaron y me siento mal por eso. Fatal. Fui yo la que le quitó su NetPen al tío Kheelan. Lo ayudé a escapar.

—Pero volvieron a pillarlo, ¿verdad?

—En las colinas —confirmó ella con tristeza.

—Phillip me dijo que lo perseguían los Bibliotecarios.

—¿Eso dijo?

—¿A que se refería?

—Ya lo verá.

—¿Seguro que está bien?

—Mi padre se cayó y se rompió la mano, pero Phillip está perfectamente. Están enfadados conmigo. No me dejan verlo, pero sé que lo cuidan.

Necesitaba idear un plan.

—¿Está en la granja?

—No.

—¿En el granero?

—No.

—¿En la otra casita?

—No.

—¿Dónde entonces?

—Debajo.

—¿En un túnel?

—Más que eso. Ya lo verá.

—¿Cómo llegaré hasta Phillip?

—Hay un pasadizo secreto. Allí es adonde lo llevo.

—¿Tienen armas tus padres y tu tío?

—Escopetas.



—¿Alguna pistola?

—No creo. No lo sé.

—¿Cuántos hombres hay en la granja?

La respuesta de ella lo desconcertó.

—¿Cómo que hombres?

—Adultos. Hermanos, primos, ya sabes.

—En la granja están mi padre, mi tío, mis dos hermanos y mis dos primas, pero ellas son chicas. Y mi tía, que también es chica, claro.

Los faros iluminaron el letrero de Pinn.

—Dentro de kilómetro y medio, más o menos, saldremos de la carretera y esconderemos el coche detrás de un pequeño matorral —dijo ella—. Haremos el resto del camino campo a través. He traído una linterna.

A Will siempre se le había dado bien, muy bien, calar a la gente, pero no estaba seguro de que su talento se aplicara a las adolescentes de Mallerstang. Si aquello era una trampa, nadie tendría ni idea de adónde había ido. Alguien de la granja podría ir a por el coche, llevárselo a otro pueblo y esconderlo en un granero. Estaría completamente solo. Ninguna de sus opciones lo entusiasmaba. Tendría que buscar una salida cuando llegara allí. Ya no era agente del FBI. Era un jubilado convaleciente de una intervención de corazón. Pero siempre había sabido salir de los líos gordos, y no iba a dejar de creer en sí mismo ahora que la vida de su hijo estaba en peligro.

—Vale, Haven, lo que tú digas —concedió.

Una alerta en el NetPen de Kenney lo despertó de su siesta. Buscó a tientas la luz de la habitación, cogió el dispositivo y le ordenó que leyera el mensaje.

Comunicación de voz entrante entre Phillip Piper y Will Piper. Recibida a las 18.22 GMT. ¡Phillip! ¿Dónde estás? ¿Phillip? Soy su amiga.

Kenney escuchó el resto de la conversación y se ató las botas. Al poco estaba encendiendo las luces del pasillo.

Sus hombres se pusieron alerta enseguida, y le ahorraron las reacciones de pasmo y sorpresa.

—Lopez, Harper, moved el culo. Levantamos el tenderete. Nos vamos a Kirkby Stephen.

—¿Eso es una persona o un sitio, jefe? —preguntó Lopez poniéndose los pantalones de civil.

—Es un pueblo, imbécil. Piper se ha puesto en marcha, y nosotros también.

Clarissa sacó los pies de la cama y, para que no le diera un mareo, hizo una pausa antes de levantarse. Se llevó las manos al vientre hinchado y cantó una cancioncilla a su hijo aún no nacido, una rima que le gustaba a su madre:

*Dindón, dindón, mi hijo John se fue a dormir con pantalón, con un zapato y el otro no; dindón, dindón, mi hijo John.*

Suspirando, se levantó, metió los pies en las sandalias y se acercó despacio a la palangana con agua.

Terminado su sencillo aseo matinal, tocó con los nudillos en la puerta cerrada con llave y llamó a la hermana Hazel.

La puerta se abrió, pero no era la hermana Hazel. En su lugar había otra monja a la que no había visto nunca.

—¿Dónde está la hermana Hazel?

—Se puso enferma anoche, de cólico, y la están atendiendo en la enfermería. — La mujer tenía un fuerte acento germánico—. Yo soy la hermana Ingrid. ¿En qué puedo ayudarte?

—Quisiera ir al retrete antes de mi ingesta matinal.

La anciana monja parecía aturdida e insegura.

—Acabo de enviar a otra chica allí. Se supone que no debéis hablar unas con otras. Esas son las instrucciones que he recibido. Espera aquí hasta que vuelva a por ti.

La hermana Ingrid enfiló el pasillo al trote y se olvidó de cerrar la puerta y echar la llave. Clarissa oyó un llanto de mujer procedente de la otra punta del edificio. Con cautela, salió al pasillo a comprobar si había alguien allí. Al verlo vacío, comenzó a acercarse con sigilo a aquel sonido lastimero.

Por el camino encontró algunas puertas cerradas y otras abiertas de par en par. Al asomarse a las abiertas, vio cuartos idénticos al suyo aunque sin ocupar ni utilizar. El llanto fue haciéndose más intenso a medida que se aproximaba a la última puerta de la derecha. Apoyó la cabeza en ella. Un sollozo desesperado le inundó el oído.

Era Fay, la chica de la nariz de patata a la que creía haber oído hacía meses. Estaba convencida.

—¿Fay? ¿Eres tú?

El llanto se interrumpió bruscamente. Clarissa oyó un apagado:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Clarissa.

Fay no dijo nada.

—¿Puedo pasar?

—¡La puerta está cerrada con llave!

Clarissa bajó la vista. Había una llave negra en la cerradura. Miró el pasillo, giró la llave y se coló dentro.

Fay estaba sentada en la cama, sola, con los ojos colorados como tomates y las lágrimas aún manando a pesar de que se había calmado. Sin embargo, al ver el vientre abultado de Clarissa, empezó a berrear de nuevo.

—Fay, ¿qué te pasa? —le dijo Clarissa.

—¡Se lo han llevado!

—¿A quién?

—¡A mi bebé!

—¿Por qué?

—Ya no necesita mamar —sollozó—, y han dicho que ya estaba listo.

—¿Listo para qué?

—Para estar con los suyos.

—¿Cómo con los suyos?

—Ya lo sabes. En el fondo, lo sabes. Lo que me pasó a mí te pasó a ti, ¿no? Tú los viste ahí abajo, en ese espantoso lugar.

Clarissa había hecho todo lo posible por borrar de su memoria ese día horrible y centrarse en la gestación de su bebé, pero en sus sueños (o en sus pesadillas) el olor de las catacumbas, las filas de mudos escribas pelirrojos de piel nívea, el viejo reseco que la había montado como a una bestia... todo volvía a ella en aterradores destellos.

—¿Se han llevado a tu bebé ahí abajo? —preguntó.

Fay se mordió el labio y asintió con la cabeza.

—¿Y qué le harán?

—Cuando sea mayor y pueda coger una pluma, se unirá a los demás. Eso es lo que me han dicho.

—Pero ¿qué hacen? ¿Qué es lo que escriben? —quiso saber Clarissa.

Fay enmudeció de nuevo y se limpió las lágrimas de la cara.

—Te lo dirán cuando se lleven a tu bebé. A mí me lo contó la hermana Sabeline porque me dijo que, como lo había hecho tan bien, lo volvería a hacer. En cuanto esté lista, tengo que volver a las catacumbas. Pero antes de eso me dejarán ver a mi hijo. —Volvió a sollozar—. ¡Lo echo tanto de menos! Es de los tranquilos. No es un niño sonriente, pero yo sé que quiere a su mamá.

—Fay, quiero que me digas qué es lo que escriben —insistió Clarissa.

—Es un secreto. Un secreto que se ha ido transmitiendo desde los primeros tiempos. Nuestros hijos son especiales. Tienen un don que les viene de Dios, dicen.

Saben cuándo nacerá una persona y cuándo morirá. Lo escriben en hojas de pergamino y los monjes encuadernan esas hojas en grandes libros que guardan bajo tierra en una biblioteca. Nuestros hijos están benditos. Son escribas santos.

Clarissa se estremeció.

—Algunos eran muy viejos... —Pensó en el que la había violado—. ¿Quieres decir que pasan la vida bajo tierra?

—No lo sé —respondió Fay—. Creo que sí.

—¡Pues a mi bebé no se lo van a llevar! —afirmó Clarissa—. ¡Ni hablar!

Al oírla decir eso, Fay enterró la cara entre las manos y lloró desconsoladamente.

Clarissa retrocedió y, ya en el pasillo, volvió a cerrar con llave la puerta de Fay, por el bien de las dos. Por otra puerta abierta y a través de una ventana, vio que la hermana Ingrid volvía a toda prisa a los dormitorios.

En un instante, Clarissa tomó una decisión. Cogió la llave de la puerta abierta y se la guardó. Luego volvió a su cuarto, cerró la puerta, se sentó en la cama e intentó calmarse.

La hermana Ingrid abrió la puerta de golpe.

—¡Madre mía! —masculló—. He olvidado echarle la llave a tu puerta.

—No me había fijado, hermana —comentó Clarissa. Justo entonces se acordó de la llave que llevaba en la mano.

—Bueno, no importa. El retrete está libre. Ven conmigo, niña.

Clarissa se levantó y fingió que se mareaba. Cayó de rodillas y enterró la llave entre la paja del colchón.

—¡Ay, hija, deja que te ayude! —dijo la monja agarrándola por los hombros.

—No es nada, hermana. Ya se me ha pasado. Me encuentro mejor.

Desde aquel episodio, un solo pensamiento consumía cada minuto de vigilia de Clarissa.

«No voy a darles a mi bebé.»

«No voy a darles a mi bebé.»

Pero ¿quién era ella para hacer frente al poder de la hermana Sabeline y quizá del propio abad? Ni siquiera era monja. Era una humilde nulidad. Una chica que resultaba útil como recipiente, ni más ni menos.

Además, ¿cómo iba a escapar de esa fortaleza? En una isla. En tierra extraña. Su hogar estaba lejos, muy lejos. Para ella, volver a su pueblo era tan fácil como ir a ver al Papa de Roma. Y si por azar lograrse superar todos esos obstáculos, ¿cómo sobreviviría al viaje sin dinero?

Fue a esa consideración a la que decidió aferrarse. Aunque su padre jamás se había dignado darle un solo consejo, le había oído decir con tristeza una y otra vez que si cayera en sus manos una bolsa de plata se solucionarían todos sus problemas.

¿Dónde, pensó, guardarían la plata en la abadía? Había visto algunos objetos resplandecientes en el altar de la catedral, pero estaban completamente fuera de su alcance. Entonces se le ocurrió algo: tal vez el propio abad tuviera cosas valiosas en su casa.

Un plan intrépido empezó a cuajar en su cabeza, y su desesperación la llevó a ponerlo en práctica una mañana gélida de enero, mucho antes del amanecer. Siempre hacía oídos sordos a las campanas de la catedral, que doblaban a las cuatro y media para llamar a laudes a los habitantes durmientes de Vectis, pero esa mañana se había despertado.

Prendió una vela gruesa y achaparrada con la vela que tenía siempre encendida en su celda. Luego esperó a que las campanas doblaran de nuevo, indicando el inicio del oficio en la catedral. Después del último repique, pegó la oreja a la puerta, rezó una oración rápida e introdujo la llave robada en la cerradura. Empezó a agitarla y a girarla para soltar la que sabía estaba metida por el otro lado. Cuando la oyó caer al suelo con gran estrépito metálico, se puso manos a la obra.

Empujó la llave robada hasta el fondo del mecanismo y la giró muy despacio. Oyó un chasquido al moverse el pestillo. ¡La llave funcionaba! ¡Era libre!

En el pasillo abovedado, oscuro y desierto, la vela proyectaba sombras feroces. Lo recorrió de puntillas y salió del edificio a un torbellino glacial de ráfagas de nieve. Conocía bien el camino a la casa del abad porque se encontraba junto a la catedral. Una medialuna menguante asomaba entre las nubes. Avanzó procurando esconderse en las sombras de los edificios y los árboles; cubría la vela con la mano para ocultar su luz a cualquier alma perdida que no estuviera en la catedral y para evitar que el viento la apagara. Caminaba con cautela, con cuidado de no resbalar en el camino cubierto de aguanieve. La idea de caer de bruces sobre su vientre gestante la aterraba.

Su hábito no estaba pensado para aquellas inclemencias meteorológicas. Cuando llegó a la casa del abad, temblaba descontroladamente. Por encima del castañeteo de sus dientes oyó los armoniosos cánticos procedentes de la catedral. La preciosa puerta tallada de Baldwin cedió fácilmente a la presión y, a pesar del miedo a que la descubrieran, enseguida se sintió reconfortada por el calor del fuego que ardía en la gran chimenea de la sala de visitas.

Las llamas eran tan intensas que apenas necesitaba su vela. La sala estaba desierta, pero había objetos. No, objetos no. Estaba repleta de toda clase de cosas maravillosas: tapices, alfombras de muchos colores, muebles y pinturas tremendamente hermosas de Cristo Nuestro Señor. Y plata. Candelabros y bandejas de plata, y un gran crucifijo, del tamaño de la mitad de un hombre, colgado de la pared.

En un momento de locura, imaginó que se quedaba allí, calentándose, sumergiéndose durante un rato en la exquisitez del lugar. Pero se quitó de la cabeza

esa idea descabellada y se fue. Había cumplido su cometido: había descubierto que, en efecto, el abad tenía plata. Debía desandar el camino y volver a su alcoba sin que nadie la viera.

Clarissa aguardó el momento propicio, esperó a reunir el valor suficiente y a que llegara una noche sin luna. Se atuvo a su rutina: se aseó, comió todo lo que pudo por el bien del bebé e hizo sus rezos y su meditación. Pero la naturaleza de sus oraciones cambió. Ya no recitaba las escrituras y los salmos memorizados; rezaba por la preciada vida que crecía en su interior.

«No voy a darles a mi bebé.»

Pasó el mes de enero y se echó encima el de febrero. Por la noche, Clarissa se arropaba con dos mantas para estar calentita y de día se envolvía en una de ellas mientras paseaba nerviosa por su celda. La llave robada estaba oculta en su colchón. No parecía que su ausencia hubiese supuesto ningún problema. Al día siguiente de que la robara, otra había ocupado su lugar. La hermana Ingrid era tan despistada que probablemente pensaba que la había perdido ella.

Cuando iba al retrete por la noche, tomaba nota del estado de la luna. Calculaba que en menos de una semana, el 12 de febrero, la luna se oscurecería. Esa sería su noche.

Al salir del edificio anexo una noche, vio que la hermana Hazel acompañaba del brazo a una chica nueva. Más que acompañarla, la llevaba a rastras. La muchacha lloraba y se resistía, y parecía que fuera a zafarse y salir corriendo. Clarissa estableció contacto visual con la chica, un fuerte contacto visual. Para las dos, fue como si el tiempo se detuviera y se produjera entre ellas una comunicación silenciosa.

La chica, de no más de dieciséis años, era menuda, de rasgos delicados, barbilla perfecta, pómulos prominentes y piel nacarada. Sus ojos, anegados de lágrimas, revelaban una honda tristeza y parecían suplicarle que acudiera en su auxilio.

El momento pasó y Clarissa siguió su camino.

De vuelta a los dormitorios, reconoció la celda de la chica nueva porque tenía la puerta abierta y la cama sin hacer. Decidió hacerle una visita nocturna.

Esa misma noche, con la ayuda de la llave robada, fue a verla. Con todo el sigilo del que fue capaz, abrió la puerta de su cuarto y entró.

La chica estaba despierta, sentada en la cama; la vela de la mesilla la iluminaba lo suficiente para que Clarissa viera que parecía un cervatillo huérfano y aterrado.

Clarissa se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio.

—No te asustes. Mi celda está al final del pasillo.

—¿Cómo has podido salir? —preguntó la otra.

—¿Prometes que no se lo vas a contar a nadie?

La chica asintió con la cabeza.

—He robado una llave. Entro y salgo cuando quiero —declaró, orgullosa—. Siempre con muchísimo cuidado. ¿Cómo te llamas?

—Elizabeth.

—Yo soy Clarissa.

—Estás preñada —dijo Elizabeth.

—De muchos meses. Me quedan dos, quizá tres.

—¿Cómo sucedió? —quiso saber Elizabeth.

Clarissa titubeó. La chica parecía demasiado aterrorizada para contarle la verdad.

—Como suelen pasar estas cosas.

—¿Te llevaron a las criptas?

—¿Cómo sabes tú eso? —exclamó Clarissa; se dio cuenta de que había hablado demasiado alto.

—Por otras chicas. Han oído decir que en ese sitio hacen cosas horribles, aunque ninguna ha estado nunca allí.

—Doy fe de que existe, pero no voy a contarte más —dijo Clarissa.

Elizabeth reaccionó a esa confirmación echándose a llorar. Clarissa se sentó en la cama y le apretó una mano como consuelo.

De repente, Elizabeth dejó de llorar y preguntó:

—Esa llave que tienes... ¿podrías usarla para concederme el placer de pasar unos momentos con otra persona?

—¿Con quién? —preguntó Clarissa.

—Con un joven monje. Se llama Luke.

Clarissa se quedó pasmada.

—¿Qué vas a hacer con ese monje?

—¿Hacer? Nada más que hablar, aunque creo que lo amo. Nos hemos visto alguna vez en las tierras de la abadía y hemos intercambiado unas pocas palabras. Pero veo que está prendado de mí y yo siento un dolor en el pecho que no puede ser más que amor. Quiero pedirle que me saque de este lugar. No quiero sufrir tu destino, Clarissa.

—Mi destino —repitió Clarissa en voz baja soltando la mano de Elizabeth y acariciándose el vientre abultado—. No estoy conforme con mi destino. Pretenden quitarme al bebé después de nacido y destetado. No dejaré que eso ocurra. También yo me propongo irme de aquí.

—¿Y adónde vas a ir?

—A mi casa. En el norte. En Cumberland.

Elizabeth volvió a cogerle la mano.

—¿Me ayudarás, querida Clarissa? ¿Me ayudarás a ver a mi Luke?

Clarissa meditó el asunto sin decir nada. Por fin, respondió:

—Dentro de cinco días, cuando la luna esté oscura, me marcharé de aquí.

Entonces te daré mi llave y tú podrás hacer con ella lo que quieras.

Elizabeth le apretó la mano tan fuerte que le dolió.

—Eres como un ángel que ha venido a mí cuando lo necesitaba.

—No soy ningún ángel. Solo soy una chica como tú que quiere irse a casa.

El 12 de febrero, la noche era oscura, fría y nublada. Clarissa hizo los últimos preparativos y esperó a que las campanas de la catedral llamaran a los fieles al rezo.

Durante la semana anterior había pedido más comida y había ocultado los alimentos no perecederos, como frutos secos y pan ácimo, en un pañuelo, que había escondido debajo del colchón. Cuando los dormitorios estuvieron en silencio y cerrados con llave, envolvió la comida en la segunda manta. Enrollándola y atando los extremos, se hizo un buen bolso en bandolera donde guardar las provisiones y el botín para el viaje.

Cuando sonaron las campanas, esperó lo justo para que empezara el rezo. Luego, agarró la vela y usó la llave para liberarse por última vez.

Después, sigilosa como una pulga, abrió una puerta al fondo del pasillo y entró en la celda de Elizabeth. La hermosa muchacha la esperaba ya vestida.

—¡Has venido!

—Te dije que vendría. Toma, coge mi llave. Cuando salga te cerraré por fuera, pero luego tú podrás salir con esta llave. Te ruego que esperes un buen rato antes de marcharte. Si te descubren, no digas nada de mí y di que la llave la has robado tú. Necesito tiempo para salir de la isla. ¿Me lo prometes?

—Haré lo que me pides, querida Clarissa.

—¿Te reunirás, entonces, con tu joven monje?

—En los establos. He hablado con él esta tarde cuando he salido al retrete. Él estaba esperando cerca, por si yo aparecía. Por suerte, la hermana Hazel estaba atendiendo a otra chica que tenía fiebre.

Clarissa la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Buena suerte, Elizabeth. Ten cuidado. Te deseo una vida larga y feliz.

—Y yo te deseo lo mismo. Rezaré para que llegues a casa sana y salva.

Ella se dio una palmadita en su tenso vientre.

—Te ruego que reces para que los dos lleguemos a casa sanos y salvos.

Clarissa salió de los dormitorios y siguió la ruta ya recorrida hasta la casa del abad, donde lo encontró todo exactamente igual que en la visita anterior. Cogió un par de candelabros de plata y una bandeja de plata con piedras preciosas incrustadas en el borde. No podía llevarse nada más, ni se atrevió a hacerlo. La bolsa hecha con la manta pesaba ya bastante cuando salió con sigilo de la casa del abad y se dirigió a la puerta principal de la abadía.

Apagó la vela y dejó que sus ojos se habituaran a la oscuridad. En medio de las



tinieblas que preceden al amanecer, pudo ver los rudimentos de la gran verja levadiza de hierro que protegía el arco de entrada. Rezó para que la puerta no estuviera vigilada, pero, si lo estaba, su plan era tirar una piedra y confiar en que el portero fuera lo bastante lerdo para intentar averiguar de dónde procedía el ruido.

Por suerte, nadie vigilaba, pero eso le planteó otro problema, uno que Clarissa no había previsto. La verja levadiza de hierro estaba bajada. ¿Cómo iba a pasar? Desde luego, no estaba en condiciones de trepar por ella.

Encajada en uno de los pilares de la arcada había una rueda de trinquete. El corazón se le salía por la boca cuando agarró la ruidosa manivela y la hizo girar. Volcando en el esfuerzo todo el peso de su cuerpo, logró que la rueda se moviera y diera una vuelta. La verja se levantó una pizca.

Al parecer, podría manejar esa máquina infernal, pero de nada serviría que huyera y dejara la puerta abierta. ¡Se darían cuenta y la pillarían!

Se le ocurrió una idea, que inmediatamente atribuyó a la bondad de Dios. Cerca había una rama seca, caída de un árbol que se alzaba por encima del muro de la abadía. Cogió la rama y empezó a hacer girar la rueda de nuevo hasta que la verja se hubo levantado lo suficiente para que ella se colara por debajo tumbada boca arriba. Apoyando con fuerza el hombro en la manivela, deslizó la rama entre el trinquete y el diente más próximo de la rueda. Una vez colocada la rama, apartó el hombro de la manivela y oyó el chasquido de la rama aprisionada por el peso del trinquete. ¡Pero aguantó sin moverse!

Se tiró rápidamente al suelo, se tumbó boca arriba y, con los pies enfundados en las sandalias, se deslizó por debajo de la verja mientras resonaban en sus oídos el crujido y el chasquido aterradores de la rama. Si la verja caía de golpe, atravesaría primero al bebé y los dos sufrirían una muerte triste y dolorosa.

Gracias a Dios, consiguió pasar y se levantó triunfante al otro lado del muro de la abadía. Luego, agarró la verja con ambas manos y, con toda la fuerza de su cuerpo, se colgó de ella.

Se oyó un chasquido, la rama cedió y la verja descendió con gran estrépito.

Volvió la espalda a la abadía de Vectis y buscó el camino al transbordador.

Los caballos se revolviéron y relincharon cuando Luke entró en los establos. Estaba oscuro, hacía frío y le asustaba su propia audacia de haber ido hasta allí.

—¿Hola? —dijo en un susurro—. ¿Hay alguien?

—Estoy aquí, Luke, al fondo —le contestó una vocecilla.

Aprovechó la luz de la luna que se colaba por la puerta abierta para encontrarla. Elizabeth estaba en la cuadra de una gran yegua zaina, acurrucada junto a su panza para calentarse.

—Gracias por venir —dijo—. Tengo miedo. —Ya no lloraba. Hacía demasiado

frío para eso.

—Estás helada.

—¿Sí?

Sacó una mano para que él se la tocara. Él lo hizo con cierto temor, pero, cuando él sintió su muñeca de alabastro, la rodeó con su mano y ya no la soltó.

—Sí. Lo estás.

—¿Me das un beso, Luke?

—¡No puedo!

—Por favor.

—¿Por qué me torturas? Sabes que no puedo. ¡He hecho los votos! Además, he venido para que me hables de tu problema. Hablaste de criptas. —La soltó y se apartó de ella.

—No te enfades conmigo, por favor. Mañana me llevarán a las criptas.

—¿Con qué intención?

—Quieren que yazca con un hombre, y yo nunca he hecho eso. —Lloró—. Otras chicas han sufrido ya ese destino. Las he conocido. Dan a luz y les quitan al niño cuando aún están amamantándolo. A algunas las usan como paridoras una y otra vez, hasta que pierden la cabeza. ¡Por favor, no dejes que a mí me pase eso!

—¡Eso no puede ser verdad! —exclamó Luke—. ¡Esta es la casa de Dios!

—Sí es verdad. En Vectis hay secretos. ¿No has oído las historias que se cuentan?

—He oído muchas cosas, pero no he visto nada con mis propios ojos. Yo creo en lo que veo.

—Pero crees en Dios —dijo ella—. Y a Él no lo has visto.

—¡Eso es diferente! —protestó—. A Él no necesito verlo. Siento su presencia.

La desesperación de Elizabeth crecía. Se obligó a calmarse, alargó el brazo y le cogió una mano.

—Luke, por favor, échate conmigo en la paja.

Le llevó la mano hasta sus pechos y la apretó. Luke sintió sus firmes carnes a través del manto y la sangre le subió a las orejas. Deseó cerrar la palma de la mano alrededor de aquella dulce esfera y le faltó poco para hacerlo. Pero entonces recobró sus sentidos y reculó, golpeándose con uno de los lados de la caballeriza.

Ella tenía la mirada encendida.

—¡Por favor, Luke, no te vayas! Si te acuestas conmigo, no me llevarán a las criptas. No les serviré.

—¿Y qué será entonces de mí? —murmuró él—. ¡Me echarán! No lo haré. ¡Soy un hombre de Dios! ¡Por favor, debo irme!

Mientras huía de los establos oyó los suaves sollozos de Elizabeth mezclados de manera discordante con los quejidos de los importunados caballos.

Clarissa estaba segura de que iba por el camino correcto porque cada vez se oía más fuerte el sonido del mar. En la orilla, el transbordador estaba amarrado a un muelle de madera durante la noche. Junto al muelle había una casita por cuyas ventanas no se veía luz en el interior. El barquero dormía, dedujo Clarissa, pero cuando despertara al amanecer ella estaría allí para hacerle una oferta.

Las pesadas nubes de tormenta yacían tan bajas sobre la isla que la transición de la oscuridad al alba fue muy tenue. Luke yació despierto e inquieto toda la noche. En los laudes le fue prácticamente imposible concentrarse en los cantos y salmos, y en el breve intervalo antes de que tuviera que volver a la catedral para el primer oficio hizo sus tareas a la carrera.

Pero llegó un momento en que ya no pudo más. Se acercó a su superior, el hermano Martin, apretándose el estómago, y le pidió permiso para desatender los rezos y acudir a la enfermería.

Con el permiso concedido, se puso la capucha y eligió el camino más largo hacia los edificios prohibidos. Escogió un gran arce que había en una loma cercana, lo suficientemente cerca para observar y lo suficientemente lejos para permanecer oculto. Desde ese punto aventajado montó guardia en la niebla.

Oyó las campanas que anunciaban la hora prima.

Nadie entró ni salió de aquel edificio con forma de capilla.

Oyó las campanas que señalaban el final del oficio.

Todo estaba en silencio. Se preguntaba cuánto tiempo pasaría sin que lo vieran y qué consecuencias tendría aquel subterfugio. Aceptaría su castigo, pero tenía la esperanza de que Dios tendría un poco de amor y comprensión para su lamentable debilidad humana.

Sentía la áspera corteza del árbol en su mejilla. Se quedó dormido, consumido por la fatiga, pero se despertó de golpe cuando se raspó la piel de la cara contra la irregular superficie del tronco.

La vio avanzar camino abajo, conducida por la hermana Sabeline como si la arrastraran con una cuerda. Incluso desde aquella distancia podía ver que estaba llorando.

Al menos esa parte de la historia que le había contado era cierta.

Las dos mujeres desaparecieron tras la puerta principal de la capilla.

Se le aceleró el pulso. Cerró los puños y los golpeó levemente contra el tronco del árbol. Rezó para ver la luz.

Pero no hizo nada.

Agazapada detrás de un seto, Clarissa observó cómo el cielo del amanecer entraba en

contacto con el mar y lo llenaba de vida. Se levantó viento y las olas se volvieron más altas y fuertes. Temió que el transbordador no partiera ante el peligro de tormenta.

Las finas volutas de humo de la chimenea del barquero se hicieron más densas. Se había levantado. El contenido de un orinal fue arrojado por una ventana, y poco después el barquero asomó por la puerta y fijó la vista en el barco y en la bravura de las aguas.

Clarissa se levantó y se acercó; su expresión alegre pretendía ocultar su estatus de fugitiva.

—Amable señor, querría un pasaje para esta mañana —dijo.

—¿Y quién es usted? —quiso saber el anciano marino.

—Una joven de Newport que debe reunirse con su esposo.

—¿Ha estado aquí toda la noche?

—No, señor, acabo de llegar. He pasado la noche en casa de un familiar de Fishbourne.

—No tiene acento de Newport —dijo el hombre.

Clarissa pensó deprisa.

—Nací en el norte.

El barquero se mesó la barba.

—Hace una mañana desapacible y no veo más pasajeros. No vale la pena arriesgar mi barco por una muchacha.

Ella miró al cielo, que empezaba a iluminarse. La hermana Hazel no tardaría en llevarles las vituallas matinales y descubriría que no estaba. Abandonó su fingido buen humor.

—¡Tengo que irme ya! No puedo esperar. Puedo pagarle. Puedo pagarle generosamente.

El marino arqueó escéptico una ceja y le pidió alguna prueba de su afirmación.

Ella se arrodilló y desenrolló la manta lo justo para sacar uno de los candelabros.

—Puedo darle esto —dijo.

Él lo cogió, lo sopesó con una mano y lo rascó con la uña del pulgar.

—Buena pieza de plata, sí. ¿La ha robado?

—¡No! Es un regalo de mis parientes.

La sonrisa burlona del marino era prueba suficiente de su incredulidad, pero no la presionó más.

—¿Lleva algún otro tesoro en esa manta?

—No para usted, señor. Eso es más que suficiente para pagar un pasaje en el transbordador, creo yo. Me queda un largo viaje al norte y me toparé con otros hombres que querrán que les pague por sus servicios.

El marino se pasó el candelabro de una mano a otra mientras meditaba su decisión.

—Muy bien —aceptó al cabo—. Prepárese para una travesía difícil. Si ha comido algo, lo devolverá, se lo aseguro.

Ella asintió con la cabeza y dio gracias a Dios en silencio.

«Vamos, bebé mío, vamos a navegar lejos de este lugar.»

—Quisiera que algo más de ese tesoro se quedara en mi familia —le dijo el barquero—. Cuando lleguemos al otro lado, la llevaré hasta mi hermano, que tiene caballo y carreta. Si lo conozco bien, por una plata como esta la llevará a donde usted quiera.

La hermana Sabeline tiró de Elizabeth para que atravesara la puerta y la guió escalera abajo hacia las profundidades de la tierra.

Como un cordero arrastrado al matadero, Elizabeth cruzó la Sala de los Escribas, donde un joven enclenque y larguirucho alzó su cabeza pelirroja y gruñó, y de ahí la hermana la condujo al nauseabundo agujero de las catacumbas.

Dentro, la luz de la vela iluminó las grotescas calaveras y la anciana monja tuvo que utilizar ambos brazos para mantener erguida a la joven rubia.

No estaban solas. Había alguien junto a ella. Giró sobre sus talones y vio el mudo e inexpresivo rostro y los ojos verdes del joven; estaba bloqueando el paso. Sabeline se retiró y rozó con la manga los huesos de las piernas de un cadáver; los secos huesos repiquetearon. La hermana sostuvo la vela en alto y se quedó observando a corta distancia.

Elizabeth jadeaba como un animal. Podría haber huido hacia las profundidades de las catacumbas, pero tenía demasiado miedo. El hombre del pelo color naranja estaba a escasos centímetros de ella, con los brazos colgándole a los lados. Pasaron segundos. Sabeline, decepcionada, gritó:

—¡He traído a esta chica para ti!

No ocurrió nada.

El tiempo pasaba.

—¡Tócala! —ordenó la monja.

Elizabeth se preparó mentalmente para que la tocara aquello que parecía un esqueleto vivo y cerró los ojos. Sintió una mano en el hombro, pero lo extraño fue que no le pareció repulsiva sino tranquilizadora. Oyó chillar a la hermana Sabeline:

—¿Qué haces tú aquí? Pero ¿qué haces?

Abrió los ojos y como por arte de magia la cara que tenía ante sí era la de Luke. El joven pálido y pelirrojo estaba en el suelo, intentando levantarse del sitio al que Luke lo había empujado con violencia.

—¡Hermano Luke, déjenos solos! —gritó Sabeline—. ¡Ha violado un lugar sagrado!

—No me iré sin esta muchacha —dijo Luke, desafiante—. ¿Cómo puede ser esto

sagrado? Todo cuanto veo es maldad.

—¡No lo entiende! —rugió la monja.

Oyeron un tumulto repentino en la sala.

Fuertes golpes.

Crujidos.

Bandazos. Destrozos.

El chico pelirrojo se giró y se encaminó hacia el ruido.

—¿Qué está pasando? —preguntó Luke.

Sabeline no contestó. Cogió la vela y corrió hacia la sala, dejándolos solos en la oscuridad total.

—¿Te han hecho daño? —preguntó Luke con ternura.

Su mano seguía en su hombro, y ella se dio cuenta de que no la había apartado.

—Has venido a por mí —susurró.

Se abrieron camino desde la oscuridad hacia la luz, hacia la sala.

Ya no era la Sala de los Escribas.

Era la Sala de la Muerte.

El único ser viviente era Sabeline, cuyos zapatos estaban empapados de sangre. Caminaba sin rumbo entre un mar de cuerpos que cubrían las mesas, los catres, el suelo, una masa exangüe y agitada por espasmos involuntarios. Sabeline parecía ida.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío, Dios mío —musitaba una y otra vez con la cadencia de un cántico.

El suelo, las mesas y las sillas de la cámara se fueron tiñendo poco a poco con la sangre de aquellos ciento cincuenta hombres y muchachos pelirrojos; tenían una pluma clavada en un ojo.

Luke llevó a Elizabeth de la mano a través de aquella carnicería. Tuvo el aplomo necesario para echar un vistazo a los pergaminos que había sobre las mesas de los escribas, algunos de los cuales eran puros charcos de sangre. ¿Qué clase de curiosidad o instinto de supervivencia le empujó a llevarse una de las hojas en su huida? Eso sería algo que se preguntaría durante muchos años.

Subieron a la carrera la precaria escalera, atravesaron la capilla y después, fuera, la niebla y la lluvia. Siguieron corriendo hasta que estuvieron a poco más de un kilómetro de la puerta de la abadía. Solo entonces se detuvieron para dar un respiro a sus abrasados pulmones y escuchar las campanas de la catedral, que repicaban en señal de alarma.

A lo lejos vieron el transbordador que volvía a la isla de su primer viaje del día. La gente se agolpaba en el muelle para conseguir un pasaje. Luke se palpó en el hábito unas monedas que había guardado cuando había llegado a Vectis siendo solo un jovencito que quería hacerse religioso. Elizabeth y él se pondrían a la cola y dejarían atrás el horror de aquella mañana.

Los bajos de la blanca vestidura del abad estaban empapados de sangre. Cada vez que se detenía para tocar una frente fría o hacer el signo de la cruz sobre un cuerpo boca arriba, sus prendas se manchaban de sangre.

A su lado, el prior Felix le tomaba del brazo para que Baldwin no resbalara con la sangre que cubría las piedras. Recorrieron aquella carnicería parándose en cada uno de los escritorios pelirrojos en busca de señales de vida; en vano. El único otro corazón que latía en la Sala de los Escritorios era el del viejo Bartholomew, que estaba haciendo su propia desalentadora inspección al otro lado de la cámara. Baldwin había mandado salir a la hermana Sabeline porque sus lloros histéricos le estaban sacando de quicio y no le dejaban pensar.

—Están muertos —dijo Baldwin—. Todos muertos. En el nombre del Señor, ¿por qué ha sucedido esto?

Bartholomew pasaba de una fila a otra, caminando con cuidado sobre los cadáveres y alrededor de ellos, intentando mantener el equilibrio. Para ser un anciano, se movía con energía de un pupitre a otro, cogiendo las hojas de la mesa y reuniéndolas en la mano.

Se dirigió hacia Baldwin con una resma de pergaminos.

—Mirad —dijo el viejo—. ¡Mirad!

Dejó caer las hojas.

Baldwin cogió una y la leyó.

Después la siguiente, y la siguiente. Colocó las páginas sobre la mesa para poder verlas con mayor rapidez.

Cada página llevaba la fecha del 9 de febrero de 2027 y una inscripción idéntica.

—*Finis Dierum* —dijo Baldwin—. El Fin de los Días.

Felix tembló.

—Así que será entonces cuando llegue el final.

Bartholomew casi sonrió ante la revelación.

—Su trabajo había terminado.

Baldwin recogió todas las hojas y se las apretó contra el pecho.

—Nuestro trabajo aún no ha terminado, hermanos. Debemos llevarlos a la cripta para que descansen. Después haré una misa en su honor. La Biblioteca será sellada y la capilla quemada. El mundo no está preparado.

Felix y Bartholomew asintieron de inmediato para mostrar su acuerdo; el abad se dio la vuelta para marcharse.

—El año 2027 queda muy lejos —dijo Baldwin, cansado—. Al menos la humanidad tiene mucho tiempo por delante para prepararse para el Fin de los Días.

El prior Felix inició sus lamentables quehaceres.

Supervisó la colocación de los escribas caídos en las criptas y paseó por la inmensidad de la Biblioteca entre interminables estanterías de libros sagrados.

Apesadumbrado, subió por última vez las escaleras de piedra que llevaban a la capilla, aferrando las páginas en las que se había escrito *Finis Dierum*. Las usaría como yesca sagrada.

Siguiendo sus órdenes, habían llevado a la capilla balas de heno y las habían colocado por todo su perímetro.

Cuando se hubo hecho el trabajo, pidió una antorcha y, bajando la cabeza, esperó taciturno su llegada.

Alzó la vista al oír que la hermana Sabeline lo llamaba. Venía de los dormitorios especiales, con la hermana Hazel a remolque.

Las dos hermanas tenían los ojos como platos y resoplaban del esfuerzo.

—¡Dígaselo! —exigió la hermana Sabeline—. Dígale lo que ha ocurrido.

La hermana Hazel resolló y farfulló antes de ser capaz de dar forma a las palabras.

—Una de las chicas, Clarissa se llama, preñada de muchos meses estaba... ¡se ha ido!

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó Felix con el cansancio propio de quien acaba de ser testigo de un cataclismo.

—Debió de robar una llave y huir anoche, después de la cena —dijo la hermana Hazel.

—¡Eso no es lo único que ha robado! —añadió la hermana Sabeline.

—Faltan piezas de plata en la casa del abad Baldwin. Esa malvada niña ha planeado bien su huida. He enviado a un hermano al transbordador. La chica viajó al amanecer, pero el barquero no quiere decirnos cómo le pagó.

—Si eso es así, ella no es la única que se ha ido —señaló Felix, espantado ante la revelación—. También se ha ido su hijo aún no nacido, el hijo de Titus el Venerable. En la larga historia de la Biblioteca, jamás se había ido un escriba, nacido o no nacido. ¡Y ahora ha ocurrido!

Felix miró el legajo de pergaminos que apretaba en su mano.

—¿Por qué se han quitado la vida de ese modo? —masculló—. ¿Ha sido porque en sus trances habían registrado el último día de vida en la tierra y ya no tenían nada más que escribir? ¿O porque han sentido una gran ruptura provocada por uno de ellos? ¿No habrá sido el fin de sus días, de los de los escribas?

La hermana Sabeline se cubrió el rostro con ambas manos y sollozó.

—Creo que nunca lo sabremos —dijo Felix.

Prendió los pergaminos con la antorcha y los usó para incendiar la paja. Observó cómo el fuego consumía la madera y cómo el edificio se derrumbaba sobre sí mismo.

Pero no arrojó una antorcha al interior de las criptas, como el abad Baldwin le



había ordenado.

Se dijo que no podía ser testigo de la destrucción de la Biblioteca. Se dijo que esa decisión debía quedar solamente en manos de Dios todopoderoso.

Permaneció allí todo el día, viendo arder la tierra despacio, sin saber con certeza si el incendio había destruido la gran Biblioteca. Solo cuando las campanas llamaron a vísperas, dejó aquella parcela de tierra caliente para aplacar su alma con la oración en el frío invernal de la catedral.

## 13

Caminando por los campos, Will solo percibía la funesta presencia de las ondulantes colinas que se alzaban sobre ellos. Haven caminaba rápido y con paso firme, así que él tuvo que tirar de sus largas piernas para no perder de vista el haz de luz de su linterna.

Detestaba ir desarmado. Había jubilado su Glock cuando se había jubilado él; la había guardado, limpia y engrasada, en una pequeña caja fuerte que tenía en el cuarto de máquinas de su barco. Ni siquiera llevaba encima una navaja. Lo único que tenía en los bolsillos eran las llaves del coche.

En sus buenos tiempos se le daba muy bien el combate cuerpo a cuerpo, no porque fuera el más rápido del tatami sino porque era condenadamente grande. Cuando ponía los puños y los pies en movimiento, era una máquina. Pero ahora su médico le había ordenado que mantuviera la frecuencia cardíaca por debajo de 130. Le gustara o no, su mejor arma iba a ser su cerebro.

—¿Falta mucho? —preguntó.

—No mucho.

Dicho esto, Haven apagó la linterna y aminoró la marcha para que Will pudiera seguirla en la oscuridad.

A lo lejos se veía una ventana iluminada.

—¿Eso es Lightburn Farm? —inquirió Will.

—Sí. No haga ruido.

Habían caminado en paralelo a la carretera, pero ahora la chica había girado hacia arriba, en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados. La hierba alta estaba cubierta de escarcha y Will tenía que levantar mucho los pies para no tropezar con ninguna mata.

De pronto vislumbró una forma algo más oscura que la noche. Al acercarse vio que era una especie de granero o almacén. La granja estaba por lo menos a doscientos metros ladera abajo.

Era un pequeño granero abierto por los lados, un hangar agrícola con techo curvo de pizarra, hecho de la misma piedra que todo lo demás en el valle. Haven entró por uno de los laterales y Will la siguió con cautela.

Había poco que ver, solo unas cuantas balas de heno y utensilios de labranza de mango largo. Examinó el interior en busca de un arma (un martillo, una guadaña, un hacha...), pero no vio nada apropiado. ¿Debería hacerse con un rastrillo? Pensó que no.

—¿De qué va esto? —preguntó a la chica.

—¿De qué va?

—¿Qué es este sitio? ¿Dónde está Phillip?

—Ayúdeme a mover el heno —fue la respuesta.

Empujaron a un lado las pesadas balas y Haven alumbró el suelo con la linterna. En un hueco circular, había una argolla de hierro. Se agachó y tiró de ella.

—Pesa mucho —gruñó.

Will se agachó y tiró de la argolla. Los goznes de la trampilla crujieron y esta cedió. La apoyó en el suelo, plana. Sin luz, solo había un agujero de dimensiones desconocidas; con la ayuda de la linterna vio que había una escalera. Una larga y tosca escalera de madera muy empinada.

—Vamos —dijo ella—. Tenga cuidado.

—¿No hay electricidad? —preguntó él.

—Abajo hay luz. Cuando entre, vuelva a poner la trampilla.

Will fue contando peldaños e intentando calcular a qué profundidad descendían. Al pisar el último escalón, decidió que debían de estar a unos diez metros por debajo de la superficie.

Se encontraban en una especie de antesala, un cubículo de piedra caliza excavado, sin alisar, en el lecho natural de la roca. Había una puerta vieja. Estaba cerrada con llave. Vio que Haven empujaba una zona de la madera por encima de la cerradura hasta encontrar el punto exacto. Se abrió un pequeño panel basculante en cuyo hueco había una llave.

«Muy astuto —se dijo él—. Escondido a la vista de todos.»

La cerradura cedió con un chasquido y Haven abrió la puerta despacio y encendió la luz. Estaban en una estancia mucho mayor, también de techo bajo, pero esta era una zona de almacenaje forrada de estanterías metálicas baratas que albergaban toda clase de artículos. Bajo el resplandor amarillento de las antiguas bombillas incandescentes, Will vio un auténtico arsenal de alimentos en conserva y desecados, bidones marcados como «agua» y rollos de papel higiénico. Parecía el refugio antiaéreo de alguien obsesionado con las catástrofes.

Estaba a punto de preguntarle a Haven si era eso cuando detectó otro grupo de estanterías. Esas se encontraban repletas de paquetes de folios y cajas de bolígrafos negros de la marca Papermate.

—¿Qué diablos es...?

Haven le hizo un gesto para que callara.

—Silencio ahora. Mucho silencio. Vamos a pasar la siguiente puerta. Verá otra sala, pero no encenderemos las luces. Usaré la linterna. Se trata de una sala bastante grande, pero debería estar vacía.

—¿Debería?

—Debería —repitió ella—. Salvo por Phillip.

Will sintió un cosquilleo de emoción.

—Pues vamos.

Haven apagó las luces del almacén y abrió la otra puerta, en el extremo opuesto. Tapó con la mano el haz de la linterna, limitando así la luz a la que pasaba entre sus dedos.

Aquella nueva sala estaba algo más caldeada que la anterior, aunque no mucho, y era igual de oscura. Mientras avanzaban por el centro de la estancia, Will pudo distinguir lo que había pegado a las paredes: camas. Catres con almohadas y mantas apiladas. Todas ellas vacías.

Al fondo de la sala, Will vio un rectángulo naranja en el techo. Al acercarse, observó una partición, un cubículo hecho con paredes que no llegaban al techo.

Oyó un zumbido. El resplandor naranja provenía de un calefactor, se dijo. Para que alguien no pasara frío.

Phillip.

Intentó prepararse.

Tendría que contener sus impulsos naturales y saludarlo con efusión, darle un fuerte abrazo y pasar inmediatamente a una regañina mordaz.

Iban a tener que salir escopeteados. Así que dejaría la charla padre e hijo para más adelante.

Se irían como habían venido. Con suerte, Phillip estaría en buena forma y podría salir por sus propios medios. En caso contrario, Will estaba dispuesto a poner a prueba su corazón convaleciente y cargárselo al hombro. Una vez fuera, cogería la linterna de Haven, le pediría que se adelantara y llegarían al coche lo más rápido posible.

Dejaría en manos de la policía la investigación de lo que fuera que estaba pasando debajo de Lightburn Farm.

Al acercarse aún más, oyó un sonido gutural grave. Ronquidos. Phillip dormía.

Apretó el paso para adelantar a Haven y, de unas cuantas zancadas, se plantó delante de la endeble puerta del cubículo. La abrió. Dentro había varios camastros, uno de ellos ocupado.

Hincó una rodilla en el suelo, palpó el cuerpo bajo la gruesa manta en busca de un hombro, volvió boca arriba al joven, que dormía de lado, y le apartó la manta de la cara.

Oyó a Haven decir:

—¡Ay, Dios!

A la luz naranja vio un rostro, pero no era el de Phillip.

Era el semblante de otro joven, que despertó y abrió los ojos de pronto, unos ojos de un verde intenso.

En ese instante, Will sintió un fortísimo dolor en la base del cráneo, y cayó como un saco de patatas.

Cuando volvió en sí creyó que estaba de nuevo en el hospital. Se sentía igual de desorientado que después del infarto. Sabía quién era, pero no tenía ni la más remota idea de dónde estaba o qué le había pasado. ¿Le había dado otro infarto? ¿O despertaba del primero? ¿Había sido un sueño todo lo demás?

Sin embargo, lo que le dolía era la cabeza, no el pecho. Quiso tocarse la nuca con la mano derecha, pero no pudo. Algo le impedía llevar la mano más allá del hombro. A la escasa luz de la estancia trató de averiguar por qué y se encontró mirando con curiosidad un grillete de hierro que llevaba en la muñeca. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba tumbado boca arriba y lo invadió el recuerdo de los sucesos recientes.

—¿Papá?

Volvió la cabeza y allí, sentado en una segunda cama dentro del cubículo, estaba Phillip.

—Phillip —dijo Will débilmente.

—¿Estás bien? —le preguntó el chico con cara de preocupación.

—No estoy seguro. ¿Cómo diantres estás tú?

—Bastante hecho polvo —contestó el chico—. Esto no tenía que haber salido así. Will le dio un tirón al grillete.

—No me digas.

—Kheelan os vio a Haven y a ti en los campos.

—Su tío, ¿no?

—Es enorme, y no tiene sentido del humor.

—¿Él es el que me ha atizado?

—Ajá.

—¿Estás seguro de que la chica no está compinchada con ellos?

—Seguro —respondió Phillip—. Ella no es así. Se ha metido en un buen lío. Espero que no la castiguen demasiado.

Will sacó los pies del camastro y descubrió que tenía libre la mano izquierda. Se frotó con ella la zona dolorida de la nuca y notó un pegote de sangre coagulada.

—¿Tú estás encadenado?

Phillip le enseñó su grillete.

—Un asco. Te dejan ir al baño, por llamarlo de alguna manera, y ya está. Un aburrimiento.

Pero no parecía aburrido. Parecía asustado.

—¿Te han hecho daño? —preguntó Will.

—No.

—¿Seguro?

—Te he dicho que no.

—Recibí tu alerta de emergencia —dijo Will.

Phillip frunció los labios y Will vio que estaba a punto de echarse a llorar.

—Gracias por venir a buscarme.

Will recordó el almacén repleto de provisiones y el rostro inexpresivo del joven al que había encontrado tumbado en el camastro que Phillip ocupaba ahora. Señaló la hilera de camas vacías de la sala apenas iluminada.

—¿Qué se cuece aquí?

—¿No lo sabes? —preguntó Phillip.

—Phillip —dijo él, irritado—, no tengo ni puñetera idea. No sé por qué huiste. No sé por qué nos retienen. No sé qué diantres pasa en esta puñetera granja en medio de la puñetera nada. Así que, si haces el favor de ilustrarme, te lo agradeceré inmensamente.

Phillip se encogió de hombros.

—Pensaba que estabas al corriente.

—¡Pues no!

—Vale, vale. Te cuento lo que sé, pero primero dime una cosa: ¿mamá sabe dónde estamos? ¿Va a venir algún comando del SWAT?

—No lo sabe. —Will suavizó el tono. Había un miedo palpable en la voz del chico; iba siendo hora de que dejara de ser un capullo irritable y se portara como un padre—. Nadie lo sabe. No hay comando del SWAT, solo tú y yo, hijo. Tenemos que salir de esta solitos. No sé tú, pero yo creo que hacemos buen equipo. Pero primero tengo que saber a qué nos enfrentamos.

Phillip asintió con la cabeza, y estaba a punto de hablar cuando se abrió la puerta y entraron dos hombres.

Daniel Lightburn, con el brazo aún en cabestrillo, los miró con cara de odio. El otro hombre, Kheelan Lightburn, le sacaba una cabeza y tenía el mismo pelo negro y liso que su hermano. Llevaba la ropa sucia y las botas llenas de barro. A Will lo dejaron pasmado los descomunales puños de Kheelan y la absoluta ausencia de expresión de su rostro. «En el mejor de los casos, es un poco justo de entendederas —pensó Will—. En el peor, es un psicópata.»

A Will le gustaba apostar fuerte aun cuando tenía la suerte en contra, así que, antes de que cualquiera de ellos dijera algo, soltó:

—Hola, Daniel. Me alegro de volver a verlo. Este chico tan majo debe de ser Kheelan.

—Cierre el pico —respondió Daniel.

—Dígame, Kheelan, ¿me ha atizado con un garrote o con uno de esos jamones que lleva cosidos a las muñecas?

—Deje que le pregunte una cosa, señor Piper —dijo Daniel—, ¿quiere usted que lo mate delante del chico?

Will ya tenía la información que necesitaba: sus captores no se andaban con

tonterías. Iban en serio. Se amoldó a la situación.

—No, soy yo el que va a decirle algo, Daniel: la policía y el MI5 están de camino. Les irá mucho mejor si dejan que nos vayamos. Y, si eso es demasiado para ustedes, al menos dejen que se vaya el chico.

—Lo dudo mucho —señaló Daniel—. Haven me ha dicho que usted accedió a venir solo. No se habría arriesgado a que la policía lo estropeará todo estando Phillip aquí.

—Los del MI5 son profesionales.

—¡No me diga! —soltó Daniel con una cruda carcajada—. A lo mejor en Londres, pero no aquí arriba. Por si acaso, me he asegurado de que no lleva micros o como se llamen. Y le he destrozado el móvil.

—Mire, amigo —dijo Will—, piense lo que quiera de las autoridades, pero, dígame, ¿qué cree que van a hacer ahora?

—Lo que vamos a hacer, amigo —respondió Kheelan, con un acento aún más cerrado que el de su hermano—, es tenerlos encadenados hasta que decidamos cargárnoslos.

—Ya te he dicho que no tiene sentido del humor —intervino Phillip, tembloroso.

La amenaza no inquietó mucho a Will, pero le fastidiaba que su hijo se viera metido en semejante olla a presión. Will sabía bien que Phillip, Nancy y él eran FDR, los tres. Nunca se lo había dicho a Phillip (no era algo de lo que le apeteciera hablar con su hijo), pero si veía que las amenazas de ese matón angustiaban al chico, le contaría lo que había en cuanto estuvieran a solas.

—Esta no es una de esas cosas de las que uno sale bien parado —dijo Will sin inmutarse—. Los encontrarán. Los detendrán. Irán a la cárcel, y cualquier miembro de su familia que sea cómplice pasará también un tiempo a la sombra. Perderán la granja. Lo que tengan en funcionamiento aquí, sea lo que sea, se clausurará. Créanme. Les expongo los hechos.

—Puede —reconoció Daniel—. Pero se acerca el horizonte, ¿no? Usted es famoso por eso, señor Piper. Si vamos a la cárcel, nuestra condena terminará el próximo febrero, ¿no es así?

Dicho esto, Daniel y Kheelan empezaron a reírse tan fuerte que parecía que fueran a descoyuntarse.

—¿Qué demonios os hace tanta gracia? —preguntó una voz de mujer.

Cacia entró llevando una bandeja con comida. Detrás de ella iba Haven cargada con bebidas.

—¿Por qué has dejado salir a Haven de su cuarto? —la reprendió Daniel.

—Lloraba desconsoladamente —explicó Cacia—. Se siente mal por lo que le ha pasado al señor Piper. Y quería ver al muchacho.

—¡Debería sentirse mal por lo que nos ha hecho a nosotros! —gritó Kheelan—.

¡Ha traído aquí a unos extraños! ¡Nos ha buscado la ruina! ¡Es mala y debe pagar por ello!

—¡Eh, tú! —le gritó Daniel—. Haven es mi hija; yo decidiré lo que hay que hacer.

—Era solo una opinión... —dijo Kheelan en voz baja.

—Salid de aquí los dos —ordenó Cacia echando a su marido y a su cuñado—. Id a vigilar con Andrew y Douglas. Y aseguraos de que el coche está bien escondido. Nosotras nos encargamos de estos.

Los hombres asintieron en silencio y se fueron.

Will decidió quedarse quieto y observar a la madre y a la hija unos instantes. No estaba seguro de si era Cacia quien llevaba los pantalones en la familia, pero desde luego era un apoyo con el que había que contar. Veía cómo se le tensaba el masetero cada vez que apretaba la mandíbula. ¿Era de rabia o de frustración? ¿Estaba furiosa con ellos o consigo misma?

De lo que Will no tenía duda era de lo que sentía por su hija. Le daba instrucciones con ternura. Aunque la muchacha había traicionado su confianza, parecía que no había transgresión que pudiera con su amor de madre.

También captó las miradas furtivas que se lanzaban Phillip y la chica. Cuando Haven le tendió la comida, la cara se le iluminó como un sol. Y Phillip respondió del mismo modo. Podía entender por qué. La muchacha era muy guapa y tímida, nada que ver con las chicas descaradas que solían acompañar a su hijo en Virginia y Florida.

—¿Se encuentra bien, señor Piper? —preguntó Cacia—. ¿Le han hecho mucho daño?

—Me duele un poco, señora. Pero no es la primera vez que me atizan, así que ya tengo el cráneo curtido.

—Sí, ¿verdad? Bueno, coma un poco de sopa y pan ahora que están calientes. ¿Qué te parece tener aquí a tu padre, Phillip?

—Bien, supongo —respondió con la boca llena de pan recién hecho.

—Tiene que dejar que nos vayamos, señora Lightburn —dijo Will.

—Detesto que me llamen así. ¿Por qué no me llama Cacia?

—Yo odio que me llamen señor Piper.

—Muy bien, Will. —Cacia rio—. Ojalá pudiera dejaros libres. Ojalá Haven hubiera hablado conmigo antes de convencer a tu hijo para que viniera hasta aquí. Ojalá nada de esto hubiera ocurrido, pero ha ocurrido y hay que hacerle frente.

—¿Me vas a contar lo que hacéis aquí? —preguntó Will tranquilamente.

—Sí, lo haré —contestó ella—. Te lo contaré, y te lo enseñaré, por la mañana.

—Lo he perdido —dijo Annie a su superior.



—¿Cómo que lo ha perdido? —La voz tronó por el altavoz de su NetPen.

—Me ha robado las llaves del coche y se ha largado. No sé por qué y no sé adónde ha ido. Hoy hemos regresado con las manos vacías. No estábamos sobre la pista de algo gordo.

—Quizá él ha visto algo que usted no ha percibido —le dijo la voz con sarcasmo—. Aunque esté jubilado, en sus tiempos era uno de los mejores. Pero usted qué va a saber si ni siquiera había nacido...

Annie inspiró hondo y mantuvo un tono profesional.

—¿Qué quiere que haga, señor?

—Quiero que movilice a la policía y lo encuentre. Le envío un equipo ahí arriba al mando de Rob Melrose. Cuando lleguen póngalo al día, luego siga sus órdenes. Debería haberlo enviado a él desde el principio.

—Sí, señor —respondió ella apretando los dientes.

—Ya me encargo yo de llamar a Washington para informar a la esposa de Piper, que seguramente me arrancará alguna parte esencial de mi anatomía.

Kenney intentó estirar las piernas, pero no había espacio suficiente.

—¿Este asiento no se puede echar más para atrás? —preguntó a nadie en particular.

Conducía Harper con la ayuda del GPS, que iba dándole indicaciones con una voz británica curiosamente sensual.

—Ya casi hemos llegado, jefe.

Lopez iba encogido en el asiento de atrás, con las rodillas dobladas. Los tres llevaban el pelo corto y, con los tejanos, los suéteres y las cazadoras de cuero, no podían parecer más estadounidenses.

—No tiene sentido que intentemos parecer británicos —les había dicho Kenney—. No lo conseguiríamos ni esforzándonos. Si alguien pregunta, somos turistas.

—Sí, eso seguro que cuela —había respondido Harper con los ojos en blanco—. Turistas con el maletero cargado de armas y munición.

Lopez empezó a roncar.

Kenney echó la mano hacia atrás y le dio un revés a un lado de la cabezota.

—Mantente alerta, por el amor de Dios.

Lopez despertó con una fuerte inhalación.

—Lo siento, jefe.

—Yo también estoy agotado —lo reprendió Kenney—. Estamos los tres más cansados que un cojo en un concurso de patadas, pero tenemos una misión.

Sonó el comunicador de Lopez.

«Alerta de vigilancia. Sujeto: Anne Locke; protocolo de comunicación: MI5. Descodificando.»

—¿Lo veis? ¿Qué os había dicho? —espetó Kenney.

Lopez gruñó y subió el volumen.

Mientras recorrían en coche la oscura campiña, los tres hombres escucharon la grabación de la conversación de Annie con su jefe de sección en Londres sobre la desaparición de Will Piper.

—Piper va tres pasos por delante de esos payasos —dijo Kenney—. Probablemente ya ha encontrado a su hijo. La cuestión es qué demonios habrá encontrado el chico.

Tenía contracciones cada pocos minutos. Las partes bajas de su cuerpo le abrasaban de dolor; rogaba a Dios que el bebé llegara pronto o, si no era esa su voluntad, que la bendijera con la muerte.

Clarissa estaba tumbada boca arriba junto al hogar de su familia, con las piernas en alto sobre una pila de mantas de lana. Apenas podía oír las exhortaciones de su madre ni los ánimos de sus hermanas.

Lo único que podía hacer era intentar pensar en otra cosa.

El viaje desde las costas del sur de Gran Bretaña hasta las tierras del norte le había llevado seis semanas. Adam, el hermano del barquero, había resultado ser un compañero bondadoso y fiel. Clarissa creía que el pago que había dispuesto no era equitativo. El barquero había recibido un candelabro de plata por una travesía de dos horas en aguas bravas; el carretero había recibido un candelabro idéntico por seis semanas atravesando caminos llenos de baches y durmiendo a menudo al raso para que Clarissa pudiera descansar a cubierto. Pero Adam lo hacía todo encantado: daba esquinazo a los salteadores de caminos, cambiaba las herraduras a los caballos él mismo, negociaba sus escasos víveres de pueblo en pueblo... Era un hombre pobre, en mucha peor situación que su hermano el marino, y la plata, le dijo, transformaría la humilde situación de su familia. «¿Por qué no me mata y se queda con el candelabro?», se había preguntado ella. Porque, como descubriría con el tiempo, era un hombre bueno, honrado, de corazón puro. Y ahora, en su agonía, la consolaba recordar su bondad.

—Os llevaré a ti y al bebé a casa —le decía una y otra vez—. Cuenta con ello.

En los últimos días de su viaje a Yorkshire, cuando entraban en la agreste zona de los valles, un paisaje que había creído que jamás volvería a ver le había alborotado el corazón.

Una carretera deplorable se adentraba en el centro de los valles, pero se extinguía antes de llegar a la granja de su familia. Solo los caminos de ovejas surcaban las colinas, y a veces también estos se borraban y se perdían. Clarissa y Adam habían perseverado y, con la ayuda de los pastores, al fin hallaron el camino a Pinn y al umbral mismo de la granja.

Su padre había sido el primero en verla bajar de la parte de atrás de la carreta, casi a punto de dar a luz. Había llamado a su esposa y a sus hijas, y enseguida Clarissa se había visto rodeada de mujeres felices y llorosas.

Su severo padre se había mostrado más indignado de lo que recordaba haberlo visto nunca.

—¿Es este el padre? —le había preguntado señalando a Adam con desaprobación.

—¡Cielos, no! —había llorado Clarissa.

—Entonces ¿quién? —había querido saber él.

Entre sollozos, Clarissa les había contado la historia medio cierta que había ido ensayando mentalmente por el camino.

—Me lo hizo un monje. Me tomó por la fuerza. Tuve que huir.

Dieron de cenar a Adam y su caballo comió y bebió en las cuadras. Luego Adam cargó la carreta de heno para el viaje de vuelta y abrazó a su protegida.

—Cuídate y cuida del bebé —le dijo—. Ha empezado con mal pie su existencia, pero eso no significa que no vaya a ser un hombre grande e importante cuando crezca.

En cuanto Adam se hubo marchado, el padre de Clarissa empezó a protestar. Ahora tenían una boca más que alimentar, ¡y en breve dos! Y ni siquiera estaría en condiciones de trabajar. ¡Su regreso era una maldición para los Lightburn!

Cuando su padre se había puesto ya tan colorado que Clarissa empezó a temer que fuera a hacer algo horrible, la muchacha desenrolló la manta y lo obsequió con la bandeja de plata y piedras preciosas incrustadas en el borde.

Su padre la cogió atónito, con los ojos como platos, y sus rodillas no pudieron soportar el peso de su cuerpo.

—¡Mi bolsa de plata! —sollozó arrodillado—. No sé cómo has conseguido hacerte con esto, pero jamás te lo preguntaré. Lo único que sé es que los Lightburn son ahora una de las familias más ricas de Cumberland. Os doy la bienvenida a casa, hija querida, a ti y a tu hijo.

Con un chorro de sangre y un fluido de color pajizo, la cabeza del bebé pasó el canal del parto, luego lo hicieron sus hombros.

La madre de Clarissa lo sostuvo en alto para examinarlo y exprimió el cordón antes de atarlo con una tira de pellejo de oveja.

Las hermanas de Clarissa hablaban en susurros. Curiosamente el bebé estaba tranquilo y no lloraba. Tenía una asombrosa mata de pelo rojo y ojos verdes.

—Es un niño. Muy bien —declaró su madre—. Toma, cógelo.

Clarissa acercó el bebé viscoso a su pecho sudoroso.

—Sabía que era niño —dijo—. Lo llamaré Adam.

Adam crecía deprisa; a los siete años ya era alto para su edad, aunque delgaducho. Sin embargo, si bien su cuerpo crecía deprisa, su mente se había quedado atrás. Dos

de las hermanas de Clarissa estaban casadas y tenían hijos como conejas. Los primos de Adam eran niños traviesos, parlanchines y animados a los que les gustaba pinchar al niño mudo y empujarlo al suelo para ver si provocaban en él alguna reacción. Nunca lo conseguían. Por mucho que lo chincharan, la fachada impenetrable del niño jamás se descomponía. Le trataban de zoquete, pero a Clarissa no le afectaban esos desaires.

—Es un niño especial —decía—. Ya lo veréis. Es mi niño precioso y especial.

A pesar de las abundantes atenciones de su madre, él seguía mudo como una piedra, nunca sonreía ni devolvía un abrazo. Y aunque los niños de su edad ya empezaban a ayudar en las tareas de la granja, Adam parecía incapaz de recoger siquiera ramas secas para el fuego.

Un día Clarissa estaba en la casa asando un cordero en el hogar cuando su madre fue a buscarla.

—¡Hay un hombre que quiere verte! —dijo con la respiración entrecortada—. Un anciano a lomos de una mula. Lleva ropas de monje.

La noticia hizo que Clarissa se mareara de miedo. Su primer instinto fue coger a Adam y salir corriendo a las colinas, pero se calmó y preguntó:

—¿Solo un monje, dices? ¿Uno nada más?

—Solo un anciano cansado y hambriento. Dice llamarse Bartholomew.

Clarissa se limpió las manos en el delantal y pidió a su madre que vigilara el espetón con el cordero. Echó un vistazo a Adam, que estaba en su rincón favorito, el más oscuro de la estancia, jugando en silencio con su omnipresente ramita. Luego salió a ver a ese monje.

Bartholomew estaba de pie junto a su mula, dándole de comer heno con la mano. No lo reconoció de su época de Vectis, y a juzgar por la expresión crispada del monje, tampoco él la reconoció a ella.

—¿Eres Clarissa? —preguntó.

—Sí.

—Soy el padre Bartholomew —dijo él.

—¿Venís de Vectis? —preguntó ella al tiempo que se preparaba para la respuesta.

—Así es, hija mía.

—¿Para qué? —inquirió ella con una mezcla de consternación y rabia.

El monje ofreció a su mula lo que le quedaba de paja en la mano y le dio una palmadita en la cabeza.

—No he venido a hacerte daño ni a juzgarte —le dijo él con desaliento—. Solo deseo hablar contigo. Ha sido un largo viaje para un anciano como yo. Tres meses he tardado con Petal, mi preciosa mulita, como única compañía. Hubo noches negras y lluviosas en que pensé que no sobreviviríamos, pero, con la ayuda de Dios, aquí estamos.

—¿No habéis venido para llevaros a mi hijo? —preguntó ella.

Bartholomew cerró los ojos y rezó moviendo apenas los labios. Cuando volvió a abrir los ojos, su rostro anciano se mostró aliviado.

—Ha sobrevivido. Loado sea Dios. No, no quiero llevarme a tu hijo. ¿Cómo se llama?

—Adam —contestó ella.

Al oírlo, el monje sonrió.

—Ah, el nombre del hermano del barquero, el carretero que te trajo hasta aquí. Fue él quien me dijo dónde vivías, pero solo después de que le prometiera que no te traería ningún mal. Pero Adam es un buen nombre por otra razón. —Meneó el dedo como si impartiera una lección—. El primer hombre al que creó Dios.

—¿Le apetece comer y beber algo? —le preguntó Clarissa.

—Que Dios te bendiga, sí.

Bartholomew rogó que le dejaran limpiarse la suciedad del camino antes de entrar en la casa. Clarissa lo vio mojar un paño en el abrevadero y restregarse su cuerpo frágil, de articulaciones nudosas e hinchadas.

En el umbral, Bartholomew se detuvo y se asomó al interior de la casa. Pareció volver instintivamente el rostro hacia el rincón, donde se hallaba Adam, oculto en la oscuridad. Clarissa le dijo a su madre que podía volver a sus tareas fuera, luego instaló a Bartholomew junto al fuego y le sirvió estofado del día anterior en un cuenco de madera.

Aunque el olor de la comida pareció tentarlo, el anciano monje bajó el cuenco y siguió con la vista fija en el rincón.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza y llamó al muchacho para que se acercara. Se oyeron chasquidos en el rincón, pero no hubo movimiento.

—No es un chico desobediente —explicó ella—. Solo... diferente. Deje que vaya a buscarlo.

—No —dijo el monje—. Me acercaré yo.

Bartholomew se levantó y se acercó despacio al rincón.

Cesaron los chasquidos.

—¿Serías tan amable de traerme una vela? —preguntó el monje.

Clarissa así lo hizo.

El monje la sostuvo en alto y bañó al chico de danzarina luz amarilla. Clarissa oyó que Bartholomew hacía un aspaviento y contenía la respiración. Su exhalación sonó como un largo suspiro.

—Veo a Titus en él —dijo en voz baja—. El rojo intenso de su pelo, la longitud de su barbilla, las orejas pequeñas, esos preciosos dedos largos. Es como si Titus hubiera renacido.

—El viejo escriba —señaló Clarissa—. El que me tomó.

—Te eligió. Llevaba decenios sin interesarse por ninguna mujer, pero ese día te eligió a ti.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—No soy yo quien debe decirlo, pero de algún modo fuiste bendecida.

—Aquel día, en la cripta, no sentí la bendición de Dios. Pero he querido a mi pequeño desde el instante en que lo vi por primera vez, y sigo queriéndolo aun siendo un niño extraño.

—Hola, hijo —le dijo Bartholomew, que lo miraba maravillado.

Adam no pareció percibir la presencia del visitante.

—¿Qué tiene en la mano? —preguntó el monje.

—Es su ramita. Solo la suelta cuando duerme. Los otros niños de la granja juegan con juguetes de madera o cantos rodados del río; este solo quiere su ramita.

—¿Y qué hace con ella?

—Que yo sepa, nada.

—¿Eso crees? —Bartholomew se agachó, revelando con una mueca lo mucho que le dolían las rodillas. Acercó la vela hasta que esta iluminó la tierra comprendida en la unión de dos paredes—. ¡Mira! ¿Ves?

Clarissa se inclinó hacia delante.

—¿Ver el qué?

—¡Ahí! ¡Ahí! En la tierra. ¡Letras y números! ¡Tu hijo está escribiendo!

El anciano monje expuso sus argumentos durante la cena: no quería otra cosa que un establo en el que cobijarse, heno limpio donde dormir y comida y bebida para él y para su mula. A cambio de esos bienes básicos, Bartholomew les ofrecía a Clarissa y a su familia algo que no tenían y que hasta entonces no habían sabido que les faltaba: los servicios personales de un clérigo. E insinuó más. Adam, les dijo, ese chico especial, era la llave de entrada a un reino sagrado en el que los Lightburn serían caballeros de Dios. Serían criaturas ungidas en la tierra y dignas de un sitio en la mesa de Cristo en el Cielo. Él les enseñaría a usar esa llave para abrir la puerta de un reino sagrado y santificado.

El padre de Clarissa mordisqueó la ternilla del final de una costilla y escuchó atento al monje. La bandeja de plata de Clarissa había transformado la fortuna de la familia. Lightburn había extraído las piedras preciosas y fundido la plata en pequeños discos planos. Con esa moneda, había empezado a prosperar. Compró un buen número de ovejas y un tiro de magníficos caballos de labranza, y no tardó en darse cuenta de que tenía mucho ganado y poca tierra. Ambicionaba un par de terrenos contiguos a su granja que su vecino, Thomas Gobarn, tenía en servidumbre. Como Gobarn, Lightburn era siervo de la gleba y pagaba la tenencia de su granja a Robert

de Boynton, caballero del rey en ese condado. La entrega de unas cuantas joyas escogidas a su señor le había garantizado una mejora de su estatus social, y Lightburn se había convertido en vasallo, con la posibilidad de hacer suyas las tierras que trabajaba. Robert de Boynton lo honró presentándose en su granja y librándolo personalmente del feudo mediante la entrega de un pedazo de tierra ceremonial. Además, con una bolsa de monedas de plata, Lightburn persuadió a De Boynton de que le transfiriera también las tierras de Thomas Gobarn. Con el sello de su señor en la mano, Lightburn derribó triunfante el muro de piedra que separaba las dos propiedades para que sus ovejas pudieran pastar en nuevos prados, y empezó a cobrarle a Gobarn una renta por cultivar una miserable parcela de tierra.

Ahora Lightburn meditaba la propuesta del clérigo. Como vasallo tenía una obligación feudal con la Iglesia: el deber de rezar por el alma de su señor. En realidad, cumplía de boquilla con este deber, pero si acomodaba a un clérigo en sus establos, ¡prestaría ese servicio de verdad! Si Robert de Boynton veía que Charles Lightburn lo honraba disponiendo de su propio clérigo para que rezara por el alma eterna de su señor, quizá prosperara aún más y se convirtiera en uno de los hombres del caballero.

En cuanto a eso de que Adam, su nieto zoquete, era mucho más de lo que parecía, estaba dispuesto a escuchar al anciano clérigo. ¿Por qué no? Lo único que Bartholomew pedía era vivir en el establo y que lo alimentaran.

Fascinado por la perspectiva de un futuro aún más brillante, Charles Lightburn le dijo al monje que podía vivir, rezar y enseñar en Lightburn Farm.

En los días siguientes, Clarissa lavó el hábito del hermano Bartholomew, le cosió los desgarrones y le hizo remiendos donde lo tenía raído. El monje comió con apetito para recuperar las fuerzas y se arregló la descuidada barba con su navaja recién afilada. Aunque se declaró de nuevo sano y fuerte, Clarissa seguía viéndolo como un esqueleto andante, delgado y reseco, si bien al menos sus ojos habían recuperado el brillo.

Bartholomew reunió al clan Lightburn a la hora de la cena para contarles su historia. Sentados a la mesa, los hombres y las mujeres de la extensa familia escuchaban atentos mientras el monje, de pie delante del hogar, hablaba y gesticulaba. Los niños jugaban en las camas y alrededor de estas, y Adam seguía solo, haciendo garabatos con su ramita.

Les contó la historia de Vectis, transmitida oralmente de unos monjes a otros durante siglos. Les explicó que en el año 777, el séptimo día del séptimo mes, en presencia de un cometa abrasador, había nacido en Vectis un niño, el séptimo hijo del séptimo hijo, y que ese niño, Octavus, había ido a vivir a la abadía. Les contó que el chico se parecía mucho a su Adam, mudo y pálido, pelirrojo y de ojos verdes. Y les



contó que se descubrió que el niño, Octavus, había recibido el maravilloso don divino de la escritura, que nadie le había enseñado; más aún, podía escribir los nombres de todos los seres humanos con sus fechas de nacimiento y sus fechas de defunción, demostrando así a los perplejos monjes de Vectis que ciertamente Dios decidía el destino de la humanidad.

Esos monjes crearon la sagrada Orden de los Nombres para que Octavus pudiera realizar su labor sin interrupción. Proporcionaron papel y pluma al chico y encuadernaron las páginas de su labor en libros sagrados. Les contó también que, cuando Octavus creció, tomó a una joven novicia y sembró en ella su semilla, fruto de la cual nació otro chico mudo, pálido y pelirrojo con idénticas aptitudes.

Los Lightburn escuchaban con mucha atención al hermano Bartholomew mientras describía una cadena ininterrumpida de escribas mudos que se extendía desde los tiempos antiguos hasta el último día de Clarissa en Vectis. Les contó que vivían toda la vida en una caverna subterránea excavada en el lecho rocoso de la isla de Vectis, donde registraban diligentemente los nombres de los que nacerían, *natus*, y los que morirían, *mors*, durante siglos futuros, nombres anotados en inglés, fránquico, moro, hebreo, chino y toda clase de caracteres foráneos. Los escribas trabajaban como si fueran un solo cerebro y una sola mano. Nunca duplicaban el trabajo de otro, sino que todos sus esfuerzos parecían constituir un torrente incesante, siglos de trabajo que habían dado lugar a una vasta biblioteca de volúmenes que comprendían desde el 777 hasta el 9 de febrero de 2027. Bartholomew también les contó que él mismo había estado toda la vida al servicio de esa obra, sobre todo bajo tierra, como monje responsable del funcionamiento del sagrado *scriptorium*.

Les contó que Clarissa formaba parte de una larga estirpe de servidoras especiales de la Orden de los Nombres, chicas sanas y piadosas, seleccionadas para engendrar a la siguiente generación de escribas.

—Pero tú eras una jovencita única, ¿verdad? —señaló Bartholomew. Lo dijo sin malicia, y a Clarissa la alivió saber que no la castigarían—. Quizá tu naturaleza fogosa fuese la razón por la que Titus el Venerable se alzó en aquella ocasión. Te convertirías en la única chica que huiría antes de dar a luz. Y tu acto, hija mía, resultó ser el fin de la Biblioteca.

Les contó los horribles sucesos de aquel 9 de enero de 1297 en que los escribas, todos a la vez, del mayor al más joven, cogieron la pluma, se la metieron por un ojo hasta el cerebro y sembraron así una muerte de lo más horrible en las mesas y el suelo del escritorio. Les contó también cómo había ido él de mesa en mesa recogiendo las últimas páginas que había escrito cada uno y había encontrado en todas ellas las mismas palabras: *Finis Dierum*, el Fin de los Días. Todos ellos estaban trabajando en el 9 de febrero de 2027, un día muy, muy lejano del futuro.

—¿Es ese el día en que acabará el mundo, padre? —preguntó Charles Lightburn.

—Eso fue lo que pensamos mis colegas eruditos y yo mismo. Hasta que nos enteramos de que Clarissa había huido con su bebé. Eso despertó algunas dudas. Baldwin, nuestro abad, siguió creyendo que habían sido testigos del día de la destrucción, pero nuestro prior, Felix, y yo empezamos a preguntarnos si sería así. Quizá lo que habían anotado no era el fin de los días de la humanidad, sino el de los suyos, pues los actos de Clarissa habían roto la cadena de escribas nacida en Vectis.

Clarissa empezó a sollozar, verdaderamente arrepentida.

—No, hija mía, no llores —la instó Bartholomew—. Tú no lo sabías. Y si algo hemos aprendido en la Orden de los Nombres, es que todo sucede porque Dios así lo quiere.

—¿Qué pasó después? —preguntó el padre de Clarissa.

—Baldwin ordenó a Felix que destruyera la Biblioteca quemándola, porque, a su juicio, la humanidad no estaba preparada para conocer sus secretos. Pero Felix no era de la misma opinión. Asoló la capilla que había sobre las estancias subterráneas, pero procuró que no se quemaran los libros. Personalmente creo que la Biblioteca ha sobrevivido, aunque no estoy seguro. En los meses y los años que siguieron al desastre, el espíritu de la abadía de Vectis se debilitó y algunos de los monjes y las hermanas dejaron la isla y migraron a otros monasterios. Yo, en cambio, albergué una idea que creció en mi interior como tu bebé creció en el tuyo, Clarissa. Soy viejo, muy viejo, y me queda poco tiempo, pero necesitaba saberlo. ¡Tenía que saberlo! ¿Habías sobrevivido? ¿Había sobrevivido tu bebé? ¿Seguía existiendo la Biblioteca? Antes de estar demasiado débil para un viaje como el que acabo de hacer, resolví dejar mi santuario en la isla, mi querida abadía de Vectis, y seguir el camino a tu casa para averiguar si tu hijo y tú estabais vivos. Y aquí estoy. En el cálido seno de tu familia, consciente de que Dios me ha traído aquí con un propósito.

—¿Qué propósito? —preguntó Clarissa.

—El de cumplir su voluntad, gente de bien —contestó Bartholomew con lágrimas en los ojos—. El de suplicaros que me ayudéis a proseguir su labor, a perpetuar la Orden de los Nombres, ¡a dar continuidad a la Biblioteca!

Bartholomew vivió dos años más. En los días que pasó en Pinn enseñó a los Lightburn muchas cosas.

Les enseñó a hacer tinta mezclando hollín y resina. Les enseñó a hacer plumas para escribir con plumas de ganso. Les enseñó el arte de hacer papel de pergamino encalando y estirando piel de oveja, y les enseñó a encuadernar un libro. También les enseñó cómo excavar la piedra caliza de debajo de su vivienda para hacer una cripta donde alojar el *scriptorium*.

Y antes de morir en los brazos de Clarissa, jadeando y febril por la neumonía, Bartholomew fue testigo de la finalización del primer volumen grueso de Adam, que

comprendía del 9 de febrero de 2027 al 10 de febrero de 2027 y que estaba repleto de nombres a menudo impronunciables e indescifrables de personas que no nacerían ni morirían hasta más de setecientos años después.

Haven y Cacia, apoyadas en la pared de piedra caliza, observaban a Will y a Phillip. El chico acababa de despertarse y estaba hambriento. Devoraba su desayuno; Will, en cambio, no tenía apetito. Había sido duro ver a Phillip dormir toda la noche. Cuando habían terminado de cenar, se había quedado traspuesto antes de que Will pudiera sonsacarle ninguna información. Pero lo había dejado descansar. Suponía que en algún momento conocería los hechos, y ese momento había llegado.

—¿Has dormido? —le preguntó Cacia.

—He oído muchos ronquidos procedentes de la otra habitación —señaló Will—. ¿Quién más hay aquí abajo?

Cacia ignoró la pregunta.

—Te puedo traer más comida, Phillip —le dijo al chico.

—No, ya está bien.

—¿Y tú, Will? ¿Estás seguro de que no quieres tomar nada?

Will le sonrió.

—En el improbable caso de que estemos aquí para la cena, me lo pensaré.

—Bien —dijo ella—. Prometí que te contaría la historia, así que vamos a ello. Haven, explícale por qué te pusiste en contacto con Phillip.

La chica era demasiado tímida para mirar a Will a los ojos, así que habló mirando al suelo.

—Pensaba... —dudó—, no, sabía que era el único que podía ayudarme. Nuestra profesora nos hizo leer su redacción, la que ganó ese premio. Se ha dicho de todo acerca del horizonte. Por aquí ha sido horrible. Ha habido niños que se han deprimido y eso. Una chica de Kirkby Stephen, un curso mayor que yo, se ha ahorcado, y dos chicos de Kendal han hecho lo mismo. En Socco todo el mundo está tarumba con eso. Les asusta lo que pueda pasar el próximo mes de febrero. No podía quedarme aquí sentada sin hacer nada.

Haven terminó llorando. A Will le impactó la rotundidad con que había dicho «sabía».

—¿Cómo pensabas que podía ayudarte Phillip? —preguntó.

—Porque es el hijo de Will Piper. Fue usted el que averiguó todo lo de la Biblioteca, ¿no? Usted sabe qué hacer en estos casos.

—¿De qué casos estamos hablando? —inquirió Will.

—Es hora de que te enseñemos algo —intervino Cacia—. Necesito que prometas que, si os quito los grilletes, no nos haréis daño ni intentaréis escapar.

—Te puedo prometer que no os haré daño —respondió Will.

—Mira —dijo Cacia, muy seria—, puedo pedir a Kheelan que baje a vigilaros con la escopeta, pero prefiero que no esté aquí porque... limitaría la experiencia.

Además, los hombres están todos fuera, os atraparían enseguida.

Will asintió con la cabeza.

—Vale, tienes mi palabra. ¿Y tú, Phillip, estás de acuerdo?

—Prefiero hacer el amor a la guerra. Además, me apetece una visita guiada.

Will rio y levantó la muñeca para que Cacia introdujera la llave.

Pese a su promesa, se le pasó por la cabeza agarrar a Phillip y salir corriendo. Se dirigirían al almacén, subirían a toda prisa la escalera, saldrían del hangar y, corriendo como locos, cruzarían los campos hasta la carretera, donde intentarían parar un coche. Pero podía salirles mal y, con los Lightburn peinando la granja, las posibilidades no eran buenas. Lo habría intentado si hubiera estado solo, pero no podía arriesgarse a que Phillip saliera herido. Además, sentía una curiosidad de mil demonios, así que siguió obediente a Cacia por la puerta más cercana.

Había una estancia pequeña que no parecía tener ninguna función especial, salvo la de proporcionar acceso a otras tres puertas. La iluminaba una sola bombilla colgada del techo.

Cacia señaló una de las tres puertas cerradas.

—¿Alguno necesita ir al baño?

Phillip fue primero y, cuando hubo terminado, pasó Will.

Era un cuartito del tamaño de un retrete excavado en la piedra caliza, un callejón sin salida maloliente. Había una tubería de agua que venía de arriba y entraba por un agujero en un viejo lavabo de porcelana oxidado. El váter se vaciaba, así que supuso que había cisterna. Como vía de escape no sería una primera opción, pero algo estaba claro: lo que se trajeran entre manos allí era una operación seria y de mucho tiempo atrás.

De nuevo en la antesala, Will señaló una de las otras dos puertas.

—¿Esta? —dijo.

—No —contestó Cacia—. Luego. Primero esta.

—¿Tú ya habías estado por aquí? —preguntó Will a Phillip.

—No. Pero Haven me lo ha contado.

Cacia la abrió y envió a Haven a la absoluta oscuridad a encender las luces. Antes de ver, Will lo olió. Un aroma fuerte e intenso a piel y a moho, un olor a antigüedad. Un segundo antes de que las luces se encendieran, ya sabía lo que vería, y luego, con la enfermiza incandescencia amarilla, sus ojos lo confirmaron.

Era una biblioteca.

—Dios —dijo, y entró despacio.

La reacción de Phillip fue más prosaica.

—¡Joder!

La estancia de piedra caliza era cavernosa y fría como una bodega. Un pasillo central atravesaba la sala, recto como una flecha, hasta donde alcanzaba la vista. A

ambos lados había estanterías de madera que cubrían la pared de arriba abajo, cada una de unos cinco metros de altura. El ancho de la sala era más fácil de calcular que su longitud: unos cincuenta o sesenta metros, perfectamente divididos por el pasillo.

Las estanterías que tenían más cerca estaban desiertas y, mientras padre e hijo seguían en silencio a madre e hija hacia el interior, quedó claro que allí había suficientes estanterías vacías para contener miles y miles de libros.

—Hay sitio de sobra —dijo Will.

A Haven no le sorprendió que Will comprendiera la situación.

—Cuando se llene, hará mucho que yo me habré ido —dijo—. Y Cacia. Entonces será responsabilidad de otros.

Phillip avanzó deprisa, como un cachorro jugueteón, y Cacia le dio alcance. El chico llegó hasta la primera estantería llena. Cuando Will quiso acercarse ya había sacado uno de los libros de la estantería.

Era un volumen grueso y pesado, encuadernado en piel fresca, con el fuerte olor de un par de zapatos nuevos, no el olor rancio del ambiente. En el lomo llevaba un número grabado a mano: 2566.

—Eso es el año, ¿verdad? —preguntó Phillip.

—Sí —contestó Haven.

Phillip abrió el libro por una página del centro, al azar, mientras Will miraba por encima de su hombro.

En la página había dos hileras de nombres, unos cien por fila. Nombres escritos a mano con bolígrafo negro. Will detectó algunos en inglés, español, chino, portugués. Al lado estaba la fecha, 24 de agosto de 2566, y las palabras *natus* o *mors*.

—Aún usan el latín —observó Will.

—No sabemos por qué —dijo Cacia—. Hay muchas cosas que no sabemos.

—No utilizáis pergamino —advirtió él con ironía.

—Qué va —repuso ella—. Folios del súper. Pero al menos nos esmeramos con la encuadernación. Excelente piel de oveja de Yorkshire.

Will meneó la cabeza.

—Una segunda Biblioteca. Otra condenada Biblioteca. No hay horizonte, ¿no?

—Por eso necesitaba ponerme en contacto con Phillip —intervino Haven—. ¡El mundo debía saberlo! Antes de que más personas se hicieran daño.

Cacia suspiró.

—El mundo no debía saber nada, Haven. No somos quienes deben contárselo. Nuestro único deber es para con la Biblioteca.

—¿Dónde están los libros de 2027? —preguntó Will.

Cacia señaló el pasillo.

—Al final del todo.

—¿Empiezan el 9 de febrero de 2027?

—Así es.

Will meneó la cabeza, asombrado.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué en Yorkshire?

Phillip devolvió el libro a la estantería y empezó a avanzar hacia el fondo, seguido por los demás.

—No hay nada escrito, solo lo que se ha transmitido oralmente en el seno de nuestra familia, y quién sabe lo que será cierto y lo que no. Pero se cuenta que hubo una joven, una Lightburn, que estuvo en la isla de Wight, en la abadía de Vectis, a finales del siglo XIII. Estaba embarazada y huyó a su hogar, aquí, en los valles. Dicen que se llamaba Clarissa, pero no hay forma de saber si es verdad. También se dice que su hijo se llamaba Adam. Los Lightburn de entonces entendieron que debían vivir al servicio de la Biblioteca. Nosotros asumimos esa misma responsabilidad hoy, ¿verdad, Haven?

La chica masculló un «sí».

—Entonces, la anotación de Vectis «Fin de los Días» significaba otra cosa — señaló Will.

—El fin de los días de Vectis, supongo. Clarissa debió de ser una joven terca que provocó la ruina de la abadía. Confío en que mi Haven no nos haya traído idéntico destino con su terquedad.

La niña se echó a llorar, pero algo la hizo parar de repente. Phillip le había cogido la mano y se la apretaba con fuerza.

Al principio, Cacia ignoró los avances del muchacho.

—Durante más de setecientos años, los Lightburn hemos sido bibliotecarios. A eso nos dedicamos. Para eso hemos venido al mundo. Aquí hay muchos libros, un millón, quizá, tal vez más. Nunca los hemos contado. No los leemos. Los guardamos. Estos libros vienen de Dios y nosotros somos personas temerosas de Dios. No fuimos conscientes de la importancia de nuestra labor hasta que destapaste lo de Área 51. Por entonces, no hablábamos de otra cosa. Nos vino bien saberlo.

—Me alegra haber sido de utilidad —dijo Will.

—A ver, vosotros dos. —Cacia llamó la atención a los jóvenes—. Haven, es hora de que les enseñemos lo que hay detrás de la otra puerta.

Yi Biao no estaba de buen humor. Se encontraba sentado en el despacho de su residencia oficial de Zhongnanhai, cerca de la Ciudad Prohibida. La casa del secretario general, Wen, se hallaba a tiro de piedra dentro del complejo fuertemente vigilado, pero no solían hacerse visitas de cortesía. Hasta él tenía problemas para ver al anciano últimamente.

Su despacho estaba forrado sobre todo de libros chinos que había ido coleccionando a lo largo de toda su vida. Aunque él mismo había encabezado la iniciativa de modernizar las escuelas y universidades prohibiendo el uso de los libros en papel en favor de los e-books, todavía saboreaba el placer de sostener en las manos un aparatoso libro convencional; sin embargo, la recientemente publicada biografía de Hu Jintao, el secretario general cuyo mandato había terminado hacía quince años, seguía sin abrir en su regazo.

Bebió un buen trago de su Southern Comfort y esperó a que la sensación dulce y adormecedora viajara de la lengua al cerebro. Se había aficionado a su sabor cuando era embajador de China en las Naciones Unidas, y ahora lo importaba por cajas. Bebió otro sorbo del líquido dulzón y dejó que se le relajaran los hombros en la silla. Su esposa había salido a cenar con unas amigas, así que tenía la casa para él solo. La idea le hizo reír. Para él solo quería decir para él y una plantilla interna de seis personas. Llamó a su asistente, un joven muy serio, y le pidió que diera instrucciones a la doncella para que le preparara un baño caliente y avisara a la masajista. Se proponía beber, remojarse y liberar las tensiones de cuerpo y mente con un masaje.

Su reunión con Wen ese mismo día había ido mal. Yi creía haber expuesto razones de sobra para tomar medidas urgentes, pero Wen se había mostrado inamovible.

El anciano lo había escuchado con atención mientras se fumaba un Red Pagoda Hill detrás de otro. Yi no entendía cómo se había librado del cáncer de pulmón. Siempre lo había irritado sobremanera que la CIA supiera la fecha de la muerte de Wen o si era FDR y que él no dispusiera de esa información. Lo mortificaba de mala manera.

—Mire —le había dicho Wen cuando Yi había terminado de exponer sus recomendaciones—, ya hemos tomado algunas medidas radicales. Hemos destituido a nuestro embajador. Hemos iniciado una serie de simulacros de guerra cerca de Taiwan. ¿No cree que deberíamos esperar a ver cómo progresan estas medidas?

—Secretario general —le había contestado Yi—, ¿no cree usted que el envío de esas postales a nuestro embajador y a su personal en Washington han sido la gota que colma el vaso? Una humillación intolerable. No soy yo el único que lo piensa. Otros miembros del Politburó opinan lo mismo.



—No me gusta hablar de gotas que colman vasos —había espetado Wen—. Siempre cabe una gota más. Además, no olvide que los estadounidenses niegan rotundamente su implicación en el asunto. ¿Qué pruebas tenemos?

—Por supuesto que se ocultan tras negativas —había aseverado Yi—. El general Bo me ha dicho que está seguro al noventa y nueve por ciento de que las postales las envía algún agente de Groom Lake.

—Ah, al noventa y nueve por ciento —había replicado Wen con una sonrisa socarrona que dejaba a la vista sus dientes amarillos—. No llevaré a nuestra nación a la guerra por algo que tiene un fundamento de menos del cien por cien.

—Si atacamos Taiwan con armas selectivas que limiten las bajas civiles, no creo que Estados Unidos intervenga —había replicado Yi sin inmutarse—. Creo que la isla se reunificará en cuestión de horas, y lo único que los estadounidenses podrán hacer será chillar y patalear de impotencia en las Naciones Unidas.

—¡No! —le había gritado Wen—. ¡Tráigame documentación que pueda ver con mis propios ojos y que pruebe al cien por cien que el gobierno estadounidense pretende amenazarnos con esas estúpidas postales! Tráigame algo así si quiere que autorice alguna de las propuestas radicales que me ha hecho esta tarde. La reunión ha terminado, vicepresidente. Ándese con cuidado. No imaginaba que el futuro líder de China pudiera ser tan temerario.

Yi se terminó la copa. Su masajista había llegado; tenía que ponerse el albornoz. Por la mañana volvería a ver al general Bo. Con suerte, ese tipo astuto tal vez tuviera algún as en la manga.

«Estamos cerca del punto de inflexión —se dijo mientras caminaba algo inestable en zapatillas—. ¡Muy cerca! Solo necesito una provocación más para persuadir a Wen de que aprovechemos el momento y ocupemos el lugar que nos corresponde en la historia. ¡Solo una más, ya sea por suerte o por talento!»

Rob Melrose llegó al hotel Black Bull de Kirkby Stephen y se dirigió inmediatamente a la habitación de Annie. Con la arrogancia de un estudiante de colegio privado, irrumpió en ella en cuanto le abrió la puerta y empezó a reprenderla.

—En Londres están muy descontentos —le dijo con un acento pijo que a ella le hizo apretar los puños de rabia—. Pero mucho. Will Piper es una especie de patata caliente desde el punto de vista político y has dejado que te dé esquinazo. Craso error profesional, Annie. Qué decepción. Tengo a dos hombres esperando abajo. Hay que empezar a moverse, ¿de acuerdo?

Annie ya estaba vestida, pero aún no se había puesto unos zapatos cómodos. Se sentó en la cama y lo hizo esperar mientras se ataba los cordones. Cuando se levantó, le dijo:

—Mira, Rob, mi cometido no era tener a Piper atado con una correa, sino ofrecerle asistencia para que pudiera encontrar a su hijo. Ha decidido largarse. Ignoro por qué. Pero yo no tengo la culpa.

—Estoy seguro de que tendrás ocasión de demostrar tu inocencia cuando presentes tu informe, pero por ahora mi cometido es encontrar a dos personas desaparecidas: Piper y su hijo. Sabes quién es la esposa de Piper, ¿verdad?

—Sí, Rob, lo sé —dijo Annie, hastiada.

—Entonces te imaginarás la de mierda del FBI y del Departamento de Estado que nos va a caer encima. Mi trabajo es encontrarlos hoy, y el tuyo, ayudarme como yo considere oportuno. Sugiero que busquemos un rincón tranquilo en el bar y nos pongas al corriente de todas tus actividades en Kirkby Stephen y alrededores.

—Sí, ¿por qué no? —dijo ella, desafiante, cogiendo su bolso en bandolera. Seguramente Rob no se dio cuenta de que Annie se burlaba de él cuando añadió—: Creo que deberíamos prestar especial atención a los alrededores.

Kenney y sus hombres llegaron a Kirkby Stephen y aparcaron el coche nada más pasar el Black Bull. El equipo de vigilancia de Kenney en Groom Lake había dado con la ubicación exacta de Annie Locke por la señal de su NetPen y había monitorizado todo su correo electrónico y sus llamadas telefónicas; destripar los algoritmos de encriptación del MI5 había sido como cortar mantequilla con un cuchillo caliente. Como a Kenney le gustaba decir en estos casos: «Ya es nuestra». Sus vigilantes jamás se habían topado con un código que no pudieran descifrar. Vivían de eso. Se sentía orgulloso de su gente y de su misión, pero el fin estaba cerca, como suele decirse. No tenía ni idea de qué haría cuando desmantelaran Área 51. A veces, si no estaba de servicio y bebía más de la cuenta, ansiaba secretamente que, cuando llegara el horizonte, algo los barriera limpiamente de la faz de la tierra a él y

al resto de la humanidad. De ese modo no tendría que conformarse con un empleo inferior.

Pero en ese momento, mientras estiraba las piernas y estudiaba la geografía de Market Street, solo tenía en mente la tarea que tenía entre manos. Iba a encontrar a Will Piper, averiguar qué se traían entre manos su hijo y él y quiénes eran los condenados «bibliotecarios». Y, cuando lo consiguiera, si había algún modo de legitimar sus actos, jodería bien jodido al señor Piper. Sí, Piper era FDR, pero podía hacerle daño, y el mazazo serviría para zanjar asuntos pendientes. Se lo debía a Malcolm Frazier y al honor de los vigilantes. Cuando le diera la paliza, se aseguraría de hacerle saber que todos y cada uno de los golpes venían de Malcolm, que lo tumbaba a puñetazos desde su tumba.

Annie estaba sentada a una mesita acogedora al fondo del bar del hotel, con Melrose y otros dos agentes del MI5. Los conocía, buenos tipos que seguro compartían su opinión sobre Melrose, pero en presencia de su jefe eran como tumbas. Los posavasos de la mesa desprendían un desagradable olor a levadura de cerveza. Los cogió y los tiró a una mesa vacía. Melrose indicó a la camarera que se alejara con un movimiento de la mano y le dijo que no tenían hambre ni sed. Luego, al verla fruncir el ceño, comentó:

—Odio estos puebluchos.

Annie les ofreció un resumen preciso de las casas y las granjas de Pinn que Will y ella habían visitado. Hizo especial hincapié en Lightburn Farm porque ese había sido su encuentro más sustancioso. Casi todas las demás entrevistas habían sido breves y bastante desagradables.

—A la gente de por aquí no parecen gustarles los forasteros —comentó.

—Pero ese no fue el caso de Lightburn Farm —dijo Melrose con voz nasal. Tenía un mapa en la pantalla de su NetPen donde había marcado con chinchetas rojas cada una de las visitas que Will y Annie habían hecho. «Pinn “pin-chado”», había dicho, y había esperado a que los lameculos de su equipo le rieran la gracia—. Allí no fueron desagradables, ¿verdad? ¿Qué nos indica eso, Annie?

—Como bien he concluido en mi informe preliminar, Rob, indica que o son gente amable o esconden algo —respondió ella.

—Bueno, en cualquier caso, parece que deberíamos hacerles una visita esta tarde. A ver si son igual de amables cuando aparezca allí todo el equipo.

En ese preciso instante entraron en el salón Kenney, Lopez y Harper y pidieron una mesa para cenar. Kenney se quedó un rato mirando la mesa del MI5.

—¿Quién coño es esa panda? —susurró Melrose.

—No los había visto antes —contestó Annie—. Por la pinta y el acento, son estadounidenses.

—Pues el alto parece que te ha reconocido. ¿No has visto cómo te ha mirado? Ella se encogió de hombros.

—¿FBI? —susurró Melrose—. ¿CIA? ¿Otra cosa?

—¿Quieres que vaya a preguntarles? —propuso ella con sarcasmo.

—¡Cielos, no! Mal planteamiento. Indagaré con discreción. No me extrañaría que esto fuera alguna treta de la mujer de Piper para ensombrecer nuestra investigación.

En el otro extremo de la sala, Kenney también cuchicheaba con su gente.

—Anne Katherine Locke. Idéntica a la foto. Guapita. Una guarrilla, diría yo.

—¿Qué hacemos ahora, jefe? —preguntó Lopez.

—Lo que hacemos ahora es rezarle al Todopoderoso para que haya algo en esta carta que no nos ponga el estómago del revés. Después, lo que mejor se nos da. Seguirlos hasta que nos lleven a Piper.

—Me parece que nos han reconocido —dijo Harper.

Kenney abrió la carta.

—¿Y qué van a hacer? ¿Darnos esquinazo con ese cochecito eléctrico?

Nancy no estaba acostumbrada a aquella casa vacía. No era el estar sola. Will pasaba la mayor parte del tiempo en Florida mientras ella estaba en Washington, y no se podía decir que Phillip estuviera mucho con ella; solía encerrarse en su cuarto. Era el silencio lo que la mataba.

Phillip era un ser ruidoso. El retumbo de los altavoces de su habitación era constante. Y no paraban de llegar avisos de todo tipo a su NetPen, de Socco y de sus otras redes sociales. Además, nunca apagaba la tele de la cocina ni la del salón, con lo que siempre había voces de fondo que ir acallando.

Ahora la casa estaba silenciosa como una tumba, y lo odiaba.

Ya se había vestido y estaba llenándose el vaso térmico de café para el camino cuando se echó a llorar. Su hijo había desaparecido. Su marido había desaparecido. Y el inflexible de su jefe le pedía que diera prioridad al trabajo y a la nación. Era pedir demasiado.

Hizo lo que llevaba días haciendo obsesivamente: llamó al móvil de Phillip, luego al de Will, y le respondió el mismo mensaje desenfadado de siempre, tan horriblemente incongruente con las circunstancias del momento.

Después revisó el correo electrónico y volvió a leer el que había recibido mientras aún estaba en la cama. Ronald Moore, subdirector general del MI5, le garantizaba que se estaba haciendo todo lo posible por localizar a Will y a Phillip. Se había enviado a la zona a uno de sus «mejores hombres» con un equipo para que asistiera a la joven oficial del caso, la señorita Locke. La mantendrían informada.

Nancy había buscado detalles de Annie Locke y, al ver aquella cara bonita en la pantalla, le había gruñido:

—Déjalo en paz, cielo. Tiene el corazón delicado.

Imaginaba que la señorita Locke tendría a Will descontrolado, como lo tenían siempre todas las mujeres guapas. Esa debilidad suya casi lo había matado en Navidad. Pero ¿por qué habría cogido el coche de Annie y la había dejado tirada? Seguro que había descubierto algo y no quería ir cargando con una principiante. ¿Y por qué no la había llamado a ella para contarle lo que había averiguado? ¡Una llamada de diez segundos!

«Maldito seas, Will —se dijo—. Eres el hombre más exasperante que he conocido. Y, por cierto, te quiero.»

El director Parish quiso verla en cuanto llegó al edificio Hoover de Pennsylvania Avenue.

—¿Sabes qué? Tenías razón —dijo sirviendo café para los dos de la jarra que tenían en la mesa de juntas.

—¿En qué? —preguntó Nancy.

—Todos los diplomáticos que dieron media vuelta y volaron de regreso a Pekín están vivos y bien esta mañana.

—Te dije que no encajaba.

—¡Y yo ya te he dicho que tenías razón!

—Entonces déjame que coja el siguiente vuelo al Reino Unido. Necesito ir allí a buscar a mis chicos.

—Ron Moore me ha dicho que tienen buenos agentes en el caso, Nancy. Esto es lo que hay: los chinos no se tranquilizan. Les da igual que el último lote de postales fuera un bulo. Creen, o eso dicen, que proceden del mismo organismo que envió las de verdad. Aseguran que todas vienen de Groom Lake. Han presentado una protesta oficial al Departamento de Estado en la que declaran que la amenaza sufrida por sus diplomáticos ha llevado la crisis al siguiente nivel y exigen saber por qué la administración ha iniciado esta provocación hostil. Desde esta mañana han empezado a hacer alarde de poderío militar. Han desplegado dos portaaviones Shi-Lang y un grupo de submarinos estratégicos tipo 094 en el mar de China Meridional, rumbo al estrecho de Taiwan. No sorprendería a nadie del Pentágono que usaran esto como cortina de humo para invadir la isla. En la Casa Blanca, como es lógico, están preocupados. Y ahí es donde entramos nosotros. La mejor forma de socavar la amenaza de estos tíos es demostrar que las postales no proceden de dentro de este gobierno. La resolución de este caso depende de nosotros, es decir, de ti.

Nancy suspiró; sentía el peso del mundo sobre su pequeña espalda. Había hecho una maleta para irse a Inglaterra, pero se quedaría en el maletero.

Cogió el ascensor a la quinta planta, donde había destinado despachos y salas de conferencias para el grupo de trabajo del caso del Juicio Final chino. A lo largo de su trayectoria como administradora senior, siempre había sido partidaria de centralizar

los casos complicados, medida que no siempre había sido popular en las oficinas regionales, donde los correspondientes agentes especiales y su personal a menudo se sentían privados de lo suyo por el largo brazo de la oficina central. Sin embargo, este caso era un ejemplo perfecto de la necesidad de coordinar esfuerzos. Habían llegado postales a Nueva York, San Francisco, Los Ángeles y ahora Washington; no podía tener a cada oficina regional trabajando por su cuenta.

Se había traído a Washington a una agente especial de la oficina de Nueva York para que dirigiera el grupo de trabajo, consciente de que veía mucho de sí misma en aquella mujer, Andrea Markoff, veterana del FBI con diez años de servicio y una verdadera crack, siempre a tope y lista como ninguna. Markoff estaba encantada de tener como mentora a la mujer más valorada de la oficina y era tremendamente fiel.

Cuando Nancy se pasó por la sala de conferencias del grupo de trabajo, Andrea se acercó corriendo a ella.

—¿Algún progreso con los vídeos? —preguntó Nancy.

—¡Ha sido pan comido! —respondió Andrea—. Acabamos el nuevo software anoche, y parece que funciona.

—Echémosle un vistazo.

El mantra de Nancy era desde hacía tiempo: para casos difíciles, mucho trote. Lo había aprendido trabajando con Will en su primer gran caso, y lo había podido comprobar una y otra vez a lo largo de los años. La única prueba irrefutable a la que agarrarse eran las postales. Todas ellas se habían franqueado en Manhattan y todas habían pasado por una de siete sucursales de correos. Eso significaba que quien o quienes las hubieran enviado muy probablemente las habían depositado físicamente en varios de los ciento sesenta y siete buzones centrales o de la calle que alimentaban esas sucursales.

Era bastante fácil reducir el número de días en cuestión según los matasellos de los distintos lotes de postales y, dado que una red de cámaras de seguridad cubría casi en su totalidad las calles de Manhattan, había buen metraje de prácticamente todos los buzones. El problema era el ingente volumen de datos. De cada uno de los días en cuestión, había veinticuatro horas de metraje por revisar de unos veinte buzones de la calle o, lo que es lo mismo, cuatrocientas ochenta horas de imágenes que revisar en busca de un rostro reconocible asociado al envío de una postal. Eso había que multiplicarlo por los ocho días relevantes de los últimos dos meses que correspondían a cada lote de postales. La búsqueda de un rostro o rostros comunes era el típico escenario de aguja en un pajar.

La idea de Andrea era implicar a los expertos informáticos. Con la bendición de Nancy, había montado un escuadrón de analistas que crearan una aplicación capaz de comprimir el vídeo de forma que solo incluyera las imágenes en las que apareciera la mano de una persona en contacto con el tirador de apertura del buzón.

—Ya está funcionando —dijo Andrea—. No es perfecto, pero está eliminando un noventa y nueve por ciento del metraje inútil.

Un lado entero de la mesa de conferencias estaba ocupado por pantallas de vídeo. Andrea abrió los archivos del 8 de febrero y en la pared se vieron los mejores ángulos de los veintiún buzones de la oficina de correos del Village, en Varick Street.

—Reproducir imágenes —dijo.

Un grupo de agentes y técnicos de la sala de conferencias se situó detrás de Andrea y de Nancy mientras se reproducían las secuencias de vídeo recortadas y marcadas con códigos de tiempo.

Los algoritmos parecían efectivos. Los vídeos recortados se limitaban a imágenes de personas depositando cartas en los buzones.

—Esto habría sido mucho más complicado hace diez años —dijo Andrea—. Quiero decir, ¿cuándo fue la última vez que enviaste una carta ordinaria?

Nancy hizo memoria. Cuando Will estaba en Florida, le gustaba enviarle postales de verdad, no electrónicas. La última fue una de cumpleaños que le había mandado en noviembre, una con un velero y una puesta de sol. Se lo quitó de la cabeza; no quería ponerse triste delante de su equipo.

Debía de haber sido un día de mucho frío, porque muchas de las personas de los vídeos iban con gorro y bufanda.

—Calculo que tendremos un ratio de acierto del cincuenta por ciento en el reconocimiento facial —señaló Nancy.

—Con suerte —añadió Andrea—. Pero al menos hemos reducido mucho el material con el que trabajar.

El NetPen de Nancy vibró. Se metió un auricular en la oreja y se fue al fondo de la sala a atender la llamada.

Era Ron Moore, del MI5. Su secretaria le anunció que se lo pasaba y Nancy se preparó, pero resultó ser una llamada de cortesía. Solo la informaba de que su equipo de Londres había llegado a la escena, en Yorkshire, y entraría en acción en breve. Tenían unas pistas que iban a investigar exhaustivamente.

—¿Puedo hacer algo más por usted, Nancy? —preguntó a modo de despedida.

Con el rabillo del ojo ella vio algo. En uno de los vídeos.

El corazón se le puso a mil.

—No, Ron. Gracias. Por favor, llámeme si hay novedades. —Se sacó el auricular y gritó desde la otra punta de la sala—: ¡La fila del centro! ¡La segunda pantalla por la izquierda! ¡Congélala y retrocede quince segundos!

Andrea detuvo la imagen con un movimiento de la mano y la hizo retroceder con la otra.

—Reproducir —dijo.

Nancy ya estaba cerca de la pantalla, al lado de Andrea.

—¡Ahí! ¡Parar!

La imagen se congeló y se vio a un hombre sin gorro con una mano en el tirador de un buzón y la otra en la ranura.

—Dios —dijo Nancy.

—¿Qué? —preguntó Andrea, perpleja.

—Ese tío. Haz una captura facial y cotéjala con el resto del metraje. Y rápido. Lo conozco.



Will tenía una vaga idea de lo que iba a encontrarse al otro lado de la puerta, pero su sospecha no sirvió para mitigar la impresión que le produjo verlo.

Había imaginado lo que debía de ser estar en la misma habitación que ellos, como una mosca en la pared, pero esa clase de meditaciones era como imaginar que uno tenía una máquina del tiempo con la que retroceder hasta la corte de Enrique VIII para ser testigo de lo que allí se cocía o adentrarse en las cuevas de Lascaux mientras el hombre prehistórico hacía sus pinturas rupestres.

Había siete.

El más anciano debía de tener setenta y tantos años; el más joven no era mayor que su propio hijo. Estaban sentados en dos mesas sencillas en la parte anterior de la sala; otras mesas sin ocupar se adentraban en la zona oscura de la estancia.

Los siete alzaron la mirada cuando ellos entraron. Will vio siete pares de ojos de color esmeralda mirarlo un segundo antes de retomar de inmediato su labor.

—No pasa nada, son amigos —dijo Cacia en tono tranquilizador, pero a Will le pareció que sus palabras importaban tanto como las que uno le dice a una mascota. Lo que contaba era el tono.

Su conducta no revelaba temor a ser traicionado, ni curiosidad, ni sensación de que se violara su intimidad. Permanecían mudos y absortos en su trabajo, los labios relajados, los ojos carentes de pestañeo. Todos tenían el pelo rojo, más bien largo, liso y fino, los más ancianos con algunas calvas en el cogote que revelaban un cuero cabelludo escamado.

A Will le llamaron la atención sus manos. Unos dedos largos y delicados sujetaban los bolígrafos de tinta negra que depositaban un trazo fluido de letra inclinada en hojas de din A4. Estaban sentados en sillas de madera tapizadas, con el papel iluminado por lámparas de gran intensidad. Todos tenían el semblante pálido de una vida bajo tierra y la constitución propia de los hombres cuyo cuerpo solo existe para dar cobijo a su mente.

Cuando visitaban la Biblioteca los había imaginado vestidos con hábitos sueltos como los de los antiguos monjes, pero llevaban ropa corriente y, como tal, incongruente. Iban como uniformados, pero las prendas respondían más a la comodidad del hogar que a algún tipo de reglamentación: pantalones amplios, calcetines blancos con sandalias y camisa de algodón de color azul claro.

—Papá... —dijo Phillip.

—Lo sé —respondió Will—. Lo sé.

Enmudecieron de nuevo mientras observaban, boquiabiertos, cómo aquellos pelirrojos hacían lo que los suyos llevaban ocho siglos haciendo: escribir nombres y fechas. Junto a cada nombre, una simple anotación: *natus* o *mors*, nacido o muerto.

—¿Podemos acercarnos más? —preguntó Will.

Haven los acompañó dentro hasta que estuvieron entre las dos mesas ocupadas.

—Están trabajando en el 13 de abril de 2611 —explicó Cacia en voz baja—. Llevan casi toda la semana con esa fecha.

—En esa época nacerán unas cien mil personas y morirán otras cien mil todos los días —dijo Haven en el tono quedo con que suele hablarse en una biblioteca—. Lo calculé un día que no tenía nada mejor que hacer.

—Habrá equilibrio —intervino su madre—. Confío en que sea un equilibrio natural.

—Mi trabajo es contar las páginas —dijo la chica—. Cuando llegan a seiscientas, Andrew, uno de mis hermanos, las encuaderna en un libro.

El olor corporal de los hombres, una especie de sudor fermentado, dulzón, invadió los orificios nasales de Will.

—¿Cómo los llaman? —quiso saber.

—Todos tienen nombre —dijo Haven—. Pero para nosotros son los escribas. Así es como los han llamado durante doce siglos.

Will y Phillip se sobresaltaron cuando, de pronto, uno de los escribas que tenían delante retiró su silla de la mesa y se levantó.

—Tranquilos —dijo Cacia—. Haven, ocúpate de Matthew.

Matthew era joven, de unos veinte años, tenía barba y bigote pelirrojos incipientes. Caminó hacia la puerta y se detuvo delante, con los brazos a los lados, meciendo el peso de su cuerpo sobre los pies.

Haven la abrió y se fueron los dos.

—Necesita ir al lavabo —informó Cacia—. Son como niños, la verdad. Precisan atención constante. Hay que darles de comer, lavarlos, afeitarlos, porque no les gusta llevar barba, acostarlos por la noche y levantarlos por la mañana. No me quejo, a eso nos dedicamos, pero es mucho trabajo, te lo aseguro. Todos los Lightburn participamos. La granja entera existe para sustentarlos. Ya has conocido a mi marido y a su hermano. Haven tiene dos hermanos mayores, Andrew y Douglas, y una tía, Gail, que tiene dos niñas, las dos pequeñas. Como digo, es nuestro deber. Todos hacemos nuestra parte, durante todo el día.

Will observó que Phillip había dejado de mirar por encima de los hombros de uno de los escribas para escuchar a Cacia.

—Pero Haven va a clase —intervino Phillip.

—Sí, y no porque ella quiera, ni nosotros. Ni mucho menos. Ella siempre ha sido un espíritu libre; daba sus paseos, cogía flores y perseguía mariposas hasta el monte. Hace años, el director de la escuela de Kirkby Stephen paseaba por las colinas que hay junto a la granja cuando se topó con ella y le extrañó no conocerla. Por aquel entonces, ella era muy niña y reconoció que vivía en la granja. Las autoridades

locales nos hicieron una visita para averiguar por qué nuestra hija no iba a la escuela. Fue una verdadera lata. Vivimos lo más discretamente que podemos, ¿sabes? No vamos al médico, no solicitamos ayudas, y aun así vienen aquí a husmear. Estamos acostumbrados a que los del Ministerio de Agricultura vengan a etiquetar las ovejas y las vacas, pero ningún forastero había venido nunca a interrogarnos sobre nuestros hijos. Teníamos que esconder a las pequeñas aquí abajo, con los escribas, cada vez que aparecía algún entrometido. Pero a Haven ya le habían echado el guante y o la llevábamos a la escuela o teníamos que hacer mil y un trámites para escolarizarla en casa, que habría sido peor, porque habrían pasado constantemente a inspeccionar. Así que, sí, Phillip, Haven es la única Lightburn que ha ido a la escuela. Probablemente por eso hizo la tontería de ponerse en contacto contigo.

De pronto Will planteó una pregunta.

—Hay siete escribas. Envejecen, mueren, pero no se extinguen, ¿verdad?

Cacia suspiró.

—Acabas de dar con nuestro mayor problema.

Will había encontrado un punto flaco. Debía explotarlo aunque con ello disgustara a su hijo.

—Dime, Cacia, ¿será Haven la siguiente?

Cacia asintió con la cabeza.

—Queremos que crezca un poco más, pero sí.

Will acertó con Phillip, porque el chico casi dio un brinco.

—¡No lo dirá en serio! ¿Con uno de ellos?

Los escribas interrumpieron su trabajo a causa de los gritos, pero lo reanudaron al unísono en cuestión de segundos.

—Así es como lo hacemos, Phillip. Siempre ha sido así —respondió Cacia pacientemente.

—¡Déjela en paz! —exigió Phillip, valiente—. Si es así como lo hacen, ¿por qué no lo hace usted?

Cacia posó apenas la mano en el hombro de uno de los jóvenes escribas.

—Este muchacho es mío. Y Matthew también.

—¿Cómo lleva Haven esa obligación? —siguió horadando Will.

—No le entusiasma, claro. En la escuela ha conocido el mundo exterior. Le gustan los chicos. Creo que le gustas tú, Phillip. Quizá también eso influyera en su decisión de ponerse en contacto contigo. Pero hará lo que las Lightburn debemos hacer. Para gloria de Dios. Es algo más grande que nosotros. Lo cierto es que los de nuestra generación nos hemos descuidado un poco. Ya solo quedan siete. Fíjese en todas las mesas vacías que hay a su espalda. Antes había veinte, treinta escribas al mismo tiempo.

—Así que ahora depende de Haven, y después de sus primas pequeñas, el que las

cifras aumenten —resumió Will con dureza.

—¡No podemos permitirlo, papá! —espetó Phillip.

—Os pido, por favor, que no seáis tan críticos —dijo Cacia con tristeza—. Hay fuerzas mayores en el universo que la susceptibilidad de una joven.

Volvió Haven con Matthew.

—Viene papá —dijo—. Más vale que los llevemos otra vez al dormitorio.

A Will le vinieron un montón de ideas a la cabeza. Coger por el cuello a uno de los pelirrojos y usarlo de rehén para salir. Hacer eso mismo con Cacia o la chica. ¡Hacer algo! Pero no dejaba de pensar en la seguridad de Phillip y optó por seguir peleando solo con las palabras.

—Cacia, tienes que dejarnos marchar —dijo—. Haven tenía razón: el mundo debe saber que no hay horizonte. Miles de millones de personas están sufriendo innecesariamente, aterradas por algo que no va a suceder.

—Lo siento, Will. No puede ser. El mundo no debe enterarse de lo nuestro. No nos dejarían vivir en paz. Sería el fin de los escribas y el fin de su trabajo. No lo soportaríamos. Vamos, tenemos que irnos.

De acuerdo con el informe de Annie, Melrose decidió que irían primero a Scar Farm, después a Lightburn Farm y, en tercer lugar, a Brook Farm. Si no sacaban nada en claro de esas tres granjas continuarían hasta que hubieran cubierto la lista entera de fincas.

Annie ya les había advertido que en Scar Farm hablaban un dialecto indescifrable, pero aun así Melrose terminó protestando, indignado.

—No entiendo una puñetera palabra de lo que dicen. En serio, ¿es que vamos a necesitar un intérprete en nuestro propio maldito país?

—Que te den —le dijo el granjero.

—¿Te lo traduzco? —preguntó Annie sonriendo.

—Diles que, conforme a la Ley de Seguridad de 2019, tenemos derecho a entrar en su propiedad —espetó Melrose.

—Voy a por la escopeta —anunció el granjero, y entró por la puerta de la casa.

Melrose indicó a uno de sus muchachos que retuviera al granjero y lo redujera. Tras una breve refriega, el anciano granjero llevaba puestas las esposas de plástico y su mujer estaba hiperventilando tendida en el suelo de la cocina.

Mientras el otro agente vigilaba en el jardín, con una mano en la pistolera, Annie se ocupaba de la anciana, le ofrecía un vaso de agua y trataba de tranquilizarla. Melrose y sus colegas registraron la casa y los edificios anexos.

Kenney y sus hombres habían plantado su punto estratégico de vigilancia en un matorral al otro lado de la carretera y ahora él espiaba los movimientos del equipo del MI5 por los binoculares.

—¿Qué clase de armas cree que tienen, jefe? —preguntó Harper.

—Cerbatanas probablemente —contestó Kenney—. Y a saber si tienen buena puntería.

Will accedió a comerse el almuerzo que les había llevado Haven. Padre e hijo estaban sentados, encadenados a las camas del cubículo que había dentro del dormitorio grande. La chica les explicó que lo usaban de celda de aislamiento cuando uno de los escribas cogía un resfriado o tenía fiebre, para evitar que los otros se contagiaran.

—¿Qué quieren hacer tus padres con nosotros? —le preguntó Will con toda la naturalidad de la que fue capaz.

—Delante de mí no hablan de eso —contestó Haven—. Ya no confían en mí. Pero los oigo discutir.

—¿Nos podrías conseguir las llaves de esto? —Will levantó la muñeca con el grillete.

—Lo han escondido todo para que no lo encuentre —respondió—. Las llaves, el NetPen de Phillip...

—¿Podrías llamar a la policía? —preguntó Phillip.

—¡No! Me verían usar el teléfono del salón.

—¿No puedes escaparte a casa de un vecino? —propuso Will.

—¡Qué va! —respondió ella—. Mi tío y mis hermanos están vigilando. Me dejan bajar las comidas porque mamá les ha dicho que ella no da abasto.

La chica se había sentado en la cama de Phillip mientras él comía, lo bastante cerca como para que sus hombros se tocaran. Le preguntó si había terminado, y él respondió dándole un beso en la mejilla, que pasó de pálida a sonrosada.

Ella recogió precipitadamente las bandejas y se fue, prometiendo que volvería en cuanto pudiera, luego volvió la cabeza para dedicarle a Phillip una sonrisa tímida.

—Buena maniobra —lo felicitó Will—. Aunque ya está de nuestra parte, cualquier cosa ayuda.

—No ha sido una maniobra —replicó Phillip, molesto.

«El chico se ha enamorado», pensó Will.

—Es una chica muy maja —dijo—. Tienes buen gusto.

—Tienes que prometerme que cuando salgamos de aquí te asegurarás de que no le pasa nada, ¿vale? —le pidió su hijo.

—Haré todo lo que pueda por ella. Tienes mi palabra —le contestó Will.

—Saldremos de aquí, ¿verdad? —preguntó Phillip, de pronto menos seguro.

—Sí. Por supuesto.

—Tenemos que salir —dijo el chaval estirándose y bostezando—. El mundo debe conocer la existencia de este sitio.

Mientras su hijo se pasaba la tarde roncando, Will, tumbado en su camastro, con

los brazos cruzados de forma desafiante sobre el pecho, examinaba la situación desde todos los ángulos. Su hijo ya tenía encandilada a Haven; ahora él debía utilizar sus encantos Piper con la madre. No iban a salir airosos de aquello recurriendo a la violencia. Era demasiado arriesgado. Como había dicho Phillip, tenían que hacer el amor, no la guerra.

Empezaba a quedarse traspuesto él también cuando se abrió la puerta y entró Cacia con un par de tazas de té. Vio que Phillip dormía y susurró:

—¿Por qué no charlamos un rato?

Will asintió con la cabeza y levantó la muñeca engrilletada.

—¿Puedo fiarme aún de tu promesa? —preguntó ella.

—Si cambio de opinión, te lo haré saber —contestó él.

Cacia lo desencadenó, dejó el té de Phillip junto a su cama y acompañó a Will a la antesala de las tres puertas.

Él sorbió su té con leche y señaló la puerta de la Biblioteca.

—¿Quieres que demos una vuelta?

Dentro, ella encendió las luces y Will inhaló los vapores antiguos.

—Qué sitio tan especial... —dijo.

—Lo es. Es mágico. Por eso tenemos que protegerlo.

Will inició su discurso medio ensayado.

—Déjame que te diga lo que pienso de esto, Cacia, ¿vale? No tengo ni idea de dónde sacan su habilidad tus escritas, o sabios, o como los llaméis... Nunca he sido muy religioso, pero supongo que no se puede negar que su talento proviene de una entidad superior. Podría ser Dios, o podría ser otra cosa. Lo que sí sé es que los nombres escritos en esos libros representan a personas de verdad. Los nombres de los miles de millones de personas que ahora están vivas se hallan aquí. Los nombres de otros tantos miles de millones de personas que aún no han nacido se hallan aquí. Lo importante son las personas, ¿no es así? No los libros.

Empezaron a avanzar por el pasillo central.

—¿Qué insinúas, Will? ¿Que deberíamos dar la espalda a nuestra obligación de perpetuar la Biblioteca para que la gente pudiera conocer su destino? Ignoro por qué existe esta Biblioteca, pero sé que nuestro deber es protegerla de los ojos curiosos del mundo exterior.

—Mira, he pensado en esto todos los días de mi vida desde que descubrí la primera Biblioteca. No creo que sea saludable ni natural que las personas sepan qué día morirán. La gente debería centrarse en la vida, no en la muerte. Y encuentro despreciable que mi gobierno haya usado esos datos durante años con fines geopolíticos, pero me enferma pensar que la humanidad ande por ahí con la creencia errónea, de la que en parte me siento responsable, de que pesa sobre ella una sentencia de muerte. La gente está angustiada con el horizonte. Creo que es hora de

que sepan que el 9 de febrero será un día como otro cualquiera.

—Si fuera posible hacer eso sin poner en peligro lo que hacemos aquí, yo no pondría problemas —repuso ella.

Se volvió a mirarla. Estaban cerca de una estantería con libros del siglo XXIV, a escasos centímetros el uno del otro.

—Pero ya tienes un problema. Y gordo. Phillip y yo. No nos podéis hacer desaparecer sin más. No somos un padre y un hijo corrientes, Cacia. Por el trabajo de mi esposa, somos personas destacadas.

—Háblame de la señora Piper —dijo ella sacudiéndose la melena pelirroja y esbozando una sonrisa.

—Es toda una señora, una buena madre y, en cuanto al asunto que nos ocupa, la tercera persona con más poder del FBI. Estaría aquí ahora mismo si no se hubiera visto atrapada por un caso importante allí, en Estados Unidos.

—Así que es una mujer poderosa. ¿Te gustan las mujeres fuertes, Will?

Will sabía perfectamente lo que iba a pasar a continuación, por eso no le sorprendió en absoluto que ella se pusiera de puntillas y lo besara. Él le devolvió el beso, disfrutó un instante de sus labios suaves y tiernos y se apartó.

—Supongo que me gustan las mujeres, punto —dijo él—. Pero me llevo bien con las fuertes. ¿Qué tal se lleva Daniel con las mujeres fuertes?

—Uf, no me hables de mi marido —repuso Cacia, con los brazos en jarras—. Es en ti en quien estoy pensando ahora.

—¿Habéis discutido? —preguntó Will sonriendo—. No habrá sido sobre lo que vais a hacer con nosotros, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Tu cuñado y él quieren matarnos, ¿a que sí? Cuando hay un problema, ellos se encargan de resolverlo. Ya veo por dónde van los tiros. El problema es que los dos somos FDR. Así que, por la razón que sea, no vamos a morir antes del 9 de febrero. Lo que significa que el único modo de que no nos vayamos de la lengua es tenernos aquí encerrados más de un año, algo que tampoco va a suceder. Por ser quien es mi mujer, los servicios de inteligencia británicos ya nos están buscando y sabrán dónde encontrarnos. Esto no va a terminar bien para vosotros, Cacia. Tenéis que poneros a salvo. Sigue tu propio consejo: no confíes en Daniel ni en Kheelan.

Ella dijo algo en voz baja, como aparte, un pensamiento furtivo que se le fue en un suspiro. Sonó algo así como «Yo sé cómo va a terminar todo esto».

—Perdona, ¿cómo has dicho? —preguntó Will.

—Nada. No he dicho nada. Por cierto, ese caso gordo de tu esposa... tengo la impresión de que lo resolverá.

Will frunció el ceño, pero no dijo nada. Reanudó el paso despacio.

—¿Te apetece hacer ejercicio —dijo Cacia— o es que quieres curiosear tu futuro?

Si te interesa, puedes echar un vistazo a 2027.

Él rio.

—Sinceramente, no quiero saber qué nos va a ocurrir a mí y a los míos. Hace años eché un vistazo. Supongo que me alivió ver que éramos FDR, pero nunca me pareció del todo bien. Sentí que había cruzado una línea que no debía haber cruzado. ¿Y tú?

—Yo no he buscado mi fecha, si eso es lo que me preguntas. Ni las de mi familia. Nosotros no tocamos los libros. Además, por lo que sé, nuestras fechas no están en esta Biblioteca. Puede que estén en la otra.

—Confío sinceramente en que ese no sea el caso.

Ella volvió a besarlo, un beso más largo esta vez. Mientras la abrazaba, Will sostenía con un dedo la taza de té e intentaba no verterle lo que quedaba por la espalda. Cuando Cacia se hubo quedado a gusto, él le apoyó la cabeza en su pecho con la mano que le quedaba libre. Murmuraba otra vez, pero Will no trató de entender lo que decía.

«Algo estoy consiguiendo —se dijo—. Esto de hacer el amor y no la guerra tiene sus ventajas.»

Observando por encima del hombro de ella la estantería más próxima, reparó en algo peculiar. Todos los volúmenes de la Biblioteca tenían un grosor uniforme de unos doce centímetros, pero en uno de los estantes del centro el segundo libro empezando por el final tenía un grosor de solo centímetro y medio y no llevaba grabado nada en su lomo azul.

Impulsado por una intensa curiosidad, dejó que la taza le resbalara del dedo, y esta se hizo añicos en el suelo.

Se disculpó profusamente, pero, mientras Cacia se agachaba para recoger los pedazos de cerámica, él cogió el volumen fino, se lo metió por la delantera del pantalón y lo cubrió con los faldones de la camisa.

—Más vale que volvamos —dijo ella—. Iré a por un recogedor. No quiero que Daniel o Kheelan se encuentren algún trozo. No hace falta que sepan que hemos dado un paseo, ya sabes a qué me refiero. Ay, cómo me va a costar volver a encadenarte...

Will le sonrió.

—Al menos me has dado algo agradable en lo que pensar —comentó.

Volvió obediente a su catre y se dejó encadenar. Phillip seguía roncando. Cuando ella se fue, él se llevó enseguida la mano al pantalón.

El libro tenía una encuadernación de lujo de piel gruesa azul marino con las esquinas rojas.

Lo abrió y miró incrédulo la portadilla. Volvió a examinarla, y luego una vez más, para asegurarse de que entendía bien aquella caligrafía de trazo firme y florido.



**Diario personal de mi visita a las extraordinarias  
Bibliotecas de Vectis y Pinn  
Benjamin Franklin  
1775**

Luego, con mano temblorosa, pasó despacio la página y empezó a leer.

Con notable agitación me siento a escribir cuanto recuerdo de los acontecimientos recientes. Cuesta creer las cosas que he visto, pero, como hombre de ciencia con cierta reputación de observador, confío en que se me crea más que a la mayoría. No obstante, debo admitir que aún no he decidido si divulgaré algún día el contenido de este diario. Sin embargo, mi memoria, que ahora es excelente, puede que no siempre sea así. He visto hombres que, en su ancianidad, apenas recuerdan dónde han dejado las zapatillas. Si en un futuro decidiera ilustrar a otros sobre mis descubrimientos y me viera privado de retentiva, este diario será mi *aide-mémoire*.

Ciertamente, aquí sentado en la penumbra, en una compañía de lo más variado, debo preguntarme si yo mismo veré la luz del día. No soy cautivo aquí, pero tampoco soy hombre libre. Según tengo entendido, en estos momentos mis anfitriones debaten con cierta vehemencia mi destino. Siempre estoy a favor de un buen debate, pero admito que me inquieta ser el objeto de semejante discusión. Para mayor desconsuelo, anoche experimenté los primeros síntomas del regreso de la gota, mi inoportuna amiga.

Creo conveniente iniciar este relato por el verano de 1761, en que conocí a un notabilísimo caballero, el barón Le Despencer, que en aquellos días era conocido por el nombre menos pomposo de Francis Dashwood.

—Benjamin, ha venido a verte un caballero.

Benjamin Franklin abrió la puerta de sus aposentos y miró por encima de las gafas a su patrona y compañera, Margaret Stevenson. Ella miró la bandeja de vituallas sin terminar y chascó la lengua.

—He estado demasiado ocupado para comer —balbució él enseñándole los dedos manchados de tinta—. ¿De quién se trata?

—Se llama Francis Dashwood. Polly está en el salón haciéndole compañía, pero no quiero dejarla a solas con él mucho rato. —Puso los ojos en blanco—. Se le ve muy animoso.

—Muy bien, ve a rescatar a esa pobre chica. Yo bajaré enseguida.

Franklin se había alojado en Craven Street desde su llegada a Londres en 1757. Era una casa de cuatro plantas, propiedad de la viuda Stevenson, situada cerca de Whitehall, entre Strand y el Támesis. La había encontrado casi por casualidad poco después de llegar de Filadelfia en un paquebote.

Había ido a Inglaterra en misión oficial, como delegado de Pennsylvania, a representar los intereses de la colonia ante las autoridades. Aunque el malestar y el descontento eran generalizados en las colonias americanas, Pennsylvania presentaba un conjunto de problemas particularmente molestos cuya resolución se había encargado a Franklin. Pennsylvania no era propiedad de la Corona ni la gobernaba

esta, sino que pertenecía a los descendientes de William Penn, a quienes el rey Carlos II había concedido la titularidad del territorio en 1681. Algunos pensilvanos, como Franklin, creían que les iría mejor si respondieran ante el Parlamento en lugar de ante los caprichosos herederos de Penn. El cometido de Franklin era presionar al Parlamento para que librara a la colonia del yugo de los Penn.

La clase política de Pennsylvania había elegido, por abrumadora mayoría, a Franklin para que la representara en Inglaterra, dado que era, con diferencia, su ciudadano más competente. Desde su humilde infancia en Boston había llegado a ser impresor colonial y editor del periódico más respetado de América, *The Pennsylvania Gazette*. Se había entregado al servicio del pueblo y ocupaba, desde hacía tiempo, un puesto en la Asamblea Provincial de Pennsylvania. Era docto en ciencias naturales y se había convertido en inventor, científico y filósofo de renombre mundial. Cuando lo nombraron delegado de Pennsylvania ya había recibido cuantiosos honores políticos y académicos.

También su estilo de vida era poco convencional. Su matrimonio con Deborah Read, de Filadelfia, había sido por mero acuerdo y cohabitación, debido a las leyes que impedían la bigamia. El primer marido de ella se había fugado a Barbados con su dote y nunca más se había vuelto a saber de él. El mayor de sus hijos, William, era casi abiertamente considerado el fruto ilegítimo de la unión de Franklin con una señora de mala reputación. Sin embargo, en lugar de empujar a su hijo a una vida al margen de la sociedad, lo acogió y le dio la bienvenida a su hogar. Deborah, una mujer llana y simple, parecía tolerar los devaneos de Franklin y se conformó con un esposo que pasaba años fuera. El primer hijo de los dos, Francis, murió de viruela a una edad temprana, pero la segunda, Sarah, era una niña sana de catorce años cuando su padre partió para Londres a cumplir su misión.

Franklin disfrutaba de la domesticidad casi tanto como de la procacidad, y en Londres enseguida se amoldó a una vida familiar sustitutiva con su patrona y la hija adolescente de esta, Polly, convirtiéndose en tutor y mentor de la hermosa joven, con la que, además, coqueteaba. Incluso se llevó a su hijo William a Inglaterra para exponerlo a la política y a la diplomacia, e intentó en vano juntarlo con Polly. Pero, fuera de la casa de Craven Street, Franklin frecuentaba los bares, los cafés y los salones de Londres; lucía sus trajes de última moda y su resplandeciente reputación mientras sus ojos de lechuza buscaban todos los entretenimientos que podía ofrecer una ciudad de setecientos cincuenta mil habitantes.

Cuando Franklin entró en el salón, Polly Stevenson, una hermosa joven de veintidós años, se sintió tan aliviada como si el celador de la Torre de Londres hubiera acudido a liberarla de su cautividad. Sonrió con ternura a Franklin y se fue corriendo.

—Sir Francis —dijo Franklin con una reverencia de cortesía—. Me honra

hallarme en su inestimable presencia.

—¿Me conoce? —preguntó Dashwood curvando con deleite sus labios carnosos y húmedos.

—Por supuesto —respondió Franklin estirándose la chaqueta de su conjunto de terciopelo azul—. Miembro del Parlamento por New Romney, tesorero de la Cámara, propuesto como sucesor del actual ministro de Hacienda, al parecer heredero del barón Le Despencer, la principal baronía de Inglaterra.

A Dashwood, aunque tenía ya cincuenta y dos años, casi la edad de Franklin, lo deleitó de tal modo la relación de su trayectoria política que empezó a dar brincos de alegría como un chiquillo y vertió parte del coñac que Polly le había servido. Tenía una cara redonda y rellena, ojos pequeños y oscuros y una corpulencia proporcional a su riqueza.

—Me habían dicho que era usted listo, ¡y desde luego lo es! Pero ¿cómo es que conoce mi curriculum vitae?

—Mi trabajo consiste en conocer el funcionamiento interno del gobierno de Su Majestad. La buena gente de Pennsylvania me paga para que sepa esas cosas, ¿cómo si no iba a representar de manera eficaz sus intereses en Inglaterra?

—Sí, todo eso es muy lógico —dijo Dashwood—. Pero, aparte de las insustancialidades de mi vida política, ¿qué más ha oído usted de mí? ¡Dígame, por favor!

Franklin hizo una seña a Dashwood para que se sentara, e hizo lo propio.

—Bueno —dijo—, le pido perdón por adelantado si esta historia no es cierta, pero me han contado que, siendo joven, en su gran tour por Europa, observó una vez que los devotos de la Capilla Sixtina fingían azotarse por sus pecados de un modo completamente maquinal e ineficaz. Así que, al día siguiente, volvió usted con una fusta grande oculta bajo la capa y, llegado el momento, sacó el instrumento y comenzó a azotarse con gran dramatismo y vehemencia.

Dashwood rio a carcajadas.

—¡Desde luego que es cierto! Y, por mi insolencia, la Guardia Suiza me acompañó a las puertas de la Ciudad Eterna y me prohibió que volviera. Me temo que mi visión del catolicismo no ha cambiado mucho con el paso de los años, si bien mi capacidad de discreción ha mejorado ligeramente. Ligeramente.

—Me encantaría tener una charla sobre religión con usted, sir Francis, preferiblemente con una botella de buen clarete delante. También yo soy cristiano, por supuesto, pero soy quisquilloso y selectivo. Me quedo con lo que me interesa y descarto el resto.

Dashwood rio como un bobo al oír esto y le dijo a Franklin que lamentaba no haber acudido a él antes. Estaba convencido, le dijo, de que los dos compartían muchos puntos de vista sobre muchos grandes temas.

—Me pregunto si podría tentarlo para que viniera a pasar unos días a mi casa de Buckinghamshire —dijo Dashwood—. Dentro de dos semanas se unirá a mí un grupo de caballeros con el fin de celebrar algunos actos sociales.

El tono en que dijo «actos sociales» despertó el interés de Franklin.

—¿Y quiénes son esos caballeros? —preguntó.

—Ah, caballeros como Sandwich, Wilkes, Bute, Whitehead, Selwyn, Lloyd. Esa pandilla.

En «esa pandilla» se encontraban algunos de los hombres más influyentes de Inglaterra, tipos a los que Franklin llevaba años persiguiendo y cortejando con un éxito irregular.

—Tiene usted toda mi atención —dijo Franklin.

—Sí, eso sospechaba. Nos falta un caballero americano en nuestro círculo. Hace tiempo que lo decimos. ¿Y quién mejor que el estimado doctor Franklin?

—Sería un honor —respondió Franklin apartándose un mechón de pelo cano de la cara—. ¿Podría indicarme algo más de los actos sociales que ha mencionado?

—No quiero estropearle la diversión. Baste decir que nos hacemos llamar «los Frailes de San Francis de Wycombe». Pero no es necesario que se traiga la Biblia. Nuestro culto se centra en materias mucho más terrenales.

—Entiendo —dijo Franklin con ojos chispeantes.

Dashwood se acabó el coñac.

—¡Y espere a ver a nuestras monjas!

Franklin supo que iba a disfrutar de su estancia en West Wycombe en cuanto llegó a la finca de sir Dashwood. El lacayo iba vestido con una especie de túnica árabe suelta, y el mayordomo parecía un sultán. En su soleado aposento había una bandeja con toda clase de brebajes: ginebra, oporto y decantadores de vino tinto y blanco. También había una selección de frutas y quesos. Antes de marcharse, el mayordomo le comunicó que el protocolo de la noche exigía vestir las ropas del armario.

Una vez a solas, Franklin abrió de par en par las puertas del armario y rio al ver lo que contenía: un tosco hábito marrón de monje, un fajín de cáñamo y un par de sandalias de cuero. Oyó unas ruedas de carruaje sobre la gravilla. Por la ventana vio llegar a otro visitante y, a lo lejos, otros dos carruajes que se acercaban a la entrada.

Esa noche, la vergüenza que a Franklin pudiera producirle su vestimenta se disipó al ver que los cuarenta caballeros reunidos en el gran salón de Dashwood iban ataviados de forma similar. Un criado no tardó en ponerle una copa de champán en la mano, y hombres a los que había conocido en los pasillos de Whitehall lo saludaron calurosamente. Al poco le presentaron también a algunos «frailes» a los que no conocía, como a John Montagu, cuarto conde de Sandwich, un hombre altivo y despótico, el único que trató a Franklin con condescendencia.

—Filadelfia, dice —señaló aquel hombre alto con voz nasal—. Imagino que para conseguir que regrese usted a un sitio así tendrán que llevarselo a rastras, chillando y pataleando.

—En absoluto —replicó Franklin—. Creo que a su señoría le parecería de lo más satisfactorio en todos los aspectos, aunque le iba a ser difícil encontrar una congregación de monjes bebiendo champán en Market Street. Quizá podría visitar a su excelencia en el Parlamento para informarle de las actividades recientes de nuestra querida colonia.

Franklin recibió por respuesta un desdeñoso: «Quizá».

Entonces, después de que sonara un gong oculto, Dashwood salió de detrás de una cortina. Iba vestido con la túnica de un obispo y llevaba una mitra roja en lo alto de su enorme cabeza.

—¡Bienvenidos, hermanos! ¡Bienvenidos! Ha pasado mucho tiempo desde nuestro último encuentro, ¿no es así? Como de costumbre, doy la bienvenida de manera especial a nuestros doce monjes superiores, que ya se han reunido esta tarde para debatir los asuntos de la Orden.

Al mirar alrededor, Franklin observó que una docena de hombres llevaban un fajín rojo en lugar del de cáñamo. Uno de ellos era Sandwich.

Dashwood prosiguió:

—Esta noche hemos decidido proponer a un nuevo monje inferior para nuestra distinguida Orden. Les presento al hermano Benjamin Franklin, nuestro estimado invitado de Filadelfia.

Franklin hizo una humilde reverencia y le dijo al hombre corpulento que tenía al lado:

—No tengo ni la más remota idea de en qué me he metido.

—No se arrepentirá, hermano —le respondió el hombre con una mirada lasciva.

—¡Vamos, hermanos! —gritó Dashwood—. ¡Comienza nuestra velada!

Dicho esto, condujo al grupo al exterior y lo llevó por un bosquecillo decorado con estatuas clásicas en poses indecentes. Franklin se detuvo delante de Hermes, el dios de la lujuria, que llevaba como báculo un falo con la punta roja. Miró por encima de sus gafas y soltó una carcajada al ver la inscripción de la base: PENI TENE NON PENITENTI, «un pene erecto es mejor que el arrepentimiento».

Más allá del bosquecillo Franklin pudo ver, a la tenue luz del atardecer, la fachada de una falsa iglesia gótica hecha de sílex y argamasa de creta. Sobre el arco principal estaba esculpido el lema de la Orden: FAY CE QUE VOUDRAS, «haz lo que quieras», que Franklin tomó como confirmación de que le esperaba un rato interesante.

La fachada era en realidad la entrada a una serie de cuevas y túneles naturales que Dashwood había ido embelleciendo con esmero a lo largo de los años. Se había dado

forma de pasajes abovedados a las laberínticas paredes de piedra caliza. Se habían esculpido grandes salones. Se había ensanchado un canal de agua mansa natural al que se había llamado «río Styx».

El camino estaba iluminado por velas, pero Franklin difícilmente habría podido perderse; lo único que debía hacer era seguir al monje que tenía justo delante. Al entrar en una sala enorme perfectamente iluminada por numerosas antorchas ennegrecidas y adornada con caprichosos y extraños rostros esculpidos en la piedra caliza, Franklin vio una mesa larga de banquete colmada de carnes asadas, pasteles salados y otras tantas exquisiteces. Alzó la vista al techo y se quedó pasmado al ver un enorme fresco que, aunque remedaba temas clásicos, era sin duda el conjunto de imágenes más pornográfico que había visto en su vida.

Dashwood ocupó la presidencia, flanqueado a ambos lados por sus monjes superiores. Luego se ordenó a los inferiores que tomaran asiento.

—¡Que entren las monjas! —declaró Dashwood.

Franklin, que tenía toda su atención puesta en una espléndida y humeante pata de cordero, no tuvo más remedio que apartar la vista de ella cuando unas cuarenta mujeres jóvenes inundaron la sala con su presencia. Todas ellas iban vestidas con hábitos negros de monja, pero llevaban el pelo suelto y los hábitos lucían grandes aberturas por las que podían verse sus muslos nacarados. Las monjas empezaron a servir vino y a susurrar provocaciones al oído de los monjes, en general referidas a la necesidad de que se las castigara por sus picardías. Franklin supuso que eran chicas de la zona a las que se obligaba a trabajar allí, pero uno de sus compañeros de mesa le dijo que muchas de ellas eran traídas de Londres para la ocasión.

Tras la comida más depravada en la que Franklin hubiera participado jamás, el grupo recorrió otra serie de pasajes hasta una sala grande mucho menos iluminada. Era obvio que aquella estancia se había dispuesto de forma que pareciera una abadía, con sus bancos y su altar.

Lord Sandwich, dirigiéndose a Dashwood como abad, le pidió que diera comienzo a la misa y, entre risitas y silbidos generales, este, con voz de borracho, ofreció un sucedáneo de misa en latín repleta de blasfemias y ambigüedades. Los monjes allí reunidos, que para entonces ya dividían sus atenciones entre Dashwood y las monjas besuconas, fueron subiendo el volumen de sus respuestas y empezaron a pedir abiertamente que saliera el Diablo. Así que, aprovechando el fervor de la concurrencia, Dashwood tiró de un cordel escondido conectado por una polea a la tapa de un arca que había junto a la silla de Sandwich.

Un babuino salió disparado de su confinamiento, profiriendo gruñidos y chillidos, saltó al cogote de Sandwich y corrió como loco entre los monjes, que gritaban histéricos, como Franklin, o se habían encogido de miedo ante la supuesta manifestación física de Satán.

La aparición de aquella criatura negra en la tétrica atmósfera rojiza de la sala como fruto de sus exhortaciones inquietó tanto a Sandwich que se le vació la vejiga y, alarmado, salió corriendo y gritando. Hizo falta que un buen número de colegas suyos lo trajera de vuelta y hubo que ordenar a una de las monjas que limpiara la prueba de su cobardía.

Cuando el orden se restableció por fin, Dashwood declaró concluida la misa negra y, tras reiterar su lema, «*Fay ce que voudras*», la noche tomó el rumbo que era de esperar. Franklin, por su parte, fue abordado de forma seductora por una monja preciosa de pelo azabache y piel clara que le preguntó si querría acompañarla a un sofá de una de las salitas contiguas.

—¿Deseas que te enseñe el catecismo? —preguntó Franklin, mareado.

—¿Eso que es? —inquirió la chica.

—Si no, podemos hablar de las teorías actuales sobre la electricidad.

Ella volvió a mirarlo perpleja.

—No importa —dijo Franklin mientras la chica tiraba de él para levantarlo—. Soy un maestro de lo más paciente y estoy convencido de que encontraré un tema que te interese.

Aunque partí de Inglaterra rumbo a Filadelfia en 1762, se requirió de nuevo mi presencia y regresé a Inglaterra dos años después. La situación política en las colonias se había deteriorado. Era evidente que el Parlamento estaba a punto de aprobar la odiosa Ley del Timbre y, conscientes de lo mucho que aquello instigaría a la rebelión en todas las colonias americanas, me enviaron para que instara a la Corona a que ofreciera un trato distinto a sus primos americanos, a que tuviera a bien considerarnos miembros de pleno derecho del Imperio británico con representación en el Parlamento si iba a pedirnos que pagáramos a la Corona impuestos por nuestros bienes.

De nuevo en Inglaterra, volví a instalarme gustoso con la señora Stevenson en mi vieja guarida de Craven Street. Si bien pretendía que mi viaje durara tan solo unos meses, el constante empeoramiento del clima entre las colonias e Inglaterra prolongó mi breve estancia ¡diez años! Como es lógico, renové mis amistades y entablé nuevas relaciones entre los políticos, la aristocracia y los científicos, tanto en Inglaterra como, por supuesto, en Francia. Debo reconocer que seguí sirviendo con fidelidad como fraile de San Francis de Wycombe; de lo contrario habría roto importantes vínculos políticos y reducido considerablemente mi *joie de vivre*.

Y así, en 1775, recién iniciado el nuevo año, cuando lloraba las noticias recién recibidas de mi familia, me llamó Dashwood, que para entonces había heredado el título de su padre y era el barón de Le Despencer.

A Franklin lo sorprendió la aparición de Le Despencer. No lo había visto en casi todo el año, y lo encontró muy desmejorado. Dashwood, antes un hombre sano y



robusto, con un brío perpetuo en el andar y cierta picardía en la mirada, estaba ahora pálido y ojeroso, y su labio inferior caído, siempre travieso, se mostraba seco y triste.

Sin embargo, cuando Franklin le manifestó su preocupación por su bienestar, el barón lo ignoró y le dijo que había ido a verlo porque a él lo inquietaba la salud de su amigo americano.

—Trágica noticia la del fallecimiento de su esposa, mi viejo amigo. Qué golpe —dijo desplomándose en un sillón.

Franklin suspiró hondo.

—Su muerte no me ha sorprendido, barón. Sufrió un ataque hace algunos años y su salud se había deteriorado mucho. Era fácil deducirlo de sus cartas. Mi mayor tristeza ha sido no haber podido estar a su lado durante todos estos años pasados en Inglaterra.

—Es usted un excelente funcionario, un honor para sus compatriotas, aunque presiento que no tardaremos en alzarnos en armas. ¿Lo cree usted inevitable?

—Muy a mi pesar, sí. He dedicado muchos años de mi vida a buscar compromisos y soluciones, pero me temo que la intransigencia del rey y de su Parlamento nos han llevado al límite.

—He oído decir que partirá pronto de estas tierras —dijo el barón con tristeza.

Franklin asintió con la cabeza.

—Debo llevar a cabo una última maniobra, pero, sí, creo que estos viejos huesos tendrán que cruzar el Atlántico para estar al lado de los míos cuando se avecine la tormenta.

—Entonces venga conmigo a West Wycombe una última vez a la que será probablemente la despedida de los monjes. También yo he tenido mis pequeñas tormentas, me temo, y voy a clausurar nuestra orden fraterna.

Franklin estaba al corriente de las desgracias de Le Despencer. Muchas eran consecuencia directa de aquel espantoso babuino. Lord Sandwich no se había tomado bien su humillación de aquella noche y el barón había descubierto que no era un hombre al que conviniera enfadar. En los años siguientes, la carrera política de Le Despencer se había desplomado a manos de las marionetas de Sandwich, y tampoco sus negocios habían ido bien. El coste de ser el borracho más popular de Inglaterra ya no era sostenible.

—Ya estoy un poco viejo para las actividades de sus cuevas —dijo Franklin.

—Por Dios, solo tiene usted dos años más que yo; no se haga el decrepito. ¡Debe venir! Me faltará algo si no viene. —Parecía verdaderamente abatido.

Franklin accedió a regañadientes a la lastimera petición del barón, luego desvió a propósito la conversación hacia los últimos esfuerzos ideados para evitar una gran guerra.

Aunque Franklin había estado muchas veces en las cuevas de West Wycombe, no recordaba un encuentro más anómalo. Los veinte monjes que asistieron se esforzaron por parecer contentos, pero ninguno estaba a la altura de la ocasión. Hasta Le Despencer, en su discurso del banquete, sonaba más adulator que otra cosa. Era el final de una era, los monjes se hacían mayores y se acercaba una guerra.

En cambio, las monjas que revoloteaban por ahí no parecían afectadas por el ambiente del lugar. Como profesionales que eran siguieron desempeñando su papel, enseñando un poco de pierna y haciendo comentarios pícaros que animaran la velada. Franklin en particular, dada su reciente pérdida, no estaba de humor para frivolidades y, desde luego, se sentía ridículo con aquel hábito de monje. Sin embargo, una de las chicas persistió en sus atenciones al estadista de sesenta y ocho años y logró levantarle el ánimo.

Era una belleza de pelo negro y piel nacarada que sin duda no había cumplido aún los veinte. Durante la cena se ocupó de que siempre tuviera la copa llena y, cuando hubo terminado, insistió en limpiarle los dedos a lametones, uno por uno. Luego se lo llevó a una de las salas privadas y se sentó en su regazo.

—Eres una joven muy bonita —le dijo Franklin—. ¿Has venido a esto antes?

—Sí —contestó la chica con un fuerte acento del norte mientras jugaba con el pelo largo y ya más bien escaso de Franklin.

—¿Y cómo te llamas?

—Hermana Abigail.

—Tu nombre de verdad.

—Abigail.

—Entiendo —dijo Franklin—. No usas apodo.

—¿Qué?

Franklin rio.

—Usas tu nombre de verdad.

—Sí.

Ella le cogió la mano y se la metió por debajo del hábito, pero él detuvo su ascenso y la sacó.

—Eres una joven muy dulce y voy a echar unas buenas monedas a tu taza de donaciones, pero prefiero hablar a jugar.

—¿Por qué? —inquirió la chica.

La apartó de su regazo y la sentó a su lado.

—Porque soy viejo y estoy triste.

—¿Por qué está triste?

—Porque he recibido recientemente una carta de América informándome de que mi querida esposa ha fallecido.

—¿Estaba enferma?

—Sí, lo estaba.

—Había llegado su hora —dijo la joven enfáticamente—. A todo el mundo le llega su hora. No debería estar triste. Es la voluntad de Dios.

Franklin se mostró satisfecho de haber dado pie a un tema de conversación.

—No estoy seguro de coincidir completamente con los principios calvinistas de que todo lo que hay en la tierra está sujeto a la predeterminación divina. Seguramente algunos elementos se hallan bajo el control directo del ser humano.

—Eso no es así —insistió la chica. Cuando subió las rodillas para estar más cómoda, el provocativo hábito de monja se abrió y dejó todo a la vista.

Franklin le recolocó la prenda.

—Tengo propensión a perder el rumbo de mis pensamientos —masculló—. Así está mejor. Abigail, pareces muy segura de ese argumento teológico. ¿A qué se debe? ¿Es porque te han educado así?

—Estoy segura porque lo sé.

—A mi juicio uno puede saber algo, saberlo de verdad, solo merced a la observación directa. La fe requiere mayor abstracción porque no podemos observar directamente la procedencia de Dios. Las únicas cosas de la vida que siento que de verdad sé son las que he visto y estudiado.

—Yo lo conozco a usted —dijo Abigail—. Es inventor, ¿verdad?

—Lo soy, sí.

—Ha inventado el rayo.

Al oír eso, Franklin rio tanto que estuvo a punto de caerse del sofá.

—¡Huy, no, querida! Eso fue cosa de Dios. Yo solo he hecho una crónica de sus propiedades y he inventado el pararrayos para controlar su ira.

—He oído al barón hablar de ello.

—¿Dónde?

—En su casa.

—¿Vives allí?

Ella asintió con la cabeza y, al hacerlo, una lágrima se deslizó por su mejilla.

—¿Estás al servicio del barón? —preguntó Franklin.

Ella volvió a asentir.

—Pero seguramente eso es bueno, ¿no? Mejor que andar rondando las calles como tantas criaturas desamparadas.

—Quiero irme a casa.

—Pues díselo al barón y te dejará marchar.

—No, no me dejará. Estoy «ligada por contrato».

Franklin sonrió.

—Me parece que te refieres a ligada por contrato. ¿Cómo has terminado firmando un contrato de servidumbre?

—Escapé de casa. No debería haberlo hecho, pero lo hice. Un viajero me encontró en el camino y me llevó consigo, me hizo hacer cosas con él y con otros. Luego me trajo a Londres, donde vendió mi contrato al barón. Ahora estoy ligada por contrato a su señoría. Necesitaría quince libras para comprar mi libertad. Y después tendría que encontrar el modo de volver a casa.

Franklin negó con la cabeza.

—¡Qué historia tan desgraciada, chiquilla! ¡Y quince libras! Una suma escandalosa dadas las circunstancias y un negocio del todo escandaloso. Hablaré con el barón y veré qué puede hacerse.

Ella se abrazó a su cuello y le suplicó:

—Por favor, lléveme a casa, amable señor. Haré lo que sea. ¡Lo que sea!

Franklin se zafó de ella.

—Lo único que puedo hacer es hablar con él —dijo—. Me temo que tengo ya muchos asuntos que atender para ocuparme de tus problemas, por más que lo merezcan. Se avecina una guerra. Mi país está repleto de Abigails y debo intentar salvar tantas almas como pueda.

—Si están condenados, están condenados —afirmó ella con insolencia.

—Porque tú lo digas —entonó Franklin—. Máchate, anda. Quisiera estar un rato a solas y meditar como los monjes de verdad.

Ella arrugó el semblante con terquedad.

—Lléveme de vuelta a Yorkshire y le enseñaré cosas de lo más asombroso. Cosas que jamás habría imaginado.

—¿Qué clase de cosas?

—La prueba de que hay un Dios en el cielo. La prueba de que es Él quien decide el destino de los hombres.

Franklin enarcó las cejas.

—Dime qué prueba es esa.

—¡No! Si se lo digo, no me creerá. Debe pagar mi liberación y llevarme a casa en un carruaje bajo su protección.

—¿A Yorkshire? ¡No puedo hacer eso! Tengo compromisos urgentes, querida. Debo regresar pronto a Filadelfia.

Ella enmudeció un momento, luego dijo:

—Entonces lléveme a un lugar llamado isla de Wight. ¿Ha oído hablar de él?

—Desde luego que sí.

—¿Está lejos?

—No mucho. A un día de aquí. ¿Qué hay en la isla de Wight?

—También allí hay pruebas. Estoy convencida de ello.

A última hora de la tarde el sol en los valles iluminaba y calentaba poco. Las ovejas empezaban a apiñarse y los halcones surcaban las térmicas en busca de su último alimento del día. En la creciente oscuridad, el equipo del MI5 se acercó a Lightburn Farm.

Rob Melrose bajó del coche.

—Dios, ¿quién puede vivir en un sitio así? —le dijo a Annie—. Es como de la Edad Media.

Ella alzó la vista a las colinas agrestes y empinadas.

—A mí me parece muy bonito —repuso.

—Muy bien —continuó Melrose—. No creo que haya problemas, pero más vale curarse en salud. Mitchell, entra con nosotros para que podamos hacer un registro en condiciones si lo consienten. David, tú quédate en el coche.

El conductor se disponía a llevarse la mano a la pistolera del hombro, pero Melrose lo detuvo.

—No saques el arma, por favor. No vamos a la guerra.

Annie llamó a la puerta, sus dos colegas se quedaron detrás. Esperó medio minuto, luego volvió a llamar. Esta vez la puerta se abrió unos centímetros y Cacia asomó la cabeza.

—Hola —dijo Annie—. ¿Se acuerda de mí? Soy Annie Locke, de los Servicios Secretos. Lamento molestarla otra vez, pero nos gustaría pasar y hacerle un par de preguntas más.

—¿Sobre qué? —fue la fría respuesta.

—Bueno, se trata del caballero que me acompañaba la otra vez, el señor Piper. No lo habrán visto, ¿verdad?

—¿Ya han perdido a otro? —inquirió Cacia con sequedad.

—Pues sí, eso parece. Nos vendría muy bien que nos dejara pasar para hablar con ustedes.

Cacia asintió con la cabeza.

—Denme unos segundos.

Cerró la puerta y Annie se volvió hacia Melrose encogiéndose de hombros.

—Creo que va a cooperar.

—Pensé que habías dicho que era amable —señaló Melrose.

—Al menos no nos ha mandado a tomar viento.

Kenney y su equipo treparon un poco para ver mejor la entrada principal de Lightburn Farm desde un punto estratégico oculto al otro lado de la carretera. Cuando el vehículo del MI5 entró en la granja, Kenney le pidió a Harper que saliera de la

carretera y se llevó a sus hombres a pie, cargando con todos los bártulos. Cruzaron el río Eden por una pasarela y subieron hasta las estribaciones de la colina de Wild Boar, que se alzaba imponente sobre ellos. A unos quinientos metros de Lightburn Farm encontraron una buena hilera de arbustos.

Kenney vio por los binoculares que la puerta volvía a abrirse y los tres agentes entraban en la casa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Harper a su jefe.

—Con un poco de suerte saldrán con Piper —dijo Kenney—. Si es así, los seguiremos al hotel o a donde vayan y nos llevaremos a ese hijo de puta con sigilo; luego lo presionaremos todo lo que podamos para averiguar si sabe algo de las postales.

—¿Y si salen sin él?

—Entonces seguimos a lo nuestro.

Cacia los dejó pasar. En la chimenea había un buen fuego encendido. Annie recorrió con la vista la cocina, a la izquierda, y el salón, a la derecha, ambos vacíos.

—No hemos vuelto a ver a su señor Piper —dijo Cacia mirando nerviosa a sus visitantes.

—Qué raro —contestó Annie. Y a continuación mintió—: Dijo que venía aquí a hacerles más preguntas.

—Pues no vino.

Melrose se adelantó y alzó la barbilla.

—Mire, señora Lightburn, esto es un asunto serio para las autoridades, y yo he venido desde Londres a solucionarlo. Nos gustaría registrar su propiedad para asegurarnos de que el señor Piper no está aquí.

—Ya le he dicho que no está —dijo Cacia con agresividad—. ¿Por qué no le vale con eso?

—No dudo de que diga la verdad, señora, pero si me dieran una libra por cada mentira que me han dicho en este trabajo sería un hombre rico. No puedo poner en el informe a mi superior que acepté sin más las declaraciones de un particular. Debo insistir en que nos permita echar un vistazo.

Cacia se sonrojó.

—¡Y yo le digo que no! ¡Tendrán que marcharse!

—Rob, déjame hablar con ella a solas, ¿vale? —intervino Annie.

Melrose se puso rígido y la ignoró.

—Mire, podemos hacerlo por las buenas o por las malas. O consiente voluntariamente en que registremos su propiedad, o enseguida estaremos aquí de vuelta con una orden judicial y con la policía local. Si aun así se resiste, irá a la cárcel.

Daniel Lightburn bajó las escaleras blandiendo una escopeta.

—¿Vienen a mis tierras con exigencias? —gritó, furioso—. ¿Nos amenazan con meternos en la cárcel? Me parece que no, señor.

Mitchell se metió la mano bajo la chaqueta, sacó la pistola y se situó delante de Annie y Melrose. Había trabajado como guardaespaldas para los Servicios de Protección de la Corona y probablemente actuaba por puro instinto.

Durante una milésima de segundo se hizo el silencio en la sala, hasta que Annie vio el odio y la determinación en el rostro de Daniel y gritó:

—¡No!

La escopeta estaba cargada con perdigones del número 8. La nube de proyectiles le desgarró el pecho a Mitchell y le perforó el corazón y los pulmones. Su cuerpo absorbió lo peor del disparo, pero no la totalidad. Media docena de perdigones alcanzaron la mejilla izquierda y el ojo a Melrose, que cayó al suelo retorciéndose de dolor. Mitchell se bamboleó unos instantes, como un tronco recién cortado que sucumbe a la fuerza de la gravedad, y cayó encima de él, tieso.

Annie recibió un par de perdigonazos en la pierna derecha, pero ignoró aquel dolor lancinante y se hincó de rodillas para atender a los heridos.

—¡Llaman a una ambulancia! —gritó—. ¡Ya!

Dos jóvenes robustos, los hermanos de Haven, bajaron corriendo las escaleras para ayudar a su padre.

Daniel volvió a cargar la escopeta y apuntó a Melrose y a Mitchell.

—¡Nada de ambulancias! Chicos, coged las armas. Cacia, haz algo para callar a ese hombre y que deje de sangrar. Lleváoslos a todos abajo.

Haven estaba en las escaleras, llorando ante tamaña carnicería. A su espalda, sus dos primas parecían atónitas. Su madre, Gail, les mandó que volvieran a su cuarto. Luego bajó a ayudar a Annie y a Cacia; atendían a Melrose, que yacía en el suelo de piedra con el rostro ensangrentado.

Fuera, el agente que se había quedado en el coche había oído el disparo de escopeta y se dispuso a abrir la puerta del copiloto. Antes de que sus pies tocaran el suelo, otro disparo quebró el aire y acribilló la puerta del coche. Empezó a brotarle sangre de la pierna y del costado. Al ver que Kheelan se preparaba para disparar de nuevo, metió la marcha atrás y salió de la finca.

Hubo más disparos que le volaron el parabrisas, pero el agente, frenético, llegó a la carretera y la enfiló como un bólido.

Con una mueca de dolor, se dirigió a toda velocidad a Kirkby Stephen mientras llamaba por marcación de voz a urgencias.

Desde su puesto al otro lado de la carretera, Kenney y su equipo observaron la escena mudos de asombro. El estrépito del interior de la casa se había oído perfectamente, y

Kenney lo identificó de inmediato con un frío «Disparos».

Cuando atacaron al agente del coche, Lopez le preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos, jefe?

—Este tiroteo no va con nosotros, caballeros. Somos espectadores a sueldo. Pero os voy a decir una cosa: estoy más contento que una garrapata en un perro gordo. Eso significa que Piper está ahí dentro. Esos hijos de puta nos están haciendo el trabajo sucio.

Dentro reinaba el caos. Los hermanos de Haven levantaron una alfombra del lavadero y abrieron una trampilla. Una escalera empinada se sumergía bajo tierra. Daniel les ordenó a gritos que llevaran el muerto al granero, taparan los ojos a Annie con cinta americana, envolvieran la cabeza con una toalla a Melrose y se la sujetaran con la misma cinta.

Kheelan entró corriendo, respirando con dificultad y gritando que el del coche había escapado.

—Dios, ¿y qué vamos a hacer ahora? —lloró Cacia.

—No lo sé —dijo Daniel—. No tengo ni puta idea. Chicos, ¡bajadlos por las escaleras ya! Cacia, cúrales las heridas. Y haz que ese hombre se calle aunque para eso tengas que acabar con él. Un muerto, dos muertos, ¿qué más da? Kheelan, coge las otras escopetas y dáselas a los chicos. Esto es la guerra.

Conmocionados y con los ojos tapados, Melrose y Annie bajaron a la fuerza las escaleras secretas. Cacia iba primero. En el descansillo abrió una puerta grande y pesada que conducía directamente a la Biblioteca por el extremo opuesto a donde estaban el dormitorio y la Sala de los Escribas.

Annie no vio nada, ni los libros desde 2027 ni las interminables estanterías. No dejaba de hablarle a Melrose, le decía que se pondría bien, le pedía que aguantara, pero la única respuesta de este eran sus respiraciones entrecortadas y sus gemidos.

Aunque no le apetecía parar de leer, Will dejó el diario de Franklin en cuanto oyó aquel sonido sordo.

«¡Benjamin Franklin en Vectis! ¿Qué encontraría allí?»

Pero tenía que parar. «Eso ha sido un disparo —se dijo—. Ha llegado la caballería.»

Metió el libro debajo del colchón y despertó a Phillip.

—Quítate las telarañas, hijo. Me parece que la partida de rescate está arriba.

El segundo disparo sordo confirmó su teoría.

Se sentaron, encadenados a los catres, y esperaron ansiosos. Al fin oyeron voces, no del almacén sino de la antesala que comunicaba la Sala de los Escribas con la



Biblioteca. Se abrió la puerta y entró Cacia. Will supo enseguida que algo había ido muy mal y que el rescate ya no era una posibilidad.

Primero metieron a Melrose, medio arrastrado por Kheelan, con la cabeza envuelta en una toalla ensangrentada. Después llegó Annie, cojeando y guiada por uno de los hermanos de Haven.

Will intentó ponerse de pie, olvidando por un momento que estaba encadenado al catre.

—¡Por Dios bendito! —dijo.

Phillip se quedó pasmado al ver a los prisioneros heridos.

—Papá...

—No pasa nada, Phillip.

Annie volvió su rostro vendado hacia la dirección de la voz de Will.

—¿Will? ¿Eres tú?

—Soy yo. Estás herida. —Le chorreaba sangre por la pierna—. Cacia, suéltame para que pueda ayudar.

Kheelan dijo que no, pero Cacia hizo lo que Will le pedía.

—No intentes nada —le susurró lastimera al oído—. Ya hay uno muerto.

Will se levantó y le quitó a Annie la cinta de la cara y el pelo lo más suavemente que pudo. Ella miró alrededor, aterrada, y vio las filas de catres vacíos.

—¿Qué es este sitio?

—Luego te cuento —contestó Will.

Sin pedirle permiso le levantó la falda para verle las heridas.

—Perdigonada. Cacia, tráeme vendas limpias y alcohol. Y cerillas y unas pinzas.

—Yo estoy bien —aseguró Annie—. El que necesita ayuda es él.

—¿Quién es? —preguntó Will.

—Mi jefe.

—¿A quién han matado?

—A Mitchell —dijo ella, angustiada—. Un agente.

Con la ayuda renuente de Kheelan tumbaron a Melrose en un catre. Este se hizo un ovillo de inmediato y sus gemidos se intensificaron.

—¿Sabe alguien que estamos aquí? —le preguntó Will a Annie.

—¡Cierre el pico! —le exigió Kheelan.

—Kheelan, vete arriba —intervino Cacia—. Tienes cosas más importantes que hacer. Andrew, sube con él y trae alcohol, vendas... todo lo que Will ha pedido.

—Encadénalos primero, Cacia —insistió Kheelan.

—No van a ir a ninguna parte. Las puertas están cerradas con llave y yo estoy vigilando —dijo ella.

—No es suficiente —protestó Kheelan—. Andrew, coge el arma y dispara al que intente algo. Ya voy yo a por esas cosas.

El joven asintió con la cabeza, muy serio, y cogió el arma de su tío, pero cuando Kheelan se fue Cacia le dijo, como solo una madre sabe hacerlo, que apuntara al suelo.

Annie respondió por fin a la pregunta de Will lo bastante alto para que todos la oyeran.

—Uno de nuestros agentes ha escapado. En una hora, la granja estará invadida de policías.

Will y Annie estaban arrodillados junto a Melrose, pero fue Cacia quien le quitó la toalla. Melrose se encogió y alzó los brazos para defenderse, farfullando unas palabras, pero luego se tranquilizó como si se le hubiera agotado la energía. Tenía el ojo cerrado de tan hinchado como estaba y no paraba de sangrarle, y su mejilla parecía un trozo de carne sanguinolento.

—Hay que llevarlo a un hospital, Cacia —dijo Will—. No podemos curarlo. Podría haberle entrado un perdigón en el cerebro.

—¡No! —gritó ella—. Nada de hospitales. Tenemos que solucionarlo aquí.

Will pensaba rápido.

—Escúchame, Cacia, aún os queda algo de tiempo antes de que llegue la policía. Llévalo arriba, tendelo junto a la carretera. Lo encontrarán y se ocuparán de él. Tenéis rehenes de sobra aquí. ¿Qué más da uno menos?

A ella pareció gustarle la idea enseguida.

—Andrew, ve a buscar a Daniel o a Kheelan para que bajen a ayudar. Vamos a hacer lo que propone Will.

El joven frunció el ceño.

—Pero el tío Kheelan ha dicho que...

—¡Me da igual lo que haya dicho! ¡Haz caso a tu madre!

Andrew no se movió y levantó a medias la escopeta.

—Will, ¿prometes que no intentarás nada mientras Andrew no esté?

Will contestó con un sí rotundo y Andrew se retiró a regañadientes.

La sangre empezó a brotar con más fuerza del ojo destrozado de Melrose y Cacia se puso de pie. Había toallas limpias en el almacén, así que fue a por ellas.

Will vio que Annie sufría temblores como consecuencia del traumatismo. Cogió la manta de su cama, la envolvió con ella y la abrazó para darle más calor.

—Siento haberte dejado tirada —le dijo—. Tenía que encontrar a Phillip.

—Hola, Phillip —saludó ella débilmente.

—Hola —contestó él, ceñudo.

—¿A qué se dedica esta gente aquí abajo? —le preguntó ella a Will.

—Luego te lo explico. Ahora centrémonos en salir de este lío.

Al final, Annie perdió el control y se echó a llorar, disculpándose entre sollozos porque una agente bien entrenada no debería actuar así.

—No pasa nada —le dijo Will plantándole un beso en el pelo—. Primero eres humana, luego agente.

—Papá, que estoy aquí —espetó Phillip, exasperado.

Will sonrió. El chico protegía el honor de su madre. Eso le gustaba.

—No te preocupes, hijo —aseguró enseñándole la alianza—. Llevo puesto el anillo de boda y tu madre es la número uno.

Cacia volvió corriendo con unas toallas blancas y le puso una a Melrose en el ojo.

—Cacia, se acabó —dijo Will con delicadeza—. Siento mucho que sea así. Sé que este ha sido el trabajo de toda tu vida y sé lo importante que es, pero se os ha escapado de las manos. Tenéis que dejarnos marchar. Tenéis que rendiros. Por Haven, por ti, por toda tu familia. Si no lo hacéis, esto va a terminar muy mal.

A Cacia le tembló el labio.

—¿Y qué pasa con la Biblioteca? ¿Y con ellos? —dijo señalando la Sala de los Escribas.

—Sinceramente, no lo sé —contestó Will—. Haré lo que pueda, pero, como digo, ya no está en vuestras manos.

—Lo sé —reconoció ella con una tristeza honda que a Will le produjo una punzada—. Siempre lo he sabido.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Veo cosas —explicó ella en voz baja—. Destellos del futuro. No como ellos, qué va, pero veo cosas.

Will se fijó en su pelo rojo y cayó en la cuenta. Recordó lo que había descubierto hacía años en Cantwell Hall, en Inglaterra: la madre de Nostradamus, una Gassonet, de la rama originada en Vectis, era pelirroja. Una de las pocas mujeres nacidas de la unión de una mujer joven y un sabio. Una niña pelirroja nacida clarividente.

Le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

—Sí —dijo ella—, nací de uno de ellos.

—¿Haven también? ¿También ella ve cosas?

—Sí. También ella tiene algo del don, supongo. Por eso llamó a tu Phillip. Sabía que era lo que había que hacer.

—¿Cómo termina, Cacia?

—No lo sé con certeza, pero, aun así, no puedo dejaros marchar. A Daniel no le parecería bien, y yo soy su esposa. Es él quien debe decidir.

Kheelan y Andrew bajaron, y Kheelan se llevó a Cacia al extremo opuesto del dormitorio. Discutieron, pero cuando regresaron Kheelan y Andrew levantaron a Melrose y lo llevaron a rastras hasta el almacén.

Cacia se acercó a Will.

—Van a hacer lo que tú has dicho: lo van a dejar junto a la carretera. Tengo que encadenaros a ti y a esta señorita. Le he prometido que lo haría. Traeré el botiquín de

primeros auxilios y le curaremos las heridas. Tú coopera, ¿quieres?

—¡Podemos con ella! —gritó Annie—. ¡No está armada!

—No puedo arriesgarme a que Phillip resulte herido —replicó Will—. Déjate encadenar.

Cuando Cacia se hubo ido, Annie preguntó desde su catre:

—¿Ha hablado de una biblioteca? ¿A qué se refería?

—Estas personas son bibliotecarios —contestó Will.

Entonces, en la quietud de su celda de aislamiento, procedió a contarle lo que había al otro lado de la puerta.

Una hora después, Will era el único que seguía despierto. Phillip había vuelto a quedarse dormido, y Annie, con la ayuda de varios whiskies que había ingerido durante la extracción de los perdigones, también había caído. Will aguzó el oído a la espera de un sonido procedente de arriba que indicara la llegada de la policía, pero no oyó nada.

Como disponía de un poco de tiempo y su curiosidad no había disminuido, metió la mano debajo del colchón, sacó el diario de Franklin y empezó a leer otra vez.

Ninguna de mis experiencias pasadas podría haberme preparado jamás para lo que vi aquella fatídica noche. La luz del candil de Abigail iluminó un extraño universo. Me sentí como si hubiera hallado la cueva de Aladino, si bien la riqueza de su interior era mucho mayor que un tesoro de oro, plata y joyas. Para un viejo impresor como yo, un hombre que había hecho su fortuna produciendo manuscritos, fue un gozo supremo dar con el mayor tesoro conocido por el hombre entre las tapas de aquellos volúmenes tan exquisitamente encuadernados.

Con ambos pies en suelo firme, Benjamin Franklin se encontró rodeado de gruesos libros de piel y envuelto en el aroma dulzón y mohoso de los tegumentos animales utilizados para crearlos. Abigail estaba a su lado, sosteniendo en alto el candil.

—¿Ve? Ya se lo dije —señaló, orgullosa—. Se lo dije.

—Me dijiste que encontraría pruebas de la existencia de Dios, hija, y lo único que veo es una inmensa biblioteca subterránea.

—No es una biblioteca corriente, señor Franklin. Coja un libro. Mire dentro.

Franklin alargó el brazo al azar hacia un libro que tenía a la altura de los ojos y lo sacó con dificultad de la estantería. En el trabajado lomo había grabada una fecha: 1324. Lo abrió y el lomo crujió como si fuera la primera vez que las páginas se separaran. De pronto, consciente de que no llevaba anteojos de leer, le pasó el libro a Abigail y se palpó en busca de la funda de las lentes. Una vez aseguradas las patillas de alambre, le reclamó el libro y exploró la página.

—Parece alguna clase de registro. Nombres y fechas. Un registro curioso, desde luego. Todo tipo de nombres extranjeros, no la mezcla de almas que habría imaginado por estos lares en el siglo XIV. ¿Por qué iba a haber chinos, árabes y portugueses en la isla de Wight?

—Mire las fechas, señor Franklin —lo instó la joven.

—Ah, *natus* y *mors*, *mors* y *natus*, una y otra vez. Son fechas de nacimiento y de defunción. Sigo sin verle el verdadero propósito, no acabo de comprender la naturaleza de la población registrada.

—Entonces, yo se lo enseñaré —dijo Abigail—. Venga conmigo.

Franklin dejó el libro en su sitio y, a la luz del candil, ella lo guió estantería tras estantería de idénticos tomos de piel hasta el centro de la vasta cámara, donde descubrieron un pasillo central que atravesaba el largo eje como una flecha. Giraron a la izquierda, pero la joven vio que las fechas de los lomos de los libros iban en el sentido contrario y, tirando de la manga del perplejo anciano, cambió de rumbo.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Franklin.

—A 1774.

—¿Cómo, si me permites la pregunta, puede haber libros fechados en 1774, que es el año en curso? Es obvio que esta cámara lleva sellada un tiempo considerable.

—Ya verá —se limitó a decir ella.

—Este lugar me tiene despistado —comentó él.

El candil de Abigail iluminaba solo cinco o seis metros por delante. Si aquel pasillo tenía fin, Franklin no lo veía, y el cansancio y la perplejidad hacían que le pesaran las piernas y que caminara arrastrando los pies por el suelo de piedra.

Las fechas se aproximaban cada vez más al presente. Franklin se vio tentado en más de una ocasión de sacar un libro y examinarlo, pero Abigail avanzaba a buen paso y él no quería quedarse atrás. Pero, de repente, al ver el año 1581 en los lomos que tenía más cerca, le gritó a Abigail que se detuviera. Con el rabillo del ojo vio algo en el suelo.

—¡Ven aquí!

Mientras ella volvía sobre sus pasos, él, con su candil en alto, enfiló el estrecho pasillo lateral. Había un montón de ropa en el suelo, un bulto de tela marrón y negra. Se acercó e hizo un aspaviento al comprobar que era un esqueleto vestido y tendido boca arriba.

La calavera, grande y de color pajizo, tenía restos de carne correosa y algunos mechones de pelo negro donde antes hubo cuero cabelludo. Junto a ella descansaba un gorro negro plano. Franklin se arrodilló con la curiosidad propia de un juez de instrucción e indicó a la petrificada joven que le habían hundido la base del cráneo y que la sangre, ya antigua, había teñido la piedra de debajo. La ropa era de hombre: un jubón negro y acolchado con cuello alto, bombachos marrones hasta las rodillas, calzas negras sobre unos huesos largos, botas de piel. El cuerpo se hallaba sobre un largo manto negro, con el cuello remendado con una tela andrajosa.

—Por su atuendo, diría que este caballero expiró durante el reinado de Isabel.

—¿Y eso cuándo fue? —quiso saber la joven.

—Mira las fechas de los libros más próximos —dijo Franklin—. Me aventuraría a decir que estaba tan interesado en su presente como nosotros en el nuestro. Y le partieron la cabeza por entrometido. ¿Aún crees que deberíamos curiosear en los libros de 1774?

—Sí, si quiere entender este lugar —insistió Abigail.

—Muy bien. Dejemos que este caballero descanse en paz. Él no me asusta. Son los vivos los que me inquietan.

Continuaron avanzando por el pasillo central, dejando atrás libros fechados entre los siglos XVII y XVIII. Cuanto más se acercaban a 1774, mayor era el recelo de Franklin. ¿Qué era aquel lugar? ¿Qué pretendía mostrarle aquella joven?

Por fin, Franklin vio el primer libro con fecha de 1774, pero Abigail siguió adentrándose en la cámara.

—¡Aquí! —gritó él—. ¡Aquí está 1774!

—Ya casi hemos llegado —replicó ella.

Él la siguió. En cuanto vio el primero de los libros de 1775, Abigail se detuvo y se acercó a las estanterías.

—Levante su candil y alúmbreme —le pidió.

Bajó un libro, miró la página, lo devolvió a su sitio, luego avanzó unos pasos y cogió otro.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó él, impaciente.

—Dígame la fecha en que falleció su esposa.

A Franklin casi se le cayó el candil.

—¿Para qué diantres quieres saber eso?

—Por favor, dígame.

—El 19 de diciembre.

—¿Cuál era su nombre de soltera?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—¡Usted dígame!

—Se llamaba Deborah Read.

—Deletrémelo.

—R-E-A-D. En serio, hija, ¡esto es demasiado!

Después de buscar unos minutos en las estanterías, el semblante de la joven pasó de angustiado a triunfante.

—Aquí tiene, señor Franklin. ¡Mire esto!

La página estaba repleta de nombres, pero todos parecieron esfumarse cuando vio el de Deborah Read escrito a pluma, con una caligrafía prieta.

Junto a su nombre estaba escrito:

*19 12 1774 Mrs*

A Franklin le daba vueltas la cabeza. Notó que le flojeaban las piernas y tuvo que recostarse en una de las pesadas librerías.

—¿Lo entiende ahora? —le preguntó la joven.

—¿Cómo es posible? —inquirió él con dificultad.

—Dios guíaba las manos de los que escribieron esto. Así es posible.

—No lo puedo creer, sencillamente. Eso es imposible.

—Entonces le enseñaré más —repuso ella—. ¿En qué fecha nació usted?

—El 17 de enero de 1706.

—Busquémoslo a usted.

Deshicieron el camino y diez minutos más tarde Franklin miraba fijamente su propio nombre.

No había donde sentarse, así que se dejó caer al suelo de piedra y le hizo señas a Abigail para que se sentara con él.

—Debes contármelo todo. Tengo tantas preguntas que apenas sé por dónde empezar. ¿Cómo supiste que esta biblioteca estaba aquí?

—El conocimiento de la existencia de la Biblioteca de Vectis se ha ido transmitiendo de padres a hijos en mi familia. Tenía la certeza de que era así, pero temía no ser capaz de encontrarla.

El rostro de Franklin se enrojecía mientras iba soltando preguntas sin parar.

—¿Por qué sabe tu familia de la existencia de este sitio? ¿Qué sabes tú de los hombres que escribieron estos libros? ¿Hasta cuándo se predice el futuro? ¿Por qué...?

—Por favor, señor Franklin, cálmese o enfermará —lo interrumpió ella—. Le contaré lo que sé.

Cuando Abigail terminó de relatarle la historia con la que había crecido, Franklin parecía exhausto. Se había sacado del bolsillo el cuaderno y el portaminas que llevaba a todas partes y había tomado algunas notas mientras ella hablaba. Al soltar el lápiz, había escrito palabras como abadía de Vectis, monjes, Orden de los Nombres, escribas, pelirrojo, Clarissa Lightburn, Pinn...

La miró con cara de cansancio.

—Me he pasado la vida explorando ese mundo natural que Dios creó. Siempre he sentido una admiración extrema por la obra de nuestro Creador, pero ahora veo con absoluta claridad que sostiene firmemente las riendas de nuestro destino. Resulta verdaderamente asombroso.

Abigail asintió con la cabeza.

—¿Y dices, querida mía, que esta biblioteca sigue en marcha en tu domicilio de Yorkshire? —preguntó Franklin.

—Sí —contestó ella—. Por eso me fui.

—Explícate.

—Había llegado mi hora de engendrar a uno de ellos.

—Ah, entiendo —dijo él, paternal—. Pero aun así deseas volver.

—No debería haberme ido —replicó Abigail—. He visto y hecho cosas peores en el tiempo que he pasado al servicio del barón, ahí abajo, en las cuevas.

—Lo comprendo. —Se levantó y cojeó unos pasos con su pie gotoso—. Abigail, me queda poco tiempo en Inglaterra, pero te llevaré a Yorkshire. Alquilaré el más lujoso de los coches y el más rápido de los tiros. El científico que llevo dentro no



puede resistir la tentación de ver a esas criaturas en persona. Pero hay algo que debemos hacer primero.

—¿El qué? —Parecía muy contenta.

—¿Hasta qué año llega esta biblioteca?

—La nuestra comienza en 2027, así que supongo que hasta entonces.

—¡Dios santo! —exclamó Franklin—. Eso queda enormemente lejos. Qué barbaridad. Mi horizonte de interés es bastante más modesto. Solo quiero curiosear en el futuro próximo.

Dicho esto empezó a escribir en una hoja nueva de su cuaderno, luego la arrancó.

—Escucha, Abigail: en América están pasando cosas importantes. Mis compatriotas se están preparando para una guerra con Inglaterra. Pronto se celebrará en Filadelfia el segundo Congreso Continental, y confío en estar allí, codo con codo con los míos. Recurrirán a mí en busca de consejo. ¿Seguimos hablando o empezamos a luchar? ¿Podemos ganar o tenemos todas las de perder? Se me ha ocurrido una idea que podría ayudarme a aumentar considerablemente mi sabiduría. En este papel hay una lista de los mayores estadistas de América. Aunque me aflige sobremanera la tarea, me vendría muy bien saber las fechas de su muerte.

Le enseñó lo que había escrito:

John Adams Thomas Jefferson George Washington Alexander  
Hamilton John Jay James Madison

Luego le pidió que la cogiera.

—Trabajemos lo más rápido posible. Empezaremos por el presente y nos iremos abriendo paso hacia el futuro. Nos repartiremos la tarea. Yo buscaré las fechas de defunción de estos caballeros en 1775 y los siguientes años impares; tú haz lo mismo con 1776 y los años pares. ¿Lo entiendes? Si encuentras alguno de los nombres, llámame enseguida.

Abigail necesitó que se lo volviera a explicar, pero, en cuanto hubo captado la idea, se separaron y empezaron a sacar libros de las estanterías.

Pasaron las horas. En la oscuridad de la cámara, Franklin ignoraba que la noche había pasado hacía rato. Inmerso en su tarea, se olvidó de todos sus sentidos salvo de la vista, con la que exploraba un mar infinito de almas en busca de los nombres que le interesaban.

Uno por uno fueron apareciendo ante Abigail y él, hasta que Franklin llamó a la joven y declaró concluido el ejercicio cuando solo faltaba un nombre por descubrir.

—Hemos hecho un buen trabajo —señaló Franklin—. Todos menos Madison. Tú has encontrado tres, yo he encontrado dos y ya tengo resuelta mi duda.

—Yo he encontrado uno más —dijo ella mirando el suelo.

—¿Al final has encontrado a Madison? —inquirió él.

—No. Lo he encontrado a usted.

Franklin suspiró hondo.

—No deseo saberlo. —Se hizo un silencio largo e incómodo, hasta que añadió—:  
¿Es pronto?

—No es pronto.

—Bueno, eso está bien, tengo mucho que hacer antes del sueño eterno. Veamos, esto es lo que tenemos: Washington, el 14 de diciembre de 1799; Hamilton, el 12 de julio de 1804; Adams y Jefferson, los dos, curiosamente, el mismo día, el 4 de julio de 1826; Jay, el 17 de mayo de 1829. Madison, que Dios bendiga su alma, los sobrevivirá a todos, salvo que se nos haya escapado. ¿Sabes lo que esto significa, Abigail?

Ella negó con la cabeza.

—Si se avecina una guerra, estos hombres, nuestros mejores líderes, nuestros generales, no perecerán en el conflicto ni terminarán colgados de un mástil británico. Vivirán vidas largas y plenas. Significa, Abigail, que, si luchamos contra los ingleses, ¡ganaremos nosotros! Así que les diré a mis compañeros de armas: ¡haya guerra!

Cuando Annie empezó a moverse Will metió de prisa el diario debajo del colchón. Apenas tuvo tiempo de procesar lo que había leído. Años antes lo había dejado atónito descubrir que la Biblioteca había influido en personajes como Juan Calvino y Nostradamus, e incluso en William Shakespeare. ¡Y ahora se enteraba de que había desempeñado un papel decisivo en la Guerra de Independencia de Estados Unidos! La revelación lo dejó aturdido, pero la voz ronca de Annie lo hizo reaccionar.

—¿Qué hora es? —preguntó ella al tiempo que cogía con la mano libre la botella de agua que tenía junto al catre.

—Casi las siete. ¿Qué tal la pierna?

—Me duele. ¿Crees que alguien habrá recogido a Melrose?

—Espero que sí, pero dudo que pueda salvar el ojo.

—No debería decir algo tan horrible, pero creo que el parche le quedará bien.

Phillip soltó una risita.

—Tú también estás despierto —dijo Will—. ¿Cómo estás?

—Tengo pis —contestó el chico, huraño.

—Usa la cuña —le propuso Will.

—¡No voy a usar la cuña delante de ella! —protestó Phillip.

—¿Crees que la policía ya habrá llegado? —preguntó Annie.

Will se encogió de hombros.

—Espero que haya alguien más que el agente de patrulla Wilson. Ni siquiera iba armado, ¿no?

—Estamos capacitados para organizar una respuesta adecuada a una situación con rehenes, Will —replicó Annie, a la defensiva—. Tienes una pésima opinión de la competencia de este país.

—Bueno, confiemos en que puedan con un puñado de granjeros armados con escopetas.

—¡Necesito hacer pis! —gritó Phillip con todas sus fuerzas.

A los pocos segundos, Cacia entró con su hijo Andrew por la puerta de la antesala.

—Así es como se hacen las cosas por aquí —señaló Phillip.

Cacia organizó las idas al baño de los tres y, cuando todos estuvieron de nuevo encadenados a sus catres, Andrew la dejó con ellos.

Cacia se sentó, agotada, en una de las camas vacías.

—Bueno, ¿qué está pasando ahí arriba? —preguntó Will.

—Yo diría que estamos bastante bien acompañados —contestó ella con un suspiro lastimero—. Hay tantos coches de policía que el cielo se ve azul. Tiene su encanto.

—Deben rendirse —dijo Annie con dureza; sin duda había recordado las prácticas sobre secuestros que había hecho al principio de su carrera.

—¡No me diga! —replicó Cacia. Dio la espalda a Annie y se dirigió a Will—. Ojalá nada de esto hubiera sucedido.

—Tenía que ocurrir —repuso Will—. Es lo que tiene el destino, pero eso no hace falta que te lo diga yo.

Ella asintió con gravedad.

—¿Se ha puesto en contacto con vosotros algún negociador? —inquirió Will.

—Por teléfono. Un hombre muy agradable; hablé yo con él la primera vez que llamó. Me preguntó si Phillip y tú estabais aquí, pero Daniel no me dejó contestar.

—Os van a pedir algo. Un gesto inicial que demuestre que queréis hacer bien las cosas. ¿Por qué no soltáis a Phillip?

—Daniel no querrá. Está obcecado. Es terco. Siempre me ha gustado eso de él.

—Pues que salga Annie.

—Tampoco querrá.

—Entonces ¿qué? —preguntó Will—. ¿Cómo cree Daniel que terminará esto?

—Supongo que no lo sabe.

—Pero tú sí.

Una lágrima solitaria rodó por la mejilla de Cacia.

—Ven a dar una vuelta conmigo, Will —dijo.

Él levantó la muñeca y ella le quitó el grillete. En la antesala le preguntó si quería pasear por la Biblioteca.

—¿Podemos sentarnos con los escribas sin molestarlos? —preguntó Will.

—Pocas cosas los distraen de su tarea —contestó ella.

Entraron en la Sala de los Escribas y los sabios apenas levantaron la vista. Haven estaba allí, leyendo un libro de texto. Cacia le dijo que podía subir, pero le advirtió que se mantuviera alejada de las ventanas y no recorriera las cortinas.

—¿Aún está ahí la policía? —preguntó la chica.

Su madre asintió con la cabeza.

—¿Puedo ir a sentarme con Phillip?

—Si eres buena —dijo Cacia—. Por favor, no lo sueltes. Por su seguridad.

—¿Sigue ahí esa mujer?

—Se llama Annie —intervino Will—. Es buena gente. También está asustada.

Will y Cacia se sentaron a una de las primeras mesas y observaron en silencio a los escribas. Will se sentía como un profesor vigilando un examen mientras sus alumnos garabateaban los folios.

Los pálidos rostros de los siete escribas revelaban una absoluta concentración. Con la cabeza gacha movían los bolígrafos por la página sin que se oyera nada. Imaginó que en siglos pasados el ruido de la fricción de las plumas contra el

pergamino debía de ser ensordecedor, pero en ese momento el único sonido que rompía de vez en cuando el silencio era el del papel al volver una página. No parecía que tuvieran que pensar lo que iban escribiendo. Ninguno de ellos miraba al techo en busca de inspiración, ni suspiraba, ni murmuraba. Eran máquinas eficaces y bien engrasadas.

Observó que al más anciano de los escribas, un hombre de pelo entrecano y rala barba rojiza, le caía la baba sobre la camisa azul y él ni siquiera se daba cuenta. Cacia se levantó enseguida para atenderlo. Había una toalla colgada de un clavo en su puesto y Cacia la cogió y la usó para limpiarle la cara y la camisa con cuidado y ternura. Una gota de saliva había caído en la página y Cacia la secó.

—Se llama Angus —dijo cuando volvió junto a Will—. Calculo que tendrá unos ochenta y tantos. Le pasa algo, pero no podemos hacer nada para impedirlo.

—Supongo que el médico del pueblo no hará visitas a domicilio —señaló Will.

—A esta casa, no —contestó ella; parecía contenta de encontrar algo de lo que reírse—. Se nos dan bastante bien los remedios caseros. Cuando tienen tos o fiebre, los metemos en el cuarto en el que estáis vosotros ahora para que no contagien a los otros. En general, son gente sana.

Will exploró los rostros de ojos verdes.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí.

—De tus hijos.

—¿Andrew y Douglas?

—No, de estos hijos.

Ella volvió a levantarse, se situó detrás del más joven y le puso las manos en los hombros. El chico dejó de escribir un instante en respuesta al contacto, pero prosiguió enseguida, sin levantar la mirada.

—Este es Robert. Tiene diecisiete años, pero parece más joven, ¿verdad? —Luego se acercó a Matthew—. Y Matthew tiene veintiuno. Yo solo tenía diecinueve cuando lo tuve. Los demás son de la época de mi madre, que en paz descanse.

—¿Cómo lo llevan tus otros hijos?

Cacia besó el pelo rojo de Matthew y volvió con Will.

—Lo aceptan. Es lo que han visto siempre. Y las niñas saben que cuando llegue su hora harán lo que tengan que hacer.

—Pero eso va a cambiar, Cacia. Lo sabes. Para bien o para mal, lo que has conocido va a terminar. La policía no se va a marchar.

—Lo sé, lo sé —respondió en un susurro tan débil que Will apenas lo oyó—. ¿Qué será de ellos? Veo muchas cosas, Will, pero en lo que respecta a ellos no veo nada.

—Yo haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte y ayudarles.

—Los meterán en una jaula en algún sitio. La gente irá a verlos como si estuvieran en un zoo. No quiero ni pensarlo.

—Entonces tenemos que hacer algo. Debemos controlar la situación mientras aún podamos.

—No hay nada que hacer —dijo ella, desesperada.

—Sí, sí lo hay —repuso Will—. Déjame ayudarte.

Kenney y sus hombres, agazapados entre los setos al frío de la noche, observaban por los binoculares de visión nocturna cómo se desplegaba la acción policial a sus pies. Atestaban la estrecha carretera comarcal coches patrulla, ambulancias y un furgón de la Policía de Cumbria. Un comando SWAT había tomado posiciones, pero Kenney se mofó de sus tácticas.

—¡Joder! ¿Habéis visto eso? Solo hay dos tiradores en puntos estratégicos detrás de la granja. Esto tiene de seguridad lo que un submarino con puertas de cristal.

Harper abrió la bolsa de su ración de combate y le preguntó a su jefe si quería.

—¿Qué es? —preguntó Kenney.

—Estofado de mierda —contestó Harper.

—Sí, sí, dame, pero déjame llamar primero. —Se puso el auricular de botón, dio un comando de voz al NetPen y, en cuanto se estableció la conexión, dijo:

—Soy Kenney. Pásame con el contraalmirante Sage, prioridad alfa.

Esperó unos instantes y enseguida se puso Sage.

—¿Cuál es su estatus? —le preguntó Sage.

—Bueno, señor, debemos de tener a toda la policía de la zona y parte del extranjero a unos quince kilómetros de aquí. Estamos monitorizando su intervención y no parece que estén haciendo grandes progresos con los que están encerrados en la casa. Hay un puñado de agentes del MI5 cacareando por allí e informando a Londres cada cinco segundos, pero están dejando que la policía se ocupe del asunto.

—¿Alguna confirmación de que Piper esté dentro?

—Ninguna. Pero está ahí. Estoy seguro. Su hijo también. Y Locke, la del MI5, segurísimo. Han recogido a su jefe, al que habían disparado, del arcén de la comarcal, junto con el cuerpo de otro agente.

—¿Y aún no saben qué diablos está pasando ahí dentro? —inquirió Sage con obvia irritación.

—No, señor.

—¿No se ha dicho nada de los bibliotecarios?

—Negativo. ¿Hay algo que deba saber del problema con los chinos?

—Continúan con su despliegue de poderío militar. En los canales diplomáticos no se habla de otra cosa. A algunos de las Naciones Unidas les van a meter un buen puro.

—Entendido —dijo Kenney—. ¿Algún cambio en nuestra misión?

—No. Manténganse al margen, sin que los vean, y sigan con la vigilancia visual y electrónica. Informen dentro de dos horas, o antes si hay cambios. Corto.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Lopez.

—Que sigamos sigilosos como ratones y no perdamos de vista el objetivo.

Harper le pasó a Kenney una bolsa de rancho.

—¿Por qué se dice eso de «sigiloso como un ratón»? —quiso saber—. Los ratones hacen muchísimo ruido como algo los ponga cachondos.

—Igual debería ser «sigiloso como un insecto» —opinó Lopez.

Kenney masticó su estofado.

—No te haces idea de lo ignorante que eres, Lopez. Los insectos son las criaturas más ruidosas del planeta. ¿Sabías que hay un insecto acuático diminuto, el garapito, que cuando se apareja hace un ruido de casi cien decibelios? Eso es como estar sentado a tres metros de la vía cuando pasa un puñetero tren de carga. ¿Sabes cómo lo hacen?

Lopez no lo sabía.

—Ese bichito tiene un pene del grosor de un cabello humano, como el tuyo más o menos, Harper, y frota esa porquería contra unas crestas que le salen del abdomen, como quien rasca una tabla de lavar con una cuchara. Y así hace ese ruido infernal.

—¿Cómo sabe usted esas gilipolleces, jefe? —le preguntó Lopez.

Kenney metió la cuchara en el estofado y contestó:

—Ni idea, Lopez. Las sé y punto.

—Debes de estar muy orgulloso de tu padre —le dijo Annie a Phillip.

Habían estado allí tumbados, uno al lado del otro, en un incómodo silencio, hasta que ella rompió el hielo.

—Sí, supongo —contestó él.

—Siempre me he preguntado cómo sería..., ya sabes, ser la hija de un famoso. Mi padre es auditor.

—Nunca me lo he planteado.

—¿No? Vi que ganaste un concurso con una redacción en la que hablabas de él.

Phillip parecía incómodo.

—Eso fue después del infarto. No sé por qué lo escribí.

—Bueno, no te preocupes, no tienes por qué explicarme nada. Pero igual puedes contarme por qué estás en Yorkshire. ¿Cómo surgió?

Antes de que pudiera contestar, Haven entró en el cuarto y se sentó en la cama de Phillip mirando ceñuda a Annie.

—Me acaba de preguntar —dijo Phillip dándole un codazo— por qué he venido aquí...

—¿Se lo has dicho?

—Aún no.

—Vino porque yo se lo pedí.

—¿Os conocíais de antes? —quiso saber Annie.

—No, yo leí su redacción en clase.

—Ah, otra vez esa redacción —dijo Annie—. ¿Y por qué te pusiste en contacto con él?

—No tienes por qué contárselo —le señaló Phillip lanzando a Annie una mirada asesina.

—¿Por qué tengo la extraña sensación de que estoy de más? —repuso Annie—. Si me sueltas, estaré encantada de darme una vuelta y dejaros solos.

—Qué graciosa —dijo Haven—. Se lo cuento. Pensé que Phillip podría ayudarme a decirle al mundo que lo del horizonte es una bobada. Una chica de mi escuela estaba tan angustiada que se ahorcó. Creí que debía hacer algo al respecto.

—Bueno, eso me parece admirable, jovencita. Cuando esto acabe y se arregle, me aseguraré de informar a las autoridades de lo bien que lo has hecho.

Haven se echó a llorar.

—Siento haberte disgustado —dijo Annie—. No...

—¿Por qué no cierras el pico ya? —espetó Phillip—. Ojalá no estuvieras aquí.

—En eso estamos de acuerdo —replicó Annie—. Escucha, Phillip, no tengo claro por qué te caigo tan mal, pero...

—Por cómo miras a mi padre —la interrumpió él—. Como si hubiera algo. ¿Hay algo?

Annie sonrió.

—Tu padre es un auténtico caballero. No ha habido nada entre nosotros. Te doy mi palabra.

—Me alegra saberlo —dijo Phillip—, porque mi madre te daría una patada en el culo si estuvieras tonteando con él.

—Entra conmigo en la Biblioteca —propuso Cacia.

Will cruzó la antesala detrás de ella. En cuanto pasó la puerta de la Biblioteca, Cacia se echó a llorar.

—No quería que me vieran llorar. Nunca han visto llorar a nadie, y no sé cómo reaccionarían.

—No me parece que reaccionen mucho a nada —opinó Will.

Cacia contuvo los sollozos lo mejor que pudo.

—Huy, sí. Tendrías que conocerlos tan bien como yo. Puede ser un ligero temblor en las comisuras de la boca o una inspiración particularmente honda. Tienen sentimientos.



Will detectó que bajaba la guardia y aprovechó la ocasión.

—También tú tienes sentimientos.

Cacia alargó el brazo y acercó a Will a su cuerpo. Él la abrazó mientras ella le abría su corazón.

—He llevado una vida tan solitaria... Y difícil. Trabajo constante. Secretismo. Aislamiento. Quiero a Daniel, lo juro, pero ya no hay complicidad entre nosotros, no hay intimidad. Él no lo dice, pero creo que no le hizo gracia que yo tuviera hijos de ellos. Sabe que nuestra vida es así, pero eso tiene que afectar a un hombre, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Yo no quería esta vida para mis hijas, pero somos Lightburn, y esto es lo que hacemos. Es nuestra obligación.

—Lo entiendo —dijo él—. De verdad.

—Sería estupendo que pudiéramos mandar al cuerno todo este lío y todas nuestras obligaciones y tumbarnos un rato, solos tú y yo. —Suspiró; luego lo soltó—. Pero duraría poco, ¿y qué nos quedaría luego?

—Esto. Resolver el mayor problema que has tenido en tu vida.

—¿Qué puedo hacer?

—Necesito el NetPen de Phillip. ¿Aún lo tienes?

—Lo dejé en el alféizar de mi ventana para que estuviera a salvo. Haven me dijo que se carga con el sol. Pensé que... por si acaso.

—Buena idea. Tráemelo en cuanto puedas.

—¿Qué vas a hacer?

—La información es poder, Cacia. Es la única arma que tenemos. Si el mundo no sabe nada de la Biblioteca, cuando las autoridades tomen este lugar, y lo harán, se apoderarán de los libros y todo se irá al garete. Seguramente dejarán que la gente siga creyendo que el horizonte existe y montarán otro sitio del estilo de Área 51 para explotar los datos con fines militares y políticos. Incluso cabe la posibilidad de que nos maten o nos encierren para asegurarse de que nadie se entera nunca de nada.

—Dios mío —susurró ella.

—Yo me vi en esa misma situación hace años y, para salvarme, no me quedó más remedio que filtrar lo que sabía de Área 51. Ahora hay que hacer lo mismo.

—¿A quién se lo vas a contar?

—A mi mujer no. Se vería obligada a ocultárselo al FBI. No puedo comprometerla así. Hay otra persona. Creo que puedo confiar en él. Sería perfecto. Por favor, Cacia, tráeme enseguida el NetPen de Phillip.

—Eso sería una traición a nuestra familia, a nuestro legado, a generaciones de Lightburn, ¿no?

—No. Eso sería salvar a tu familia y proteger su legado. Sé cómo funcionan estas cosas. Sé cómo terminará esto si no trabajamos juntos. Sabes que lo que te digo es

cierto.

Con un asentimiento que sacudió su cabello color rojo fuego y una mirada de determinación, Cacia se fue y lo dejó allí, libre y a sus anchas. La Biblioteca era tan grande que casi se sintió desorientado. Parecía infinita, como vista en dos espejos contrapuestos. Sintió el impulso momentáneo de dirigirse al fondo y curiosear en el futuro inmediato, pero se contuvo. En el fondo no quería saber cuándo iba a morir. Ni cuándo moriría Phillip. Ni Nancy. Ni su hija, Laura. Ni Nick. No quería saberlo nunca. Y no quería que lo supieran otras personas.

Lo que hizo, en cambio, fue sacar al azar un tomo del futuro lejano. Del 21 de mayo del 2440. Los nombres que vio allí eran un arcoíris de diversidad, decenas de idiomas y etnias.

«Al mundo le irá bien», pensó.

Cacia volvió, sin aliento, con el NetPen de Phillip.

—Confío en que vas a protegernos —le dijo.

Will cogió el dispositivo y la besó en la frente.

—No te defraudaré.

Y aunque le costó aclararse con los botones del NetPen, con los que no estaba familiarizado, consiguió hacer una foto de una larga hilera de libros.

Cacia volvió a encadenar a Will a su catre y, con mirada pesarosa, lo dejó solo con Phillip y Annie.

—Mirad lo que tengo —dijo Will sacándose el NetPen del bolsillo.

—¿Te lo ha dado ella? —preguntó Annie, incrédula.

—Sí.

—Tenemos que ponernos en contacto con mi central, que sepan cuál es la situación —dijo Annie.

—No, vamos a jugar esta baza de otra manera —repuso Will con firmeza—. Phillip, necesito enviar un mensaje encriptado.

—¿Quieres tunelizar? —preguntó Phillip.

—Sí, tunelizar. ¿Puedes hacerlo?

—Claro.

—Y quiero enviar la foto que acabo de hacer.

—Dámelo. ¿Prefieres teclear o dictar?

—Teclear.

—Espera, te preparo la pantalla y ya está. ¿A quién se lo vas a mandar?

—Al tío Greg.

Will paseó los dedos con torpeza por el pequeño teclado virtual, pero consiguió escribirlo todo. Se lo devolvió a Phillip y dijo:

—Mándalo.

Se oyó el estruendo de la puerta estampándose en el marco de madera.

Daniel entró con los ojos inyectados en sangre. Andrew iba detrás, imitando a su padre.

Daniel vio el NetPen en la mano de Phillip y se lo arrebató.

—Andrew ha visto a su madre cogerlo y ha venido a contármelo en cuanto he vuelto de espiar a esos cabrones del granero. —Lo tiró al suelo y lo pisó con la bota dos veces; el dispositivo tubular quedó aplastado y pequeños fragmentos de metal y de plástico salieron disparados.

—Ahora dime la verdad, muchacho, o te daré una paliza como la que le he dado a mi mujer.

Will no pudo contenerse.

—Qué machote, Daniel. Pegarle a tu mujer. ¿Te atreves también con hombres?

—Que te jodan —respondió Daniel—. Hablaba contigo, joven: ¿has llamado a alguien?

Phillip le plantó cara y dijo:

—No.

—¿Me estás mintiendo?

—Lo juro. Iba a hacerlo, pero no me ha dado tiempo.

—Muy bien. Bastante lío hay ahí fuera como para que tengamos que lidiar con vosotros también.

Y tras dar un último taconazo en el suelo agarró a su hijo y se fue.

Will deseaba abrazar a Phillip, pero no podía, y además al chico lo habría incomodado aquel gesto.

—¿Lo has mandado? —le preguntó.

—Por supuesto —contestó, orgulloso.

—Mientes de maravilla —señaló Annie, encantada—. Tienes futuro en los Servicios Secretos.

—No he mentado. Él me ha preguntado si había llamado a alguien —dijo Phillip—. Que hubiera preguntado mejor.

Greg Davis terminó su almuerzo tardío y mandó a casa a Maggie, su ayudante. Fuera caía aguanieve, así que salir a montar en bici quedaba descartado, y un paseo tampoco le apetecía demasiado. Se tumbó en el sofá, se toqueteó los rizos de su pelo y pulsó el botón de audio del televisor, que había silenciado. En la CNN había un reportaje sobre la expulsión de Pekín, por parte del gobierno chino, de una serie de diplomáticos estadounidenses acusados de colaborar con la CIA como represalia por el asunto de las postales. El gobierno de Estados Unidos negaba rotundamente las acusaciones, y se decía que estaba sopesando la respuesta más adecuada. Cuando terminara de relajarse en el sofá publicaría un enlace sobre esa historia en *China Today*.

Aunque se había quedado calvo en la coronilla y tenía canas, Greg no había cambiado mucho desde sus días de joven reportero. Gente que llevaba veinte años sin verlo lo reconocía de inmediato. Para sus amigos, él y Laura, que conservaba su *look* retrohippy, eran «la eterna pareja».

El centro neurálgico del grupo mediático de Greg era el segundo dormitorio de su apartamento de Greenpoint, en Brooklyn. Para ser una empresa de dos empleados, Today Media sacaba al mercado muchos productos. Las revistas electrónicas de Greg abastecían a las nutridas comunidades de inmigrantes de Estados Unidos de sitios web hechos a medida de sus intereses. Las había para mexicanos, cubanos, hindúes, paquistaníes, brasileños, japoneses..., pero la que más atención estaba recibiendo esos días era *China Today*.

El concepto consistía en reunir noticias nacionales e internacionales de relevancia para el lector destinatario de la publicación, hacerse con colaboradores externos bien informados que escribieran contenidos originales y vender anuncios destinados a cada grupo étnico en concreto. Sin embargo, durante los últimos años el número de visitas a sus páginas era demasiado bajo para que los anuncios tuvieran buena visibilidad y apenas obtenía beneficios.

Le incomodaba que en gran medida su estilo de vida se apoyara en lo que su mujer ganaba con sus libros. Laura había escrito nueve novelas, y todas ellas habían alcanzado cifras de ventas bastante dignas. De su primer libro, *Bola de demolición*, ligeramente basado en la ruptura del matrimonio de sus padres, se había hecho incluso una película debido al interés general que habían despertado las manifestaciones públicas de Will Piper. Y aunque ella siempre había procurado establecer su propia identidad al margen de ser la hija de Will Piper, su editorial la había persuadido para que explotara su apellido una vez más con su último libro, *Horizonte*. En los tiempos de angustia que corrían no era de extrañar que la novela se hubiera convertido en su primer auténtico best seller.

Sin embargo, lejos de contribuir a la felicidad marital, su éxito no había hecho más que avivar la rivalidad tácita que existía desde hacía tiempo entre Greg y ella. Pocos días después de que la editorial diera una fiesta en su honor por haber entrado en la lista de ficción del *New York Times*, sus discusiones habían empezado a ser particularmente violentas.

Entonces, de pronto, la suerte de Greg había cambiado de forma inesperada. Los residentes del barrio chino de Nueva York habían empezado a recibir postales y su sitio web chino no paraba de registrar visitas. Debido al papel que Greg había desempeñado como reportero del *Washington Post* encargado de sacar a la luz el asunto de Área 51 en 2010, *China Today* se había convertido en el sitio de referencia de crónicas y últimas noticias de la comunidad chinoamericana y de muchos otros lectores en general. La publicidad había empezado a generar beneficios y su ego herido comenzó a sanar. Laura notó la diferencia y le dijo que estaba bien no tener que vivir con un capullo. Y cuando a su padre le había dado el infarto, Greg se había portado como correspondía a un marido y un yerno cariñoso. Ella había comunicado a su grupo de amigas incondicionales que parecía que al final su matrimonio iba a sobrevivir.

Laura llegó a casa, se quitó el abrigo empapado de lluvia y se sentó a ver las noticias de la televisión.

—¿Qué tal en el gimnasio? —le preguntó Greg.

—Bien, supongo.

—Pareces cansada.

—He dormido bien. Es la preocupación.

—¿No sabes nada de tu padre?

—Nada.

—Ha llamado Nick —dijo Greg.

Su hijo, que estaba interno en un colegio privado, tenía la misma edad que Phillip. Nancy y Laura, curiosamente, se habían quedado embarazadas a la vez, y Will casi se había visto en la disyuntiva de tener que elegir entre asistir al nacimiento de su primer hijo o el de su primer nieto.

—¿Todo bien? —preguntó Laura.

—Está bien. Solo ha llamado para saber si habíamos tenido noticias de los chicos.

—Luego añadió—: ¿Cuándo hablaste por última vez con Nancy?

—Ayer por la mañana. Te lo dije, ¿no?

Greg asintió con la cabeza como si lo recordara.

—¿Cómo la encontraste?

—Estresada. Está preocupadísima, pero no consigue que el director la deje volar a Inglaterra.

—¿Por lo de China? —preguntó Greg señalando la televisión.

—Ya sabes, ¡es China! Este asunto nos tiene hartos a todos menos a ti.

—¿Qué insinúas? —preguntó él, enfadado.

—Perdona —dijo ella—. No insinuaba nada. Estoy hecha polvo.

—Sí.

Laura se levantó.

—Voy a darme una ducha.

Greg no pudo dejarlo correr.

—El que por fin esté ganando algo de dinero no me convierte en el malo, ¿sabes?  
—gritó.

—Lo que tú digas. —Ella suspiró y cerró la puerta del dormitorio.

El NetPen de Greg anunció la entrada de un nuevo correo electrónico. Iba a ignorarlo, pero al poco cogió el dispositivo de la mesa de centro y le dio la orden de que leyera el mensaje.

La voz ronca de mujer que había elegido para esa función ronroneó: «De: Phillip Piper. Asunto: Solo para tus ojos y los ojos latinos de Laura. Mensaje: Encriptado. Lo lamento, modo de lectura no disponible».

Greg corrió a su despacho y abrió el correo en su tableta de trabajo. El cuerpo del mensaje era un amasijo de símbolos en código máquina con un encabezado que rezaba: «Protocolo de tunelización 1812».

—Pero ¿qué diablos...? —masculló.

Pulsó la tecla de comandos de su NetPen y pidió el número del trabajo de su asesor informático.

—Hola, Nelson, soy Greg.

—¿Qué pasa, tío? —dijo una voz serena por el móvil.

—Tengo un correo electrónico encriptado con algo llamado «protocolo de tunelización 1812». ¿Cómo lo abro?

—Es una herramienta de encriptación de protocolo abierto, pero es muy potente. Ha habido varios intentos de prohibirla porque los malos la usan para su mierda de malos, pero se sigue usando. Para abrirlo necesitas una clave.

—¿Qué clave? ¡No sé ninguna clave!

—Pues entonces lo tienes crudo, tío.

—Nelson, se trata de una puñetera emergencia —dijo Greg alzando la voz—. Un asunto de vida o muerte, ¿vale? Necesito tu ayuda.

—Ya lo veo, tío. ¿Por qué no me lo reenvías y le echo un vistazo?

—No puede ser. Ni siquiera deberíamos estar hablando de esto por teléfono. Ven a mi casa.

—¿A Brooklyn?

—Por Dios, Nelson, que vives en Manhattan. ¿Cuál es el problema?

—Es otro código postal, tío.

—Coge un taxi. Te necesito aquí ya.

Nelson Federman llegó una hora después con una expresión de fastidio en su joven y mofletudo rostro. Greg le dijo a Laura que iba a ayudarle a resolver un problema que tenía con uno de sus sitios en la red, y a ella no pareció extrañarle su presencia. Aunque el estrés le tenía la inspiración casi anulada, ella seguía adelante y se pasaba el día encorvada sobre su antiguo portátil.

—Hola, Laura —dijo Nelson—. Te encantan esos teclados del año de la nana, ¿eh?

—No sé dictar —contestó ella—. Soy muy mayor para cambiar de manera de escribir.

—Me gustó tu último libro. ¿Cuándo sale el próximo?

Greg interrumpió la charla.

—Vamos, Nelson. El tiempo es oro. —Le hizo una seña para que entrase en el despacho y cerró la puerta.

Nelson echó un vistazo al correo electrónico y se rascó la rala perilla.

—Mira, esto suele funcionar con una clave previamente acordada que conocen tanto el remitente como el destinatario. ¿Ese tal Phillip no te ha mandado nada antes?

—No, nada.

—Entonces no puedo ayudarte, tío. Este protocolo es un algoritmo de curva elíptica con clave de 620 bits. Igual se puede craquear, igual no. En el mundillo de los hackers se dice que ciertas agencias de espionaje se pueden saltar algo así de gordo, pero para eso hace falta un maquinón de ultimísima generación. —Volvió a mirar la pantalla y añadió—: ¿Qué me dices del texto del asunto?

Greg lo leyó en voz alta.

—«Solo para tus ojos y los ojos latinos de Laura.» No sé a qué se refiere con «los ojos latinos de Laura».

—Vale —dijo Nelson, triunfante—, ahí tienes la respuesta, colega. Apuesto lo que sea a que esa es la clave.

—¿El qué? ¿Los ojos latinos de Laura?

—Si uno se toma la molestia de tunelizar, no deja la clave a la vista, pero ese tal Phillip podría estar intentando darte pistas. A ver, déjame que controle tu máquina.

Greg ordenó al dispositivo un cambio de usuario y Nelson asumió la emisión de los comandos de voz y entró en un sitio de encriptación para hackers. Cortó y pegó el mensaje de correo electrónico en el motor de encriptación e introdujo «OjosLatinosDeLaura» como clave.

«Error de desencriptación.»

Probó sin éxito algunas variantes.

—Vale, tío, ¿qué tienen de especial los ojos de Laura?

Greg pensó unos segundos y, de pronto, se le animó la cara.

—¡Son de distinto color! ¡Uno es azul y el otro marrón! Su padre siempre le está tomando el pelo con eso.

—Vale, vamos a probar.

Pasó un rato probando todas las combinaciones que se le ocurrieron de uno azul y uno marrón.

Y todas las veces: «Error de descryptación».

Nelson frunció el ceño.

—Ah, vale —dijo—, igual hay que usar las palabras latinas para azul y marrón.

Diez minutos después ya habían buscado las palabras en el diccionario y habían agotado sin suerte todas las permutaciones posibles de *puteulanus* y *frons*. Nelson empezaba a ponerse nervioso y miraba descaradamente el reloj.

Al fin, Greg se levantó de la silla y abrió la puerta del despacho.

—Laura... eso de tus ojos, ¿cómo se llama? —le gritó.

—¿Para qué quieres saberlo?

—A Nelson lo tiene obsesionado.

—¡Eh! —exclamó Nelson, a la defensiva—. A mí no me metas en esto.

—¡Me alegra que te gusten, Nelson! —contestó ella a voces—. Es una anomalía congénita llamada heterocromía, *heterochromia iridum* en latín.

Greg cerró la puerta de golpe.

—¡En latín! —exclamó.

Con ayuda de Greg, Nelson introdujo el término en la línea de logueo y dijo:

—Entrar.

«Descryptación satisfactoria.»

Hubo un lapsus de un par de segundos, luego aquel galimatías de código se transformó en un mensaje legible con una foto al final.

Greg se puso inmediatamente delante de la pantalla, tapándole la vista a Nelson.

—Eres el mejor, Nelson. Duplica la factura y envíamela.

—¿No lo puedo leer, tío?

—Podrías. Pero entonces tendría que matarte.

—Te triplico la factura por capullo mayúsculo.

Cuando Nelson se hubo marchado, Greg se sentó a leer el correo electrónico, muy nervioso.

Greg:

Phillip y yo necesitamos tu ayuda. No se lo cuentes a nadie, ni siquiera a Laura y, sobre todo, no le digas nada a Nancy, por motivos que ya te explicaré. Nos tienen secuestrados en una granja de Pinn, Cumbria, Inglaterra. Latitud 54.4142, longitud -2.3332. Tienes que coger un vuelo esta noche y



llegar a Pinn mañana por la tarde. Lightburn Farm aparece en los mapas Ordnance Survey del Reino Unido. A unos cien metros al este de la casa y a unos treinta al norte de la B6259 hay un pequeño edificio anexo con la fachada abierta. A las 17.00 GMT tienes que estar dentro de ese edificio. Saldré a buscarte. Nos está ayudando alguien de dentro. Puede que no te resulte fácil llegar allí sin ser visto porque la policía tiene rodeada la granja, pero tú eres un periodista de raza y tengo fe en ti. Mira la foto, Greg, y entenderás por qué eres la única persona en quien puedo confiar. Hay una segunda Biblioteca. No hay horizonte.

Will

Pestañeando incrédulo, Greg vio la imagen de una fila de viejas estanterías que contenían un mar de libros encuadernados en piel. Los que estaban en primer plano llevaban grabado visiblemente el año 2440.

El agente Brent Wilson había sido relevado de su puesto al mando de un control en la comarcal B6259 y se había hecho con una taza de té caliente del furgón de atestados. Mientras disfrutaba de su descanso sentado al frío de la noche en una silla plegable, oyó que lo llamaban.

El ayudante del jefe de policía estaba en la entrada del furgón y le indicaba con gestos que se acercara. Sosteniendo aún su taza, Wilson se dirigió a la parte posterior del vehículo y agachó la cabeza para evitar abrirse el cráneo con el marco de la puerta. El jefe de la policía de Cumbria, John Raab, había llegado de Penrith y estaba sentado a un escritorio.

—Agente Wilson —dijo—, siéntese y siga con su té. Sopla fuerte ahí fuera.

—Sí, señor —contestó Wilson—. Es brutal.

—Tengo entendido que conoció usted a Annie Locke y a Will Piper cuando llegaron a Kirkby Stephen.

—Así es, sí.

—Hábleme de ellos. Cuénteme todo lo que recuerde. Quiero hacerme una idea de cómo reaccionarían si se vieran amenazados. He preguntado por la chica a los del MI5 y han reaccionado como si fueran a divulgar algún secreto nacional.

—Los dos fueron muy agradables, muy simpáticos, diría yo. Los conocí en la comisaría y les ayudé a imprimir unas copias de la foto del chico para que pudieran repartirlas por todo el pueblo.

—¿Y Piper? ¿Qué impresión le produjo?

—Bueno, es un tipo grande. Ya no es ningún jovencuelo, pero creo que se las puede apañar bien. Sobre todo me pareció un hombre preocupadísimo por su hijo.

—¿Y la señorita Locke?

—Ambiciosa, supongo. Joven y en forma. Resuelta, sí; la típica que uno podría esperar que triunfara en los Servicios Secretos.

—Guapa, además.

—En eso estoy de acuerdo.

—Por lo visto, Piper tiene reputación de mujeriego. ¿Algún indicio de que hubiera una relación personal entre ellos?

—¿Cómo dice, señor?

—Eso podría afectar a su criterio y su capacidad de decisión en condiciones peligrosas.

Al parecer, al agente Wilson seguía desconcertándole la pregunta.

—Creo que se habían conocido esa mañana, señor.

—Muy bien, termínese el té y vuelva a su puesto.

Cuando Wilson se hubo ido, el ayudante del jefe de policía le dijo a Raab:

—Hace dos horas que no intentamos establecer contacto. ¿Quiere que volvamos a probar?

—Sí, ¿por qué no? Esta vez use el megáfono. Intimídelos cada cinco o diez minutos, pero varíe el intervalo para fastidiar más, como la antigua tortura de la gota china, ¿eh? Si nosotros no dormimos esta noche, ellos tampoco.

—En una granja como esta tendrán provisiones de sobra para un mes. ¿Cuánto tiempo vamos a esperar a que salgan?

—Acabamos de empezar, Paul. No estamos hablando precisamente del sitio de Orleans. Los tenemos bien rodeados. No van a ir a ninguna parte. De momento, no han pedido nada. Los del MI5 van a traer equipos de visión nocturna y aparatos de escucha. La embajada de Estados Unidos está ansiosa por saber si Piper y su hijo están dentro, como se supone. Vamos a procurar no perder la cabeza y a hacer las cosas poco a poco. Y según las reglas.

El vicepresidente Yi había terminado de dar un discurso ante una clase recién licenciada de la Academia de Ciencias Militares del Ejército Popular de Liberación en una zona residencial del oeste de Pekín cuando su NetPen lo alertó de que tenía una solicitud encriptada de VidLink.

Pidió que lo llevaran a algún lugar donde pudiera estar a solas y el director de la academia lo condujo a su despacho y lo dejó allí.

Yi desplegó la pantalla del NetPen y aceptó la solicitud de videoconferencia. El rostro del general Bo llenó la pantalla. Enseguida vio, por los ojos desorbitados de aquel hombre normalmente imperturbable, que el general tenía algo importante que decirle.

Yi escuchó el informe y se despidió con un simple: «Gracias, general. Entiendo».

Cerró los ojos agradecido y notó que se le llenaban de lágrimas. Tras secárselas con el pañuelo, solicitó al dispositivo un VidLink con su secretaria.

—Dígale al personal del secretario general Wen que estaré en su despacho en diez minutos. Dígales que voy con la gota que colma el vaso.

Kenney taconeaba en la tierra escarchada en el vano intento de entrar en calor. De vez en cuando abría un hueco en el seto para ver con los binoculares de visión nocturna qué se cocía abajo. No creía que hubiera actividad destacable esa noche, pero nunca se sabía. Era cuestión de esperar, algo que a su equipo se le daba fenomenal, pero habría preferido esperar con un tiempo de pantalones cortos y camiseta.

Notó que el NetPen le vibraba en el bolsillo. Para no hacer ruido lo puso en modo texto y desplegó la pantalla. Era un mensaje prioritario de Klepser, su jefe de vigilancia electrónica de Groom Lake. Se sentó en su saco de dormir enrollado para leerlo tranquilamente.

Phillip Piper había enviado a Greg Davis un mensaje encriptado con un asunto misterioso. La geolocalización del envío apuntaba a Lightburn Farm.

Kenney sabía muy bien quién era Greg Davis. Cualquier historiador de la humillante debacle que habían sufrido los vigilantes y Malcolm Frazier en 2010 sabía que Davis era el medio de transmisión de Piper. Y probablemente ahora Piper estuviera sirviéndose del dispositivo móvil de su hijo para ponerse en contacto con Davis.

¿Qué demonios estaba pasando?

Kenney subió unos cuarenta metros por la colina hasta otro grupo de árboles, desde donde podría hablar en voz baja sin que lo detectaran. Hizo a Lopez y a Harper una seña de que no pasaba nada y solicitó una videoconferencia con Klepser.

—¿Qué nivel de encriptación tiene ese correo electrónico del que me acabas de hablar?

—Seiscientos veinte bits.

—Mierda. Seguramente la clave esté en ese asunto disparatado, ¿no te parece?

—Seguramente, pero no será fácil averiguarla, lo más probable es que se trate de algo personal.

—Repito: mierda.

—Creo que me lo puedo saltar, jefe.

—¿Sí?

—Tenemos un nuevo algoritmo con el que he estado trasteando. Si me autoriza a echar a todos los que estén usando nuestros sistemas, creo que dispondría de suficiente potencia informática propia para craquearlo.

—Te autorizo. Si lo consigues, juro por Dios que te lleno la piscina de cerveza.

—Hay algo más, jefe. Siguiendo una corazonada, intervine los pagos automáticos

de Davis. Hace quince minutos compró un billete del JFK a Glasgow; sale hoy a las siete de la tarde.

—Hijo, cuando la piscina esté llena de cerveza, haré que salte a ella un equipo completo de animadoras.

Nancy llamó con fuerza a la puerta y esperó. Estaba a punto de llamar otra vez cuando oyó ruido dentro. Laura abrió y se quedó de piedra.

—¡Ay, Dios mío, Nancy! ¿Qué pasa? —dijo, nerviosa.

—¡Nada! Estaba en Nueva York y se me ha ocurrido pasar a veros.

—¿Papá está bien? ¿Y Phillip?

Nancy entró y se quitó la bufanda mojada.

—Siento haberte asustado. Debería haber llamado antes. No hay novedades. Aún no saben si están en esa granja. Los del MI5 me tienen al tanto, pero llevo muy mal lo de no estar allí.

En la cocina, Laura puso la tetera al fuego. El agua estaba caliente de la última vez, así que empezó a hervir enseguida. Nancy se fijó en que Laura tenía los ojos rojos.

—¿Vas a ir? —preguntó Laura.

—Ahora lo tengo crudo —dijo Nancy—. Quieren mandarme a Pekín mañana con una delegación del Departamento de Justicia. Extraoficialmente, China amenaza con romper relaciones diplomáticas y se supone que este es un ultimísimo esfuerzo por convencerlos de que nuestro gobierno no tiene nada que ver con las postales.

—Pero si al final no murió ninguno de sus diplomáticos de Washington, ¿no?

—Era un bulo, pero aún piensan que fue una provocación por nuestra parte. Pero, Laura, yo no me puedo ir a China mientras Phillip y Will andan metidos en algún lío. Es que no puedo.

—Entonces ¿te vas a Inglaterra?

—Me falta esto —dijo marcando un centímetro con el pulgar y el índice—. Pondré fin a mi carrera, pero a lo mejor es así como se tiene que acabar.

Nancy eligió su té de hierbas.

—¿Greg está en casa? —preguntó mientras Laura vertía el té.

—Se ha ido hace media hora escasa.

—¿Cuándo vuelve?

—Me parece que estará fuera unos días.

Laura le explicó que, nada más terminar una reunión con su asesor informático, había salido disparado al dormitorio a hacer la maleta. Le había dicho que había surgido algo, algo gordo que sería un gran impulso para su negocio, y que tendría que estar fuera un tiempo. No le había explicado de qué se trataba ni adónde iba, pero sí que llamaría para contárselo en cuanto pudiera.

—¿Eso es inusual en él? —preguntó Nancy.

—Completamente. —Laura se echó a llorar, y Nancy se dio cuenta de que debía de llevar ya un buen rato con los ojos rojos.

—Cuéntamelo todo, cielo.

—Hemos tenido problemas. Pensaba que la cosa estaba mejorando, pero quizá malinterpreté la situación. Creo que tiene un lío.

—¿Tienes pruebas?

—No, la verdad es que no.

Nancy negó con la cabeza.

—Cuando una mujer sospecha que su marido la engaña, curioseará de vez en cuando en su correo electrónico o en sus mensajes de texto. ¿Lo has hecho?

—Jamás. A ver, ¿tú le has hecho eso alguna vez a papá?

Nancy rio.

—Probablemente lo haría si tu padre usara el teléfono y el ordenador para algo más que de pisapapeles. ¿Sabes la contraseña de su correo?

—¡No! —exclamó Laura, horrorizada por la insinuación, aunque luego pareció gustarle la idea—: Pero no creo que lo cierre.

—Mira, cielo, si quieres echar un vistazo, yo te doy apoyo moral.

—¿Tú crees que debería? —preguntó Laura.

—La verdad te hará libre. O al menos eso dicen.

La pantalla del despacho de Greg salió del modo de reposo con un comando de Laura, que era un usuario autorizado. Entró en la cuenta de correo electrónico de su marido y, como sospechaba, no la había cerrado.

Nancy lo vio de inmediato: ¡un correo de Phillip!

—¡Madre mía! —farfulló.

Laura lo abrió.

—Está encriptado —señaló Nancy al leer el asunto. Miró su reloj—. Lo han enviado hace dos horas. Es de Phillip, pero seguro que Will tiene algo que ver. No sé qué significa «los ojos latinos de Laura», pero no me pega que sea cosa de Phillip. Es más del estilo de Will.

—¡Sé lo que es! —espetó Laura—. Mientras Greg estaba con el informático me han preguntado cómo se llama mi anomalía ocular, ya sabes, lo de tener cada ojo de un color. En latín se llama *heterochromia iridum*.

—¡Esa debe de ser la clave de desencriptación! —dijo Nancy—. Will sigue siendo el más listo de la clase. Laura, dame control por voz del ordenador.

Nancy abrió enseguida un programa de tunelización, transfirió a este el correo codificado e introdujo *heterochromia iridum* como clave.

Y allí estaba.

Nancy empezó a temblar visiblemente mientras leía. Hizo esfuerzos por mantener la compostura, pero la lucha interna entre esposa, madre y agente era obvia.

—Una segunda Biblioteca —dijo con voz trémula—. Alguien quería que Phillip lo supiera. Ahora Will quiere que Greg lo sepa. La historia se repite. Escúchame,

Laura: sé que te va a costar, pero, por el bien de ellos tres, tienes que mantener esto en secreto, ¿vale?

Laura hurgaba en un cajón. De detrás de un paquete de folios sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor.

—Reserva de emergencia —dijo, de pronto animada. La mano le temblaba mientras lo encendía—. No voy a contarle nada a nadie. ¿Qué vas a hacer tú?

Nancy ya estaba en marcha. Tenía a su secretaria al teléfono y estaba pidiéndole que averiguara qué vuelo había cogido Greg Davis. Mientras esperaba, ensayó lo que iba a decirle a su jefe. Si Will no había querido que ella se enterara era porque no quería que el FBI lo supiera. Tendría sus razones, y ella iba a seguirle el juego. Cuando se trataba de otras mujeres, no confiaba en él, pero tratándose de un caso le confiaba hasta su propia vida. Y la de su hijo.

Llegó la respuesta. Greg tenía plaza en el 231 de British Airways con destino a Glasgow que salía a las 19.00 h. Nancy le dijo a su secretaria que le cogiera un billete para el mismo vuelo. Luego le pidió a Laura que la dejara a solas para poder llamar a su jefe.

El director Parish ya parecía cabreado antes de que empezase la conversación.

—¿Dónde narices estás, Nancy?

—En Nueva York.

—¿Y qué haces ahí?

—Sigo una pista.

—¿Algo prometedor?

—Es demasiado pronto para saberlo. Voy a necesitar unos días para ver cómo progresa esto.

—Pues no tienes unos días. Te quiero en la base aérea de Andrews mañana por la mañana para que cojas el vuelo del Departamento de Estado a Pekín.

Ella contuvo la respiración, luego dijo:

—Lo siento, señor, pero no puedo ir.

Siguió un silencio incómodo.

—Me parece que no te he oído bien. Es una orden, Nancy.

—Lo sé. Si consideras que debes relevarme del cargo por esa razón, dejaré mi placa y mi arma en la oficina de Nueva York, pero tengo que seguir esta pista hasta el final y voy a hacerlo con o sin placa.

No habría sabido decir si lo que oyó fue un suspiro o el sonido del humo saliendo de las orejas de Parish.

—Dios, Nancy, espero de verdad que sepas lo que haces. Me fastidiaría tener que prescindir de ti. Esta es la primera y la última vez que te tolero una insubordinación.

Nancy vio a Greg comprándose una golosina en una de las tiendas de la zona de

salidas de British Airways. Lo observó un rato e intentó averiguar su estado de ánimo. Le pareció que estaba nervioso, aunque Greg nunca había sido un tipo tranquilo. Ella siempre había procurado ser objetiva respecto a él. Habría sido mucho más fácil opinar como Will: que era un oportunista, que llevaba clavada la espinita de no haber podido mantenerse al nivel de sus prometedores comienzos profesionales, que no era lo bastante bueno para su hija... Pero Nancy prefería ver a Greg con sus propios ojos. A su juicio era bastante majo, aunque un poco inútil, pero ella no le desearía a ningún hombre la cruz de ser el yerno de Will Piper.

También ella tenía que hacer compras, dado que iba con lo puesto. Le había dejado la pistola al chófer, así que ni siquiera el bolso le pesaba. Empezó por comprar una maleta con ruedas en una tienda de equipajes y luego fue de tienda en tienda llenándolo de ropa y útiles de aseo. Una vez equipada, tiró de la maleta hasta donde estaba sentado Greg e hizo un poco de teatro.

—¡Greg! ¿Qué haces tú aquí?

La cara de él le pareció una mezcla de sorpresa y culpabilidad.

—¡Nancy! ¡Vaya! Voy a Escocia en viaje de negocios. ¿Y tú?

Se quitó la máscara.

—Voy a traerme a Will y a Phillip a casa, Greg —dijo muy seria.

—¿Ha habido algún cambio? —preguntó, nervioso—. Cuando he hablado con Laura hace un rato no había novedades.

—Eso ha sido antes de que yo supiera seguro que están en esa granja de Pinn. Ahora ya lo sé.

—¿Cómo te has enterado?

Nancy se sentó a su lado.

—Leyendo tu correo.

Greg se desinfló como un suflé del día anterior.

—Lo siento, Nancy. Ya has visto lo que escribió. Me pedía que no te lo contara. ¿Qué querías que hiciera?

Ella le puso una mano en el brazo.

—Has hecho lo que pensabas que debías hacer. No te culpo por ello. Pero ahora lo sé y me voy contigo. ¿Te lo puedes creer? ¿Una segunda Biblioteca?

Él asintió con rotundidad.

—Es increíble. Eso lo cambia todo. —La miró muy serio—. ¿Lo sabe el FBI?

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—Seré una ciudadana de a pie durante unos pocos días. Quizá más. Mi jefe está furioso conmigo.

—¿Por qué?

—Por escaquearme del caso de China.

—¿Aún no hay pistas?



—Ninguna de la que pueda hablar.

Greg volvió a asentir, luego se revolvió en el asiento, como si quisiera preguntarle algo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí tan rápido? —dijo al fin—. He recibido el correo esta tarde. ¿Cómo lo has descifrado?

—Estaba en tu casa.

Se quedó pasmado.

—¿Por qué?

—Estaba en Nueva York y se me ocurrió ir a ver a Laura para darle ánimos. Hemos empezado a hablar y una cosa ha llevado a la otra. Nos ha parecido obvio que la clave de cifrado era su anomalía ocular.

—¿Ha mirado mi correo? —preguntó él con cierto resentimiento.

—Ha sido cosa mía, Greg. Ella creía que tenías un lío.

—¡Yo! Ni se me pasaría por la cabeza.

—No soy quién para decirlo, pero me parece que tendríais que cuidar un poco más vuestro matrimonio.

Greg puso cara de «no, no eres quién para decirlo».

—Bueno, ¿cuál es el plan? —dijo en cambio.

—Seguir las instrucciones de Will al pie de la letra —contestó ella—. Con suerte, él lo tendrá ya todo pensado. Si no, habrá que improvisar, ¿verdad?

Mientras Nancy y Greg se dirigían al aparcamiento de coches de alquiler del aeropuerto de Glasgow, Kenney abría la cremallera de su saco de dormir; su respiración producía agradables nubes de vaho.

—¿Alguna novedad? —preguntó a Harper, que había hecho la vigilancia de las últimas cuatro horas.

—Nada. La policía no ha dado ningún paso. Todo tranquilo.

—Se han cansado de la chorrada del megáfono justo a tiempo para que yo pudiera echar una cabezadita. ¿Cómo lo ves? ¿Qué hay para desayunar?

—Barritas energéticas y estofado de mierda.

—Me quedo con las barritas.

El NetPen de Kenney vibró. Al leer el mensaje de la pantalla, una sonrisa le arrugó el rostro.

Parecía que quisiera gritarlo a los cuatro vientos, pero lo hizo a pocos decibelios.

—¡Aleluya! Klepser se ha saltado la encriptación. —Tocó la pantalla para abrir el archivo adjunto y, al hacerlo, se le descolgó la mandíbula—. Despierta a Lopez —dijo a Harper—. Este va a ser un día que recordaremos el resto de nuestra vida.

En Nevada, el contraalmirante Sage no había dormido mucho cuando sonó el teléfono. Su mujer gruñó y se tapó la cabeza con las sábanas mientras él buscaba a

tientas el aparato en la mesilla de noche.

—¿Sí?

—Contraalmirante, soy Kenney. Tengo algo.

—¿De qué se trata?

—Hemos descifrado el mensaje de Piper a su yerno, Greg Davis, el reportero que estuvo implicado en...

—Ya sé quién es —graznó el contraalmirante.

—Se lo leo palabra por palabra.

Mientras Kenney lo leía, el contraalmirante, que lo escuchaba tumbado, se incorporó de golpe y luego se levantó de la cama.

—Maldita sea —dijo cuando Kenney hubo terminado.

—Sí, señor. Maldita sea.

—Manténgase a la espera mientras llamo al Pentágono. Ah, Kenney...

—¿Sí, señor?

—Puede que al final no nos quedemos sin empleo.

Ni Greg ni Nancy hablaron mucho durante el viaje de dos horas y media de Glasgow a Pinn. Casi todo el tiempo condujo Greg, con el GPS encendido, mientras ella contemplaba el paisaje neblinoso. Aunque no había nieve, salvo en la cima de las colinas, la escarcha matinal aún cubría los arceles y los prados, y había pequeños chuzos derritiéndose en los canalones de los tejados.

Llegaron a Kirkby Stephen a la hora de comer y, con tiempo por delante, pararon en un café a tomar un bocadillo. Allí leyeron el periódico local, cuya portada estaba salpicada de noticias sobre una misteriosa intervención policial en Pinn. En las otras mesas era evidente que todo el mundo hablaba de eso pero que nadie sabía qué ocurría en realidad. Nancy le preguntó qué pensaba a la camarera y esta le contó las dos versiones más populares: en la granja había una fábrica clandestina de drogas o algún tipo de secta religiosa armada.

—La gente de Mallerstang es rara, ¿sabe? —añadió la chica.

Esperaron a las tres para recorrer el tramo final del viaje hasta Lightburn Farm y, a las tres y media, cuando estaban a solo cuatro kilómetros de su destino, se toparon con un atasco en la comarcal a Pinn. Nancy salió del coche y se acercó a una de las personas que pululaban junto a sus vehículos, también detenidos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Hay un control de carretera más adelante —contestó el conductor—. Una actuación policial. —Algunos coches daban la vuelta y se iban por donde habían venido—. Eso mismo voy a hacer yo —dijo el hombre regresando al vehículo.

Nancy asomó la cabeza por la ventanilla y le dijo a Greg:

—No tenemos todo el tiempo del mundo. Deja el coche en el arcén; haremos el resto del camino a pie.

El agente Wilson despertó sobresaltado en el asiento de atrás de su coche patrulla. Otro de los agentes de la zona, un hombre arisco y mayor que él, Perkins, le tiró al regazo desde el asiento delantero un bocadillo de beicon envuelto en papel de aluminio.

—Nos han pasado esto, pero no quería estropearle la siestecita. ¿Has dormido bien?

Wilson intentó sin éxito estirar las piernas.

—Pues no, la verdad. ¿Pueden hacernos esto?

—¿Hacernos qué?

—Tenemos de servicio veinticuatro horas sin los descansos reglamentarios.

—No te molestes en llamar a tu enlace sindical. Lo han declarado emergencia policial, así que te tienen cogido por las pelotas. Salvo que prefieras volver a la vida

civil.

—A lo mejor lo hago —dijo Wilson quitándole el envoltorio al bocadillo—. Tengo ahorrado lo suficiente para llegar al horizonte sin trabajar.

Perkins bufó.

—Con la suerte que tienes, llegará el horizonte, no pasará nada, el mundo bailará y cantará, y tú te volarás la tapa de los sesos porque estarás arruinado.

El bocadillo desapareció tras unos cuantos mordiscos. Wilson miró su reloj.

—Las tres y media y ya empieza a oscurecer. Volvamos a nuestro puesto.

—Pensaba que te largabas.

—Mi señora me mataría si me pasara el día en casa mano sobre mano —dijo Wilson.

De pronto, algo le llamó la atención en las colinas.

—¿Has visto eso?

—¿El qué?

—Por allá van unos a pie hacia la granja.

—Por el amor de Dios —exclamó Perkins abriendo la puerta del coche. El aire frío se coló dentro—. Esos imbéciles no se dan cuenta de que les van a pegar un tiro. Vamos.

Los dos agentes subieron deprisa la colina, agitando el arma para llamar la atención de los supuestos excursionistas.

Nancy y Greg vieron a los policías a lo lejos y maldijeron. La caminata les había llevado más de lo que ella había calculado. Para evitar que pudieran verlos desde la carretera habían hecho parte del camino por la colina. La suela de cuero de sus zapatos apenas se agarraba a la pendiente resbaladiza y había muros de piedra que saltar.

—¿Qué hacemos? —preguntó Greg.

El anexo de piedra que Will les había descrito estaba a la vista.

—Habrá que quitárselos de encima como sea —dijo ella.

Bajaron la colina con cautela en dirección a los policías. Nancy le susurró que la dejara hablar a ella.

—Buenas, agentes, ¿algún problema?

—¿Qué creen que están haciendo? —preguntó Perkins.

—Dar un paseo —respondió ella.

—¿Ah, sí? —dijo Wilson—. ¿No han visto el control de carretera?

—Pensábamos que eso era solo para los coches.

Perkins se quedó mirando el calzado urbano de Greg y Nancy.

—Si ustedes son excursionistas, yo soy el rey de Inglaterra.

Nancy les sonrió con la mayor coquetería que pudo.

—Verán, agentes, la verdad es que somos periodistas. Solo pretendemos

acercarnos lo suficiente para observar lo que sucede y sacar un buen reportaje. ¿No podrían hacer la vista gorda?

—Verá, señorita —dijo Perkins—, hay una actuación policial en marcha. Si tuviéramos unos cuantos kilómetros de precinto policial, habríamos sellado la zona. Así que, si dan media vuelta y regresan a su vehículo, dondequiera que lo hayan dejado, no los detendremos por obstrucción a la justicia.

Nancy y Greg se miraron. No les quedaba otra. Mirando con desesperación el edificio que tenían delante, dieron media vuelta y se alejaron.

En un búnker de RAF Fylingdales, la base británico-estadounidense del Sistema de Alerta Temprana de Misiles Balísticos en los páramos de North York, un técnico de radares de las Fuerzas Aéreas británicas y su homólogo de las Fuerzas Aéreas estadounidenses controlaban sus pantallas de trabajo durante el turno de tarde.

A las 16.33, seis kilómetros al norte de Whitby, apareció un tenue punto verde que iba de este a oeste desde el mar del Norte. Estuvo en pantalla menos de dos segundos, luego desapareció. Ninguna de las alarmas automáticas se disparó.

—¿Has visto eso? —preguntó el técnico británico.

—Creo que es un fallo técnico —contestó el estadounidense.

El técnico británico no parecía satisfecho.

—Voy a rebobinar.

Rebobinó en otra pantalla y pasó la imagen a cámara lenta. La señal supertenua del sistema de radares de Fylingdales, si no era una anomalía, se movía a trescientos veinte kilómetros por hora casi a ras de suelo.

—Me parece que son pájaros —dijo el estadounidense.

—Pues vuelan muy rápido —espetó el otro—. Podría ser una señal blindada. —Levantó el auricular rojo.

—¡No me digas que vas a sacar los cazas por esa mierda de señal! —exclamó el estadounidense.

—Eso es exactamente lo que digo. Yo vivo aquí, tío; tú, no.

Unas nubes bajas cubrían el valle de Mallerstang y filtraban la escasa luz de última hora de la tarde. La imponente colina de Wild Boar se alzaba al este de Lightburn Farm, y High Seat se situaba al oeste. La orografía parecía proteger la granja de la llegada de la noche. En la base del valle, unos focos de gran intensidad, alimentados por ruidosos generadores, iluminaban el terreno como si se tratara del plató de una película.

Los policías que patrullaban a pie fueron los primeros en oírlo: un silbido agudo que aumentó rápidamente de volumen. Algo parecía acercarse por el nordeste. Los

agentes Wilson y Perkins, apostados en la cara norte de la granja, intentaron localizar con la vista aquel ruido. El silbido se estabilizó como si algo que hubiera estado moviéndose se detuviera de pronto.

Aunque estaba a ochocientos metros de distancia, en el lado opuesto del valle, Kenney fue quizá el primero en identificar el origen del ruido.

Enfocó la loma occidental de la colina de High Seat con sus binoculares de visión nocturna y vio un helicóptero suspendido en el aire y a unos hombres descolgándose de él por una cuerda.

—¿Qué diablos está pasando? —masculló.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Lopez.

—Alguien acaba de soltar a un comando de operaciones especiales.

—¿Es nuestro? —dijo Harper.

—¡Claro que no es nuestro! Digo yo que nos habríamos enterado, ¿no?

—¿Cree que los británicos saben lo que está pasando ahí dentro? —inquirió Harper.

—¡Ni de coña! —espetó Kenney—. Estamos escuchando todas sus comunicaciones. Nadie ha dicho una mierda de una Biblioteca. Aun así, tienen que ser los británicos. ¿Quién más podría ser?

—¿Se distingue alguna insignia en el helicóptero? —preguntó Lopez.

Kenney graznó un «no» y llamó a Groom Lake.

Una docena de efectivos de operaciones especiales, equipados con fusiles de asalto y dispositivos de visión nocturna ceñidos a la cabeza, aterrizaron en la loma de la colina y comenzaron a descender a toda velocidad, pisando firme a pesar de lo mucho que resbalaba la hierba.

En la distancia, al agente Wilson le pareció ver una figura humana entre la niebla y llamó por radio al furgón de atestados. Respondió el ayudante del jefe de policía.

—Perdona, Guv —dijo Wilson—, ¿tenemos a alguno de los nuestros bajando por High Seat?

—Pues claro que no. ¿Qué es ese ruido infernal? ¿Veis algo?

—Me parece... —Wilson soltó la radio y esta se quedó colgando a su lado. Instintivamente se llevó las manos al pecho y lo último que vio antes de caer de espaldas fueron sus dedos ensangrentados.

Perkins logró transmitir un frenético «¡Agente abatido! ¡Agente abatido!» antes de recibir un tiro en la nuca de un Cincuenta Ligero y caer seco al lado de su compañero.

En el interior del furgón de atestados, el jefe de policía, Raab, reaccionó preguntando a gritos por la radio:

—A todas las unidades, ¿el fuego viene de la casa o del granero?

Las respuestas entraron de golpe, abarrotando las ondas hertzianas e impidiendo que Raab procesara correctamente la información.

—¡No es de la casa!

—¡Ni del granero!

—Viene de High Seat.

—¡Nos atacan! ¡Hombre abatido!

—¡Los veo! ¡Parecen militares!

—¡Hay un helicóptero en la colina!

Raab se volvió a su ayudante, que tenía cara de estar a punto de vomitar.

—Somos un blanco fácil —le dijo—. O salimos corriendo o hacemos frente a las fuerzas hostiles.

Un tiro de gran calibre atravesó el furgón muy por encima de sus cabezas, pero aun así se echaron al suelo.

—¿Qué hacemos? —graznó el ayudante.

Raab respondió con frialdad.

—¿Por qué no das orden de que respondan al fuego enemigo mientras yo llamo al Ministerio de Defensa a ver si averiguo qué demonios está pasando?

El contraalmirante Sage se puso como loco y empezó a vocear al teléfono. A Kenney enseguida le quedó claro que no tenía conocimiento de la operación que se estaba desplegando.

—Tiene que ser el ejército británico, que quiere hacerse con el control de la situación —gritó Sage—, pero no sé cómo coño se han enterado, salvo que haya habido alguna filtración en el Pentágono. El secretario de Defensa está reunido ahora mismo con el Estado Mayor para formular un plan propio que presentar al presidente.

—Contraalmirante —lo interrumpió Kenney—, he visto a cuatro polis caer abatidos por el fuego de los francotiradores en el último minuto. ¿Cree usted que se cargarían a los suyos?

—Si no son ellos, ¿quiénes son entonces?

—No lo sé, señor.

—¡Cielo santo, Kenney! ¡No me diga que no lo sabe! —gritó—. ¡Averígüelo! Tengo que irrumpir en la reunión del Departamento de Defensa. Llámeme.

Daniel Lightburn se arrodilló en el suelo de su dormitorio y descorrió apenas la cortina de la ventana que daba a la parte de atrás. Su hijo Andrew reptó por la alfombra hasta su lado.

—¿Vienen? —preguntó.

Daniel le hizo una seña para que agachara la cabeza.

—Viene alguien, pero no es la policía —dijo—. Acabo de ver cómo le volaban la cabeza a un poli.

—¿Qué hacemos?

—¿Las mujeres están en el sótano?

—Sí.

—Tú y yo vamos a defender la casa. Si entran, los reventamos. Kheelan y Douglas aún están en el granero, ¿no?

Andrew asintió con la cabeza.

—Bien. Esos cabrones bajan por la colina, así que el granero es un buen sitio para pillarlos. ¿Estás asustado, hijo?

—Un poquito.

—No lo estés. Si nos toca ya, nos toca ya. No hay más.

Nancy y Greg estaban al norte de Lightburn Farm cuando empezó el tiroteo. Nancy tiró a Greg a la fría hierba y observó perpleja la lluvia de balas trazadoras procedente de las colinas. Vio caer como consecuencia del fuego de largo alcance a los dos agentes que les habían cortado el paso hacía un rato.

No entendía por qué la policía tardaba tanto en responder a los disparos, pero la orden debía de haberse dado porque de pronto los agentes empezaron a defenderse con fuego de pistolas y fusiles semiautomáticos.

—Alguien se ha enterado de lo de la Biblioteca y está intentando llegar a ella.

Greg parecía demasiado asustado para levantar la cabeza. Nancy oyó un «¿Quién?» apagado.

—Confío en que no seamos nosotros.

—¿Te refieres a Área 51? —dijo él.

Ella ignoró la pregunta.

—Tenemos que sacar a Phillip y a Will de ahí.

Will había pasado el día encadenado a su catre al lado de Phillip y Annie. Haven y Cacia les habían bajado la comida, y Kheelan y Daniel también habían bajado, de mala gana, a comprobar que seguían encadenados. Por la mañana, mientras esperaba su turno para entrar en el lavabo, Will había visto a uno de los escribas, el más anciano. El hombre lo había mirado como si no estuviera allí.

Durante la mañana había procurado aligerar las cosas para Phillip bromeando y hablando de trivialidades con él y con Annie, pero el chico parecía ponerse furioso cada vez que Annie y él se reían o sonreían.

Por la tarde Will plegó velas y permaneció tranquilo. Mientras Phillip y Annie dormían, él miraba el reloj y contaba las horas hasta las cinco.



—¿Habéis oído eso? —preguntó Will mirando al techo.

Aunque amortiguado, reconoció el repiqueteo prolongado e irregular de las automáticas... Un tiroteo.

—Ya ha empezado —señaló Annie incorporándose—. Vienen a rescatarnos.

—¿Tú crees? —dijo Will—. No oigo disparos de escopeta procedentes de la casa.

—¿Y entonces?

—Ni idea, pero no me gusta. Son casi las cinco. Espero que Cacia esté bien, porque si no lo tenemos chungo.

Phillip procuró no parecer asustado, pero Will vio que lo estaba.

—Tranquilo, hijo —le consoló—. Vamos a salir enteros de esta, y tendremos muchas anécdotas estupendas que contarle a mamá.

Los policías se arrojaron al suelo para cubrirse al ver cómo las ráfagas atravesaban las puertas de los coches y los troncos de los árboles. Los agentes de patrulla desarmados solo podían encogerse de miedo e intentar sobrevivir mientras los comandos especiales hacían frente a un enemigo invisible y disparaban a ciegas hacia la colina.

En el interior del furgón de atestados, el ayudante del jefe de policía gritó al conductor que moviera el vehículo carretera arriba y lo sacara de la línea de fuego, pero cuando el conductor ocupó su sitio al volante, un disparo hizo pedazos la ventanilla y le destrozó la cabeza.

Dos hombres del MI5 entraron como pudieron en el furgón y, agachados, se acercaron al jefe de policía, que estaba tirado en la moqueta con el móvil pegado a la oreja.

—Me pasan de un despacho a otro del Ministerio de Defensa. ¡Nadie sabe nada! —bramó Raab.

—Yo estoy esperando a que nos llamen de la central —dijo el oficial del MI5—. Ellos tampoco saben nada.

—He solicitado refuerzos urgentes a todas las unidades SWAT en un radio de ochenta kilómetros a la redonda, pero tardarán un rato.

Otra bala de gran calibre atravesó la única ventanilla que quedaba entera.

El hombre del MI5 se acercó gateando al oído de Raab.

—Como no salgamos de aquí somos hombres muertos.

El mayor estrépito que ninguno de ellos había oído en su vida hizo que todos los que estaban en la granja se tiraran al suelo boca abajo y se taparan los oídos. Era como el sonido de un millón de gritos.

Tres cazas F-35C Lightning II de las Fuerzas Aéreas británicas pasaron rugiendo a escasos doscientos metros del suelo. Se habían aproximado a un Mach de 1,2 desde el desfiladero de Stainmore y zambullido rumbo sur directamente sobre las colinas de

Nine Standards Rigg y High Seat.

En la milésima de segundo que había estado sobre la granja, la aeronave había tomado un centenar de fotos infrarrojas y térmicas a ultravelocidad de la actividad de tierra y, mientras los cazas se preparaban para iniciar la segunda pasada, las imágenes ya estaban en las pantallas de mando de su base en Boulmer, Northumberland, y en el Ministerio de Defensa, en Londres.

El jefe de escuadrilla Mike Rogers, de la base de Boulmer, estaba en manos libres con el Ministerio de Defensa, en Whitehall. El jefe del Estado Mayor, el general sir Robert Sandage, se encontraba de pie detrás de sus técnicos de imagen, al lado del ministro de Defensa, George Cotting.

—Veo quizá una docena de hostiles en la 337 —dijo Rogers refiriéndose al número de identificación de la imagen térmica en gran angular.

—Coincido, sí —replicó Sandage—. Los han soltado ahí de alguna manera. ¿Se sabe algo de eso?

—Un momento, señor —atajó Rogers—. Hemos recibido un bloque de imágenes de golpe. —En Whitehall se hizo el silencio en la línea durante unos segundos, hasta que Rogers volvió emocionado—: ¡Miren la imagen 732!

Un técnico de Whitehall abrió la foto. Mostraba un helicóptero sobrevolando la loma de la colina de High Seat.

—¿De quién es? —preguntó el ministro Cotting.

—En una imagen tomada desde arriba no vamos a ver ninguna marca —dijo Sandage—. Páselo por nuestra base de datos, ¿quiere, comandante? —le pidió con calma al técnico.

El técnico pasó un dedo por el trackpad y abrió un programa de reconocimiento de imágenes que tardó segundos en encontrar una equivalencia del cien por cien. La proyectó en la pantalla: era un helicóptero furtivo Mi-23/180.

El ministro Cotting fue el primero en reaccionar verbalmente.

—¡Dios mío! Páseme con el primer ministro.

Los efectivos terrestres vestidos de negro descendieron metódicamente por la colina en dirección a la granja sin que el fuego del comando especial los alcanzara y, al parecer, sin que los perturbaran las pasadas de los cazas de las Fuerzas Aéreas británicas. Dos hombres que iban de avanzadilla giraron hacia el granero. Se acercaron despacio y encontraron la puerta principal abierta. Uno de ellos la abrió lo justo para entrar y el otro lo siguió, con la mano en el hombro del que iba primero.

—¡Dispara! —gritó Kheelan a su sobrino Douglas desde detrás de una bala de heno.

Las perdigonadas reventaron a los intrusos y acribillaron la puerta del granero.

Kheelan cargó otro cartucho en la recámara y se aproximó con cautela a los

hombres ensangrentados.

—Nunca le había disparado a nadie —dijo su joven sobrino, temblando.

—Vigila la puerta lateral —ordenó Kheelan ignorando los sentimientos del muchacho.

Metió la bota por debajo de uno de los cuerpos que yacían boca abajo. Con un gruñido de esfuerzo, le dio la vuelta y le iluminó la cara con la linterna.

Pestañeó incrédulo un par de veces ante lo que vio, pero lo único que pudo decir fue:

—¡Joder!

El ministro de Defensa volvió a la consola de mando con el semblante decididamente más pálido.

—¿Qué ha dicho el primer ministro? —preguntó el general Sandage.

—Ha dicho que entablemos combate. —Por la expresión perpleja de Cotting era evidente que le costaba creer lo que había salido por su boca—. ¿Cuánto tardaremos en llevar hasta allí al Servicio Aéreo Especial?

—Demasiado —contestó Sandage—. El Regimiento 22 del SAS está en Credenhill, en Hereford. Yo estoy dispuesto a enviarlos, pero llegarían antes los 1 Lancs. Están en Yorkshire. Entretanto, propongo que dejemos que lo intenten los Lightning.

Justo después de que los Lightning hicieran una segunda pasada sobre la granja, el jefe del escuadrón recibió una orden de la base de Boulmer por los auriculares.

—Le habla el capitán Rogers. Le ordeno que ataque y destruya inmediatamente a los hostiles.

El jefe de escuadrón giró a la izquierda y, con la voz entrecortada, le pidió a Rogers que le repitiera la orden.

Confirmada la orden, el piloto indicó a sus hombres que montaran las armas de sus aeronaves y entraran en modo de ataque.

Kenney observaba el despliegue aéreo por los binoculares.

—Ahí van otra vez —les dijo a sus hombres.

Se oyó una serie de tronidos de los disparos de cañón de 40 milímetros, seguidos inmediatamente de un enorme estallido y una intensa explosión a medio camino de la colina cuando el helicóptero estalló en llamas y se estampó en la ladera.

—Esto es increíble —dijo Kenney—. ¡Se ha montado una guerra, joder!

Los Lightning persiguieron a las tropas terrestres con fuego de ametralladoras, y cada

vez que una lluvia de proyectiles acribillaba el suelo, la policía agazapada profería una ovación colectiva.

Nancy estaba demasiado absorta en el despliegue aéreo para notar que el frío y la humedad del suelo le calababan la ropa. Greg hizo ademán de levantarse para ver mejor, pero ella volvió a tirarlo al suelo.

—Reza para que piensen que somos de los buenos —le gritó a Greg—, porque si no nos van a freír.

En cada pasada de los Lightning los invasores hacían un esfuerzo por apuntar sus pequeñas armas contra ellos, pero los cazas disparaban mucho más rápido. El asalto aire a tierra congeló a las tropas en sus posiciones a unos cien metros de la granja, y allí se sostuvo la batalla durante al menos veinte minutos, hasta que se oyó sobre Mallerstang un nuevo estrépito, la persistente vibración de unas palas giratorias.

Cinco helicópteros AW159 Wildcat Lynx decorados con la bandera del Reino Unido surgieron de pronto del crepúsculo y aterrizaron en la carretera, junto a los puestos de la policía.

Una compañía completa de 1 Lancs, del primer batallón del Regimiento del duque de Lancaster, inundó el campo de batalla. Los soldados del ejército británico asaltaron el perímetro de la granja efectuando un movimiento de pinza hacia el norte y el sur. Rodearon metódicamente a las tropas de operaciones especiales que quedaban y, quince minutos después, el último de los intrusos vestidos de negro había caído.

Durante el tiroteo algunas balas perdidas pasaron silbando por encima de la cabeza de Nancy y Greg, pero, al minuto de que sonara el último disparo, ella se puso de rodillas para evaluar la situación.

Era evidente que las tropas británicas habían salido triunfantes de la operación, pero ¿contra quién? En el caos que siguió a la batalla, mientras los hombres pedían a gritos atención médica y la policía se servía de megáfonos para advertir a los soldados que no se acercaran a los edificios de la granja, Nancy decidió actuar. Eran casi las seis de la tarde, pero aún tenía una misión que cumplir.

—Venga, Greg, vamos. Creo que podemos conseguirlo.

Lo levantó literalmente del suelo agarrándole de la manga y tiró de él a través del sombrío terreno. Todo el mundo estaba tan pendiente del campo de batalla que nadie reparó en un par de civiles que corrían hacia un modesto edificio de piedra considerablemente alejado de la casa.

A tan solo cincuenta metros, Nancy tropezó con algo y cayó de bruces. Greg la ayudó a levantarse, pero al volver la vista atrás ella vio lo que la había hecho caer: un resto del helicóptero destrozado y consumido por las llamas.

Había algo escrito en él. En la oscuridad no lo veía bien, pero le preguntó a Greg, que se jactaba de dominar varios idiomas, si era capaz de descifrarlo. Él se detuvo

delante, temeroso de tocar aquel pedazo de metal carbonizado.

—¿Entiendes lo que pone? —inquirió ella.

—¡Es chino! —contestó él. Luego, con voz trémula, añadió—: Es del Ejército Popular de Liberación.

Kenney exploraba el campo de batalla con sus binoculares de visión nocturna; pasaba rápidamente de un punto clave a otro y se lo retransmitía a Lopez y a Harper al tiempo que escuchaba las emisoras de radio interceptadas de la policía y del comando SWAT.

—¡Vaya, el ejército acaba de tumbar a los del helicóptero! Poderío numérico, chicos. Los espartanos serían unos luchadores tremendos, pero al final los persas redujeron a cero a aquellos trescientos.

Hizo una pausa para escuchar una transmisión entre el comandante del SWAT y el Control de Atestados.

—No os lo vais a creer —dijo Kenney a sus hombres—. Acaban de identificar dos de los cadáveres. ¡Son PLA!

—¿Palestinos? —inquirió Harper.

—¡No, estúpido! PLO, no. ¡Son chinos!

—¿Y qué pintan los chinos aquí? —quiso saber Lopez.

—No han venido por el cerdo *mu shu*, sino por la puñetera Biblioteca. Parece que saben que está aquí, y por lo visto quieren hacerse con ella. Tengo que informar a Groom Lake.

En ese preciso instante, algo al norte de la casa le llamó la atención. Dos figuras solitarias se dirigían al pequeño edificio de piedra de la periferia de la granja. Acercó la imagen con el zoom. No iban de uniforme. Eran civiles.

—Oye, Harper, mira a ver si Davis tiene el móvil encendido.

Harper empezó a teclear en su tableta.

—Sí, lo tiene encendido.

—Geolocalízalo.

Harper obedeció y le pasó el dispositivo a Kenney.

El punto amarillo intermitente se acercaba a Lightburn Farm.

—Hola, Greg —dijo Kenney mirándolo por los binoculares—. Encantado de conocerte, hijo de puta. ¿Quién es tu amiguita?

La espera estaba resultando angustiosa.

Aunque los sonidos llegaban amortiguados, no había duda de que se había desatado un infierno sobre sus cabezas. Con cada ráfaga de disparos, Will apretaba los dientes y tiraba del grillete. Lo que más le fastidiaba era que no podía cubrir a Phillip. El deber de un padre era proteger a su hijo, y él no lo había hecho, ¿verdad? Incluso en los mejores tiempos, ¿qué clase de padre había sido? De los que viven en un barco mientras su familia se las apaña sola en otro estado. Estaba furioso consigo mismo, pero aquel no era el momento de psicoanalizarse.

Las preguntas lo desbordaban.

¿Dónde estaba Cacia?

¿Habían atacado la casa?

¿La habían matado o herido?

Eran las seis en punto. Si Greg había conseguido llegar a Pinn, ¿habría podido avanzar a través de aquel caos total hasta el punto de encuentro?

La puerta de la sala de aislamiento se abrió con un chirrido.

Allí estaba, con lágrimas en los ojos.

—Cacia —dijo Will.

—Es horrible. —Apenas podía sostenerse de pie.

A Annie y Phillip pareció afligirlos su cara de angustia.

—Tantos muertos... —murmuró ella—. ¿Por qué?

—¿Quién ha muerto? —preguntó Will—. Cuéntame qué está pasando.

—Han aparecido unos hombres por la colina que han disparado a los policías y los han matado. La policía les ha disparado a ellos también. Luego han venido unos aviones que han disparados a las colinas. Luego unos soldados del ejército británico han venido en helicóptero y han matado a todos los hombres de la colina. Kheelan y Douglas han matado a dos de ellos en el granero. ¡Tanta muerte! ¿Por qué?

—Desencadéname —le pidió Will en voz baja.

Cuando lo hizo, él se levantó, la abrazó con fuerza y dejó que llorara en su hombro. Annie optó por mirar al suelo.

—¿Quiénes eran los hombres de la colina? —quiso saber Will.

—No lo sé, no lo sé.

—Muy bien, Cacia, esto es lo que debemos hacer. El tipo del que te hablé, el que nos puede ayudar, no sé si ha conseguido llegar aquí, pero hay que comprobarlo. Suelta a Phillip y a Annie y vamos allí.

Ella retrocedió y se limpió la cara con la palma de las manos.

—Daniel y Kheelan están furiosos. A saber cómo reaccionarán. Si bajan y ven que no hay nadie no sé qué pasará. Vosotros dos es mejor que os quedéis aquí —dijo señalando a Phillip y a Annie—. Te acompaño a la escalera, Will. Veremos si tu hombre está allí, pero más te vale que esto no sea un truco para dejar entrar a la policía... —Se sacó una pistola de un bolsillo profundo de la rebeca. Era vieja y pequeña, una reliquia de la Segunda Guerra Mundial.

—No es ningún truco.

Cacia volvió a guardar la pistola.

—Vale, entonces vamos.

Will le guiñó un ojo a Phillip para tranquilizarlo y salió con Cacia. Subieron la escalera despacio, aguzando el oído por si hubiera algún indicio de que la policía o el ejército andaban al otro lado de la trampilla. Todo estaba tranquilo. Al llegar al final

de la escalera, Will agarró el pestillo, lo giró y empujó la trampilla.

Se levantó unos centímetros.

Estaba oscuro, pero vio un par de mocasines con borlas a unos metros de distancia. Del estilo de los que solía llevar Greg.

Will abrió la trampilla del todo, dejándola caer hacia el otro lado, y subió hasta el antepenúltimo escalón, lo bastante para que el torso le quedara por encima del nivel del suelo.

En efecto, era Greg, que lo miraba pestañeando en la oscuridad.

—¿Está? —le preguntó Cacia desde unos peldaños más abajo.

Will la ignoró.

—¡Greg, tío grande, lo has conseguido!

Antes de que Greg pudiera responder, Will observó que había alguien de pie detrás de él. Se puso tenso. Entonces la vio.

Nancy salió de su escondite y corrió hacia él, se hincó de rodillas y lo besó.

—¿Quién demonios hay ahí? —gritó Cacia, furiosa—. ¡Responde! ¡Voy a disparar!

Atrapado entre una mujer armada y una esposa a la que no esperaba encontrar, Will se quedó sin palabras por un momento.

—No pasa nada, Cacia. Son Greg y mi esposa.

—Déjame salir —le dijo Cacia.

Will salió al hangar y dejó que Cacia subiera detrás de él.

Nancy hizo ademán de lanzarse a por el arma de Cacia, pero Will la disuadió.

—Tranquila, Nancy. Vamos a ver a Phillip, ¿vale? Tenemos mucho de que hablar. —Luego se dirigió a Greg—. Por Dios bendito, Greg, te dije que no se lo contaras a Nancy. A ver, me alegro mucho de verte, Nancy, pero no quería complicar las cosas. Bastante enrevesado es ya todo esto.

—El FBI no lo sabe, Will —repuso ella—. He venido por mi cuenta. Y no me lo ha contado Greg. Lo he averiguado yo.

Will se quedó atónito. Se volvió hacia Cacia y miró fijamente la mano temblorosa con la que sostenía el arma.

—No es exactamente lo que te prometí, pero no cambia nada. Nancy nos vendrá bien. Nos ayudará a defender nuestros argumentos. —Miró hacia fuera, a la oscuridad de la noche—. Volvamos abajo enseguida y pongámonos manos a la obra antes de que nos vean. Han atacado la granja, lo que significa que todavía hay alguien que quiere arrebatarnos la Biblioteca.

—¿Quién? —preguntó Cacia—. ¿Quién ha sido? ¿El gobierno británico?

—No —dijo Nancy—. El ejército británico los ha derrotado. Eran los chinos.

—¿Los chinos? —inquirió Will soltando una retahíla de improperios—. ¿Cómo narices se han metido en esto?



—No lo sé —contestó Nancy—, pero estoy segura de que mucha gente anda como loca intentando averiguarlo.

Will se volvió hacia Cacia y le suplicó que guardara el arma. Ella se negó con expresión triste y empezó a bajar las escaleras.

—Vamos —dijo—, pero se va a montar una buena cuando Daniel se entere. El que baje el último que cierre la trampilla.

Mientras descendían al sótano y entraban en el almacén, Will le cogió la mano a Nancy y se la apretó con fuerza.

—¿Phillip está bien? —susurró ella.

—Está perfectamente —contestó él—. Si hubiera estado solo, me habría arriesgado a escapar de aquí por la fuerza, pero con él...

—Gracias a Dios que no lo has hecho —dijo ella—. ¿Qué es este sitio?

—Tengo tanto que contarte... Empecemos por Phillip.

Greg iba haciendo fotos con su NetPen de las estanterías llenas del almacén. Cacia vio los flashes y se disponía a protestar cuando Will le dijo:

—Tiene que hacer fotos, Cacia. Forma parte del plan, ¿recuerdas?

Ella guardó silencio y se dirigió al fondo de la estancia.

—¿Quién es? —susurró Nancy.

—La madre de la chica que convenció a Phillip para que viniera aquí.

—Parece que hace todo lo que le dices —señaló su esposa.

Will eligió cuidadosamente sus palabras.

—He conseguido que entienda que nuestros intereses van parejos.

Nancy sonrió al oír eso.

—Seguro que sí.

Entraron en el dormitorio.

Greg pareció entender la finalidad de los catres, porque empezó a fotografiarlos enseguida.

—Bien —dijo Will—. Haz una foto de conjunto de todos.

Nancy también lo entendió.

—Dios, Will, ¿no me digas que esto está funcionando de verdad?

—Así es. A pleno rendimiento.

—¿Y dónde los tienen? —preguntó Greg.

—Cerca. Pronto los verás.

Se vio un resplandor procedente de la parte superior de la celda de aislamiento. Al parecer, Nancy tuvo la sensación de que su hijo estaba allí, porque adelantó a Will y, pese a las protestas de Cacia, abrió de golpe la puerta.

Antes de llegar allí Will oyó «¡Mamá!» y después oyó a Nancy llorar de alivio y de rabia al ver a su hijo sucio y encadenado a una cama.

Will, Greg y Cacia entraron entonces en la pequeña estancia.

—¡Quítele el grillete! —exigió Nancy. Estaba sentada al lado del muchacho, abrazándolo.

Phillip, por su parte, parecía algo abochornado pero feliz de verla.

—¿Ha sido el FBI quien ha disparado todos esos tiros ahí arriba? —preguntó Phillip.

—No, cariño —contestó ella—. He venido como civil.

Phillip vio a Greg detrás de sus padres.

—Tío Greg...

—Hola, Phillip —lo saludó Greg—. Me alegro de que estés bien.

Nancy volvió a exigir a Cacia que desencadenara a Phillip y Will le hizo la misma petición con menos vehemencia.

—Ahora ya da igual, Cacia. Quítale el grillete.

Mientras Cacia se arrodillaba a soltarlo, otra voz dijo:

—¿Y yo qué?

Annie había sido prácticamente invisible durante el reencuentro.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Nancy cuando la vio en el catre del rincón.

—Annie Locke, de los Servicios Secretos. Encantada de conocerla, subdirectora. He oído hablar mucho de usted.

Nancy miró a Annie, luego a Cacia, y se dio cuenta de que las dos eran mujeres atractivas.

—Has tenido mucha ayuda, ¿verdad, Will? —le dijo a su marido.

Will asintió con la cabeza mansamente.

—Annie, si Cacia te suelta, ¿prometes que no saldrás corriendo ni causarás problemas?

Annie se señaló las heridas de la pierna.

—No estoy para salir corriendo. Lo prometo.

Cacia suspiró y la soltó.

—Gracias, Cacia —dijo Will—. Ahora hay que llevar a Greg a la Biblioteca para que pueda hacer fotos. ¿Vuelves a sentirte periodista, Greg? —preguntó.

—Yo siempre he sido periodista.

—Perdona. No he querido decir eso —se disculpó Will—. Pero esto va a ser un notición, y serás tú quien lo cuente. Además, te prometo algo: cuando haya que escribir un libro sobre esto, serás tú quien lo haga, no yo.

Greg miró al suelo, evitando el contacto visual, y asintió con la cabeza.

En ese preciso instante todos oyeron a un joven gritar:

—¿Mamá? ¿Estás ahí abajo?

Y Andrew entró en la habitación. Blandía una escopeta. Miró alrededor, muy confundido y alarmado, dio media vuelta y salió corriendo mientras Cacia le pedía a gritos que volviera.

—Señor presidente, tengo al primer ministro al teléfono.

Era casi medianoche en Washington. El presidente Dumont estaba en la Sala de Situaciones de la Casa Blanca vestido de modo informal, rodeado de su equipo de Seguridad Nacional. Dio las gracias a la operadora y, cuando oyó el clic que indicaba que había colgado, pasó la llamada al altavoz y dijo:

—Martin, hemos estado monitorizando el ataque de Yorkshire y vuestra respuesta. ¿Qué puedes contarnos?

El primer ministro estaba claramente alterado y su voz sonaba un cuarto de octava más alto de lo normal.

—Iba a llamarte en unos minutos, John. Estaba aclarando esto con mi personal de Defensa. Pero puedo afirmar categóricamente que se ha eliminado a todos los intrusos. A uno de los comandos se le ha dado la oportunidad de rendirse, pero se ha pegado un tiro.

—Mi gente me dice que era la 42.<sup>a</sup> GA de Guangzhou —dijo el presidente—. Se trata de su mejor unidad de operaciones especiales, como vuestra SAS o nuestro Seal. Por lo visto, se hacen llamar «la afilada espada del sur de China».

—Bueno, no tenemos ni idea de por qué China ha decidido dar este paso histórico y sin precedentes, ¡un acto bélico contra una puñetera granja de Cumbria, por el amor de Dios! Tengo al embajador de China esperándome abajo, ¡y más vale que traiga una explicación! La zona está apartada y el entorno inmediato se encontraba acordonado por una intervención policial en curso en la que había rehenes, pero la noticia está empezando a llegar a los medios y no creo que podamos retenerla mucho tiempo. La opinión pública británica exigirá una respuesta contundente.

El presidente negó con la cabeza mirando a los suyos y puso los ojos en blanco.

—Martin, por el amor de Dios, ¿no irás a declararle la guerra a China? Debemos resolver esto por la vía diplomática.

—Para usted es fácil decir eso, señor presidente —dijo el primer ministro dejando de tutearle—, pero, si estuviera en nuestro lugar, imagine cómo reaccionaría el pueblo estadounidense. ¡Permítame que le repita que esto es un acto bélico! —Uno de los asesores de Hastings debió de instarlo a que suavizara el tono, porque de inmediato añadió—: Mira, John, lo primero que debemos hacer es averiguar qué demonios pretendían. Después, podremos calibrar nuestra respuesta.

El presidente se meció en su sillón giratorio acolchado.

—Bueno, Martin, en eso quizá podamos ayudarte. Sabemos exactamente lo que quieren los chinos de esa granja vuestra.

Daniel y Kheelan irrumpieron en la pequeña estancia con los ojos inyectados en sangre, agitando las armas y gritando.

Will levantó las manos.

—Tranquilo, Daniel —dijo—. No pasa nada. Estos son mi yerno, Greg, y mi mujer, Nancy. Han venido a ayudaros. Créeme.

—¡No me diga que me tranquilice, señor! —bramó Daniel—. Ahí fuera se ha montado una guerra y la gente entra en mi casa como si fuera una vía pública. Cacia, ¿tú tienes algo que ver con esto?

Ella asintió con la cabeza, pero respondió con serenidad.

—Haz caso a Will, Daniel. No saldremos de esta nosotros solos. De esta no.

—¡Entre las dos me vais a matar! —gritó él—. Haven y tú habéis traído la ruina a esta casa.

—Esto tenía que pasar —dijo ella con firmeza—. Tú lo sabes mejor que nadie. Los nombres de los hombres que han muerto ahí esta noche... todos ellos están escritos en uno de los libros.

Al ver que la tristeza suavizaba el rostro de Daniel, Kheelan salió al ataque.

—No olvides que contamos con buenas cartas, Danny —dijo—. Tenemos rehenes, y ahora dos más. No nos van a joder mientras ellos estén aquí.

Will intervino enseguida.

—Los rehenes no valemus nada. Vosotros no valéis nada. Hay demasiado en juego. No somos más que moscas que uno puede aplastar de un manotazo. Me fastidia tener que decir esto delante de mi familia, pero como no nos hagamos con el control de la situación, o moriremos, que es algo que tampoco podemos cambiar, o terminaremos encerrados en un puñetero agujero para que no podamos contarle al mundo lo que ha estado pasando aquí.

—Si los rehenes no valieran nada, la policía ya habría tirado las puertas abajo —espetó Kheelan.

Will negó con la cabeza.

—El juego ha cambiado, amigo. ¿Dónde has estado durante la última hora? ¿Quién crees que ha atacado la granja?

—No tengo ni idea —replicó Kheelan—. Pero eran de fuera. Yo mismo he mandado al infierno a un par de ellos.

—Sí, eran de fuera, desde luego —dijo Will—. Eran chinos.

—Será una broma —intervino Daniel—. Menuda estupidez.

—Mi marido le está diciendo la verdad —aseguró Nancy—. Era un comando de élite chino.

Kheelan bajó la escopeta y apuntó al suelo.

—Yo les he visto la cara. Eran chinos.

—Ignoro cómo se han enterado de que tenéis una Biblioteca —siguió Will—, pero lo saben. Y supongo que no quieren que se la queden los británicos o los estadounidenses. La quieren ellos. Si hubieran conseguido entrar aquí, ahora

estaríamos todos muertos o heridos. Lo mismo pasará si entran los otros. Somos prescindibles.

—¿Y mis chicos? —preguntó Cacia.

Will comprendió que se refería a los escribas, no a sus otros hijos.

—Querrán llevárselos —contestó él—. Aunque solo sea para estudiarlos como si fueran ratas de laboratorio. Tenéis los libros de varios centenares de años por venir. Dudo que les preocupe mucho que sigan produciendo más.

A Cacia le tembló el labio inferior.

—Daniel y Kheelan, escuchadme bien. Will Piper es un buen hombre. Confío en que hará lo mejor para nosotros. Dejad que os exponga su plan.

Kheelan empezó a maldecir otra vez, pero Daniel lo interrumpió.

—Déjalo hablar, Kheelan.

Will se lo explicó todo. Les contó cómo en 2010, con la ayuda de Greg, haciendo pública la existencia de la Biblioteca de Vectis impidió que el gobierno estadounidense acabara con él.

—Los neutralizamos sacándolo a la luz. Los desarmamos, los dejamos indefensos. Ahora hay que hacer lo mismo. Dejad que Greg haga fotos de la Biblioteca y de los escribas. Acompañadlo por aquí y dejadle que luego escriba el reportaje de su vida y lo publique esta noche en uno de sus NetZines. Correrá como la pólvora. Dentro de una hora, lo sabrá el mundo entero.

—Y luego ¿qué? —preguntó Daniel.

—Luego hablaremos con la policía, con el ejército, con quienquiera que nos manden para negociar —dijo Will—. Les transmitiremos lo que queréis: que se os dé voz y voto a la hora de decidir adónde irá a parar la Biblioteca, porque ya no puede quedarse aquí. Si queréis cuidar de los escribas en el futuro, vais a tener que exigirlo, Cacia. Vais a necesitar inmunidad procesal.

Annie no pudo callarse.

—Lo siento —dijo señalando a Kheelan—, pero este hombre ha matado a sangre fría a uno de nuestros agentes y herido gravemente a otro.

—Kheelan tendrá que pagar por eso —aclaró Will—. No hay vuelta de hoja.

Daniel gruñó y evitó mirar a su hermano.

—Muy bien. Ya he oído tu propuesta. Ahora vamos a salir a hablarlo como una familia, como lo hacemos siempre. Volveremos con lo que hayamos decidido, pero entretanto no podemos dejaros rondando sueltos por aquí. Tú y tú —dijo señalando a Greg y a Nancy—. Vacíaos los bolsillos. Cacia, ve a por más grilletes y encadénalos a todos.

Su mujer empezó a objetar, pero él le suplicó:

—Por el amor de Dios, mujer, ¿podrías hacerme caso una sola vez?

Nancy fue la primera. Sacó su pasaporte, las credenciales del FBI y un NetPen del

gobierno. Luego Kheelan la sentó con una palmadita bajo la mirada gélida de Will.

Greg fue el siguiente. Parecía nervioso, se palpó varias veces los bolsillos hasta dar con sus pertenencias; sacó despacio un NetPen, una cartera, un cuaderno y varios bolígrafos.

—Es todo —declaró.

Kheelan lo cacheó y estaba a punto de darse por satisfecho cuando exclamó:

—¿Qué es esto? —Le metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y sacó un cilindro color verde aceituna, unos cinco centímetros más corto que el NetPen.

—Había olvidado que lo llevaba —dijo Greg—. Es mi otro NetPen, el que uso para trabajar.

—¿Ah, sí? —preguntó Daniel.

Nancy rompió el repentino silencio.

—Me parece que no, Greg. Creo que tenemos un problema.

Will no daba crédito.

—¿Qué dices, Nancy?

—Déjame que le eche un vistazo —pidió ella a Kheelan—. Me da la sensación de que sé lo que es, y creo que a ninguno de nosotros nos va a gustar.

Daniel obligó a Kheelan a que se lo diera.

Nancy lo inspeccionó.

—He visto estos dispositivos en los vídeos de entrenamiento —explicó—. Están personalizados con la huella dactilar y fuertemente encriptados. Greg, pulsa el botón con tu pulgar.

Greg titubeó, pero Daniel le apuntó con el arma y lo obligó a hacerlo.

La pantalla de polímeros se desplegó y se iluminó intensamente. En ella apareció el rostro de un hombre con gorra militar.

El hombre dijo el nombre de Greg y empezó a hablar en chino muy deprisa.

Greg se desplomó de rodillas, sobre los talones, como un fugitivo exhausto al que hubieran estado persiguiendo y finalmente hubieran acorralado.

Will abrió por fin la boca e inició una batería de preguntas mientras Kheelan le quitaba el dispositivo a Nancy, lo tiraba al suelo y lo aplastaba furioso con la culata de la escopeta. Hizo lo mismo con el NetPen de Nancy y dispersó los fragmentos de componentes electrónicos con la bota.

—Ya no hay nada de que hablar, ¿no, Daniel? —espetó Kheelan—. No vamos a darnos a conocer a los de fuera. No vamos a negociar con la policía. Vamos a defender nuestra tierra y nuestras vidas. Encerremos a estos cabrones y volvamos a nuestros puestos antes de que nos invadan sin que podamos defendernos como es debido.

Arrastraron dos catres más a la celda de aislamiento para acomodar a Nancy y a Greg. Después de encadenarlos, dejaron solos a los prisioneros.

Greg estaba poco comunicativo, hosco, y evitaba las miradas de los demás.

—Las postales las mandaba él, Will —dijo Nancy como si Greg no estuviera presente.

—¿Por qué? —preguntaron Will y Phillip al unísono.

—Nos lo va a tener que contar él —dijo Nancy—, pero tenemos imágenes de cámaras de seguridad en las que se le ve en los buzones señalados de Manhattan y en los días señalados. Es una de las pocas personas del mundo, aparte de los empleados de Área 51, que ha tenido en sus manos la base de datos. Se ha investigado a todos los departamentos federales, incluido a tus favoritos, Will, los vigilantes, en busca de filtraciones. No viene de dentro. Es él. Hace un par de días que es sospechoso. Yo no dije nada, fui a su casa, lo seguí al aeropuerto. No me lo quería creer.

—Ha tenido la oportunidad..., puede —reconoció Will—. Pero ¿y el motivo?

Nancy se lo quedó mirando.

—¿Qué dices, Greg?

Todos lo observaban, a la espera de que se explicara, pero él permaneció mudo, lanzándoles miradas furtivas y luego apartando la vista.

—Te propongo un trato, Greg —dijo Will al fin—. Tienes que sincerarte con nosotros. Somos tu familia. Tú y yo no siempre hemos sintonizado y, si ha sido culpa mía, te pido disculpas, pero estoy preocupadísimo por Phillip y tenemos que ampliar al máximo sus posibilidades de salir de esta. Así que te lo pido por favor, dinos: ¿qué papel tienes en todo esto? ¿Qué quieren los chinos?

Greg empezó a hablar de forma monótona, sin apartar la vista del suelo. No fue explícito sobre sus motivaciones, pero a Will no le costó averiguarlas: decepción crónica, una trayectoria profesional ensombrecida por la de su esposa, penurias

económicas, aspiraciones insatisfechas... Lo había abordado un hombre que trabajaba en la delegación china de las Naciones Unidas. El tipo había sido muy amable, había mostrado interés en su sitio web para ciudadanos chinoamericanos. Le dijo que al gobierno chino le entusiasmaban los intercambios culturales positivos y quería contribuir a su propagación y difusión, ayudar con los artículos sobre China. Le ofreció dinero, sobres de efectivo, cantidades modestas al principio, alegando que la discreción era importante. Así fue como empezó. Hicieron amistad: comidas, cenas, copas... Will imaginó que Greg debió de sucumbir a la comida y los vinos caros, quizá incluso a algo de compañía. Al fin, llegó la gran pregunta. La base de datos estadounidense de Área 51. ¿Había conseguido quedarse con una copia? De ser así, el gobierno chino podría pagarle generosamente.

Fue entonces cuando Greg confesó algo sorprendente. En 2009, el día en que Will le había enviado por correo electrónico la base de datos de Área 51, él se había metido en una tienda Apple de Georgetown y había accedido a su cuenta del *Washington Post*. Cuando nadie miraba, se había pasado el archivo a un lápiz de memoria. Así de simple. Más adelante, cuando el Departamento de Justicia echó el guante a la copia del *Post* y confiscó todos sus archivos electrónicos, no encontraron pruebas de ninguna descarga realizada desde dentro de la compañía.

¿Por qué lo había hecho? Juró que jamás había mirado ninguna fecha de defunción, pero Will no lo creyó. Aquella tentación casi divina era demasiado grande. La explicación de Greg fue vaga. Era como robar la *Mona Lisa*. No podías contarle a nadie que la tenías. Solo podías admirarla en soledad. Pero la sensación de poder...

Greg insistió en que no le había dado la base de datos a su amigo chino. Eso, aseguró, habría sido una traición. El hombre lo engatusó, lo obsequió con un Rolex, el que aún llevaba en la muñeca (a Laura le había dicho que era de imitación), le anduvo rondando hasta que llegaron a un acuerdo: Greg buscaría nombres en la base de datos a cambio de dinero, una buena suma. Pero ¿con qué fin?, había querido saber él. Después de todo, la base de datos estaba casi agotada. El horizonte se hallaba cerca.

La petición de los chinos era inusual. Querían que buscara ciudadanos chinoamericanos o chinos, daba igual, cuya fecha de defunción estuviera próxima.

Querían que enviara postales imitando el estilo del asesino del Juicio Final, destinadas a atraer la máxima atención posible de los medios de comunicación. Nunca le dijeron por qué, pero él pensaba que era obvio. El gobierno chino quería crear la falsa imagen de que el gobierno estadounidense se encontraba detrás de la provocación. Querían contar con la ventaja política de mostrarse al mundo como la parte agraviada.

Acordaron un precio y él empezó a enviar las postales. No era un gran delito, ¿no? A fin de cuentas, esas personas iban a morir de todas formas. No las mataba él.



Lo último que hizo fue enviar una serie de postales falsas al personal de la embajada china en Washington. Ninguno de los destinatarios estaba en la base de datos estadounidense. Hizo lo que le habían pedido. Iba a ser lo último que haría para ellos. También en ese caso, a su juicio, algo de lo más inocuo. El embajador y su personal no habían corrido peligro en ningún momento.

Había recibido el último pago. Por suerte, aquello se había acabado. No estaba hecho para la clandestinidad, con todo ese estrés. Había ganado un buen dinero, suficiente para vivir bien hasta el horizonte. Laura y él viajarían, comprarían cosas bonitas, lo pasarían en grande. Ya estaba.

Pero el correo electrónico de Will le había abierto un nuevo mundo de posibilidades, y no podía ignorarlas.

¡El horizonte era solo una fecha! El mundo seguía adelante. Más dinero, mucho más, no le vendría mal. Esa información podía valer millones.

Localizó de inmediato a su contacto en la embajada por el NetPen seguro que le habían dado. Acertó al pensar que les interesaría.

Antes de irse al aeropuerto, se había reunido con su contacto en una cafetería de Brooklyn y este le había dado un maletín con dos millones de dólares a cambio de una copia del correo electrónico de Will. El dinero estaba escondido al fondo del armario de su despacho, debajo de unas cajas de zapatillas de deporte. Ignoraba qué habían hecho los chinos con el correo de Will.

—Es evidente lo que han hecho con él, Greg —dijo Will—. Han enviado tropas para asaltar la granja. Primero: plantarán su bandera; segundo: empezarán a hablar de hacerse con el control del material.

Greg volvió a enmudecer ante la intervención de Will. Masculló algo de que estaba muy cansado y se volvió hacia la pared hecho un ovillo.

—Todo el mundo lo querrá —aseguró Nancy.

—El gobierno británico jamás renunciará a su legítimo derecho a conservarlo —intervino Annie, a la defensiva—. Es sencillamente impensable.

—Eso ya lo veremos —replicó Nancy con aspereza.

Will las miró a las dos y meneó la cabeza.

—Esto se va a poner feo —comentó—. Feísimo.

El primer ministro Hastings recibió al embajador chino en la Sala Terracota del número 10 de Downing Street. Dadas las circunstancias, no se estrecharon la mano. El embajador Chou hablaba un inglés impecable, así que no hacía falta intérprete, por lo que se presentó con un solo ayudante.

—El gobierno de Su Majestad exige una explicación urgente y exhaustiva de la intrusión militar ilegítima y atroz de su gobierno en nuestro territorio nacional —expuso Hastings antes de que Chou tuviera tiempo de instalarse en su asiento.

Chou se aclaró la garganta y, por su semblante fruncido, quedó patente que aquel encuentro no era de su agrado.

—Lamento sinceramente que mi gobierno considerara necesaria una medida de ese calibre. La cúpula estimó que no había alternativa.

—¿La única alternativa era una invasión hostil de nuestro país? —bramó Hastings.

—Como comprenderá —prosiguió Chou, la tensión le hizo elevar la voz—, siendo China el país más populoso del mundo con mil quinientos millones de habitantes, no puede hallarse en desventaja respecto a los recursos de planificación disponibles. Sin duda sabe usted lo que hay en Yorkshire...

—Lo sé. Por supuesto —respondió el primer ministro.

—Durante ochenta años Estados Unidos ha disfrutado de la evidente ventaja de estar en poder de la Biblioteca de Vectis —señaló el embajador—. Han explotado ese recurso exclusivamente en su propio beneficio. No compartieron ningún dato con ustedes hasta 2010, ¿me equivoco?

El primer ministro intercambió una mirada incómoda con su secretario de Asuntos Exteriores.

—Desde entonces hemos tenido un acceso selectivo —dijo Hastings.

—Bien, primer ministro, ¿cómo es que se ha permitido a Estados Unidos, que no posee un derecho soberano sobre la Biblioteca, controlar este activo crítico?

—Fue una decisión tomada por Winston Churchill hace mucho tiempo. Sin duda creyó que era lo más conveniente en aquel momento. Lo cual no implica que sea lo más conveniente hoy. Pero escuche una cosa, embajador Chou, ¿cómo puede justificar nada de esto la acción de guerra de facto por parte de su país?

Chou hizo una mueca.

—«Guerra» es un término desafortunado y prematuro, primer ministro. Nuestra intrusión en territorio británico ha sido la forma de hacer valer un derecho innegable que dudamos que se hubiera tomado en serio sin un acto semejante. Esos libros no solo contienen los nombres y las fechas de nacimiento y defunción de ciudadanos estadounidenses, sino de los de todos los pueblos del mundo. China es la nación más poblada y, por tanto, la que debe controlar el recurso. Estaremos encantados de debatir las formas en que el Reino Unido puede tener, como dice usted, un acceso selectivo a esos datos para la satisfacción de sus propias necesidades sociales y políticas.

Hastings se puso furibundo.

—¿Invaden nuestro país y después nos dicen que nos dejarán las migajas? ¿Han perdido ustedes el juicio? ¿Se...?

Lo interrumpió a media frase la entrada de un asistente que llevaba una nota.

Hastings la leyó deprisa e hizo esfuerzos por mantener la compostura.

—Señor embajador, acaban de comunicarme que su flota del mar del Norte, conducida por el portaaviones *Wen Jiabao*, y una serie de submarinos nucleares del Tipo 094 han salido de las islas Feroe a toda máquina rumbo al mar del Norte y supongo que a la costa este de Gran Bretaña. Esta reunión ha terminado. Retírese, junto con todo el personal de su embajada, y regrese a su país. Recibirá un comunicado oficial, pero dé por sentado que a partir de este momento nuestros países ya no disfrutan de relación diplomática.

El primer ministro hizo un montón de llamadas. En una hora vería a su equipo de seguridad nacional en la sala de reuniones del Gabinete. Se ordenó al ministro de Defensa que elevara a «crítico» el nivel de amenaza de Gran Bretaña e informara a todos los jefes de servicio para que configurasen sus fuerzas en consecuencia. Para la mañana siguiente se había programado un debate parlamentario de urgencia. Se sacó al rey de un acto benéfico y se le informó. Se estableció contacto con la Asociación de Prensa y se la instó a que retuviera las noticias procedentes de Yorkshire hasta la mañana siguiente. El portavoz del primer ministro comenzó a redactar comunicados provisionales y un discurso a la nación.

Después Hastings llamó a Washington.

—Señor presidente, acabo de tener una reunión de lo más extraordinaria con el embajador Chou. Los chinos no se andan con rodeos. Quieren esa nueva Biblioteca y parecen dispuestos a llevársela por la fuerza si hace falta. Su flota del mar del Norte ha salido de las islas Feroe y se dirige a toda máquina hacia nuestras costas.

El presidente Dumont estaba en la Sala de Situaciones, rodeado de su equipo.

—Sí, les estamos haciendo un seguimiento —dijo enseguida—. La postura de China no es en absoluto aceptable, ¿no es así, Martin?

—No, no lo es. Para tu información, hemos pasado al nivel crítico de amenaza y, a menos que los chinos se retiren y nos ofrezcan una disculpa o algún tipo de compensación, voy a presentar a debate del Parlamento una declaración de guerra. Si es preciso que hagamos una declaración de guerra, contamos con la colaboración y el respaldo plenos de Estados Unidos y de la OTAN.

Se hizo un silencio absoluto en la línea. Hastings señaló el botón de silenciado para alertar a su personal de que el presidente había pasado al modo silencio.

Cuando la línea volvió a la vida unos segundos después, Dumont dijo:

—No nos precipitemos haciendo declaraciones, Martin. Una vez que la pasta de dientes salga del tubo, va a ser complicado volver a meterla. En Washington creemos que a los chinos no les incomoda presionar a Gran Bretaña, pero dudo que se atrevan a ponerse tan gallitos con Estados Unidos.

Hastings frunció el ceño y dijo:

—Precisamente por eso es imperativo que vosotros y vuestros aliados de la

OTAN presentéis la declaración de apoyo más fuerte posible directamente ante el gobierno chino, y que lo hagáis esta noche.

El presidente respondió con fluidez.

—Esta es la situación, Martin. A nuestro juicio sois exageradamente vulnerables ahí arriba, en Yorkshire. Los chinos se darán cuenta de que tenéis problemas para defender una plaza tan remota frente a la clase de ataque que su flota del mar del Norte puede llevar a cabo. También se darán cuenta de que quizá la OTAN no esté por la labor. Lo que quiero decir es: ¿en serio vamos a iniciar la Tercera Guerra Mundial por un puñado de libros?

—¡La OTAN tiene la obligación moral y legal de apoyarnos! —estalló Hastings—. ¿Me estás diciendo sinceramente que vuestra intención es otra?

—No, no, no estoy diciendo eso en absoluto. Solo te transmito nuestras inquietudes, que, debo añadir, comparten los alemanes y los franceses. Pensamos que la forma más prudente de resolver esta crisis es sacar de ahí esos condenados libros cuanto antes. Si lo hacemos, ¿qué van a atacar los chinos? ¿Una habitación vacía?

El primer ministro se calmó un poco.

—También aquí hemos tenido un debate preliminar en el que se ha propuesto trasladar la Biblioteca a un lugar más seguro. Contamos con una serie de búnkeres profundos asociados a instalaciones militares que podrían resultar adecuados.

La línea volvió al modo silencio y permaneció así un buen rato.

—Lamento la espera —dijo al fin el presidente—. Para serte franco, a nuestro juicio el mejor destino de la Biblioteca es Groom Lake, en Nevada. A ver, piénsalo. Nosotros ya contamos con unas instalaciones subterráneas de vanguardia a prueba de bombas y de terremotos, además de con los superordenadores y los analistas necesarios para manejar convenientemente el material. Íbamos a desactivarlo, pero podemos modificarlo fácilmente para alojar la nueva mercancía. A vosotros os costaría miles de millones de euros construir algo que ya existe en Área 51 y, si lo hicierais, pasarían años hasta que estuvierais en condiciones de explotar los datos. Nosotros estaríamos encantados de que instalarais un equipo de analistas en Groom Lake para que pudierais consultar la base de cuando en cuando y sacarle beneficio, igual que Estados Unidos. ¿Qué dices, Martin? Tenemos en alerta a las tropas de Mildenhall. Si aceptas, enseguida estarán en Yorkshire los efectivos y el transporte necesarios. Acabaremos con cualquier resistencia que puedan oponer desde la granja, liberaremos a los rehenes y, antes de que amanezca, habremos sacado todos los libros y los tendremos camino de Nevada. Los chinos se cabrearán como monas, pero dudo que hagan algo al respecto. Chillarán y patalearán, pero no atacarán Estados Unidos en su propio territorio.

Los ayudantes de Hastings le hacían señas para que pusiera la línea en modo silencio y así poder aconsejarlo sobre cómo responder, pero él los ignoró y dijo con

frialdad:

—Señor presidente, su oferta es muy generosa, pero la respuesta es no. La Biblioteca se creó en suelo británico y se quedará en suelo británico. Winston Churchill cometió un terrible error en 1947 al regalar un tesoro nacional. No cometeré el mismo error.

Un frente frío atravesó los valles y limpió el cielo de niebla. La luna creciente se hizo visible, perfectamente definida en la oscuridad de la noche. El aire era fresco y cristalino.

La escena que tenía lugar por debajo de Kenney se desarrollaba de manera controlada y ordenada. Las unidades del ejército se desplegaban alrededor de la granja, complementando y reforzando ampliamente la presencia policial. Las ambulancias habían llegado y se habían ido. A juzgar por las incesantes entradas y salidas del furgón de atestados, Kenney supuso que había tenido lugar una fuerte discusión sobre jurisdicción, pero cuando la policía se situó detrás de los efectivos militares quedó bastante claro que el ejército había ganado.

Kenney cogió su comunicador; vibraba. El contraalmirante Sage lo había estado llamando periódicamente para que lo informara, pero en esta ocasión la conversación empezó de otro modo.

—La situación aquí se ha vuelto crítica —dijo Sage—. Tengo una misión para su equipo.

—Sí, señor —contestó Kenney presintiendo que cualquier otra cosa que hubiera dicho no habría sido bien recibida.

—El Pentágono y la Casa Blanca quieren que usted y sus hombres sean el desencadenante de males mayores. Ya sé que solo son tres, pero su unidad es la mejor de nuestro arsenal. Eso les he dicho.

—Gracias, señor —respondió Kenney con recelo.

—Estados Unidos ha tomado la determinación de que la nueva Biblioteca se instale aquí, en Groom Lake, y, como es obvio, yo apoyo incondicionalmente la decisión. Estoy seguro de que usted también.

Kenney tardó en asentir.

—A los británicos no parece entusiasmarles la idea, de modo que el plan es el siguiente: si durante las próximas horas los intentos diplomáticos de resolver el asunto no dan resultado, usted introducirá encubiertamente a su equipo en la granja a las dos de la madrugada y tomará el control de los activos. Una vez logrado su objetivo, los efectivos del ejército y las Fuerzas Aéreas estadounidenses de la base de Mildenhall se encargarán de suprimir, por la fuerza si es necesario, a la oposición local y transportar la Biblioteca a Groom Lake.

—¿Y qué pasa con los rehenes, señor?

—Tenemos carta blanca, capitán. Me han garantizado personalmente que no se harán preguntas. No tendrá que redactar ningún informe después de la intervención. Una vez iniciada la misión, habrá que neutralizar a los rehenes y a los locales que se encuentren dentro de la granja. Esta operación requiere un hermetismo absoluto. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor. Mis hombres y yo elaboraremos un plan y esperaremos luz verde.

Cuando cortó la comunicación, un pensamiento se situó a la cabeza de la lista.

«Will Piper va a caer, y voy a ser yo quien lo tumbe.»

El teléfono fijo de Lightburn Farm no paraba de sonar, pero Daniel se negaba a contestar. La familia trataba de ser discreta y se mantenía alejada de las cortinas corridas. Las autoridades no les habían cortado la luz, pero Daniel y Kheelan advirtieron a las mujeres y los niños que quizá lo hicieran. Arriba, Cacia y su hermana, Gail, intentaban acostar a las dos pequeñas fingiendo normalidad. Haven participaba en el engaño leyéndoles su cuento favorito.

Douglas rondaba las habitaciones del sótano por si llegaba alguien desde el lado del almacén y, de paso, echaba un vistazo a los rehenes y a los escribas, que andaban ensimismados en su labor, completamente ajenos al drama.

Kheelan había vuelto a hurtadillas al granero para vigilar la parte de atrás de la propiedad, y Daniel hacía guardia en la casa con la ayuda de Andrew, que se mordía el labio y frotaba obsesivamente las partes metálicas de su escopeta con un paño engrasado.

Cuando el teléfono volvió a sonar después de un brevísimo intervalo de silencio, Cacia pidió a gritos a Daniel que lo cogiera y hablara con ellos para que las niñas pudieran conciliar el sueño.

Daniel la maldijo, luego avanzó reptando y mascullando que no le sorprendería que algún francotirador estuviera a punto de abrir fuego en las proximidades del teléfono.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Daniel al auricular.

—¿Con quién hablo? —dijo una voz seca y fría.

—Soy Daniel Lightburn. ¿Quién coño es usted?

—Soy el coronel Barry Woolford, del ejército británico. Estoy al mando de esta operación, señor Lightburn. Me preguntaba si podría charlar con usted en persona.

—Ni hablar, amigo.

—Entiendo. En ese caso, hablemos ahora, por teléfono. ¿Qué le parece?

—Como quiera —respondió Daniel—. Pero yo no tengo nada que decirle, salvo que nos dejen en paz a mi familia y a mí y que salgan de mis tierras. ¿Entendido?

—Sí, le oigo alto y claro, pero me temo que no es tan sencillo. Verá, Lightburn,

sabemos lo que tienen ahí, mejor dicho, los chinos saben lo que tienen ahí y, por lo visto, lo quieren a toda costa. Hemos neutralizado su pequeño intento de llegar hasta ustedes, pero por desgracia están reuniendo un número considerable de tropas de invasión y dudo que su próximo intento sea tan fácil de repeler. Me preocupa su seguridad y la de sus seres queridos, por no hablar de sus rehenes.

—De eso tengo que preocuparme yo, no usted —espetó Daniel.

—Bueno, una vez más, debo disentir. Permítame que vaya al grano. Lo que nos proponemos es entrar pacíficamente, ocuparnos de los rehenes y evaluar la logística. A usted y a sus seres queridos se los trasladará a un sitio seguro y se les concederá total inmunidad, incluso respecto al tiroteo que ha tenido lugar antes. ¿No le parece una noticia estupenda? Pero es necesario que esto suceda ya, en caso contrario me temo que retiraremos nuestra generosa oferta.

—¿Y qué hará si le digo que se meta su generosa oferta por donde le quepa? —preguntó Daniel en tono socarrón.

—Entraremos por la fuerza. Y si se resisten, es de suponer que habrá bajas desastrosas entre los suyos. Pero no queremos que eso suceda, ¿verdad?

—Que le den.

—Entiendo —dijo el coronel, como si nada—. Le propongo una cosa: háblelo con los suyos y yo volveré a llamarlo dentro de un rato. Confío en que podamos llegar a un acuerdo satisfactorio, señor Lightburn. Este es un momento crítico para usted, para su país, para el mundo entero. Se resolverá de un modo o de otro. No podría haber más en juego.

Will no paraba de darle vueltas a la cabeza, repasando escenarios y contingencias, pero lo interrumpían incesantemente los pequeños dramas que tenían lugar en el reducido espacio de su confinamiento.

Por rabia, por miedo o por vergüenza, Greg había regresado al punto en el que se negaba a conversar con los demás. Tenía la cara pegada a la pared, pero cada cierto tiempo gritaba a sus captores, aunque no los viera, que tenía que ir al baño.

Cacia había encadenado a Nancy al catre que había entre Phillip y Will, quizá por no disolver la unidad familiar. Nancy, a su vez, hacía mimos a Phillip, pero este no estaba de humor para dejarse querer delante de nadie. No es que Nancy le estuviera haciendo el vacío a Will (le había preguntado con normal preocupación cómo le iba y si su corazón se estaba portando), pero seguía lanzándole miradas asesinas a Annie y hubo un momento en que le susurró a Will: «Es muy guapa».

Will le respondió que no se había fijado.

Pero ella insistió.

—¿Por qué crees que te la asignó el MI5? Conocen bien al cliente, ¿no crees?

—Por Dios, Nancy —susurró él—. Vine aquí a buscar a Phillip, no a tontear.

—Cacia también es atractiva —contraatacó ella—. Y también te hace ojitos.

—¿No te parece que hay cosas más importantes en que pensar?

Entraron Cacia y Haven con bandejas de comida y bebida. Esta vez no las habían dejado solas. Douglas, visiblemente malhumorado, parecía el responsable de vigilar a su madre y su hermana.

Greg exigió a gritos que lo dejaran ir al baño otra vez. Douglas gruñó y se lo llevó a punta de escopeta.

Cacia vio una oportunidad y se acercó al catre de Will.

—Un militar ha llamado a Daniel y le ha dicho que tenemos que rendirnos y entregarles la Biblioteca. Dice que si no lo hacemos entrarán disparando, y si morimos todos o resultamos heridos, caerá sobre la conciencia de Daniel, no en la de ellos.

Nancy habló antes de que pudiera hacerlo Will.

—Tengo que ponerme en contacto con el FBI. Ni siquiera saben que estoy aquí. Estados Unidos debe detener a los británicos. Ha de haber un modo de resolver esto sin derramamiento de sangre. Señora Lightburn, ¿tiene algún otro móvil que pueda bajarnos?

—Kheelan ha aplastado todos los suyos. Nosotros solo tenemos el fijo, arriba.

Will negó con la cabeza, hastiado.

—Lo siento, Nancy, pero eso no va a funcionar. Da igual que sean los estadounidenses, los británicos o los dos juntos. Todos quieren lo mismo: controlar la



Biblioteca y silenciarnos, de un modo u otro.

—¿Y qué pasa con los chinos? —preguntó Nancy.

—Vete a saber —dijo Will—. Quizá lleguen a algún acuerdo con ellos y les den acceso a la Biblioteca. Pero todos querrán que la gente de a pie no se entere de nada para que los gobiernos y los militares puedan jugar a ser Dios con las fechas. Ya viste cómo reaccionaron cuando sacamos a la luz lo de Área 51. Por Dios bendito, seguramente ni siquiera dejarán que el mundo sepa que no hay horizonte.

—¿Qué plan tienes entonces? —quiso saber Nancy.

Will las miró, primero a Nancy y luego a Cacia.

—Propongo que aunemos fuerzas con los Lightburn. Que nos enfrentemos juntos a esos cabrones. Lo único que los va a detener es una oposición eficaz. Esa es la única forma de llevarlos a la mesa de negociación. Hay que hacerles entender que solo tendrán la Biblioteca si se informa al mundo de su existencia, nos dan paso franco a nosotros y a los Lightburn, y permiten que Cacia decida qué hacer con los escribas.

Mientras decía esto, Cacia asentía con la cabeza.

—Por Dios, Cacia —le imploró Will—, ¿no puedes conseguir que Daniel y Kheelan nos dejen ayudarles a defender la granja?

Ella contestó que lo intentaría y salió volando; dejó allí a Haven y le dijo a Douglas que enseguida volvía.

Haven permaneció inmóvil, al parecer incómoda entre tantas caras nuevas.

Phillip le hizo una seña con la mano que le quedaba libre y la presentó:

—Mamá, esta es mi nueva amiga, Haven.

El gesto serio de Nancy se disolvió en una sonrisa.

—Hola, Haven —saludó—. Todo esto debe de ser muy desagradable para ti.

—Yo estoy bien —contestó Haven en voz baja—. Pero me preocupan las pequeñas, mis primas. Los disparos les hacen llorar.

—Pobres —dijo Nancy—. Hay que poner fin a toda esta locura, ¿no te parece?

Haven asintió con la cabeza.

—Me han dicho que fuiste tú quien le pidió a Phillip que viniera a Inglaterra.

—Sí. Y vino. Pero siento haberlo metido en este lío.

—Yo no lo siento —intervino Phillip—. Aunque todo se haya complicado, me alegro de haberte conocido.

Douglas trajo de vuelta a Greg y lo encadenó de nuevo. Nancy le preguntó al joven si podía ir al baño ella también y Will enseguida se apuntó. Douglas les advirtió que no intentaran nada, los soltó y se los llevó. Cuando se fueron, Haven aprovechó para sentarse al lado de Phillip en su catre.

En la antesala, Will cogió a Nancy de la mano y se la apretó un poco.

—Quisiera que no estuvieras aquí, pero me alegro de que estés —dijo él—. ¿Me

explico?

—Más o menos —respondió ella devolviéndole el apretón—. Al estilo Will Piper.

—¿Recuerdas la promesa que te hice en el hospital?

—¿Cuál? ¿La de las hamburguesas con queso o la de las mujeres?

Will rio.

—La de las mujeres. Me he portado bien. Quería que lo supieras.

—Te creo.

Justo entonces se abrió la puerta de la Sala de los Escribas y salió uno de ellos camino del lavabo.

—Un momento —les dijo Douglas—. Dejadlo pasar primero.

Nancy se quedó pasmada al ver a uno de los jóvenes pelirrojos. El escriba le dedicó una mirada fugaz, luego pasó por delante y agarró el pomo.

Cuando cerró la puerta desde dentro, Nancy le dijo a Will:

—Es uno de ellos, ¿verdad?

—En carne y hueso.

—No sé por qué me los imaginaba con hábitos de monje.

—Por lo menos llevan sandalias.

—¿Hablan?

—Yo no los he visto hacerlo.

—Douglas, ¿te importa que mi mujer eche un vistazo a la Sala de los Escribas?  
—preguntó Will.

El joven levantó apenas el arma y dijo:

—Diez segundos. Nada más.

Dicho esto, abrió una rendija la puerta de la sala, la dejó asomarse y al poco volvió a cerrar.

—Dios mío —murmuró ella—. Es increíble.

—Adelante, te toca —le dijo Douglas a Nancy—. Yo no confiaría en que hubiera bajado la tapa.

Diez minutos después de que todos estuvieran de nuevo encadenados, bajó Cacia, pero no sola. Daniel y Kheelan iban detrás. Le ordenaron a Douglas que subiera a ocupar el puesto que Daniel había dejado vacante.

El marido de Cacia miró furioso a Will, como si fuera a gritarle; sin embargo, habló con una serenidad forzada:

—Muy bien, señor, cuénteme su propuesta.

Will le expuso su plan. Lo había ideado precipitadamente y, según lo iba soltando, le complació comprobar que sonaba racional.

—Entonces ¿tenéis fertilizante? —preguntó Will.

—Sí —contestó Daniel—. Esto es una granja operativa. ¿Cómo cree que alimentamos a los escribas y a los demás?

—¿Y gasolina?

—Sí. En el granero. Para el tractor.

—Y, obviamente, tenéis cartuchos.

—Muchos.

—Y bidones. De eso sé que tenéis.

—Sí.

—¿Y un paquete de azúcar y un carrete de cordel de algodón?

—De eso tengo yo —dijo Cacia.

Will sonrió.

—Entonces ya tenemos todos los ingredientes.

—Dígame por qué debería confiar en usted —repuso Daniel.

—Porque parece que el destino nos ha puesto del mismo lado. Los dos luchamos por salvar a nuestra familia.

Annie no estaba de acuerdo en absoluto.

—Bueno, yo, desde luego, no estoy de su lado. Ha matado y herido a agentes del MI5 y se propone matar y mutilar a miembros de la policía y del ejército. No pienso participar en esto.

—Annie —le dijo Will con delicadeza—, si yo estuviera en tu lugar coincidiría contigo al cien por cien, pero esto es lo que hay: si se hacen con la Biblioteca, puede que te dejen volver a tu vida normal o puede que no. Quizá te consideren una carga, y a veces las cargas desaparecen.

—En cualquier caso, no pienso ayudaros —respondió, desafiante.

—Algún modo habrá de sacarle partido —señaló Nancy—. Encerradla hasta que estemos listos. Y a Greg también. Él ya no es de los nuestros.

Daniel suspiró hondo y le pidió a Cacia que soltara a Will, a Nancy y a Phillip, y dejara a Annie y a Greg encadenados.

—Vamos —dijo Will levantándose y estirándose—. ¡A la cocina!

La escena que se desarrollaba en la cocina de los Lightburn tenía algo de doméstica. Tras la pataleta de Kheelan, que se negaba a soltarlos, este tuvo que aceptar a regañadientes y anduvo yendo y viniendo al granero en busca de ingredientes. Will los mezclaba en los cazos de mayor tamaño de Cacia mientras Nancy vaciaba los cartuchos de pólvora en un bol de mezcla sin dejar de hablar de su experiencia de toda una vida y cruzaba la vasta sala de la Biblioteca de camino a las escaleras de la granja. Bajo el tutelaje de Will, Phillip y Haven sumergieron el cordel en la mezcla de agua azucarada y pólvora negra para convertirlo en la mecha. Cacia iba de un lado a otro proporcionándoles los utensilios que necesitaban, y su hermana, Gail, asomaba la cabeza por allí cada cierto tiempo, cuando no estaba arriba con las niñas dormidas. Daniel, sus hijos y Kheelan seguían vigilando a través de los agujeros que habían

hecho en las cortinas.

—¿Cómo dices que aprendiste a hacer esto? —preguntó Nancy.

Will rio y dejó el cacillo.

—Trabajé en un cuerpo de seguridad, ¿recuerdas? ¿Creías que lo único que sabía hacer era pescar?

—Yo trabajo en un cuerpo de seguridad y no sé hacer una bomba.

—Te ascendieron a la cúpula directiva demasiado pronto.

El teléfono sonó sin parar durante el proceso de producción, pero lo ignoraron. Cuando terminaron había líquido suficiente para llenar cuatro bidones. Will colocó con cuidado trozos de la mecha casera en la boca de cada uno de los bidones y los sujetó con bolas hechas con trozos de paños de cocina.

—¿Funcionará? —preguntó Cacia.

—Si los chicos han hecho una buena mecha —dijo Will señalando a Phillip y a Haven—, debería funcionar.

—Si tu receta es buena, saldrá bien —lo corrigió Phillip.

—Entonces se convertirán en una tremenda bola de fuego —apuntó Will—. Confiemos en que nadie resulte herido.

Volvieron abajo cargados con dos bidones, y cruzaron la Biblioteca en dirección a la celda de aislamiento.

—¿Qué es eso? —preguntó Annie señalando los bidones.

—¿A ti qué te parece? —le respondió Nancy.

—Lo que me parece es que os habéis vuelto todos locos —repuso Annie—. Completamente majaras. Tan pronto sois rehenes como terroristas.

Will le cogió la llave de los grilletes a Cacia y soltó a Annie.

—Es hora de que te vayas, Annie. Estoy seguro de que esto está plagado de agentes del MI5. Ve a buscar a los tuyos y diles que cometerán un inmenso error si entran en la granja por la fuerza. Diles que tenemos decenas de bombas y que las vamos a utilizar. Ve a que te curen bien esa pierna.

—Venga conmigo —le dijo Cacia señalando hacia la Biblioteca—. Saldrá por aquí, por la casa.

Will se inclinó sobre Greg y le quitó el grillete.

—Tú también te vas.

Greg pestañeó sorprendido y se levantó.

—Tengo miedo —murmuró.

—No me extraña —repuso Will.

—¿Qué me va a pasar?

—Sinceramente, no lo sé. Los federales aún no saben lo que has hecho, pero supongo que no tardarán en enterarse, ¿verdad, Nancy?

Ella asintió con la cabeza.

—Me veré obligada a entregarte en cuanto tenga ocasión —le comunicó Nancy con tristeza.

—Igual los chinos te acogen —comentó Will.

Greg se echó a llorar.

—Lo siento.

—Seguro que sí —dijo Will.

—¿Le dirás a Laura que la quiero?

—Podrás decírselo tú mismo —contestó Will.

—¿Tú crees?

—Mira, Greg, eres FDR. Te busqué hace años, cuando tuve la base de datos.

—Buscaste a Greg Davis, ¿verdad?

Will asintió con la cabeza.

—Sabes que soy adoptado, Will. Tendrías que haberme buscado por Tanner, mi verdadero apellido.

Will recordó aquel día de 2009. Apenas había dispuesto de unos minutos desesperados, antes de que llegara la policía, para buscar las fechas de algunas de las personas que eran importantes para él. Sintió náuseas. Por el bien de su hija, le dio una palmada en la espalda y lo envió fuera con Cacia.

El vicepresidente Yi estaba sentado junto al general Bo en el Centro de Mando de Inteligencia Extranjera del Ministerio de Seguridad del Estado. La pared cóncava del fondo mostraba una gran variedad de imágenes de Pinn, satelitales y térmicas, en tiempo real.

—¿Ven eso? —dijo un analista senior poniéndose de pronto en pie y señalando un punto en movimiento en una de las imágenes—. Se está moviendo.

—¿Qué quiere que hagamos? —preguntó el general Bo al vicepresidente.

Yi entendió que la pregunta era retórica, pero le molestó que el general sintiera la necesidad de hacérsela. La respuesta era evidente.

—Ya hemos debatido ese escenario, general, y no hay razón para alterar nuestro plan.

Annie agitó con vehemencia un trapo de cocina blanco por encima de su cabeza mientras salía cojeando por la puerta principal de la casa, luego corrió todo lo que pudo hacia la carretera y en dirección a un pelotón de soldados. Greg también salió, con la mirada baja, sosteniendo sin ganas su propio paño.

Por encima de su cabeza, un ave de presa negra y gris del tamaño de un águila pescadora descendió sigilosamente del cielo oscuro.

Solo que no era un ave.

El microdrone chino se dirigía hacia la señal que emitía el Rolex de Greg.

Un misil del tamaño de una pluma gruesa salió disparado, lo alcanzó en el pecho y estalló con el impacto.

La explosión fue lo bastante potente como para que Will la oyera desde abajo.

Aunque no estaba seguro, tenía una idea bastante clara de lo que había sido.

Will dejó una de las bombas al pie de la escalera que conducía al hangar y la otra en la escalera que llevaba de la Biblioteca a la casa. Nancy y él subieron con Cacia a la casa y dejaron a Phillip y a Haven abajo por su seguridad.

En el salón, el teléfono volvía a sonar, pero esta vez lo cogió Will.

—¿Qué tal? —dijo, provocador.

El coronel Woolford respondió en tono desafiante.

—¿Con quién hablo?

—Me llamo Will Piper.

—Entiendo. Señor Piper, soy el coronel Barry Woolford, del ejército británico. La señorita Locke ya me ha informado de que ha perdido usted el juicio.

—Yo no lo describiría así, coronel.

—Bueno, quizá eso sea un menosprecio. Tal vez debería decir que el síndrome de Estocolmo lo ha llevado a identificarse con sus captores.

—Yo lo llamaría instinto de supervivencia puro y duro. Verá, sé cómo va a acabar esto. Si entran los suyos, o los estadounidenses, o los chinos, da igual quién, lo que van a querer es la Biblioteca. Los Lightburn, mi familia, todos los demás que están aquí abajo no vamos a ser más que una carga. Ustedes van a querer que esto quede total y absolutamente en secreto.

—Soy militar, señor Piper, y mis atribuciones son muy limitadas, pero estoy seguro de que, en cuanto usted y su familia estén a salvo, podrán exponer sus inquietudes a las autoridades civiles correspondientes.

—Coronel, no voy a discutir algo que sé con certeza. Le garantizo que todo lo que le ha dicho Annie Locke es cierto. No nos vamos a mover de aquí. Si entran por la fuerza, les responderemos con contundencia. Quizá eso no asuste a un tipo duro como estoy seguro de que es usted, pero hay algo que tal vez sí le asuste: si entran disparando no se llevarán la Biblioteca, sino sus cenizas. Y, como oficial al mando, su trasero arderá tanto como los libros. ¿Me entiende?

Tras una pausa, el coronel respondió que lo entendía perfectamente y le preguntó a Will qué era lo que quería.

—Mande a un equipo de la BBC para que haga una retransmisión en directo. La estaremos viendo en la televisión para asegurarnos de que no es un camelo. En cuanto la BBC emita una ruta completa por la granja, saldremos de aquí. Y otra cosa, que los periodistas traigan una carta de indulto para los Lightburn firmada por el ministro del Interior.

—¿Algo más? —preguntó Woolford con exasperada officiosidad.

—Sí, dígame si Greg Davis ha muerto.

—Sí.

—¿Cómo ha muerto?

—Si le soy sincero, no estoy del todo seguro. Se está investigando.

Justo antes de colgar, Will dijo:

—Yo miraría hacia el este, coronel. Llámeme cuando tenga una respuesta.

—Debería sentarme con ellos —dijo Haven—. ¿Vienes?

Phillip la siguió a la Sala de los Escribas. Todos los pelirrojos alzaron la vista para mirarla. Aunque nunca sonreían, parecía como si sus semblantes se suavizaran en su presencia.

Se sentaron al principio de la sala y los observaron mientras hacían su trabajo.

—¿En qué año están trabajando ahora? —preguntó Phillip a Haven.

—Van ya por el 2611.

—Cuesta imaginarse un futuro tan lejano —dijo él—. Molaría ver si hay algún nombre raro como de alienígena. ¿Alguna vez miras?

—No.

—¿Por qué?

—No está bien que yo lo haga.

—¿Puedo mirar yo?

—Creo que no deberías —respondió ella—. Hoy están raros.

Phillip ignoraba cuál era su comportamiento normal, pero vio a qué se refería. Ninguno de ellos escribía con fluidez. Empezaban y paraban, con el bolígrafo suspendido, titubeante, sobre las hojas. Además, cuando no escribían se revolvían en los asientos, como si intentaran encontrar una postura cómoda. Angus, el escriba más viejo, apenas escribía. Miraba fijamente la página y babeaba más de lo normal, con lo que la hoja quedaba empapada e inutilizable.

—A lo mejor están asustados con todo el ruido de fuera —señaló Phillip— y con tanta gente nueva.

Haven se levantó y cogió una toalla limpia. Se acercó a Angus, le limpió la cara y le enjugó la baba de la camisa y del papel.

—Espera, te daré otra página —le dijo dirigiéndose al final de la mesa, donde había un paquete de folios listo para usar.

Matthew, el escriba de veintiún años de la perilla rojiza, se levantó de pronto de la silla gruñendo ruidosamente. Era delgado, como todos, y no muy fuerte, pero agarró a Haven por la cintura con inesperada agilidad y la tiró al suelo.

—¡Eh! —gritó Phillip.

Haven se revolvió y protestó bajo el peso de Matthew. El joven intentaba levantarle el vestido. Tenía los ojos como platos y empujaba su erección contra ella mientras los otros escribas seguían a lo suyo como si no pasara nada.

Phillip se acercó corriendo, se subió a horcajadas sobre Matthew e intentó



apartarlo de la chica, que se retorció debajo de él. Pesaba demasiado para moverlo, así que Phillip optó por darle un puñetazo en el oído derecho, luego en el izquierdo y de nuevo en el derecho.

Matthew aulló de dolor y se apartó tapándose los oídos para protegerse.

—¡Por favor, Phillip, no le hagas daño! —gritó Haven.

—¡Lo voy a matar! —bramó Phillip apretando los puños de nuevo.

—¡No! No está bien. Debe de haber pensado que le tocaba ya.

Ella se incorporó, se estiró el vestido y se arrodilló junto al escriba encogido.

—Tranquilo, Matthew. No pasa nada —le dijo con voz serena—. Nadie te va a hacer daño. Nadie está enfadado contigo. Phillip, ayúdame a llevarlo a su silla.

A regañadientes, Phillip la complació. Matthew permaneció sentado en silencio un rato, luego cogió el bolígrafo, escribió una entrada y paró. Una gota de sangre de un corte que tenía en la sien había caído en la hoja y él la miraba paralizado de miedo.

Haven corrió a por una toalla y se la puso en la pequeña herida.

—¿Te había pasado esto antes? —le preguntó Phillip de pronto.

—No.

—Pero se supone que tiene que suceder en algún momento, ¿no?

—Así es como funciona, Phillip —dijo ella en poco más que un susurro—. No tiene que gustarme. Ni a mi madre ni a mi tía tuvo que gustarles.

—Ay, Dios... —se limitó a decir Phillip.

Haven le cogió la mano con un hondo suspiro.

Él la agarró con fuerza y dijo:

—Ya no será así, Haven. Ya has oído a mi padre. Vuestra vida va a cambiar.

—Sí, va a cambiar, desde luego —repuso ella apartándose la melena pelirroja de los ojos para secarse las lágrimas.

—Muy bien, siguiente jugada —dijo Will pasando el teléfono del salón a Nancy—. Haz tu llamada.

—Estoy segura de que los británicos tienen pinchada la línea —comentó ella.

—Da igual. Actúa para tu público.

Nancy llamó al despacho del director Parish en el FBI. Eran casi las ocho de la noche en Washington, pero supuso que seguiría allí, y seguía.

Le preguntó dónde estaba y, cuando ella se lo dijo, estalló como un petardo y la sermoneó de nuevo sobre su insubordinación.

—Olvídate de eso ahora —dijo Nancy—. Estoy aquí y tenemos entre manos una situación muy grave.

—¿Es segura esta línea? —quiso saber él.

—No, no lo es.

—Entonces me andaré con cuidado. Basta con que sepas, Nancy, que tenemos una idea bastante clara de lo que está pasando en Pinn, y hay mucho interés en esos activos. Sin embargo, parece que hay otras partes interesadas.

—El ejército británico ya nos ha comunicado que se disponen a entrar por la fuerza. Resulta evidente que también los chinos vienen hacia aquí.

Parish soltó una bocanada de aire contenido.

—¿Cómo sabes eso?

—Es una larga historia, pero sé quién enviaba las postales. Está muerto. Estaba compinchado con los chinos.

—Dios bendito.

—Necesitamos tu ayuda —dijo ella—. Nuestra situación es de vida o muerte. Necesitamos que convenzas a los británicos para que accedan a nuestras exigencias. —Le contó lo de la retransmisión en directo por televisión, lo de la carta de indulto para los Lightburn. De lo contrario, nadie iba a tener la Biblioteca intacta.

Parish escuchó, luego le respondió, y a ella le pareció más tenso de lo que lo había oído nunca.

—Hay un problema, Nancy, y no me importa decirlo por una línea no segura porque creo que todo el mundo está al tanto. El gobierno estadounidense y el británico ya no están en el mismo bando en este asunto. Ellos harán lo que tengan que hacer y nosotros también. Y, Dios nos asista, los chinos, por lo visto, tienen las mismas intenciones. No terminaremos todos en torno a un fuego de campamento y cantando «Kumbayá».

A la una de la madrugada, Kenney recibió la llamada que estaba esperando.

—Luz verde de la Casa Blanca —le indicó el contraalmirante Sage—. A las dos entrarás de forma encubierta en el complejo y afianzarás el objetivo. Cuando lo hayas conseguido, se te unirán uno o más equipos Seal del Mando Conjunto de Operaciones Especiales, que entrarán y se harán con el control de los activos. Los respaldará el Tercer Batallón Ranger, que está a punto de desplegarse de la base de Mildenhall. Los británicos nos han suspendido el derecho de despegue y aterrizaje de las instalaciones de las bases aéreas que compartimos, pero estamos en modo que-les-den. Los Ranger tendrán a los británicos lo bastante ocupados como para que nos dé tiempo a meter allí una flota de helicópteros de mercancía pesada, poner los libros en palés y sacarlos de la granja. Empezarás por el 2027 y empaquetarás tantos decenios y siglos de material como te sea humanamente posible antes de que desalojemos. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo Kenney con el corazón alborotado—. ¿Y los chinos?

—Parece que también van para allá —contestó con excitación el contraalmirante—. Su flota está ya muy cerca. Deja que los Ranger y la Fuerza Aérea se ocupen de ellos. Los británicos tampoco los dejarán entrar sin plantarles cara. Céntrate en tu

objetivo y no falles.

Durante un breve período de tranquilidad, Cacia puso la tetera al fuego y preparó té. Llamó a Daniel desde el salón y le dio su taza favorita antes de servir a Nancy y Will. Los cuatro se sentaron en el suelo de la cocina por miedo a los francotiradores, aunque Nancy les dijo que ningún lugar de la casa era realmente seguro frente a un fusil de gran calibre equipado con una mira térmica.

—Eso me tranquiliza —dijo Cacia bebiendo un sorbo.

—Lo siento —repuso Nancy—. Soy de las que lo cuentan todo por nada.

—¿Puedo preguntaros cuánto tiempo lleváis casados? —inquirió Cacia.

—Dieciséis años —contestó Will—. Dieciséis años estupendos. ¿Y vosotros?

—Veinticinco —respondió Daniel—. Cómo pasa el tiempo, ¿verdad?

Nancy asintió con la cabeza.

—Hemos vivido cada año de nuestro matrimonio dando por sentado que 2027 podría ser el fin —comentó—. Vosotros debíais de ser probablemente la única familia del mundo que sabía que eso no era así.

—Quizá sea mejor no saberlo —dijo Cacia.

—¿Por qué? —preguntó Will.

—Fíjate en vosotros —respondió Cacia—. Os he visto lanzaros miraditas furtivas. Se os ve muy enamorados, como recién casados. Quizá la perspectiva del horizonte haya mantenido viva vuestra relación.

—Entonces —intervino Daniel mirando a su esposa— ¿cómo explicas nuestra dicha conyugal?

—¡Venga ya! —exclamó ella dándole una patadita—. Ya eres un poco mayor para hacerte el gracioso, ¿no te parece?

Sonó el teléfono.

Will salió en cuclillas al salón y lo cogió. Era el coronel.

—Woolford al habla. ¿Es Piper?

—Espero que haya llamado para decirme que el equipo de la BBC está en camino.

—Pues no.

—Craso error —dijo Will.

—Mire, creo que es preferible no andarse con rodeos —repuso el coronel—. Su propuesta se ha debatido en los más altos niveles. No ha cuajado. De hecho, se ha rechazado enérgicamente. Los Lightburn son delincuentes y deben someterse a la justicia. Y los libros son un bien nacional y, como tal, debe protegerse de ciertas potencias extranjeras que amenazan con usurpárnoslo. Me temo que voy a tener que darles un ultimátum. Si no salen en menos de una hora con las manos en la cabeza y de uno en uno, vamos a entrar. ¿Lo ha entendido bien, señor Piper?

—Le diré lo que entiendo —respondió Will—. Entiendo que va a pasar usted a la historia como un gilipollas particularmente patético e ignorante. —Colgó de golpe, volvió gateando a la cocina, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y siguió bebiéndose su té.

—Eso ha estado bien —dijo Nancy acariciándole la pierna.

—¿Siempre es así? —preguntó Cacia, que se aguantaba la risa.

—Aunque cueste creerlo, se ha suavizado con los años.

En la sala de reuniones del Gabinete, en Whitehall, comunicaron al primer ministro Hastings que el presidente Dumont estaba al teléfono. Aceptó la llamada y la pasó por el altavoz.

Los «John» y las informalidades se habían terminado.

—Señor primer ministro —le dijo el presidente—, los historiadores no nos tratarán bien si no hacemos un último esfuerzo por resolver nuestras diferencias y llegar a algún arreglo.

—¿Y qué entiende usted por «arreglo», señor presidente?

—Le propongo un plan de tres puntos. Nosotros nos hacemos con la Biblioteca, les ayudamos a amilantar a los chinos y a enviar de vuelta a Tianjin la flota del mar del Norte, y les permitimos que estacionen permanentemente un equipo de análisis en Groom Lake para que consulte la base de datos una vez esté operativa.

Hastings paseó la vista alrededor de la mesa de conferencias y vio que los ministros y el personal de Defensa negaban con la cabeza.

—Este «arreglo», señor presidente, suena idéntico a su demanda inicial. Le diré lo que entiendo yo por arreglo. Nosotros controlamos la Biblioteca británica en instalaciones británicas que se construirán en suelo británico, ustedes cumplen con las obligaciones que les impone la OTAN y nos ayudan a echar a los chinos, y nosotros les permitimos que estacionen un equipo de análisis en Gran Bretaña para que consulte la base de datos cuando esté, como usted dice, operativa.

El presidente Dumont respondió enseguida.

—Eso no es así, señor primer ministro. Lo tenemos muy claro. Nuestro cuerpo de juristas ha revisado la carta convenio firmada por Churchill y Truman en 1947, y están convencidos de que el término «Biblioteca» comprende el material que tienen ustedes en Pinn. De modo que es propiedad de los Estados Unidos de América y, como tal, nos proponemos reclamarla.

Hastings se irguió en la silla, furioso y consciente de la importancia del momento.

—Permítame que le advierta, señor presidente, de que el traslado de hombres y materiales de cualquiera de sus instalaciones en nuestras bases aéreas se considerará un acto hostil y se tratará como tal. Somos, como bien sabe, una potencia nuclear, y una invasión de nuestro territorio soberano, por los chinos, por ustedes o por

cualquier otra nación, es de facto una acción de guerra.

Preparaos.

Kenney cargó su rifle de asalto, y Lopez y Harper hicieron lo propio. Escondieron el equipo no esencial bajo unos matorrales cubiertos de escarcha y descendieron por la colina.

Kenney los guió hacia la carretera, alejándose todo lo posible de la concentración de policía y militares formada delante de la granja. Su objetivo era un grupo de tres policías, en apariencia desarmados o apenas armados, en la parte más septentrional de los límites de la propiedad, que se habían visto marginados por la presencia masiva de oficiales del SWAT y tropas del ejército. Los había estado observando por sus binoculares y lo que había visto le había gustado. Serían un blanco fácil.

Se acercaron a sus objetivos poco a poco y con sigilo, como un felino grande avanza hacia su presa hasta que se encuentra lo bastante cerca para saltarle encima.

Los policías merodeaban junto a la carretera, en el arcén, taconeando para no quedarse fríos. Los vigilantes cruzaron por fin la carretera como pumas. Cada uno tenía un blanco y se abalanzaron sobre ellos con sus cuchillos tácticos. Matar no era tan difícil, pero tumbar a un hombre sin que escapara de su garganta un solo sonido era todo un arte. Kenney sostuvo a su hombre mientras moría de forma que la sangre cayera al suelo y no le manchara el uniforme de policía. Comprobó enseguida cómo les iba a Lopez y Harper. Había sido un ataque perfectamente sincronizado.

Arrastraron a los hombres tras unos setos, les quitaron las prendas exteriores y salieron de detrás de los arbustos con aspecto de agentes de patrulla locales, ocultando los rifles debajo de los anoraks.

—Muy bien, que empiece la fiesta —dijo Kenney.

Enfilaron la carretera camino de la casa. Había un pelotón de 1 Lancs plantado al borde de la carretera en posición defensiva, la mitad apuntando a la granja y la otra cubriéndoles los flancos. Kenney y sus hombres pasaron de largo, sordos a la gracia de un soldado que aseguraba que les iban a volar la cabeza. Una vez fuera del alcance del pelotón, Kenney tomó rumbo al campo, directo al pequeño hangar de piedra.

Era la 1.55 h.

Un comando estratégico del Seal Team 6, unos cuarenta hombres, estaba ya en posición en High Seat. Llegaron del mismo modo que los chinos, pero volando tan bajo que sus helicópteros no habían producido un solo eco de radar. Usaban el chasis carbonizado del helicóptero del Ejército Popular de Liberación para ocultarse.

Por los binoculares, su teniente de mando vio a Kenney conduciendo a sus hombres al edificio anexo.

Su oficial de avistamiento le dijo:

—Deberían habernos encargado a nosotros esa entrada.

—No has oído hablar de los de Groom Lake, ¿no? —le contestó el teniente—. Son tan buenos como nosotros. Hay quien dice que mejores.

En la sala de reuniones del Gabinete, el ministro de Defensa levantó la vista de su pantalla y farfulló:

—Acaban de comunicarme que decenas de helicópteros y aviones han violado nuestra prohibición de vuelo y han salido de Mildenhall rumbo al noroeste.

—¿Hacia Cumbria? —preguntó el primer ministro.

—Eso parece —contestó el ministro de Defensa—. Un momento, entra otra alerta. —Se puso los cascos para escuchar el mensaje de la estación de supervisión de la base de Fylingdales, luego se los quitó y anunció—: Lluve sobre mojado. Parece ser que los chinos han lanzado una serie de medios aéreos desde el portaaviones *Wen Jiabao*. Nos atacan en dos frentes, primer ministro.

Hastings se dejó caer en el asiento y estudió los rostros de sus hombres.

—¿Qué recomienda el comité? —preguntó con un nudo en la garganta.

El ministro de Defensa habló con toda la serenidad de que fue capaz.

—Creo que todos los presentes coincidimos, primer ministro, en que no podemos librar y ganar una guerra en dos frentes con adversarios de esta categoría. Si desplegamos misiles de crucero con cabeza nuclear, nos responderán con lo mismo, y la pérdida de vidas civiles resultaría inaceptable. Nuestras dos opciones son retirarnos y dejar que los estadounidenses y los chinos se líen a tiros en suelo británico, o desplegar 1 Lancs para que se apoderen de la Biblioteca antes de que lo hagan otros. Al menos con esa opción nos pondríamos al mando.

Hastings dio un puñetazo en la mesa e hizo una mueca de dolor.

—Muy bien, ¡háganlo! Manden a nuestros muchachos.

—A Nancy y a mí nos vendría bien tener un arma —le dijo Will a Daniel.

—No sé —gruñó el hombre.

—Si entran disparando, quisiera poder proteger a mi hijo lo mejor posible.

—Dáselas, Daniel —dijo Cacia agarrando del brazo a su marido—. Ya podemos confiar en él, ¿no crees?

Daniel suspiró y accedió. Él, sus hijos y Kheelan llevaban escopetas de doble cañón, y Cacia sostenía un viejo revólver al que renunció encantada ofreciéndoselo con la empuñadura por delante.

—¿Cuál de los dos tiene mejor puntería? —preguntó Daniel.

—Yo —respondieron Will y Nancy al unísono.

—Muy bien —dijo Will riendo—. Dáselo a ella. Yo pego más fuerte.

Daniel se arrastró hasta una de las ventanas de la parte de atrás, descorrió un poco las cortinas y encendió y apagó la linterna dos veces seguidas. De inmediato llegó la misma señal desde la ventana del granero.

—Kheelan y Douglas están bien —dijo Daniel. Dio una voz a Andrew, que estaba arriba. El joven bajó con la escopeta en una mano y una taza de té en la otra—. Termínate el té y baja con ellos. Dudo que conozcan la otra entrada, pero quién sabe. Yo me quedaré en la casa con las chicas. Aunque seamos pocos, lo haremos lo mejor que podamos. ¿Estás bien, muchacho?

Andrew tenía los rasgos morenos y llamativos de los Lightburn y la seguridad en sí mismo de un hijo mayor.

—Si vienen, aquí estoy —afirmó.

—Bien. Cuento contigo —dijo Daniel.

Andrew bajó al sótano y cruzó la Biblioteca; parecía orgulloso de contar con la aprobación de su padre. Will, Nancy y Cacia lo siguieron.

Encontraron a Phillip y a Haven sentados en la celda de aislamiento, en el catre de Phillip. El chico le había pasado el brazo por los hombros y, para sorpresa de Will, no lo apartó cuando entraron.

«Menudo chulito... —pensó Will—, como yo a su edad.»

Cacia miró a Haven con la preocupación de una madre.

—¿Te encuentras bien?

Phillip y ella habían acordado no hablar del incidente de la Sala de los Escribas.

—Perfectamente —contestó ella—. Solo estamos hablando.

Nancy, que nunca había visto a Phillip abrazar a una chica, parecía la única que se sentía incómoda por interrumpir. Will lo notó y dijo:

—Vamos a echar un vistazo al almacén.

El grupo dejó solos a los chicos y salió al dormitorio. La mecha casera serpenteaba varios metros por en medio de la sala, continuaba por debajo de la puerta del almacén y se introducía después en el cuello del bidón. No tenía un grosor mayor que un cordel sin tratar, de modo que, para inspeccionarla, Will y Andrew tuvieron que seguir su recorrido.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Andrew.

—Confío en que no tengamos que utilizarla —contestó Will.

Kenney inspeccionó el interior del hangar a oscuras con sus gafas de visión nocturna. No había mucho allí: aperos de labranza y un par de balas de heno.

Se quitó el uniforme de policía y sus hombres hicieron lo mismo.

—Buscad una trampilla —ordenó.

Lopez la encontró enseguida y, a la señal de Kenney, tiró de la argolla de hierro y dejó al descubierto un tramo oscuro de una escalera de madera.



Kenney se asomó a la escalera y miró la hora: las dos en punto.

—Arriba el telón.

Quitaron el seguro a las armas y, con Lopez y Harper en cabeza, empezaron a bajar la escalera.

Al llegar abajo se encontraron en una estancia diminuta excavada en el lecho de roca y en la que apenas cabían los tres. Una vieja puerta de roble les cortaba el paso. Estaba cerrada con llave. Harper la examinó y concluyó que seguramente era demasiado recia para embestirla.

—¿Saltamos la cerradura o la volamos? —preguntó Harper.

Kenney volvió a mirar el reloj, impaciente.

—Voladla —dijo.

Will oyó el estallido y lo identificó al instante: una carga pequeña de explosivo plástico usada para reventar la cerradura de la puerta.

—¡Ya vienen! —le gritó a Andrew—. ¡Enciende la mecha!

Kenney siguió a sus hombres a un gran almacén. Vio estanterías metálicas llenas de alimentos desecados y bidones de agua. Al fondo de la estancia había otra puerta, abierta apenas una rendija, y Harper y Lopez se acercaron a ella con cautela.

Un segundo después de que Kenney les dijera que procedieran, vio un bidón metálico de cinco litros en el suelo, cerca de la puerta abierta.

Mientras Lopez abría la puerta de un empujón, Kenney le gritó:

—¡Espera!

En el umbral del dormitorio, la luz del techo deslumbró por un instante a Harper y a Lopez, que tuvieron que apagar sus gafas de visión nocturna. Lo primero que vieron cuando su vista se adaptó fue a Andrew agazapado en el suelo con un encendedor de gas en la mano.

Lopez disparó una ráfaga con su rifle y acertó al joven en el pecho, destrozándole los órganos vitales.

Pero la mecha ya había prendido. Chisporroteaba y humeaba a medida que la mezcla de pólvora iba quemándose, pero a dos metros de la puerta se apagó.

Will se tiró detrás de una de las camas, oyó un grito de mujer y vio a Nancy saltando catres como si fueran vallas hasta llegar a su lado, con la pistola de Cacia en la mano.

Una nueva ráfaga de disparos destrozó la pared de piedra caliza por encima de sus cabezas.

—¡Al bidón! —gritó Will—. ¡Dispara al bidón!

Harper se situó al lado de Lopez e identificó la amenaza. Tenía a tiro a Nancy y se

dispuso a apretar el gatillo.

Nancy no tenía el bidón en línea recta, así que apretó el gatillo cinco veces calculando su posición aproximada.

Una de las balas dio en el blanco.

La bomba de fertilizantes refulgió y luego explotó, liberando un infierno de energía candente en el reducido espacio del almacén.

Lo que derribó a Harper y a Lopez fue algo casi medieval. La puerta del almacén se cerró de golpe, después se desintegró en un abrir y cerrar de ojos. Inmensidad de astillas de todos los tamaños, desde finas y pequeñas como pestañas hasta gruesas y grandes como un antebrazo, los ensartaron de pies a cabeza, y la onda expansiva los arrastró.

Will cubrió con su cuerpo a Nancy lo mejor que pudo, pero una lluvia de escombros les cayó encima y una nube rápida y caliente de vapores los achicharró.

Kenney estaba en el lado opuesto de la sala cuando estalló la bomba. Había oído el repiqueteo de los disparos de Nancy contra las estanterías metálicas del almacén, un segundo antes de que uno de ellos acertara al bidón había conseguido mascullar: «¡Maldita sea!», y luego una columna de gases abrasadores lo había hecho volar hasta la escalera.

El coronel Woolford acababa de recibir la orden del Ministerio de Defensa de lanzar un asalto a la granja cuando vio una bola de fuego que parecía salir a chorros de un pequeño edificio de piedra en el extremo norte de la granja.

Ignoraba quién había provocado la explosión, pero le pareció muy oportuna. En su precipitado plan de ataque estaba utilizando francotiradores para eliminar las amenazas identificadas en el interior de la casa y alrededor de esta. En la casa propiamente dicha no tenía una línea de visión porque las cortinas ocultaban con eficacia a los blancos. El granero era otro asunto. Un equipo de francotiradores de avanzadilla había detectado por las ventanas a dos hostiles armados.

Woolford ordenó por radio a los francotiradores que atacaran.

El Comité Permanente del Politburó estaba reunido en sesión de emergencia en un subsótano del edificio August 1 de la Comisión Militar Central. Por lo general eran nueve miembros, pero ese día el secretario general brillaba por su ausencia.

—Wen Yun está enfermo —dijo el vicepresidente Yi con una levísima sonrisa—. Les garantizo que respalda plenamente mis recomendaciones, pero tanto estrés a su avanzada edad ha podido con él. Los médicos lo tienen sedado.

Un murmullo recorrió la mesa hasta que, uno por uno, los otros siete líderes supremos de China confirmaron a Yi que también ellos lo apoyaban.

Yi asintió con gravedad.

—Este es un momento histórico, camaradas —dijo—. En cuanto tengamos esa Biblioteca, consolidaremos nuestra posición como única potencia verdadera del mundo. Ya no tendremos que justificar nuestra inoperancia. Ya no tendremos que ocultar nuestras verdaderas intenciones detrás de eslóganes y tópicos. Este es nuestro momento. Lo único que debemos hacer ahora es aprovecharlo. Con su consentimiento, daré la orden al Ejército de Liberación Popular.

Todos alzaron a un tiempo la mano derecha, y a Yi no le avergonzó que lo vieran llorar.

En lo alto de High Seat, el comandante del comando estratégico Seal también vio cómo la explosión reventaba el tejado del pequeño edificio de piedra en el que habían entrado los vigilantes.

—Algo ha ido mal —le dijo a su oficial de avistamiento—. ¿Cuál es el tiempo estimado de llegada de los Ranger?

—Unos seis minutos. ¿Quiere que llame a la base y pregunte si la avanzadilla de Groom Lake ha enviado señal de ataque?

—Negativo —respondió el comandante—. Hay que suponer que el equipo se encuentra en peligro. Ha llegado el momento de improvisar. Vamos a entrar nosotros.

Mientras la unidad Seal iniciaba el rápido descenso de High Seat, el comandante se volvió a explorar el cielo nocturno desde el este. El estrépito que oyó era de helicópteros, sí, pero no eran de los suyos. Sobresaltado, reconoció la insignia del que iba en cabeza mientras este empezaba a marcar su posición con una ráfaga de ametralladora: la estrella roja del Ejército de Liberación Popular.

Daniel mandó al cuerno la cautela y descorrió la cortina para ver qué ocurría. En rápida sucesión oyó la bomba de fertilizantes, unos disparos de fusil y el repiqueteo de ametralladoras en High Seat. Las explosiones y el fuego de trazadoras del monte le proporcionaban luz suficiente para comprobar que el cielo estaba inundado de helicópteros.

No supo que a Kheelan lo había abatido el disparo en la frente de un francotirador, pero divisó a su hijo Douglas corriendo como un animal asustado del granero a la casa, y soltó un grito de angustia al ver que se derrumbaba como un fardo a unos pasos de la puerta trasera cuando un francotirador de los 1 Lancs puso fin a su vida.

Al ver que Nancy no estaba herida de gravedad, Will le gritó que volviera con Phillip. Salió de un brinco de su escondite, corrió hacia Harper y Lopez y les quitó un rifle. Empujó con el pie sus cuerpos ensangrentados y aún con vida, resuelto a

rematarlos. Pero no era necesario.

¿Quiénes eran?

Encontró una cartera fina, con el contenido mínimo. El dinero se lo dijo todo: dólares.

Luego vio el carnet de conducir. De Nevada.

«Los vigilantes están aquí.»

Corrió hacia el almacén preparado para enfrentarse a los supervivientes, pero solo vio una sala vacía y ennegrecida que apestaba a diésel, así que dio media vuelta, cogió el segundo rifle y encontró a Nancy agazapada con Cacia y los muchachos en la celda de aislamiento, todos sollozando de espanto y horror.

Oyeron el grito de Daniel procedente de la Biblioteca. Cuando irrumpió en la sala con Gail y las dos niñas, todos lloraban.

—Lo de ahí fuera es un infierno —lloró Daniel—. Han matado a Douglas, por el amor de Dios. No he visto a Kheelan. —Miró frenético alrededor y preguntó—. ¿Dónde está Andrew?

Cacia solo pudo señalar hacia el dormitorio y llorar.

Daniel cayó al suelo de rodillas.

—Ay, Dios mío...

Will se agachó a su lado y lo miró a los ojos.

—¿Quién viene? ¿De qué dirección?

—Los británicos por tierra, eso seguro. De todas partes. —Daniel hablaba con voz monocorde; la conmoción había suprimido todas sus emociones—. En las colinas hay helicópteros que disparan a otros, no a nosotros. Llevan estrellas rojas.

Will se puso de pie.

—Británicos, chinos, estadounidenses. Se están matando por la mina de oro.

Se abrió la puerta del dormitorio. Will lanzó una mirada anhelante a su familia y salió de la celda de aislamiento con la culata del rifle apoyada en el hombro y el dedo en el gatillo.

Bajó el arma inmediatamente.

Los escribas estaban entrando en fila india.

Con sus caras sin expresión pasaron por delante de él sin prestarle atención. Will se giró hacia la celda de aislamiento.

—¡Son los escribas! —gritó.

Cacia salió y fue tocándoles en el hombro a medida que pasaban rumbo a sus catres.

—Es su hora de acostarse —dijo entre lágrimas—. Lo hacen siempre así.

Un humo acre inundaba el dormitorio. Alrededor de los vigilantes malheridos había charcos de sangre, pero los escribas apenas repararon en ellos. Dos, los mayores, tosieron unas cuantas veces para aclararse la garganta, pero nada les

impidió quitarse las sandalias y meterse en la cama. Al poco, siete cabezas pelirrojas asomaban por debajo de las mantas.

Todos los supervivientes se encontraban detrás de Will, observando la rutina nocturna de los escribas.

Fuera, amortiguados por la gruesa piedra caliza, seguían los sonidos infernales de una cruenta batalla.

—Solo podemos hacer una cosa —dijo Will.

Nancy, como si supiera ya lo que iba a decir, asintió con la cabeza.

Will les dijo lo que pensaba y expuso sus intenciones. La Biblioteca era un bien valioso, pero esos hombres querían arrebatársela para usarla en beneficio propio.

—Ignoro cuál es la verdadera finalidad de la Biblioteca —dijo—. Quizá sea el testimonio de algo que no alcanzamos a comprender, pero no creo que los gobiernos deban explotarla. Habéis sido buenos bibliotecarios. La habéis protegido toda vuestra vida. Sé que es difícil, pero dejadme que lo haga.

Cacia y Daniel se cogieron de la mano, y ella atrajo hacia sí a Haven. La joven estaba encogida de pena, le costaba sostenerse en pie.

Al fin, Daniel accedió:

—Sí. No hay otra solución.

—Quedaos aquí —dijo Will—. Volveré en un par de minutos.

Se apoyó el rifle en el hombro, se acercó al cuerpo sin vida de Andrew y, cuando encontró su navaja, se dirigió a la Biblioteca.

Mientras recorría las filas de estanterías, fue consciente del paso de los siglos. Una sola idea presidía su pensamiento.

«El mundo sigue, maldita sea. Sobreviviremos. No sé cómo será, pero el mundo continuará existiendo.»

Había un bidón al fondo, en la escalera que conducía a la casa. Will lo cogió, procurando que no se soltara la mecha. Volvió a entrar en la Biblioteca y lo plantó en el suelo entre las décadas más cercanas, los tomos que sabía que serían de mayor interés para las tropas que se acercaban.

Inspeccionó rápidamente la mecha. No quería que fallara como la primera, por lo que la acortó con la navaja de Andrew. La encendió con el mechero del joven y volvió corriendo como un loco por el pasillo central.

Se quedó corto. Calculó que tendría unos veinticinco segundos; se equivocó.

A los dieciocho segundos, estando a un paso de la puerta de salida, estalló la bomba.

La onda expansiva lo levantó del suelo y lo sacó por la puerta, que, por suerte, había dejado abierta.

Cuando recuperó el conocimiento, Nancy estaba arrodillada a su lado en el suelo de la antesala y la Biblioteca era un estruendoso infierno.

—¿Puedes andar? —le gritó ella.

—Creo que sí. —Le dolía todo y los oídos le pitaban como sirenas.

—¡Vamos! —dijo Nancy ayudándolo a ponerse de pie—. Hay que salir de aquí.

Will avanzó dando tumbos, pero tuvo la presencia de ánimo de colarse en la celda de aislamiento para coger el diario de Franklin de debajo del colchón. No le cabía en el bolsillo del pantalón, así que se desabrochó el primer botón y se lo metió por la camisa.

—¿Qué haces? —chilló Nancy—. ¡Vamos!

En el dormitorio todos estaban de pie, abatidos, entre las camas de los escribas y las víctimas que yacían en el suelo. Haven hacía lo posible por consolar y proteger a sus primitas. Cacia y Gail echaron una manta sobre el cuerpo sin vida de Andrew y, cogiendo de la mano a Daniel, rezaron una oración de despedida.

—¡Haced una bandera blanca con una sábana! —gritó Will.

—¿Se acabó? —Cacia señalaba la Biblioteca.

—Se acabó —contestó Will—. Daos prisa. Y movilizad a los escribas para que salgan de aquí.

Al oír la explosión, los escribas se habían despertado. Se habían incorporado como resortes, habían apartado las mantas y habían empezado a buscar las sandalias con los pies. Ya estaban levantados y su rostro revelaba los indicios de la primera emoción auténtica que Will les había visto: una especie de confusión angustiada, una pena psíquica.

Gail desgarró una sábana blanca y Cacia agarró al escriba Angus por el hombro y lo encaminó hacia la puerta del almacén.

Sin embargo, los otros escribas empezaron a avanzar en la dirección opuesta, hacia la Biblioteca.

—¡No, por aquí! —les gritó Cacia, pero siguieron adelante. Incluso Angus, con lo mayor que era y lo débil que estaba, consiguió zafarse de ella y seguir a sus hermanos.

Cacia corrió hacia la puerta, que ya quemaba por la cercanía del fuego, e intentó cortarles el paso, pero Matthew, joven y fuerte, la apartó de un empujón, frunciendo el ceño, molesto.

—¡Matthew, no! ¡Daniel, Haven, ayudadme! —chilló Cacia, pero ya era tarde. Tres de los escribas estaban en la antesala e iban derechos a aquel infierno.

Will notó cómo subía la temperatura.

—¡Dile que tenemos que irnos! —le gritó a Daniel.

Daniel retuvo a Haven y gritó a Cacia:

—¡Eso es lo que quieren! ¡Debemos dejar que sigan su camino!

Otros tres pasaron a Cacia de largo. Solo quedaba Angus. Al acercarse a Cacia, el rostro del escriba pareció suavizarse ante su intenso pesar. Se detuvo un instante y la

miró a los ojos; luego, despacio, se adentró con los otros en el incendio.

—Adiós, padre —sollozó ella hincándose de rodillas.

Will le gritó a Daniel que saliera el último y se asegurara de que no quedaba nadie. Cogió la bandera blanca de Gail y se la dio a Nancy, luego se situó a la cabeza, con el rifle en posición ofensiva. Phillip le dio la mano a Haven y ella a sus primas. Daniel levantó a Cacia del suelo y se la llevó medio a rastras. Aquella fila exhausta avanzó hacia el almacén.

Will se aseguró de que no había nadie en la sala y le hizo una seña a Nancy para que continuaran. El hueco de la escalera estaba carbonizado, pero los peldaños parecían bastante enteros. Su fusil de asalto llevaba linterna incorporada y Will la giró para iluminar la escalera. Tampoco había nadie allí.

Al final de la escalera, la trampilla estaba abierta. Se asomó de golpe, como el muñeco de una caja sorpresa, por si había algún tirador. La pequeña estancia estaba cubierta de hollín pero vacía. Esperó a que todos estuvieran en la superficie, apiñados en aquel cuartito, y entonces gritó con todas sus fuerzas:

—¡Vamos a salir! No vamos armados. ¡No disparen!

A los pocos segundos, hubo una respuesta.

—¿Quién es usted? —preguntó una voz con acento británico.

—Will Piper. Voy a salir con mi familia y los Lightburn. ¡No vamos armados!

—Salgan con los brazos en alto. ¡De uno en uno!

Will bajó el fusil y le cogió la bandera a Nancy.

—Espero que esos tíos jueguen limpio —susurró acariciándole la cara.

—Voy justo detrás de ti —dijo ella.

Primero enseñó la bandera, luego salió con la mano libre en alto. Un escuadrón de 1 Lincs se acercaba al hangar. La granja iluminaba el cielo, brotaba fuego de todas las ventanas. En las colinas tenía lugar una cruenta batalla. Vio un caza estadounidense que descendía en picado y reventaba un helicóptero con un misil.

Un capitán corrió hacia él apuntándole al pecho con un fusil.

—¡Vienen siete más detrás! —gritó Will—. Principalmente mujeres y niños. Todos desarmados.

—¡No baje las manos! —le ordenaron.

—Capitán, llame por radio al coronel Woolford. Dígame que la Biblioteca se ha quemado. Dígame que se lo haga saber a los estadounidenses y a los chinos. Dígame que toda esta lucha ya no tiene ningún sentido.

El escuadrón rodeó a los civiles mientras el capitán transmitía urgentemente el mensaje a su coronel.

Respirando con dificultad, Will vio que los que iban con él intentaban consolarse unos a otros. Phillip se abrazaba a la temblorosa Haven. Gail se arrimaba a las niñas a sus costados. Daniel sujetaba a Cacia, a la que le flojeaban las piernas. Les gritó a

todos que se agacharan. Aún había una batalla en curso. Se volvió hacia Nancy, tiró la bandera y la envolvió en un abrazo de oso, uno de esos que a ella le gustaba que le diera, de esos que la hacían sentirse segura.

Entonces un grito horrendo perforó la noche.

—¡Esto es por Malcolm Frazier, hijo de puta!

Will soltó a Nancy, se giró hacia la voz y dio un paso para protegerla de lo que pudiera venir.

Kenney salió de la oscuridad tambaleándose, con el rostro destrozado y ennegrecido por la explosión. Llevaba un cuchillo de combate en la mano y se abalanzó sobre Will antes de que este pudiera reaccionar.

Will vio el destello metálico, notó la presión en el vientre y oyó el chasquido de un fusil.

Kenney se desplomó como un saco de patatas, gruñendo y maldiciendo.

El soldado que le había disparado avanzó, dispuesto a hacerlo de nuevo, pero Will lo disuadió, sorprendido de poder sostenerse en pie y hablar.

Nancy arrancaba frenética los botones de la camisa para verle la herida, pero no había herida. El diario de Franklin cayó de la camisa atravesado de lado a lado.

Llamaron a un médico, y Will se arrodilló al lado de Kenney.

—No me siento las condenadas piernas —gimió el vigilante.

—Aguanta —le dijo Will—, te pondrás bien.

—Ya lo sé, mamón hijo de puta —espetó Kenney, furioso—. Soy FDR.

Will se levantó.

—Sí, señor —dijo Will—, y por lo que parece vas a ser FDR en una silla de ruedas. Disfruta del resto de tu vida. Espero que sea larga.



Su hotel de Londres era cómodo y tranquilo, una buena estación de paso para hacer una revisión de sus obligaciones antes de volar a casa. Era un lugar pequeño y apartado, fuera del circuito de los paparazzi, en el que se habían registrado con nombres falsos: los señores Franklin y su hijo. Franklin había sido, cómo no, el primer apellido que le había venido a la cabeza a Will.

Las entrevistas con la policía de Cumbria, el MI5 y el Ministerio de Defensa habían quedado atrás. La horrible conversación con Laura y Nick sobre Greg había quedado atrás. Por la mañana asistirían a un interrogatorio en la embajada de Estados Unidos, con oficiales del FBI y abogados del Departamento de Justicia, un encuentro que se había pospuesto hasta que Gran Bretaña y Estados Unidos hubieran reparado sus dañadas relaciones diplomáticas.

Phillip tenía su propia habitación; Nancy y Will, una bonita suite. El MI5 se había encargado de su alojamiento y Will no se había parado a pensar quién correría con la cuenta. Supuso que lo averiguaría cuando se marcharan. De momento, disfrutó de un delicioso baño de agua caliente para relajar su cuerpo magullado y, cuando hubo terminado de remojarse, se acostó con Nancy en el blando colchón y bajo sábanas frescas.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

—Dolorido. Pero tirando a feliz.

Nancy lo abrazó.

—¿Tú crees que Phillip está bien?

—Ha pasado momentos muy difíciles para un chico de su edad. Espero que sí —dijo Will.

—Había algo especial entre Haven y él, ¿no crees?

Will asintió con la cabeza.

—Confío en que sigan en contacto. El corazón es un misil termodirigido.

Ella lo besó.

—El tuyo ha aguantado muy bien.

—Ha hecho lo que se supone que tiene que hacer un corazón, imagino.

Nancy retiró un brazo, se tumbó boca arriba y contempló el recargado techo de escayola.

—No hay horizonte. Qué peso me he quitado de encima. Ya puedo respirar. Ya puedo vivir.

—¿Y qué pasa con el resto del mundo? —preguntó él—. ¿No tiene derecho también a respirar y vivir?

—Digo yo que los gobiernos británico y estadounidense harán una declaración, ¿no? —dijo ella—. Tendrán que explicar lo sucedido en Pinn.

—¿Eso crees? ¿Cuándo fue la última vez que el gobierno hizo lo correcto en este tema? Si te digo la verdad, me parece que vamos a tener que ser nosotros los que destapemos el asunto. Ya sabemos cómo. Lo hemos hecho antes.

—A los federales no les va a gustar.

Él rio.

—Que se jodan.

—Me quedaré sin empleo.

Will le acarició los pechos.

—Entonces tendrás que vivir en el barco conmigo.

—Ni lo sueñes.

Nancy estaba quedándose dormida y apagó la luz de la mesilla. A Will le rondaban otras cosas por la cabeza. El diario de Franklin lo llamaba. No había tenido ocasión de terminar de leerlo; además, ahora le tenía un cariño especial. Le había salvado la vida.

Le costó abrir el libro de piel porque el cuchillo de Kenney lo había deformado y había arrugado todas las páginas. Las fue separando con mucho cuidado hasta llegar a donde se había quedado.

Armado con el poderoso e insólito conocimiento que ahora poseía, sentí la necesidad imperiosa de regresar a América para asistir a mis camaradas en sus horas difíciles y transmitirles la absoluta certeza de que, si hacíamos frente a la Corona, venceríamos. Sin embargo, me veía igualmente obligado a posponer mi viaje hasta que hubiera tenido la ocasión irrepitable de acompañar a Abigail a Yorkshire y ver por mí mismo a los autores de esas maravillas en acción. Como científico y filósofo de la naturaleza, no podía hacer otra cosa.

Tras partir de la isla de Wight, Franklin viajó con Abigail de Lymington a Londres. Durante el breve trayecto se sumió profundamente en sus pensamientos. Aunque aquello provocaría los chismorreos del servicio, le pidió a la señora Stevenson que acomodara a Abigail en uno de los cuartos de las criadas mientras él disponía precipitadamente el alquiler del mejor coche con cochero de todo Londres para el viaje a Yorkshire. El cochero consideraba que, con buen tiempo, podría llegar a Mallerstang en cuatro o cinco días, pero estaban en enero y, le advirtió a Franklin, quizá les llevara el doble. Negociaron un precio y fijaron la fecha de partida.

Antes de que llegaran a su destino, Franklin escribió una carta que un mensajero debía llevar a Portsmouth para que saliera en el siguiente paquebote a Filadelfia y, de ahí, a Virginia. Iba destinada al único hombre de las colonias a quien Franklin consideraba el forzoso comandante en jefe de las tropas coloniales en caso de guerra: el colono y soldado George Washington. En la carta comentaba que en Londres los ánimos estaban crispados y que el rey no parecía dispuesto a hacer muchas concesiones políticas ni económicas. Dicho esto, instaba al virginiano a que se

armara de valor y se preparara para el arduo camino que lo esperaba. Él, tan pronto como le fuera posible ultimar sus asuntos, tomaría un pasaje a Filadelfia y se sumaría a la causa. Para concluir, añadió, enigmático pero rotundo: «No me preguntes cómo, pero sé con certidumbre divina que, si los habitantes del continente nos proponemos librarnos del yugo de la Corona por la fuerza, venceremos. Como digo, mi querido Washington, esto no es solo la creencia de un eterno optimista. Te suplico que corras la voz entre nuestros hermanos de todas las colonias. Es un hecho. Venceremos».

El viaje a Pinn duró aún más de lo que había sugerido el cochero en su cálculo más conservador, pues se toparon no con una sino con dos tormentas invernales cerca de Birmingham y Manchester.

Cuando por fin llegaron a Mallerstang, los valles estaban cubiertos de nieve y el sol de mediodía que incidía sobre las colinas resultaba deslumbrante y cegador. Franklin enfrentó con estoicismo y buen humor los avatares de su aventura, pero cuando llegaron a Pinn estaba rendido y tosía y tiritaba bajo la manta de viaje. Abigail solo había sido una compañera de viaje apropiada en parte. Pese a que lo había elogiado y le había hecho reír por las cosas más tontas, no había sido capaz de entretenerlo de forma sustanciosa. Cada vez que ella había recibido con ojos vidriosos alguna de sus aseveraciones sobre ciencia y naturaleza, él le había dicho que, de haber sido mago, la habría cambiado por un miembro de la Royal Society para poder mantener una conversación en condiciones. De noche habían dormido en posadas de la ruta postal a Escocia, y Franklin se había dedicado a escribir en su nuevo diario de piel azul sobre las circunstancias que lo habían llevado a Vectis y después a Pinn.

El día de su llegada, Abigail se asomó a la ventanilla del coche y lloró a mares al ver Lightburn Farm. Y cuando sus padres salieron a la puerta de la casa para averiguar de dónde procedían aquellos relinchos de caballos extraños, la joven saltó del vehículo y se arrojó a sus brazos. Sin embargo, el gozo de Josiah Lightburn por el inesperado retorno de su hija se tornó en furia cuando vio al doctor Franklin apearse con cautela a la tierra helada con su pie gotoso.

—¿Y ese quién es? —espetó, furioso, Josiah.

—Es Benjamin Franklin —contestó Abigail—. Es un hombre muy famoso, viene de América, y también es el hombre más bondadoso que he conocido jamás. Huir fue una estupidez por mi parte, pero nunca habría podido enmendar mis errores sin su ayuda.

—¿Dónde has estado? —quiso saber su madre, llamada Mary.

—Sobre todo en Londres.

—¿Has venido desde allí? —inquirió Mary, sorprendida.

Franklin se acercó y les tendió la mano.

—Así es. Un viaje accidentado, pero aquí estamos, con el cuerpo sano y el

espíritu feliz. Me complace poner de nuevo en sus manos a su rebelde hija, quien me ha asegurado que no volverá a descarriarse.

—¿Cómo podemos devolverle el favor, amable señor? —preguntó Mary.

—Solo deseo unos días de hospedaje para recuperarme antes de mi regreso a Londres. También alojamiento para mi cochero y alimento para sus caballos.

—¡No pueden alojarse aquí! —dijo Josiah, malhumorado.

—Padre —intervino Abigail—, sabe lo nuestro. Lo llevé a Vectis. Encontramos el sitio exacto.

—¿Se lo has contado a un desconocido? —se enfureció él.

—Era el único modo de convencerlo de que me librara del contrato de servidumbre y me trajera a casa —sollozó ella.

—Muy bien, pase dentro —gruñó Josiah—. Su hombre se quedará en el granero.

Al intenso calor del hogar, con cuatro generaciones de Lightburn reclamando la compañía de Abigail, Franklin se sentó en la mejor silla, se calentó los pies fríos y bebió una jarra de fuerte cerveza.

—Le doy mi palabra de caballero —le dijo a Josiah— de que jamás divulgaré la naturaleza de lo que he visto en Vectis ni de lo que vea en Pinn. Deseo conocerlo por mí mismo, eso es todo. Su secreto estará a salvo conmigo. No busco obtener ningún provecho.

—Nos ha traído a nuestra Abigail —comentó Mary ofreciendo a Franklin un cuenco de estofado—. Veo en su mirada que es un buen hombre en el que podemos confiar.

—Me lo pensaré —repuso Josiah.

A la mañana siguiente, Franklin se despertó considerablemente descansado. Le habían cedido la cama de dos de los niños, y agradecía la comodidad. Descendió despacio las escaleras hasta la chimenea, donde Abigail se afanaba ya en unas cuantas tareas.

—Le he preparado unas gachas —dijo, orgullosa. Luego se inclinó y le susurró al oído—: Padre ha dicho que sí. Que puedo enseñarle lo del sótano.

Franklin no estaba dispuesto a posponer su visita a la cámara secreta por unas gachas, así que rechazó la comida con un gesto y siguió emocionado a Abigail por una escalera clandestina en la parte posterior de la casa. Mientras descendía por debajo del nivel del suelo, le pareció ver a Josiah a punto de escupir.

Al llegar abajo, sintió el frío de ese reino subterráneo y percibió el olor a cuero.

—Por aquí —le indicó Abigail abriendo una puerta que le era familiar. Sostuvo en alto el candil—. Es idéntica a la de Vectis.

Ciertamente lo era.

Recorrió la Biblioteca de Pinn como había recorrido la de Vectis, admirado y sobrecogido, sintiendo cómo el poder espiritual de aquella experiencia empapaba

todas las fibras de su ser.

—Los Lightburn anteriores a nosotros excavaron la piedra con picos —señaló Abigail con orgullo.

—¿Hasta dónde se extiende? —preguntó él sosteniendo en alto su candil.

—Se lo enseñaré.

Avanzaron y avanzaron, alejándose de la casa hasta que las estanterías empezaron a estar vacías. Franklin miró las fechas de los libros más recientes.

—Estos tomos van de 2027 a 2231 —dijo—. Y, por lo que parece, hay sitio para muchos más.

—Sí —confirmó ella—, sigue en marcha.

Recorrieron el resto del espacio vacío de la extensa caverna hasta que llegaron a una puerta.

—¿Por aquí? —preguntó Franklin.

—Por aquí —asintió ella.

Él notó que la emoción le erizaba el vello de la nuca.

La siguiente sala era más pequeña y se hallaba profusamente iluminada con decenas de gruesas velas.

¡Y allí estaban!

Una docena de hombres y muchachos pelirrojos sentados a unas mesas, todos ellos vestidos con sencillas túnicas de granjero, completamente absortos en su tarea, hasta el punto de no reparar apenas en la intrusión.

Franklin se plantó delante de ellos y observó cómo mojaban las plumas en los tinteros y garabateaban nombres y fechas en hojas de pergamino.

Se echó a llorar discretamente.

—De la mano de Dios a las suyas —dijo con un hilo de voz para no molestarlos—. Mi fe siempre ha sido firme, pero ahora es como una fortaleza. He tenido la dicha de hallarme en presencia de lo divino.

Abigail caminó entre ellos mostrando la ternura de una hermana rebelde que había vuelto a casa. Les acarició los hombros y la cabeza y, cuando lo hacía, aquellos rostros blancos de ojos verdes registraban levísimos indicios de reciprocidad.

Entonces un joven escriba retiró su silla ligeramente y se dispuso a levantarse, pero ella volvió a sentarlo empujándolo con firmeza de los hombros.

—No, Isaac. ¡No! —dijo.

Franklin lo comprendió de inmediato.

—¡Ya veo! —susurró—. ¡Así es como se renuevan! ¿Por eso huiste, Abigail?

Ella asintió con tristeza.

—Pero ahora no me importa. Cumpliré con mi obligación. Estando al servicio del barón hice cosas mucho peores.

Franklin pasó algo más de una hora bajo tierra, observando a los escribas,

paseando entre las estanterías, cogiendo libros para examinarlos y, cuando se dio por satisfecho, se retiró a sus aposentos, abrió su maletín de escritura y retomó la redacción de su diario.

Esa noche, a la hora de la cena, sentaron a Franklin en un lugar privilegiado de la mesa, frente a Josiah. Él agradeció efusivamente a la familia el que le hubieran concedido el honor de ser testigo de su noble empresa y reiteró su juramento de que no divulgaría lo que había visto y oído en Pinn.

Josiah lo miró con escepticismo, terminó de comerse su trozo de cordero y sacó algo de debajo de la silla.

Franklin comprobó con asombro que tenía en la mano su diario azul.

—Hemos encontrado esto entre sus pertenencias cuando ha ido usted al retrete —dijo Josiah alzando la voz, furioso—. Sabemos leer y escribir, ¿sabe usted? Y resulta que ha escrito sobre Pinn y ha escrito sobre Vectis. Nos está mintiendo.

—¡Dios santo, no! —exclamó él—. Llevo un diario solo para mi uso personal. Con la edad, mi memoria flojea. —Se quitó las lentes bifocales y se señaló la cara—. Los únicos ojos que verán jamás esas páginas son los míos.

Josiah entregó el diario a uno de sus siniestros hijos.

—El trabajo que hacemos aquí es sagrado —dijo—. Somos guardianes de esos libros. No podemos permitir que se entrometa ningún forastero. Hemos hecho una excepción con usted por lo amable que ha sido con Abigail y, si es el caballero que aparenta ser, cumplirá su promesa de guardar silencio. Pero no se llevará este diario. Se quedará aquí.

—Muy bien —suspiró Franklin—. Probablemente sea mejor así. Me marcharé por la mañana, satisfecho de haber visto lo que he visto, y mientras usted, buen señor, prosigue su labor en este hermoso valle, yo volveré a mi país, donde proseguiré la mía de librar a mis compatriotas de la esclavitud.

Así concluyo mi diario en este segundo día de febrero de 1775. Las cosas que he visto en Vectis y Pinn permanecerán en lo más hondo de mi ser el resto de mi vida. He sido testigo de la envergadura de la humanidad que nos sucederá. El futuro del hombre parece a la vez brillante y oscuro. Brillante por la certeza de que la humanidad perdurará, no años y decenios, sino siglos y quizá milenios. No obstante, lo oscuro me preocupa sobremanera. En Vectis vi años en los que la palabra «mors» aparecía tantas veces que me dejó pasmado: 1863, 1864, 1915, 1916, 1917, 1942, 1943, 1944, 1945. Solo puedo suponer que grandes y horribles guerras consumirán a la humanidad. En cambio, nada ha sacudido los cimientos de mi alma como lo que observé en Pinn en relación con el año 2027. A partir del decimosexto día del mes de octubre, tomo tras tomo, estantería tras estantería, fila tras fila, una gran oleada de desgracia. Según mis cálculos, la inconmensurable cifra de mil millones de almas perecerá solo en ese mes, que aún queda lejos en el tiempo, pero lo bastante cerca

como para helarme el corazón. ¿Qué terribles poderes de destrucción generarán los hombres para desatar semejante devastación? Mi único consuelo es que los libros continúan después de ese *annus horribilis*. Continúan los nacimientos. La vida prosigue y la humanidad, al parecer, encuentra un modo de perdurar. ¡Cuán extraña es la aventura de ser humano!

Will dejó el diario y se secó las lágrimas.

Nancy dormía a su lado.

La despertó tan delicadamente como pudo.

Y se lo contó. Tenía que contárselo.

Se abrazaron y hablaron toda la noche.

El 16 de octubre de 2027. Chinos. Estadounidenses. Británicos. Las semillas de lo que estaba por venir debían de haberse sembrado durante esos días en los valles de Yorkshire.

—Creo que me iré de Washington —dijo ella—. Phillip y yo nos mudaremos a Florida. Falta un año y medio para que eso suceda. Pasémoslo juntos al sol. Podrías enseñarme a pescar.

Él la besó e intentó hacerla reír.

—Va a ser horrible, espantoso, pero al menos no es el fin del mundo.

—¿Aún quieres hacer público lo que va a suceder? —le preguntó Nancy.

Will negó con la cabeza.

—Déjame consultarlo con la almohada.

Hicieron el amor, hablaron más y volvieron a hacer el amor. Y cuando la primera luz del alba hizo brillar las cortinas, por fin se quedaron dormidos.

## Epílogo

—Tú te quedas en esta —le dijo la supervisora.

La presa 965876 se detuvo delante de la celda y esperó a que la supervisora abriera la puerta. La prisión de New Hall, en West Yorkshire, se construyó de ladrillo rojo en los años treinta para que pareciera una fortaleza. Era ruidosa y estaba atestada. En las celdas para una mujer, había dos; en las de dos, había tres.

La nueva, agarrando con fuerza sus sábanas, su manta y sus toallas, entró en la celda. La puerta corredera se cerró a su espalda.

—Joder —espetó la otra presa. Era corpulenta, de pantorrillas y tobillos gruesos que asomaban por debajo de un finísimo vestido amarillo—. No llevo ni un día sola en esta maldita celda y ya me traen carne fresca. —Señaló la litera de arriba—. Esa es la tuya. Me llamo Sheila. Soy de Manchester. ¿Por qué te han encerrado?

—Cómplice de asesinato y obstrucción a la justicia.

—¿Ah, sí? Supongo que no has hecho ninguna de las dos cosas, ¿no?

—Me he declarado culpable.

A Sheila le pareció que aquello era para partirse de risa.

—¡Te habría hecho falta un abogado mejor! ¿Cuánto te ha caído?

—Dos años.

—Eso no es nada. A mí me han caído quince. Dicen que le prendí fuego a mi novio. No soy tan boba como tú. Me declaré inocente, pero no se lo tragaron, ¿sabes? El muy cabrón se lo merecía, lo hiciera quien lo hiciese. ¿Cómo te llamas?

—Cacia.

Sheila la miró de arriba abajo.

—Oye, ¿tú no has salido en la tele?

—No sabría decirte —respondió Cacia.

—¡Sí, sí que has salido! Tú eres de Mallerstang. La de la Biblioteca esa.

Cacia asintió con la cabeza de forma casi imperceptible y preguntó si podía subirse a la litera de abajo para hacer la de arriba. A Sheila pareció gustarle la deferencia y le ayudó con las sábanas.

—¿Qué le ha pasado a tu familia?

Cacia contestó sin derramar una lágrima.

—Perdí a mis dos hijos. Mi marido está en prisión, a la espera del juicio. Lo acusan de asesinato, y me temo que pasará mucho tiempo encerrado. Me he declarado culpable para cumplir condena y poder volver con mi hija. Está con mi cuñada y sus pequeñas. Las han alojado en una finca de Kendal. He perdido a otros también.

—¿Y cómo es que no lloras cuando lo cuentas?

—Ya he llorado bastante.

La mujer asintió con la cabeza.



—¿Quieres un té?

Mientras esperaba a que hirviera el agua de la tetera, Sheila inició una prosaica explicación de que todos los víveres que había en las estanterías eran suyos y solo suyos. Hasta que Cacia recibiera su primer paquete del exterior, le cedería algunas cosas a cuenta, con intereses, por supuesto. Por cada galleta, ella tendría que darle dos; por cada bolsita de té, tendría que darle tres...

Cacia se sentó en su litera y miró por la ventana con barrotes. Por encima de las murallas de la prisión se veía un pedacito de cielo azul. Desconectó por completo del discurso sobre las reglas de devolución de su compañera de celda.

—¡Eh, tú, que no me estás escuchando! ¿Quieres una galleta de higos o no? — Sheila agitaba una galleta en el aire.

De pronto Cacia saltó de la litera y fue corriendo al retrete de acero inoxidable. Se hincó de rodillas y empezó a vomitar con violencia.

—¡Joder! ¿Qué coño te pasa? —gritó Sheila—. Más te vale que no sea contagioso.

Cacia levantó la cabeza, se limpió la boca con el dorso de la mano y sonrió.

—Tranquila, no es contagioso —dijo acariciándose el vientre—. Solo son náuseas matinales.